

MEROUVEL.

LA LÉGENDE
DE CHEVAGNES

1

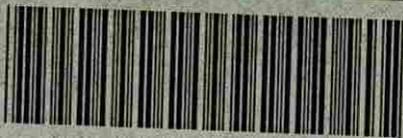
RAID

P02625

.E53

148

v.1



1020027063

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

LA LEYENDA DE CHEVAGNES

(LOS TREMOR)

NOVELA ORIGINAL DE

CHARLES MEROUVEL.

VERSIÓN CASTELLANA

DE

«EL COSMOS EDITORIAL»

TOMO PRIMERO.

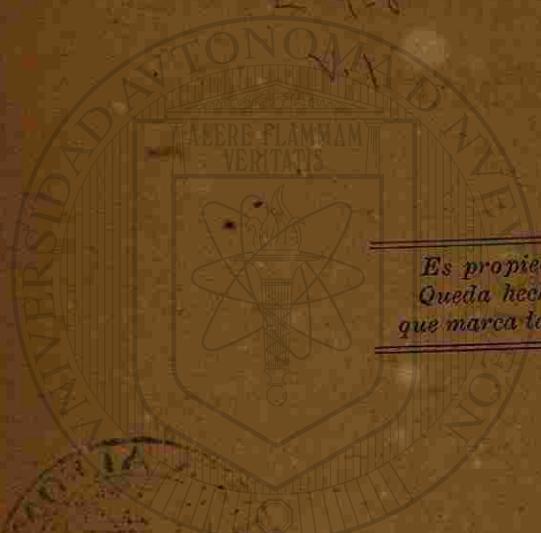


MADRID, 1825
85597

MADRID.—1892.
«EL COSMOS EDITORIAL»
Arco de Santa María, 4, bajo.

30550

843
N.
PQ 2625
VE 53
L 7-8



*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE E

N
Núm. Clas. _____
Núm. Autor N 5672
Núm. Adg. 30559
Procedencia -8-
Precio _____
Clasificó _____
Catalogó _____

LA LEYENDA DE CHEVAGNES

EN EL MORVAN.

I

Hay todavía en Francia algunas provincias, cuyo salvajismo puede rivalizar con el del más inculto rincón de nuestro planeta.

Esta era al menos una verdad como un templo hace veinte años.

Hoy es cuestión que se presta á grandes discusiones.

Algunos caminos de hierro, de interés electoral, han penetrado en esas soledades y atraviesan melancólicamente lugares pantanosos, miserables, cuyos escasos habitantes son rebeldes al tráfico y á los viajes.

La comarca gana en comodidades lo que pierde en belleza.

Morvan es, sin disputa, el rey de esos países de lobos.

Al abandonar los ricos cantones de la Nievre para tomar el camino de Autun ó de Chateau-Chinou, queda uno sorprendido por el

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

cambio brusco del territorio que marca el límite entre el opulento país que se deja y el pobre donde se penetra.

La línea divisoria está tan claramente marcada, que es imposible equivocarse.

Del lado de Corbigny, de Saint-Saulge, de Brion y de Guipy, se atraviesa por abundantes pastos, donde robustos y blancos bues, esos que también copian Troyon y Rosa Bonheur, arrastran el arado con la lenta y resignada majestad de la fuerza laboriosa; se admiran cereales en abundancia y frondosa vegetación.

En una palabra, la riqueza y el bienestar, reinan allí.

Los habitantes son vigorosos y de elevada estatura, como los normandos.

Las gentes de la comarca dicen, mirando con envidia á los niverneses:

— ¡Son como el calizo!

El calizo, es decir, la tierra pródiga, generosa, que enriquece á sus moradores, da fuerzas á los hombres y á los animales; en fin, la madre bienhechora del trabajador, á quien remunera con largueza sus fatigas.

Y volviéndose del lado de Morvan, exclaman:

— ¡Son como el granito, el suelo ingrato, duro, donde el trabajo es áspero y fatigoso é incierto el jornal; donde todo es árido y pobre, huesoso y debil, la tierra y sus cultivadores, los bues y sus dueños, el pastor y el rebaño.

Era el año de 1867.

El segundo imperio estaba en todo su apogeo.

El coloso, con piés de arcilla estaba en pié, y no había experimentado aún los reveses de la fortuna.

Todo le sonreía.

La tierra sudaba oro por todas partes, en las labores y en los prados, en la mina y en la herrería, en la viña y en la selva.

Nada hacía presagiar los desastrosos sucesos que sobrevinieron luego.

En el centro de Morvan, poco más ó menos á mitad del camino entre Montsanche y Moulins-Eugilbert, se levantaba entonces un castillo muy importante y antiguo, edificado en el centro de una finca de más de siete mil hectáreas, compuesta exclusivamente de bosques.

Esta finca se llama Chevagnes.

Desde hace siglos pertenece á los marqueses de Taunay, los mayores de la familia Taunay-Coulanges, como les llaman en Nivernais, para distinguirlos de sus primos los Taunay-Chatillon ó los Taunay-Montambert.

El castillo, sin arquitectura marcada, no ofrecía nada de notable, como no fuera su mole.

Chevagnes pertenecía, en el momento en que comienza este relato, á un anciano octogenario, el marqués Huberto de Taunay-Coulanges, célebre en el mundo parisiense, y que se había refugiado en él diez años antes, como un eremita, en su gruta.

Tenía por único heredero á un nieto, el con-

de Oliverio de Taunay, al cual no tardaremos en conocer.

Era, además, tutor de una huérfana poderosamente rica, Elena de Rochevieuille, su sobrina, hija del barón de Rochevieuille, muerto doce años antes, después de haberle precedido la baronesa, víctima de una traidora afección al pecho, adquirida en las veladas y demás fiestas del gran mundo.

Elle aimait trop le bal, c'est ce qui l'a tué.

(El baile le gustaba demasiado, ¡y el baile la mató!)

Comenzaba el mes de junio.

Eran las diez de la mañana.

Una joven de diecinueve á veinte años abrió una de las ventanas del primer piso, perteneciente á uno de los pabellones del extremo del castillo, hácia Poniente, y se asomó.

De aquella joven no se podría decir que era una belleza.

Era mas bien baja que alta; y aprisionaba su flexible talle con un corpiño de lana gris, muy sencillo, adornado con puños y cuello de terciopelo color oscuro.

Sus negros y hermosos ojos de conmovedora y triste expresión, orlados de negras pestañas, respiraban bondad, debilidad mas bien.

Su tez, de suyo pálida, lo parecía mas aun por el contraste del hermoso y castaño cabello, cuyos rizos caían sobre la frente; y el pei-

nado lo formaba un ancho retorcido, sujeto con una cinta negra.

Permaneció un instante contemplando extasiada el esplendoroso panorama que se ofrecía á su vista.

Se distinguía á lo lejos la veleta de la iglesia de Chevagnes, rodeada de casitas, habitadas por campesinos.

Para ir del castillo á la iglesia era preciso recorrer cerca de una legua de la misma finca.

En las vacaciones del año anterior salió del convento de Nevers, donde su tío la habia tenido durante su adolescencia, Elena de Rochevieuille, y salió para no volver á entrar. Había terminado su educación.

El anciano la tuvo á su lado. Y no hizo esto á humo de pajas. Delicada y dulce, como ya hemos indicado, llevaba con gusto aquella existencia monacal, por nada turbada.

Esta monotonía solo dejaba de existir durante los viajes del conde Oliveiro de Taunay y también durante las visitas de los que habitaban los castillos vecinos, quienes eran acogidos con la espléndida hospitalidad que permitía la gran riqueza del anciano marqués.

De algun tiempo á esta parte, el conde Oliveiro, que rara vez abandonaba ántes su magnífico hotel de la avenida Matignon, iba con frecuencia á Chevagnes y permanecía allí más gustoso y por más tiempo que en otras ocasiones.

Elena hubiera podido sospechar que ella

era la causa de semejante cambio, y hasta lo sospecharía quizás; pero desde luego ni se envanecía ni regocijaba por ello.

Pronto sabremos á qué obediencia semejante mudanza.

Cuando más absorta se hallaba, entregada á sus ensueños, un hombre, joven aun, salió de la planta baja del edificio, bajó la escalinata y al pasar cerca del balcón á que estaba asomada la joven, levantó la cabeza.

—Buenos días, Elena.

—Buenos días, primo.

—¿Ya levantada?

—¿Y vos?

—Voy á vagar por el campo.

—Muy poético estais Oliverio.

—Dadme una rosa, os lo ruego.

Ella alcanzó una del rosal, cuyas ramas se entrelazaban á los hierros del balcón, y se la arrojó.

El la recibió, colocóse en el ojal de su chaquetón de terciopelo negro, saludó sonriendo á Elena y se fué.

Si hubiera podido ver más allá de la doble hilera de árboles que se interponía entre ella y el de la chaqueta negra, hé aquí lo que hubiera visto.

II

El conde Oliverio de Taunay, puesto que no era otro que él, anduvo con paso rápido cerca de dos kilómetros á través del bosque, sobre la vertiente que se extiende frente

al campanario de Chevagnes, y tomando hacia la izquierda, hallóse en otro valle, bañado por otra corriente de agua.

A orillas del pequeño estanque había una casita de un solo piso, como si dijéramos acurrucada en el fondo del valle, entre el bosque y el agua.

El paraje en que estaba situada esta poética vivienda, cubierta de enredaderas, era encantador.

Lugar conocido por el Gue-aux-Biches.

Al llegar al borde del estanque, el conde se ocultó detrás de un viejo roble, que no podía ya con el peso de los años. Y oculto allí, aguardó.

Llevaría en aquel sitio cinco minutos escasos, cuando un hombre que calzaba polainas y llevaba la carabina al hombro, apareció en el dintel de la puerta.

Una placa de plata adherida á la bandolera, ostentaba las armas de los Taunay. El traje era de paño azul.

Después de lanzar un silbido, acercósele, andando lentamente, un hermoso perro.

El hombre se llamaba Lucas Fargeas, y era uno de los guardas de la finca, que en aquel instante se ponía en camino para empezar su ronda por el territorio.

Lucas era bajo y rechoncho. Tendría unos cincuenta años.

Para trazar su retrato, diremos que la cabeza era cuadrada, el cuello musculoso, la frente ancha y abultada; el cabello rojo, las cejas levantadas, los ojos redondos y salto-

nes, pero expresivos; la nariz aplastada; los labios gruesos y las mandíbulas acentuadas; la barba corta y ancha; el color moreno; curtido el cutis por el aire y el sol del campo. Este es el personaje que se hallaba al servicio de los Taunay, y cuyo puesto habian ocupado, desde más de un siglo, sus antepasados.

—Cinco minutos después, mientras Lucas se alejaba tranquilamente á través de los bosques, tarareando una canción de caza, confiado y feliz, puesto que no tenia otra ambición que la de vivir como sus predecesores en aquella finca de la que disfrutaba tanto como el mismo marqués; cinco minutos después, repetimos, una mujer salía á su vez con paso ligero de la misma vivienda y llevando una cesta al brazo.

Esta mujer, ataviada con una falda corta á rayas grises y negras, y con un pañuelo á la cabeza, como lo usaban las bordelesas, aun cuando pudiera ya tener cuarenta años, no los representaba.

Apresurémonos á decir que era la señora Fargeas.

Su fisonomía no era del mismo país que la de su marido.

Si la del guarda era defectuosa, grosera, inculta y dura, la otra era viva, sonriente y simpática.

La señora Fargeas era de baja estatura y morena. El cabello, que parecía de brillante azabache, coronaba su rostro, perfectamente ovalado como el de una estatua griega.

La edad marcaba ya su huella en aquél cutis, sólo comparable al de las sicilianas.

De cerca hubiérase podido observar que comenzaba á tener algunas arrugas en la frente y junto á los ojos. Los labios carecían de la frescura de los veinte años; pero el conjunto era todavía atractivo y hablaba muy en favor de la pasada belleza.

Si la realidad tendía á desaparecer, el recuerdo, en cambio, no podía ser más patente.

La señora Fargeas había sido muy hermosa, en efecto.

Era natural de Córcega.

Lucas Fargeas, de guarnición en Sartene, donde cumplía el tiempo de servicio, caso con ella veintitres años antes del en que comienza este relato.

Llamábase Catalina Ricci, y pasaba, cuando se casó, por la muchacha más hermosa del cantón.

Pero era pobre como los pobres de Córcega, esta isla extraña y magnífica; quiere esto decir que no poseía ni una pulgada de terreno, ni un castaño, ni una choza, ni una cebra, ni nada, en fin.

Se dirigió camino del estanque, ganó un sendero pedregoso que desemboca en la pendiente opuesta á la en que había desaparecido Lucas Fargeas, y desapareció también hacia el pueblo de Chevagnes.

Entonces, y como si hubiera estado esperando que Lucas y su mujer se ausentaran; el conde salió de su escondite, y tomando por un sendero trazado á orillas del

agua, encaminóse hacia la casa del guarda.

El conde Oliverio era un robusto joven de veintinueve á treinta años y se distinguía por su elegante y atractiva figura.

La chaqueta de terciopelo negro realzaba la belleza de su rostro, de fresco y blanco cutis como el de una mujer.

Un sombrero de fieltro, color gris, completaba el atavío y sentaba muy bien á sus abundantes cabellos de color castaño claro.

Frente alta, barba sedosa, nariz recta, mirada límpida, atrevida y bastante dura si se la observaba atentamente; el cuerpo flexible y robusto á la vez. Esta podría ser su filiación.

En París pasaba por un joven á pedir de boca, un perfecto hombre á la moda.

Era maestro en el manejo de las armas.

Osado caballero, valiente jugador, hombre ingenioso y cínico, no reconocía otra ley que su capricho, ni otro Dios que el placer, sin escrúpulos ni prejuicios, pródigo al extremo de derramar á manos llenas el oro que su abuelo economizara, personificaba á maravilla la época que precedió á la gran revolución, y que va desapareciendo á pasos agigantados para hacer sitio al banquero enriquecido, al *parvenu*, que es á un tiempo mezquino y fastuoso, al tendero millonario que, á pesar de su lujo, conserva el perfume del mostrador y de la trastienda, sin poder desterrar sus antiguas costumbres.

Con un flexible bastoncillo en la mano, subió los dos escalones que lo habían de conducir á la casucha de los Fargeas.

La puerta estaba abierta.

Oliverio llamó suavemente.

—¡Solange!

Nadie contestó.

Llamó nuevamente y con más fuerza; pero no satisfecho con esto, penetró en la casa.

Hallóse en una sala muy espaciosa.

Colocada en el centro, se veía una sólida mesa de aya.

Algunas sillas de junco, otros varios trastos de madera, cacerolas de bronce y de cobre, colgadas en la pared y sobre la chimenea, y algunos fusiles colocados en hilera, en una especie de armero, completaban el mobiliario.

Un reloj de pared, colgado en un rincón, dejaba oír el acompasado tic-tac de la péndola.

La casita no se componía más que de dos ó tres habitaciones bajas que rodeaban á la sala.

Y en el fondo estaba la escalera que conducía al molino.

El conde, muy intrigado al hallar la casa vacía, comenzaba á experimentar verdadera contrariedad.

Si de un año á entonces hacía tan frecuentes viajes á Chevagnes, tenía para ello poderosas y particulares razones, que se guardó muy bien de revelar á nadie.

Esos viajes no eran precisamente para cumplir deberes de familia, pues rara vez (¡fuerza es decirlo!) se ocupaba de su prima.

Elena, que á los diez y nueve años, seguía

siendo para él la colegiala mal vestida, con los dedos manchados de tinta y desgarrada que conoció cinco ó seis años antes.

La primera impresión difícilmente se borra.

Era, pues, otro imán el que le atraía á Chevagnés y lo retenía allí.

En el colmo de la impaciencia, golpeó en la mesa con el bastón, como los caballeros y los militares de teatro llaman al hostelero para que les sirva de beber.

Entonces llamó su atención un leve ruido que parecía responder á su llamada.

Este ruido partía de la habitación situada al extremo de la casa, del lado del jardín.

El conde Oliverio sabía lo que deseaba saber.

El pájaro que perseguía no había volado, según temió él en un principio.

Volvió, andando de puntillas, hacia la puerta de la cocina, y la cerró, echando el cerrojo.

Una vez tomada esta precaución, se acercó á la mencionada habitación y llamó de nuevo:

—¡Solange!

Una voz muy conmovida, y cuyo temblor revelaba verdadero miedo, respondió:

—¡Señor conde!...

—¿Por qué te escondes?

—No me ocultó, no, señor.

—¿Qué haces, pues?

—Me estoy vistiendo.

—¡Tan tarde!

—Tengo que salir.

—¿Dónde está tu padre?

—En el campo.

—¿Y tu madre?

—Se acaba de ir al pueblo.

—¿Luego estás sola?

A esta pregunta, la voz tornóse mas temblorosa y murmuró:

—Sí, señor.

—¿Y tambien vas á salir?

—Es preciso.

El conde se echó á reir con una risa nerviosa y forzada.

—Vamos—dijo,—todos se van al campo hoy... Abre.

—Enseguida—repuso la pobre niña, cada vez más asustada.

—Ahora mismo. Tengo prisa. Necesito regresar pronto al castillo, y tengo que decirte antes dos palabras.

Oliverio trató de empujar la puerta.

Ella resistió. El cerrojo estaba echado, pero esta vez del lado de la sitiada.

Oliverio no era muy paciente, y las resistencias tenían el privilegio de enardecer sus deseos.

Hizo un nuevo y poderoso esfuerzo, y la puerta, que era bastante frágil, cedió y abrióse de súbito. El enmohecido cerrojo, arrancado de su sitio, rodó por el suelo.

Solange Fargeas, sorprendida en el momento mismo en que se abrochaba el cuerpo del vestido, lanzó un grito y se refugió cerca de la ventana.

El conde sonreía.

—¡Ah!—exclamó, sentándose en la única silla que había en la habitación—henos ya en nuestro sitio. ¡Dios! Lo siento mucho, pero...

—¿Qué quareis?—preguntó ella.

—Ya lo ves: hablarte.

La hija del guarda y de Catalina era, realmente, una maravilla.

Solange Farges era alta, pero no del todo desarrollada aún.

No llevaba adorno ninguno en la cabeza; el cabello era de color castaño y tenía vetas rojas que le daban un atornasclado y precioso matiz.

Tenía la misma edad de Elena de Rocheville.

Azules, oscuros, casi negros, eran los ojos, que brillaban como dos brasas de fuego en su blanquísimo rostro, pálido, al extremo de que parecía no tener un átomo de sangre en las venas.

En pie, temblorosa, no hizo el menor movimiento, y esperó.

—Tú no ignoras que te adoro—repuso el conde con algo de burlona impertinencia. Hace seis semanas que te repito esto mismo todos los días y en todos los tonos. Y no es precisamente por el palmito de las maritornes del pueblo, por lo que permanezco aquí tanto tiempo... Es por ti, sólo por ti. Eres una muchacha encantadora, y si quisieras no te ajarías en este rincón del mundo sin nadie que sepa admirar tu belleza... Tu sitio es otro: es París, la luz, el resplandor de las

lámparas, que se reflejan en miles de espejos; debes vivir entre doradas molduras y pisar magníficas alfombras; debes vestir soberbios trajes de larga cola y lucir ricas alhajas en el cuello, en los brazos, en las manos y en las orejas. Antes de seis meses estoy seguro de que serías otra mujer; es decir, la más elegante de las parisienses, una princesa de aquellas de los cuentos de hadas.

—No puedo.

—Sí, ya lo sé—dijo él desdeñosamente.—

Vicente me ha enterado en dos palabras de tus asuntos. Estás enamorada, según parece, de cierto rústico que te plantará en cuanto haya logrado lo que desea.

—Roman Tremor es un hombre honrado que jamás me ha dicho nada que sea ofensivo—contestó ella con viveza.

—No lo dudo; pero el campesino, por regla general, es interesado, y tú no tienes un céntimo, ¡pobre niña mía! Y este es un gran obstáculo. Vivimos en plena época de positivismo. Me refiero á los demás; puesto que yo siento verdadero desprecio por el dinero.

Oliverio trató de sujetar á Solange para atraerla á sí. Ella resistió y se alejó, dando dos ó tres pasos.

Lo reducido de la estancia no le permitía ir más lejos.

—Os lo ruego, señor conde, dejadme. ¡Si mi padre entrara!—exclamó ella.

—No entrará. De ello cuida maese Labranche, su jefe; que se lo llevará del lado opuesto. Puedes estar tranquila.

Esta afirmación no tranquilizó á Solange. Antes por el contrario.

Sus dedos se crisparon de cólera, y buscó con la mirada un arma cualquiera para poder defenderse con ella.

No halló ninguna.

De unos días á esta parte se hallaba sumamente inquieta.

Al principio acogió con secreta satisfacción las atenciones y galanterías del conde, que iba con mucha frecuencia á *Gue-aux-Biches* bajo cualquier pretexto.

¿No era él el amo de todo aquello?

¿La posición del pobre Lucas no dependía de su voluntad? Sin duda; los Fargeas no eran ricos en *Gue-aux-Biches*, pero vivían con cierta independencia, ni envidiosos ni envidados y no les faltaba nada. Los Taunay no despedían jamás sin motivo á sus servidores,

Tenían, pues, el porvenir asegurado.

Oliverio se presentaba rodeado del prestigio de su nombre y de su título, y también con el de su distinción, elegancia y juventud.

Pero Solange adoraba á un sér á quien había dado el alma entera.

Y quería conservarse pura para ese cariño.

Así es que las ardientes miradas del conde, en contradicción con la irónica satisfacción que revelaban sus palabras, la advertían del peligro.

¡Peligro mucho mayor de lo que ella se figuraba!

Había desencadenado, con su presencia, una

verdadera tempestad en aquel calavera de cínica conducta.

El conde se había propuesto que fuera su amante.

Aquella mañana, al ir á *Gue-aux-Biches*, juróse que de mal ó buen grado la conseguiría.

Después de todo, no esperaba una tenaz resistencia. Eso de que la hija del guarda, una *vasalla*, como las de remotos tiempos, pudiera resistir á sus antojos, se le hacía increíble.

—Esencha—dijo acercándose á la desgraciada, presa cada vez de mayor espanto, aun cuando trataba de disimularlo;—no sé que tienen tus ojos, despiden fuego que me quemar la sangre. Aunque me lo propusiera no podría resistir. Quiéreme y obtendrás cuanto quieras.

Y todo se volvieron súplicas, ruegos, protestas. Trató de apoderarse de una de sus manos y de cubrirlas de besos, pero ella lo rechazó.

—¡No puedo, no puedo!—exclamó Solange, pálida y temblorosa.

Una angustia terrible le oprimía el pecho.

Estaba sola y la exaltación del conde era cada vez mayor y más imponente.

Trató de abrir la ventana y llamar.

El se colocó entre ella y la ventana y la detuvo.

Además, en aquel desierto, ¿que socorro podía esperar?

Quiso escapar por la cocina.

El la sujetó, cerca ya de la puerta, y la volvió á llevar á su habitación, más bien empujándola que dejándola andar.

En seguida se entabló una lucha innoble, en la que Solange demostró una energía que nadie hubiese podido esperar de ella.

Al fin, con los puños acardenalados y destrozados los dedos, Solange cayó á los pies de Oliverio.

—¡Piedad!— exclamó con las manos extendidas, —os lo ruego.

Hubo un instante de vacilación; pero al ver aquel rostro inundado de lágrimas, despeinado aquel hermoso cabello, un diabólico pensamiento se apoderó de él.

Se hallaba en uno de esos apasionados momentos en que el hombre se embrutece.

—¡Canalla!— dijo entonces ella.

Esta palabra hizo en él el efecto de un látigazo.

No se oía en la casa más ruido que el del reloj de pared.

En aquel momento, una mujer vestida de harapos, con el cabello encanecido ya, surcado de arrugas el rostro, que conservaba algo aún de la pasada belleza, sin edad fija que calcularle, flotando entre los cuarenta y cinco y cincuenta años, llevando á la espalda un haz de leña seca, apareció por medio del camino á que da la parte interior de la casa del guarda.

Colocó el haz en el suelo, y allí, junto á su carga, se sentó con objeto de descansar un instante.

De pronto le pareció escuchar que lloraban dentro de la casa.

III

Al decir que se descubrían rasgos de belleza en el semblante de aquella mujer, nos dirigimos á los observadores.

A primera vista, aquel ser cubierto de harapos, que sólo la lluvia lavaba, destrozados, sin forma y sin color, era la más viva representación de la miseria.

Cuando se vela sola, convencida de que nadie la observaba, sus ojos, de un gris opaco, casi muertos delante de gente, centelleaban de ingenio y de malicia desde las dos huecosas cavernas donde estaban hundidos.

Signió escuchando, atenta al menor ruido, y, encogiéndose de hombros, se dijo:

—¡Habré oído mal! Y, no obstante, me pareció que lloraba Solange.

Sus delgados labios adquirieron una expresión de triunfo.

Acarició con los nerviosos dedos el paquete que había colocado junto á ella, y gruñó:

—¡Un motivo más para que ese malvado de Labranche no me persiga!

Vicente Labranche era el primer guarda de aquella propiedad. En realidad se llamaba Vicente Thiriot; pero en honor á la tradición, conservó el sobrenombre de Labranche, que llegó á ser verdadero apellido de familia.

La mujer sentada junto al barranco, á dos

pasos de la casa de Fargeas, era una temible cazadora furtiva; y en el haz de leña seca llevaba escondidas dos liebres á que había echado el lazo aquella misma mañana en las tierras del señor de Taunay.

Esta mujer, á causa del importante papel que ha de desempeñar en la presente historia, merece que nos ocupemos detenidamente de ella.

De su figura era inútil decir más; como no sea que era alta, delgada y desgarbada; parecía un esqueleto.

Apenas contaría cincuenta años.

Peró representaba sesenta, por más que conservaba extraordinaria energía, á despecho de tan débil apariencia.

Nadie adivinaba, al verla entonces, que comenzó por ser la más elegante de las criadas al servicio de la madre de Oliverio de Taunay.

El amor la había perdido, y la miseria se encargó de ajar y afeár su rostro y deformar su cuerpo.

Su historia era bastante extraordinaria.

Veinticinco años antes, hallándose con su señora en el castillo de Chevagnes, se enamoró de un herrero que vivía en el pueblo y se llamaba Plácido Simón.

Este era gallardo mozo y muy diestro en su oficio. No sólo erraba cosas de poca monta, sino que fabricaba buenas carretas y hasta calesas.

Así es que en poco tiempo dejó de ser pobre, y llegó á reunir algún capital, con el

cual compró, al casarse, un terreno situado á trescientos metros del pueblo, con un cortijo en ruinas que hizo reedificar, y en el cual estableció, de un lado su vivienda y de otro el taller y la fragua, que llegó á ser un establecimiento tan acreditado como favorecido.

Hubiera podido vivir dichoso en unión de la mujercita á quien tanto amaba, justo es decirlo, con un verdadero y apasionado amor.

Peró, ¡siempre hay un peró fatal en la vida! el terreno aquel bien cultivado y que ocupaba dos fanegas de tierra, lindaba con el bosque de Chevagnes.

Esta vecindad, que parecía sin importancia, fué la perdición del herrero.

Llevaría allí poco tiempo, cuando en más de una ocasión, al levantarse á la salida del sol ó al dar una vuelta á su propiedad mientras el sol se ponía, vió diez ó más liebres, que, sorprendidas por aquel transeunte nocturno ó matinal, ganaban á todo correr el bosque que las protegía.

Simón, al principio, se contentó con el simulacro de asustarlas, extendiendo los brazos ó un simple junquillo que usaba siempre en sus paseos; pero en seguida pensó que estaba en su casa, en su terreno, y que provisto de escopeta, en vez de bastón, hubiérase procurado un buen guisado de liebre, ó unos cuantos conejos que, para hacerlos suyos, no tenía otro trabajo que el de agacharse y cojerlos.

Durante algún tiempo, se defendió de tamaña tentación; pero un día, en el mes de

julio, al abrir la ventana, á eso de las tres de la madrugada, para que se refrescara un poco la habitación, vió dos liebres, asustadas por el ruido que él hiciera; y entonces su deseo no reconoció límite, y procurándose una escopeta, se prometió aprovecharla en la primera ocasión.

Y aquella misma noche, á la claridad de la luna, el primer disparo resonó en aquel recinto, donde hasta entonces no se escuchó más ruido que el del martillo dando en el yunque; y Simón, radiante de alegría, entró en su casa, llevando cogida de las orejas una imprudente liebre que, enfurecida, meneaba las patas.

El animal, que por cierto era una soberbia pieza, fué la primera señal de la irrupción.

Desde aquel día, Simón descuidó su fragua. Los clientes rara vez le encontraban en ella; y si por acaso estaba, después de las noches pasadas en el bosque, oculto en alguna encrucijada de aquel país, tan apropiado para el desarrollo de la furiosa pasión que se apoderaba de él; después, repetimos, de todas estas fatigas, claro está, no pensaba sino en dormir, y rehusaba el trabajo con que le brindaban; así es que los parroquianos concluyeron por abandonar aquel establecimiento ó ir á otro.

Poco á poco la pereza dió al traste con el bienestar de aquel matrimonio que, no obstante, siguió muy unido, y en el cual ¡caso raro! la penuria no engendró las consiguientes querellas.

Y el herrero fué para los guardas, los colonos y todo Morvan, á seis leguas á la redonda, no Plácido Simón, sino Simón el furtivo, Simón el astuto, Simón el nocturno.

Los esposos adelgazarón, en vejecieron por momentos; y, al igual de sus ropas, convertidas en harapos, ellos caminaban también á la más espantosa miseria!

La casa se derrumbaba, el techo era una criba; la fragua quedó, como Pompeya, envuelta en nubes de ceniza y de polvo. ¡Todo eran ruinas!

La Simona, tan coqueta cuando era sirviente, y se llamaba Juliana, se trocó, ¡ella también! en *Ave de rapina* y otros insultantes apodos, á causa de la situación de su marido, y llegó á ser tan temida como éste.

Llegó á adquirir una habilidad prodigiosa en tender lazos.

El matrimonio, vigilado no solamente por los guardas de Chevagnes, sino por los de los castillos cercanos, puesto que ejercían en todas partes su industria, fueron condenados veinte veces por los jueces de Chateau-Chinon.

Nada los detenía; pero nada detenía tampoco la creciente miseria que pesaba sobre ellos.

Destruyeron multitud de liebres; pero no bastaba matarlas; era indispensable venderlas.

Los compradores las obtenían por una friolera.

Los Simones se hallaban en la misma si-

tuación de los bandidos que ceden el botín á sus encubridores por un pedazo de pan.

Más á pesar de todo, del sufrimiento, el cansancio y el fastidio, la pasión de cazar en vedado se desarrollaba con la misma fuerza en el ánimo de la Simona que en el de su hombre.

Por lo demás, era una mujer indomable.

Más es forzoso decir, en honor á la justicia, que si esta pareja era terrible para las liebres, resultaba en cambio, muy dulce para con el mundo; Simón, sobre todo, era de una mansedumbre ejemplar. Procuraba, claro está que no lo cogieran *infraganti*; pero cuando por casualidad caía en el garlito, huía de aparentar hasta el menor asomo de rebeldía.

Complaciente, atento y hasta sumiso parecía incapaz del más mínimo conato de violencia.

Con todo, los Simones habían reconcentrado enorme provisión de enojo y de odio.

Arrojados, perseguidos como bestias feroces por las gentes de Chevagnes, hubieran despojado á estas, si la extensión del dominio no hiciera irrealizable sus exterminadores deseos. Detestaban al jefe de los guardas, Vicente Labranche, y también á los Taunay; pero más que al marqués y á su fiuto, á Labranche.

La *Bigornia* hubiera dado diez años de vida por colgar á este último de uno de los árboles del bosque, y presenciar regocijada sus últimas convulsiones.

Solo una persona, un hombre, le inspiraba

simpatía, á pesar de pertenecer al personal del castillo, donde todos eran enemigos suyos.

Ese hombre era Fargeas.

El padre de Solange no era menos celoso en el desempeño de sus funciones que los demás sevidores, pero guiado por la consideración, hacía la vista gorda.

La *Bigornia* podía, pues, pasar osadamente con el haz á la espalda cerca de él. Porque él, temeroso de hallar *contrabando*, no lo registraba.

Y pensaba que un poco de leña verde y una ó dos liebres no suponían nada en las tierras que él guardaba.

La Simona no ignoraba estos rasgos de bondad, y le consagraba, en el fondo de su alma, tanto reconocimiento como odio sentía por Labranche y los del castillo.

Estimaba también á Solange y á su madre; cenoció á ésta cuando ella se hallaba al servicio de los Taunay, en ocasión del matrimonio de una y otra.

Y pasaba horas enteras en *Gue-aux-Biches* hablando del pasado y recordando la época en que mecía en su cunita á Solange, recién nacida.

Y más de una vez sus ojos se llenaron de lágrimas.

¡La que era hoy *ave de rapina*, lloraba por la que fué, en aquella época de juventud y felicidad, *la hermosa Juliana!*

Después de oír aquel lamento, permaneció inmóvil en el mismo sitio.

Y así pasó un cuarto de hora.

Entonces se deslizó á lo largo de la tapia y oyó la voz de un hombre, mas no consiguió enterarse de lo que éste decía.

Pocos momentos después la puerta de la casa se abrió del lado opuesto al camino, y por ella salió un hombre.

La *Bigornia* se escondió en el foso.

—¡Oh! ¡oh!—pensó—¡un galán! ¿Será Román Tremor?

Sus pasos no eran los de un campesino.

Además, Román Tremor vivía en el pueblo, y para regresar no hubiera tomado el camino que aquel hombre emprendía, sino otro diametralmente opuesto.

Y aquel otro hombre iba en dirección al castillo.

La *Bigornia* se deslizó con precaución hacia la casa, y, oculta tras unas matas, conoció enseguida el sombrero y el chaquetón del conde Oliverio.

Este se detuvo, encendió un cigarro y volvió á tomar el camino, triunfante como un conquistador y alegre como unas pascuas.

La Simona lanzó un juramento.

—¡Santo Dios!—exclamó—debi habérmelo figurado. Sus frecuentes paseos á Gué-aux-Biches, sus conversaciones en el bosque con la muchacha no eran más que para perderla.

Se rascó la oreja, apretó los labios, dirigió una mirada al haz, dentro del cual dormían las liebres, é indecisa, adelantó unos pasos para cerciorarse de que nadie la observaba.

Pero variando de parecer, lo colocó en el barranco, y llamó á la ventana.

Al principio nadie contestó:

Llamó de nuevo y gritó:

—¡Señora Fargeas!

La voz de la *Bigornia* era enteramente varonil y ronca; esto último no es de extrañar, toda vez que la infeliz pasaba las noches á la intemperie y acostándose junto al primer matorral que hallaba al paso.

Solange la conocía mucho. La *Bigornia* no iba nunca á Gué-aux-Biches sin detenerse en casa del guarda, casa hospitalaria por excelencia para ella y para todo el mundo.

Al cabo de un instante se abrió la ventana.

—¿Sois vos, Simona?—dijo la joven.

—Sí, soy yo—contestó la mendiga, mirándola fijamente con aquellos ojos claros, que brillaban como los de un basilisco.

—¿Qué se os ofrece?

—¿No está ahí tu madre?

Para la *Bigornia*, la hija de Fargeas era siempre la niña que vió nacer.

—No.

—¿Dónde está?

—En Chevagnes: ha ido á casa de los Tremor.

—¡Buenos amigos vuestros!

—Como de todo el mundo—añadió Solange, queriendo aturdirse con sus propias palabras.

—Y muy buena gente; rica, considerada...

—repuso la *Bigornia*.—¿Qué ha ido á hacer tu madre en casa de los Tremor?

—Fué en busca de provisiones.

—Bueno. ¿Y tu padre, tampoco está ahí?

—No.

—Es verdad. Lo distinguí desde el valle Riaut, con ese Labranche, que parecía quererle alejar de estos lugares... ¡No sé dónde ni cómo tengo la cabeza! Estoy perdiendo por completo la memoria. ¿De suerte que estabas sola poco há?...

Solange se ruborizó.

—¡Sola!—contestó titubeando—ya lo creo.

—Es raro. Dejé mi carga en tierra y me senté para tomar aliento.

—Y...—preguntó la jóven.

—Nada, que me pareció haber oído hablar en la casa.

—¡Ah! ¿Creísteis?

—¡Una idea! Hasta se me figuró oírte llorar en el momento mismo en que yo salía del bosque. Y ahora que ya he descansado, voy á continuar mi camino. Pero me siento débil.

—¿Queréis un vaso de vino?—preguntó Solange.

—¿Vino? Eso nunca se rehusa. Pero no quiero sino una gota.

—Entrad, Simona.

La mendiga no deseaba otra cosa; y no se hizo de rogar. Entró más pronto de lo que Solange pensara. La pobre muchacha, en su aturdimiento, olvidó cerrar la puerta.

En la lucha que sostuvo con el conde, cayósele á este, cerca de la misma puerta, un tarjetero que tenía grabada una corona.

La *Bigornia*, agachándose precipitadamen-

te, lo recogió y se puso á observarlo fingiendo curiosidad.

—¿Qué es esto?—preguntó, acercándosele mucho á los ojos.—¡Qué bien huele esta piel! ¡Y tiene una corona! ¡Veo que recibes visitas que valen la pena, niña mía, mientras tu madre está ausente. Ya no me extraña ver siempre al conde por estos alrededores. Tus hermosos ojos lo atraen. Está bien. Pero será preciso ocultar tus aventuras. ¡Si Fargeas las supiera, no las aprobaría, de hijo, y fuera muy sensible causarle semejante pena. ¡Un hombre tan honrado como él! ¡Tan distinto de ese ladrón de Labranche, que está de centinela mientras su amo engaña á las muchachas!

Lágrimas de despecho arrasaron los ojos de Solange.

—Comprendo que sabéis más de lo que parece—repuso la muchacha.—Lo he comprendido en seguida por vuestra actitud. No sois de esas á quienes se engaña fácilmente, Simona. Tomad, bebed, y no os priveis de nada. De sobra sabéis que mientras haya un pedazo de pan en Qué-aux-Biches, es para partirlo con vos. Así lo desean mis padres. ¡No tienen nada suyo!

Y Solange colocó sobre la mesa una suculenta merienda que la pobre mujer devoró con deleite.

—Esto es exquisito—dijo, saboreándolo.—Da la vida. Me siento revivir.

Y poniéndose de codos sobre la mesa, y mirando fijamente á la muchacha, añadió:

—No te equivocas; efectivamente, estoy más enterada de lo que parece. Y he visto salir á ese hombre, que se alejó tarareando alegre canción. ¡Desgraciada niña!

—¡Oh, sí, muy desgraciada!—dijo Solange rompiendo á llorar. ¡Ay, Simona, si supierais!...

—Vino, te trastornó con sus promesas; lo comprendo todo. ¿Pero no te había ya ofrecido darte cuanto quisieras, una noche en que os paseábais á la caída de la tarde, allá en la encrucijada de Buttes?

—¿Estabais allí?

—Yo no; Simón. ¿Qué te decía el conde?

—Que me llevaría á París, que no me faltarían casa, joyas, trajes. En fin, palabras.

—Puede lo que quiere. ¡Es tan rico!

—No es su fortuna lo que deseo, sino permanecer en este pueblo y pasar una vida tranquila cerca de mis padres... y...

—¿Y de Román Tremor?

—Sí.

—Puesto que tanto te quiere, cástate con él.

—¡Ay, Simona!

Solange prorrumpió en sollozos.

—Sí, comprendo, has sido débil... Es el año...

—Estais equivocada,—dijo Solange con viveza.

Entonces refirió á Simona todo lo ocurrido. La prueba estaba allí.

No había más que ver su descompuesto semblante para comprender el dolor y la vergüenza que se habían apoderado de ella.

—¡Estoy perdida—exclamó—perdida completamente!

Simona trató de consolarla como mejor pudo.

Poco después distinguieron á la señora Fargeas, que venía camino del estanque.

La *Bigornia* se llevó un dedo á los labios, imponiendo silencio.

—¿Qué hacer?—dijo Solange, desesperada.

—Callar y esperar. ¿Qué sacarías ahora con hablar? Los Taunay son poderosos, y tú saldrías perdiendo; nadie te creería... Ven á ayudarme á cargar el haz, y oculta tus lágrimas.

Guardóse el tarjetero del conde en el bolsillo, y salió, seguida de Solange, en el momento mismo en que entraba la señora Fargeas.

—Ma moría de debilidad—dijo,—y este ángel de Dios, al darme un vaso de vino, me ha dado la vida, querida señora mía.

—Ya sabeis, Simona, que podeis disponer de lo poco que tenemos—contestó la mujer del guarda, sin fijarse demasiado en la mendiga.

Una vez en el camino, la *Bigornia* recogió del barranco su haz, y sin necesidad de que Solange la ayudara cargó con él y continuó andando, acompañada de la afligida joven.

Quando se vió lejos de la casa del guarda, examinó la cartera.

No contenía sino tarjetas, con el siguiente

nombre, precedido de un escudo de armas:

CONDE OLIVERIO DE TAUNAY

Avenida Malignon.

—Lávate los ojos con agua fresca, hija mía, que no se te conozcan las lágrimas—dijo,—y regresa despacito á tu casa. Yo volveré y hablaremos. Adiós, monina.

De *Gue-aux-Biches* á la fragua de Simón, hay, lo menos, tres cuartos de legua.

—¡Me sorprende—pensó la *Bigornia* al entrar en su casucha—que Simón no esté ya de vuelta!

Y en seguida ocupóse en encender algunas ramas secas para calentar el escaso almuerzo.

Poco después, como oyera que alguien venía corriendo por detrás de la casa, se asomó á la ventana que da al bosque.

Era Simón, que llegaba azorado, con aire feroz, sin sombrero ni escopeta y con un corzo sobre los hombros.

Escaló la ventana; de un salto se puso en la cocina: escondió el animal bajo un montón de leña, despojóse de la chaqueta que llevaba porque tenía manchas de sangre, y á toda prisa se puso otra completamente limpia.

Y sentándose en un taburete, frente al fuego cerca de la mesa, donde la Simona acababa de colocar dos arenques ahumados, pan moreno y un cántaro de agua, adoptó la tranquila actitud del más pacífico é inocente campesino, que se dispone á almorzar.

Momentos después llamaron fuertemente á la puerta.

IV

La *Bigornia* comprendió en seguida lo que pasaba.

Con la mirada, con el gesto, Simón se lo había revelado todo.

Con la punta del dedo tocó á su marido en la espalda, y luego, mirando en torno del cuarto, se dirigió lentamente hacia la puerta.

Y en tanto, con el harapo que le servía de pañuelo, limpió una mancha de sangre que había caído sobre el arca de la cocina.

—¡Abrid la puerta, voto á mil diablos!—gritó desde fuera una voz ruda.

Ella obedeció gruñendo.

—¡Paz, paz!

En tanto, el antiguo herrero, con un cuchillo en una mano, y el pan en la otra, miraba irónicamente á los recién llegados.

Labranche se presentó sudoroso, sofocado, rojo de ira.

—Os felicito—dijo—maese Simón; sois ligero como un ciervo.

—Hubiera desafiado á los guardas del cantón en la carrera con esperanza de ganar, pero seguro de perder si vos hubieseis sido de la partida.

Sentáos—continuo el cazador furtivo.—Hay un taburete para vos.

—Efectivamente,—dijo la mujer—porque los alguaciles no quieren molestarlos por nos-

otros. Por fortuna, Simón y yo nos casamos previéndolo todo. Así es que conservamos la cabaña; de otra suerte ya nos hubierais puesto de patitas en medio del campo, ¿no es verdad?

—No se trata de nada de eso—repuso el guarda.—Hace un instante me hallaba yo en la *Chesnaie*, y de pronto oí un disparo. Ribout, que estaba conmigo lo oyó también.

—¿Ribout?—dijo el cazador furtivo.—¿Dónde está? ¿Lo habeis perdido en el camino, maese Labranche?

—Ese es asunto mío. Al momento de disparar, el cazador emprendió la fuga.

—¿Se puso en salvo el infeliz?—interrumpió la *Bigornia*?

—A todo correr, y con una liebre á la espalda. Lo ví perfectamente y le conocí.

—¿Le conocisteis?—preguntó Simón, sin perder detalle.—¿Luego os hallábais cerca de él?

—No muy lejos.

—Vamos, que solo os faltó echarle la mano encima. ¿De qué lado venía?

—Dentro de un instante os lo dirán.

—De seguro que no sería de Chevagnes.

—¿Quién sabe!

—¡Son tan buenas gentes las de este lugar!—dijo Simón muy dulcemente.—No seáis capaz, maese Labranche, de causarles tan gran perjuicio, solo por una bestia que se come todo el sembrado.

El guarda, al hablar, miraba intrigado en torno de la casa.

El rincón donde estaba escondido todo lo que el otro trajera, y el haz de la *Bigornia*, le ocupaba más que nada, y no podía apartar de allí los ojos.

Ella lo notó, y con mucha naturalidad sentóse encima, procurando arreglar la falda de manera de ocultarlo debajo.

Fué una operación poco afortunada.

El haz, casi desliado, rodó por el suelo.

Labranche se abalanzó á él, y sacando una liebre por la oreja—preguntó:

—¿Qué significa este animal?

—Esto,—dijo tranquilamente la *Bigornia*;—es un mal bicho, que nos estropeaba el jardín. No hay ningún mal en ello; se que no es crimen destruirlas bestias que tanto perjudican.

—Es bonito, este jardín—dijo el guarda—señalando el inculto terreno donde los árboles parecían esqueletos.

—¿Qué queréis, Labranche?—repuso ella.—No se puede sembrar nada por causa de las dichosas liebres.

En este momento apareció otro guarda.

Simón no se inmutó.

Pero la *Bigornia*, furiosa, exhaló un grito.

—¡Santo Dios!—dijo—esos ladrones han descubierto su escopeta. ¡Estamos perdidos.

Y ántes que el recién llegado tuviera tiempo de oponerse, ella se precipitó y arrancó, de manos del guarda, la escopeta de su marido, cogiéndola por el cañón, sin fijarse en el riesgo que corría.

—¡Con lo que ganamos nuestra vida!—exclamó—rugiendo como una leona.

—Es una desgracia—dijo el marido,—lanzando una feroz mirada á Labranche.

—Ya temeros al cazador—repuso el guarda—ahora falta la caza.

—La *Bigornia*, temblorosa, feroz, se había parapetado, con la escopeta al hombro, entre los guardas y el monton de leña, dispuesta á defenderse á toda costa.

Y sacando la otra liebre del haz, la arrojó á diez pasos de ella y á los piés de Labranche.

—Estoy en mi casa—exclamó.—No tenéis derecho á estas pesquisas. Confesad, maese Labranche, que nos tenéis mala voluntad y no perdonais medio de buscarnos querrela. Estais cogido. Si tocáis á la liebre, disparo. Y amacilló la escopeta.

Daba horror verla. Sus ojos echaban chispas.

Simón la apaciguó, haciéndole seña de que se calmara.

—Déjalo—indicó él con dureza.—Retira la escopeta. Ese hombre es mi amigo. Después de todo, ellos cumplen con su deber. No hay más que hablar.

Labranche sostenía la liebre sin ocuparse para nada de la *Bigornia*. No era bueno, pero sí valiente.

—¡Y dos nada menos!—exclamó el guarda.—¿Será la mujer quien las haya robado?

—No; he sido yo—contestó resueltamente Simón,—y lo he hecho la noche pasada en

mi recinto. Es preciso defenderse; ya podreis calcular... De otra suerte, nos devorarían vivos.

La *Bigornia* obedeció á su marido. Apretóla la escopeta, no sin haberlo desarmado, entre sus brazos, cual si temiera que los guardas volvieran á apoderarse de ella.

Pero los guardas no pensaban en semejante cosa.

Se ocupaban en registrar los haces y troncos colocados en el rincón.

—No digas nada—dijo Simón en voz muy baja á su mujer.—Estoy cogido. ¡Ahí está el cuerpo del delito!

En efecto, allí estaba.

Labranche descubrió otra pieza y la tiró por los aires.

—¡Una hembra!—exclamó.—¡Qué destrucción! Tres de un golpe. Esto debe pagarse caro. La justicia se encargará de ello.

—Sea.

—Habrá cárcel para algún tiempo.

—Vamos á ver, Labranche—repuso la *Bigornia*:—el bosque es inmenso... Si no os cogieran algunas liebres, estas acabarían por comeros. Fijaos en mi hombre. No tiene vida ni para dos días. ¡Solo le quedan huesos y pellejo! ¡Está enfermo!

—¡Enfermo y corre como un ciervo!

—¡Caramba, cuando se tiene miedo!... ¿Queréis, pues, acabar con él?

—No quiero nada. Cumplo con mi deber y de lo demás no me ocupo.

—¡Si va á la cárcel, en ella se quedará!

30559

—Menos trabajo para nosotros. Corriendo tras él nos exponemos á pescar una pleuresía, por lo menos.

—¡Vamos, Labranche! Un impulso generoso!

El guarda se encogió de hombros.

—Os dejo los animales. Preparaos. El proceso saldrá dentro de un cuarto de hora para Chateau-Chinon.

—No teneis piedad de los pobres, Vicente? pensadlo bien; quizá os llegue á pesar.

—Cállate—seguía diciendo Simón con la mayor mansedumbre—es sabido que los ricos están siempre por encima de los pobres. Ellos tienen su bienestar y hacen perfectamente en quererlo conservar. Si nosotros estuviéramos en su caso haríamos otro tanto.

—¡Loado sea Dios!—dijo Ribout,—esta es una persona razonable.

—Buenas noches—repuso Labranche.—Dentro de poco sabreis á qué ateneros; y presumo que maese Simón vá á pasar el verano á la sombra.

—¿Y yo? ¿Qué será de mí?—dijo la *Bigornia*.—¡Me moriré de hambre!

—Echareis vuestros lazos—dijo el guarda dando un puntapié á la liebre que había quedado en el suelo. Eso aprovecha. Pero procurad no ser vista; pues tan cierto como me llamo Vicente ¡diantre! os aseguro que lo habeis de pasar mal. Hasta la vista.

Y salió seguido de su acólito.

Cuando ya estaban fuera del patio, preguntó la mujer:

—¿Y tu perro?

—¡Toma! es verdad—dijo Simón levantándose súbitamente.—¡Me había olvidado de él, pobre amigo!

Corrió hácia la ventana, é introduciendo los dedos en la boca, lanzó uno de esos estridentes silbidos que se oyen á gran distancia.

Prestó atención. Nada se oía.

—¡Es raro!—exclamó.

Entónces llamó:

—¡Ravaud!

—Nunca se separa de tí.

—Es verdad.

—¡Si le habrán hecho algo!

—No lo creo.

—Labranche es capaz de todo.

—¡Qué desgracia!—exclamó Simón.—Un perro tan hermoso y tan noble!

Sin acabar el miserable almuerzo, armóse de un bastón de hierro y se dispuso á salir.

—¿Adónde vas?—preguntó la *Bigornia*.

—A buscarlo. Aunque haya de registrar todo el bosque, he de dar con él. ¡Si lo han matado, habrán cometido una verdadera maldad! ¡Que me lleven á la cárcel, si quieren, pero mi pobre Ravaud!

—¡Vé, amigo mío—dijo la mujer con tristeza;—pero auguro una desgracia!

Y lo vió desaparecer por el bosque, silbando á más y mejor.

Decididamente estaban en desgracia; pero al meter la mano en el bolsillo tocó el tarjetero de Oliverio.

—¡Qué ideal!—se dijo.—Si yo fuera al castillo y le hablase, ¡quién sabel...

Cogió una de las tarjetas del conde y escribió una fecha, 6 de junio de 1867, la guardó en el cajón de la vetusta mesa, restó apenas conocido del pasado esplendor, volvió á guardar el tarjetero en el bolsillo, y salió.

V

La señorita Elena de Rochevieuille, después de haber contemplado hasta la saciedad el inmenso horizonte que se descubría desde su balcón, entró en su gabinete, pieza por cierto adornada con mucha sencillez, que servía de sala, y que completaba la habitación que le habían destinado en uno de los pabellones del castillo.

Escribió durante largo rato, cerró la carta y puso en el sobre estas señas:

«Señora de Montambert, hotel de Montambert, calle de la Ville-Leveque, París.»

Poco después llamaron á la puerta.

—Adelante,—dijo ella.

Y se presentó un viejecito envuelto en una bata á rayas, cubierta la cabeza con un casquete de terciopelo marrón; la mirada era viva é inquieta, alegre todavía; y él era pálido y delgado.

No era otro que el marqués de Taunay, propietario del dominio de Chevagnes, abuelo de Oliverio y tío de Elena.

Esta se levantó y acudió presurosa y sonriente á su encuentro.

—Buenos días, tío,—dijo presentándole la frente para que la besara.

—Buenos días, niña mía, buenos días,—contestó él, y la dió un beso.

—¡Qué perfume tan agradable exhala tu cabello!—dijole con la amable galantería propia de los viejos.

—Mi buen tío!

—Tenemos que hablar seriamente.

—¿Seriamente?

—Sí, de negocios.

—¿Negocios? ¡Me asustais!

—Es preciso—siguió diciendo el anciano—convengo en que es asunto enojoso; pero insisto en que es indispensable. Dame una silla, porque quizá no sea corta la conversación.

—¿Se trata, pues de algo muy grave?

—¿Que si es grave? Aguarda un poco. Vas á convencerte pronto.

—Francamente, me haceis temblar.

—No me sorprende—repuso con agrado el viejo.—Hay motivo para ello.

Dejóse caer en el cómodo sillón que su sobrina le acercó, sacó del bolsillo una tabaquera de oro, y al mismo tiempo no dejaba de mirar á Elena, cuyo semblante revelaba viva ansiedad.

Quizá adivinara el palpitante asunto de que se iba á tratar.

Ella volvió á sentarse en el mismo sitio que ántes ocupara y aguardó impaciente que el marqués comenzara á hablar.

No es posible imaginár semblante de ex-

presión más escéptica, burlona é irónica que la del marqués, en cuyo arrugado y apergaminado semblante brillaban los ojos cual si fueran dos linternas colocadas en descarnada máscara.

La vida de aquel hombre había sido muy accidentada.

Su hijo, á los treinta y siete años, murió, víctima de un accidente de caza. Un amigo le mató.

Por más que se echó tierra al asunto, nadie de los alrededores de Taunay creyó en que fuera una torpeza la causa de semejante desgracia.

Como el conde Rolando se hallaba escasamente á veinte pasos del otro cazador, en campo raso, cuando recibió en el pecho una descarga destinada á un faisán; como además pasara el amigo, y no sin razón, por excelente tirador, no era admisible eso de que á la casualidad tan sólo se debiera tamaña catástrofe, sobre la cual no pudo el conde dar explicación ninguna, porque cayó exánime.

Aquella *casualidad* tenía su origen; según decían, Rolando era el amante de la mujer de su amigo.

Algunos días después, la viuda de Rolando se envenenó tomando, equivocadamente, según decían también, gran dosis de opio con el inocente fin de poder conciliar el sueño...

La infeliz tenía la desgracia de adorar á un marido que no lo merecía.

Así es que el anciano marqués se halló,

después de esas desgracias, al cuidado de dos menores; por más que uno de ellos no debía tardar en llegar á la mayoría de edad, ¡y á abusar de ella también!

Llamábase este Oliverio de Taunay-Coulanges, y como era el hijo del conde muerto en la cacería y de la condesa envenenada, era el nieto y único heredero de los títulos y bienes del señor de Taunay-Coulanges.

Conocemos también á la otra pupila del marqués.

Era también huérfana, pero de resultas de fallecimientos más naturales.

Su padre, el baron de Rochevieuille, antiguo coronel de dragones, murió á causa de una herida recibida en Crimea; su madre de una afección pulmonar.

El baron y su mujer habían vivido en la unión más perfecta.

Se adoraban, y puede asegurarse que su Elena era una verdadera hija del amor.

El conde Oliverio no siguió al abuelo en su retiro al fondo de los desiertos del Morvan.

Desde su mayor edad, residió en París, en el hotel de Taunay, avenida Matignon, y no hacía á su abuelo sino cortas visitas.

Poseía, de sus padres, ciento cincuenta mil francos de renta, y del marqués debía heredar el triple de esa cantidad.

Estaba pues en condición la más envidiable para gozar de la juventud; y así lo hacía.

Altanero y vicioso como el duque de Richelieu, y escéptico cual su abuelo, no creía sino en el placer, estimando que los plebeyos

no eran de carne y hueso como él, pues para él no había más mundo que *el gran mundo*; Oliverio debió nacer siglo y medio antes.

Su prima Elena, por el contrario, era una mujer superior; dulce, generosa, delicada, tierna.

Hasta el otoño anterior había pasado diez meses del año en el convento de Nevers.

Creemos inútil decir que era muy rica.

Después de la muerte de sus padres, el marqués había acumulado á sus rentas las economías que llegaban á la respetable cifra de millón y medio de francos.

No había hecho sino cumplir con su deber.

Pero este ahorró en favor de su pupila, halagaba su principal manía.

El señor de Taunay-Coulanges había tenido, sucesivamente, tres pasiones en su ya larga existencia.

La primera duró hasta los cuarenta años.

Se comprende que se trataba de las mujeres.

A esa edad, y por efecto de ciertos excesos, el médico le advirtió que sería prudente renunciar á tan peligrosas voluptuosidades.

El marqués no fué desobediente, pero se entregó á otra pasión: la gula.

Y no hubo en París mesa que pudiera rivalizar con la de Taunay.

A los sesenta años, el estómago hastiado le hizo traición.

Buscó entonces, á lo filósofo, y para abreviar el tiempo, otro goce que pudiera reemplazar aquellos; y no encontró nada mejor

que la satisfacción de empaparse, digamoslo así, en el oro, y sumergir las manos, como en un baño, para manejarlo hasta la saciedad.

Esta pasión brutal, á la que había sido extraño durante los dos primeros tercios de su existencia, se apoderó luego de él como se apodera una querida joven de un amante viejo.

Á los ochenta años lo dominaba por completo. Estaba vencido, esclavizado. No vivía más que para extasiarse contemplando sus tesoros, como los sacerdotes de Budha.

Para entregarse por completo á ese culto, rompió poco á poco con el mundo, cual los monjes retirados en la soledad.

En su retiro de Chevagnes, no tenía ocasión de gastar.

El inmenso castillo estaba casi inhabitado.

Un pabellón tan solo servía de residencia al dueño.

Y allí concluía sus días en compañía de un ayuda de cámara tan viejo como él, y á quien el resto del personal, cocheros, cocineros, jardineros y guardas consagraban el consiguiente respeto, puesto que el señor Dionisio llegó á ser el verdadero dueño de la casa.

Ya hemos dicho que después de su salida del colegio, Elena ocupaba un compartimiento completo al otro extremo del castillo.

No veía á su tío sino á las horas de comer.

El resto del tiempo trabajaba en compañía de un ama de gobierno, Eugenia Laruette, doncella que fué de su madre, que no abandonó á la hija para quien también fué buena.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
ALFONSO REYES
1625 MONTERREY, MEXICO

servicial y afectuosa. Todo el mundo la estimaba.

Así que el marqués se hubo instalado cómodamente frente á Elena, al mismo tiempo que tomaba un polvo de rapé, estudiaba la expresión de aquel semblante delicado y encantador.

Pero si las facciones de la joven respiraban dulzura y bondad, las del anciano en cambio revelaban travesura y malicia. Era un epícuero egoísta y despreocupado.

—De sobra comprenderás que si tomo esta solemne actitud, por mas que me presente en bata y con casquete, lo cual tiene disculpa á mis años, es porque se trata de asunto importante. ¿No lo adivinas?

Ella bajó los ojos.

—En fin; hablemos claro. Puedes confiar-me todos tus pensamientos, tus deseos ó tus repugnancias. Soy tu tutor, y por tanto el encargado de tus intereses. Tu madre era hija de mi hermana. Y yo te quiero á tí como si fueras hija mía. Ya me conoces, no soy ningún tirano. No es, pues, mi intento condenarte á morir de aburrimiento en esta fortificación. Estás ya en edad de casarte. ¡Y estoy seguro de que piensas en ello más de dos veces al día!

—Pero, tío...

—No me lo niegues, pues te advierto que no estoy dispuesto á creerte.

—Querido tío, os juro...

—No jures; faltarias á la verdad.

—Nada de eso.

—Bueno, conveganos en que no te pasa por la idea semejante cosa. Mi deber es velar por tí, y soy hombre que no falta á su obligación. Pero la dificultad está en encontrarle marido... se entiende, marido digno de tí. ¡Y esto ya no es tan fácil! ¡No lo hay!

Elena fijó en su tío sus hermosos ojos, y le dijo:

—¿Eso creéis?

—Estoy seguro—dijo el viejo, aspirando con delicia el rapé.—Pero comprendo al mismo tiempo que no es lógico exigir un imposible. Cuando no se puede hallar lo bueno, debe uno conformarse con lo mediano. Además, la experiencia me ha demostrado que toda mujer bonita, dulce, rica, é inteligente como tú...

—Tío, por Dios.

—No es lisonja, es dueña de su suerte. Ella es la que seduce, la que vence, la que manda en su amor... quiero decir en su marido.

Elena bajó la cabeza y no contestó.

—Después de este exordio—repuso el marqués—voy al asunto. Te he buscado marido, y tengo uno que ofrecerte. Pero te advierto que dista mucho de ser perfecto. Le conozco muchos defectos, que podría llamar vicios; pero la experiencia me ha hecho indulgente.

—¿Qué defectos?

—Desde luego es egoísta.

—¡Oh!

—Sumamente egoísta. ¡Todos los hombres lo son! Además, es pródigo.

—¡Oh!

—Todos los hombres no lo son. Yo, por ejemplo, soy económico como una hormiga; pero también fui pródigo en mis mocedades. Varía uno tanto!

—¿Qué más?

El anciano apretó los labios.

—¡Bah! Es preciso instruirte: nada hay tan peligroso ni tan tonto como la ignorancia. Es amigo de placeres, calavera, libertino.

—¿Jesús, tío!

—Es preciso que los hombres comiencen por ahí para que concluyan siendo formales. Hablo sabiamente. ¡No de otro modo se adquieren provechosas experiencias! Además, es un defecto que todavía tiene cura.

—¿Es eso todo?

El marqués, dando un prolongado suspiro, repuso:

—¡No!

—¿Qué más hay?

—Es jugador!

—Si se cura de eso como de todo lo demás!... —insinuó Elena con cierta ironía.

—¡Hé ahí el mal! Ese vicio se agrava con el tiempo, mientras que los otros, con el tiempo disminuyen y llegan á desaparecer por completo. Lo del juego es, pues, lo más grave, pero considero que tampoco sea un obstáculo.

—¿Conque creéis eso, tío?

El marqués acercóse más, y tomando la mano izquierda de su sobrina, la acarició con sus apergaminados dedos.

Evidentemente llegaba á la parte más delicada del asunto.

—He contado con tu corazón—dijo, procurando dar dulzura á su acento, siempre mordaz,—con tu valor, inteligencia y virtud, que tanto admiro. ¿No adivinas?

Ella respondió en voz muy queda.

—Se trata de mi primo!

—De Oliverio, efectivamente.

La señorita de Rochevieuille dejó caer la cabeza sobre el pecho, quedó pensativa y en actitud sombría.

El heredero de los Taunay-Coulanges no era su ideal.

Quizá otra imagen se hallara grabada en su corazón; pero el viejo, por si acaso, procuraba borrarla.

—Deseo hacerte solidaria nada menos que de la honra de la familia—repuso con vehemencia,—de su porvenir y de su prosperidad. No hay tampoco que exagerar el peligro. Con toda idea he recargado de tintas negras el cuadro. Tus bienes estarán garantidos. Un buen régimen dotal cuidará de ello. Oliverio ha abierto algunas brechas en su patrimonio. El no lo confiesa, pero yo tengo buena policía y lo he averiguado. Se taparán esas brechas con tu dinero. Y á mi muerte heredaréis el mio. No os compadezcáis. Llegaréis á reunir unas ochocientas mil libras de renta, sin contar el hotel de Taunay, que es una buena finca y que será vuestra también. ¡No se me oculta que es un rasgo de valor y abnegación lo que he venido á pedirte, Elena

zia! Apelo á tu corazón, tan grande y tan noble. Eres buena, encantadora... Tu sacrificio tendrá recompensa. Oliverio te amará; si así no fuera, sería un monstruo. ¿Qué decides?

El rostro de Elena revelaba amargura.

—¿Estais muy encariñado con ese proyecto, tío mio?—pregunto.

—Mucho.

—Y Oliverio, ¿qué opina?

—He querido consultarte antes de hablar con él.

Ella titubeó un instante.

El marqués, tratando de dar naturalidad á su actitud, tomó de la caja de oro polvo de rapé.

—¿Rehusas?—dijo.

—No.

—No esperaba yo menos de tus buenos sentimientos.

—Pero deseo reflexionarlo.

—¿Mucho tiempo?

—Esta noche os contestaré.

—¿Tan pronto?

—Os lo prometo.

El viejo se levantó y volvió á besar á Elena en la frente.

—¡Es de raso!—murmuró.—¡Oh, juventud!

—¿Tenemos gente á comer?—preguntó ella.

—Creo que sí... nuestros vecinos los Fro-mont, los Souvray...

—¿Y Oliverio, dónde está?

—No lo sé: vagueando por ahí probable-

mente. No está quieto un momento. Pero tú le tranquilizarás.

Elena levantó los ojos al techo.

Cuando se quedó sola, rompió la carta que acababa de escribir.

—Escribiré otra esta noche,—pensó.

En efecto, el conde Oliverio, á fuer de futuro condicional, apenas estuvo al lado de su prima.

Ya sabemos adonde iba de ordinario, y cual era el objeto de sus excursiones.

VI

Serían las cuatro de la tarde cuando la mujer del herrero llegó al castillo, á la sazón en que el conde Oliverio se paseaba por la terraza acompañado de su abuelo, que se apoyaba en su brazo.

Las ventanas del salón se hallaban abiertas, y las notas de una melodía de Schübert, tocada al piano, se perdían en el espacio y prestaban mayor encanto y poesía á aquella hermosa tarde.

—¿Os conviene la futura, señor mío?—decía el anciano?

Oliverio hizo un gesto de indiferencia.

—En todos sentidos—contestó.—No es posible hallar nada mejor para mujer propia. Yo deseaba una criatura esbelta, de sedosa cabellera, hermosa dentadura, tez transparente y blanca, distinguida presencia... Y Elena reúne todo eso. Os agradezco, pues,

que me hayais proporcionado ese dechado de perfecciones.

—¿No habíais pensado en ello?

—Os aseguro que no. Pero estoy dispuesto á casarme con ella cuando ella quiera.

El marqués, dirigiéndole penetrante y maliciosa mirada, le dijo:

—No sé si la señorita de Rochevieuille me agradecerá más adelante que haya pensado en unirle á vos para perpetuar la raza de los Taunay!

—¿Y por qué no?

—Hablemos claro. Se oyen cosas estupendas sobre vuestra conducta.

—¿Y qué dicen, señor?

—Que sois un mal sujeto; un seductor sin decoro, que jugáis en grande; que pasáis la vida en repugnantes orgías y que ni con los años tenéis reflexión, como fuera vuestro deber.

—¿Qué quereis, señor? Soy el vivo retrato de mis antepasados; quienes no pensaron sino en divertirse y galantear; y ya sabeis que hasta las mismas mujeres, en nuestra familia, representaron también ese papel, y á las mil maravillas por cierto... Pensaban como vos y como yo, que como mejor puede emplearse la juventud es utilizándola para el placer... Además tengo fortuna y la gasto. Seguro estoy de que si me condujera de otra suerte no estaríaís satisfecho.

Y sonriendo con mucha finura añadió:

—¿Me equivoco, abuelo?

—Vais á ser incorregible. Os temo. Pero

volvamos al matrimonio. Quiero creer que os conducireis como es debido.

—No lo dudeis.

—¿Cuándo quereis que tenga lugar la boda?

—Cuando os plazca. Dentro de dos ó tres meses, si así conviene á mi prima.

Bien; he ahí todo lo que tenía que deciros. ¡Ah! se me olvidaba. ¿Qué es eso que me han contado?

—¿Sobre qué, señor?

—Que de un tiempo á esta parte frecuentais demasiado los alrededores de Gué-aux-Biches.

—¿Está prohibido pasar por ese lado?

—Habita por allí una joven que, según malicio, os gusta demasiado...

—No recuerdo, señor.

—Haced un esfuerzo. La hija del guarda.

—¿Solange Fargeas, por ventura?

—La misma.

—¿Y bien?

—Me hareis el favor, por más de un motivo, de no seguir galanteando á esa niña...

—¿Qué motivos son esos?

—Primero, por vuestro propio interés.

—¿En qué lo comprometo?

—Puede resultar de eso un escándalo, que si llega á oídos de Elena dé al traste con vuestra boda. Luego, no hallareis en parte alguna, y en nuestra clase ménos, una mujer que os convenga tanto como vuestra prima, tengo la seguridad.

—Efectivamente.

—Por otra parte, Fargeas es un antiguo servidor, de quien necesito, y me causaría gran contrariedad verlo disgustado, con sobrado motivo.

—¡Landables sentimientos!

—Caballerito, me quedan algunos.

—¿Y qué más?

—Solange, que es preciosa criatura, tiene por madre una corsa. Y ya sabes que estas mujeres suelen ser peligrosas cuando se ven ofendidas.

—¿Eso es todo?

—No. La susodicha muchacha debe casarse, según dicen, con un tal Román Tremor, del pueblo de Chevagnes. Los Tremor están muy bien, y son tan fieros como susceptibles. No creo que sea necesario tener enemigos.

—¿Supongo que no os inspirarán miedo los palurdos esos?

—Ninguno; pero deseo vivir en paz con mis vecinos. Siempre se ha dicho que no hay enemigo pequeño. Estais advertido Oliverio.

—Mil gracias, señor.

El conde, con aire de conquistador, añadió:

—¡Es una preciosidad, abuelo, y á fé que la tentación es fuerte!

—¡Así era yo á su edad!—pensó el anciano.

Luego, en tono severo y alzando la voz, repitió:

—¡Estais advertido!

Iban á separarse, cuando les llamó la aten-

ció el ladrido de unos perros que se hallarían á cincuenta pasos de distancia.

Los perros, como dice la Fontaine, detestan á las gentes mal vestidas, y más si son mendigos.

La *Bigornia* era la personificación de la miseria.

Al notar la presencia del abuelo y del nieto, se detuvo junto á un árbol.

Ella hubiera querido hablar á solas con el conde Oliverio; y al verlo en compañía del anciano marqués se preparaba á retirarse, cuando uno de los palafreneros, que salía en aquel momento de la cuadra, la conoció.

—¿Qué es eso?—preguntó el marqués.

La Simona se presentó, siempre seguida de los perros que no cesaban de ladrar.

Iba tan abatida, que representaba setenta años.

—Soy yo, señor marqués,—dijo con voz lastimera.

—¿Qué se te ofrece?

—Necesito de vuestra protección. Vicente Labranche ha procesado á Simón, señor marqués.

—Ya lo sé. Ha hecho bien. Ese Simón es un hombre incorregible.

—No lo niego; pero si me quedo sola en la casa, ¿qué va á ser de mí? Tened piedad. No olvidéis que estuve, en otro tiempo, al servicio de la señora condesa.

—Piensa que una docena de lobos no causarían más daño que el que causa tu marido. No hay más remedio; tiene que ir á la cárcel.

—¡Ay!

—¡Vete, vete!

—Perdonádnos, señor marqués. Simón está enfermo. Es para poder pagar las medicinas por lo que ha cazado furtivamente.

—Ha hecho muy mal de todos modos.

—Es indudable.

—En otro tiempo vivía honradamente de su trabajo. ¿Porqué no ha seguido así? ¡Mal asunto es el suyo! ¡Vivis á costa del robo! ¡Vete!

—¡Señor!

—Que aparten de aquí á esta miserable ordenó el viejo, llamando á dos criados que presenciaban la escena.

—Dejádnos en paz—dijo con menos actitud Oliverio.

—Si me he atrevido á llegar al castillo he sido para traeros un objeto que habeis perdido—repuso la Simona dirigiéndose á Oliverio.

—¿Dónde?

—En Gué aux-Biches.

El marqués dirigió una expresiva mirada á su nieto.

La *Bigornia* sacó del bolsillo el tarjetero que halló en la cocina de Fargeas.

—Yo creí que este hallazgo merecería algo...

—¡Nada!—dijo con rudeza el anciano. Oliverio ofreció dos luises á la mediga.

Esta los rehusó diciendo:

—El hallazgo vale más, ya lo sabeis...

Y mirándole fijamente, á par que le

había un ojo. Miró en voz tan baja que solo Oliverio pudiera escucharla:

—Soy yo quien ha recogido eso de la habitación de los Fargeas... Yo sola. Me hallé allí...

Creyé que así intimidaba al joven.

Y no consiguió su propósito.

—Entonces no ofrezco más que veinte francos,—contestó él sonriendo.—Vamos, ¿hace eso?

—No,—dijo sin titubear la *Bigornia*.—Quiero conservarlo, y escribiré en sus hojas una fecha: ¡a de esta mañana!

—Como gustes. En fin, soy buen príncipe. ¿Quieres tres luises?

—No.

—¿Cuatro?

—No.

—Cinco, ó quédate con ello y basta de jeringuillas.

Abuelo y nieto volvieron la espalda á la mendiga.

Esta, comprendiendo que todo ruego sería inútil, calculó que Simón podría hallar algún consuelo con ese dinero y optó por lo cierto.

—Caballero—dijo volviendo tras el conde, recuperad lo vuestro. Y puesto que no tenemos piedad de nosotros... ya nos veremos más adelante.

—¿Amenazas tenemos?—dijo Oliverio, mirándola desdeñosamente.

Ella en tanto extendía la mano.

El, sin tocarla, dejó caer en ella cinco luises.

—No era dinero, sino piedad, lo que yo pedía—exclamó la infeliz mujer.

Los otros no la escuchaban ya.

Llegaban al castillo.

—Vamos, vete de aquí—dijo con brutalidad un palafrenero.—No conseguirás nada. Tienes muy mala reputación.

La *Bigornia* miró al castillo. Hubiese querido derrumbarlo de un solo gesto; ¿pero qué podía ella contra tanto poderío?

Obedeció, y muy despacio tomó el camino de su casa.

A pesar de tantos pesares, el instinto de cazar en vedado no la abandonaba, y no hacía más que estudiar el terreno, la huella de las liebres, etc., etc.

Y pensaba en su hombre, ¡lo único que quería en el mundo! No podía apartar de su imaginación la pena que los jueces les aplicarían y el tiempo que los condenaran á estar separados uno de otro.

Cuando al fin llegó á la Fragua (este era el nombre que la gente del país daba á la casa de Simón, aunque no lo mereciera) serían las siete de la noche.

Temblaba de entrar en la casa. No podía dominar los más tristes presentimientos.

Simón la esperaba sentado en un banco.

Tenía la cabeza entre las manos, los codos sobre las rodillas.

La *Bigornia* se acercó, sin que él hiciera el menor movimiento, y le hizo un cariño en el cuello.

No tuvo necesidad de preguntarle nada.

—¡Ha muerto!—dijo ella.

El cazador furtivo inclinó la cabeza asintiendo.

—¿Lo has encontrado?

—No. Con seguridad lo han enterrado ya.

—¿Pero entonces?...

—He recogido un pedazo de su piel.

—¿Dónde?

—En la Roca del Diablo.

—¡Lo han matado!—exclamó aterrada la *Bigornia*.

—¡Mi pobre perro!

—También nos matarían á nosotros, si pudieran.

Simón no podía olvidar á su compañero de caza.

—Ese fué el disparo que oí cuando huía—murmuró él.—La desgracia pesa sobre nosotros.

—¡No te desespere, Simón! Después de la tempestad vendrá la calma.

—Alguien llega—dijo él.

En efecto, poco después, un hombre de elevada estatura se detuvo en el dintel de la puerta.

—¿Qué es eso?—dijo.—¿Qué ocurre? ¡Mala suerte tenéis, vecinos!

VII

El recién llegado era un robusto y hermoso joven, entre burgués y campesino, de unos treinta años de edad, vigoroso, moreno, con

barba negra y corrida, espeso el cabello é inteligente y seria la mirada.

Román Tremor pasaba por el muchacho más guapo del cantón, así como la hija de los Fargeasera, sin duda alguna, la perla del país.

Los Tremor eran unos ricos labradores de Chevagnes.

Pertenecían á una familia antiquísima.

Los ancianos han conocido siempre á los Tremor establecidos en el cortijo del Priorato, colonos al principio, propietarios luego.

El Tremor que lo cultivara cuando la venta de los bienes del clero, en el siglo pasado, no resistió á la tentación.

Compró el dominio de mala gana, pero hubiera muerto de pena si hubiera tenido que abandonarlo.

El Priorato, convertido en simple habitación rural, tiene su sello característico.

En el centro de la casa se levanta una torre de forma cuadrada.

Las paredes son muy sólidas; las ventanas estrechas.

La vivienda no se compone sino de tres ó cuatro salas; y la cocina, que es la pieza principal, nada tiene de particular, como nó sea la grandiosa chimenea, el hogar, cuya campana descansa sobre dos columnas, algo deterioradas, cuyos capiteles representan dos cabezas con los cabellos largos y enrollados al extremo, como los de los pajes de la reina Blarca.

En el fondo hay una negruzca escalera que conduce al piso superior.

El cortijo del Priorato es una buena finca.

En la época en que se desarrollan los sucesos que referimos, eran tres sus dueños: el padre, jefe de la familia, á quien llamaban el anciano Tremor, y sus dos hijos, Juan y Román.

Juan, el mayor, era un verdadero campesino, más hombrón que todos los del país, fuerte como un toro y rojo y velludo como un oso.

Tenía cinco años más que su hermano, y manejaba el negocio con honra y provecho.

Su voz era ruda, su actitud tosca y el acento de su voz imperioso; pero bondadoso á la vez.

Se comprendía en seguida que, á pesar de aquel aspecto, era un hombre bienhechor, uno de esos seres cuya dureza es sólo apariencia.

Román, más distinguido, más esbelto y más fino, no se ocupaba del negocio. Cazaba en invierno, pescaba truchas durante el verano, paseaba el arado para distraerse, ó paseábase él por el bosque.

Cuando tenía necesidad de dinero, cosa que rara vez acontecía, acudía al fondo común, única bolsa de la cual cada uno tomaba lo que le era necesario.

No es posible que existieran en toda Francia seres más unidos que los tres Tremor, padre é hijos.

Por su cortesanía y generosidad eran muy queridos en el pueblo. No tenían nada suyo. Sus bienes pertenecían á todo el mundo.

La Simona se apresuró á ofrecer un asiento á su visitante, quien sentóse al lado del herrero.

La *Bigornia* no había contestado á su pregunta.

Y Román repuso:

—Labranche ha estado en casa hace una hora. Me ha referido que se os viene encima un proceso y peliagudo.

—¡Nuestra mala suerte, señor Román!

—Pero eso fuera lo de menos...—exclamó Simón.—Sucede algo más.

—¡Que han matado á su perro!—dijo la *Bigornia*.

—¡Ravaud!

—¡De un tiro!

—¡Diablo! Eso de vengarse en los animales, no está bien. ¿Qué sabe un perro si la caza está cerrada ó no, y cuál es vedado?... ¡Ni que fuera un guarda!

—Claro está.

—En fin, ha muerto.

—¡Pobre Ravaud!

—¿No creéis, señor Román—dijo Simón,—que eso es peor que disparar á una persona?

—¡Caramba!

—Un hombre se defiende. ¡Un perro, no!

La *Bigornia* iba á dejarse llevar de su arrebatado carácter; pero su marido la contuvo con una mirada.

Entonces varió de conversación.

—No hablemos más de eso—dijo ella—es demasiado triste. ¿Habeis ido á Gué-aux-Biches, Sr. Román?

—Sí. De allí vengo.

—¿A quién habeis visto?

—A la señora Fargeas.

—¿Y Solange?

—Había salido á recorrer el bosque. La he buscado por todos lados. ¡Imposible dar con ella!

La Simona sonrió.

Parecía otra mujer. Su envejecido semblante se rejuveneció. No fué más que un relámpago, pero bastó para transformarla.

—Y puesto que no la habeis visto—dijo maliciosamente la mendiga—venís á hablarme de ella.

—¿A qué negarlo?

—¿La amais mucho?

—¡Qué si la amo! Estoy loco por esa criatura.

—¿A ese extremo?

—Al extremo de que preferiría vivir con ella en una derruida cabaña como esta, á habitar solo el castillo de Chevagnes ó el hotel Taunay en París, que por cierto dicen es magnífico.

—Ya lo creo—contestó la *Bigornia* cerrando los ojos como para recordar mejor los esplendores de la juventud,—es soberbio.

—En fin, que preferiría comer pan de munición y padecer hambre y sed...

—Como nosotros.

—A nadie podeis hacer responsable de lo que os sucede, Simona. Os habeis buscado estas desgracias. Simón tenía un buen oficio. Debisteis influir para que siguiera viviendo

de su honrado trabajo; y él, de seguro, no os hubiera desoido. Viviais entonces con toda comodidad y desahogo. Mientras que ahora prefiere pasar las noches en acecho para matar esos animalejos que luego tiene que llevar al pueblo, y por los cuales, al venderlos, apenas le dan cuatro sueldos; y esto sin contar con los guardas y los jueces que no le pierden de vista.

—¿Qué quereis, Roman!—dijo el cazador.—¿Por ventura son esos animales de la exclusiva propiedad de alguno? ¿No están hoy en un sitio y mañana en otro? ¿Hay algún propietario que los reconozca y distinga como á carneros en el aprisco? No robaré otras cosas; pero la liebre sí; en cuanto la veo le doy caza; ¡la tentación es superior á mis propósitos! Antes moriré que corregirme de eso. El bosque me atrae. Me encanta oír murmurar el viento entre las ramas de los árboles y los ciervos bramar en el monte. Cuando veo correr un corzo, experimento verdadera sensación de placer. Quizá no tenga disculpa. Por esto no guardo rencor á los que me prenden; pero en cambio al que ha matado mi perro... ¡Oh, á ese miserable!

—Vanos, no te envenenes más la sangre.

—Lo que me atormenta también, señor Roman, es que voy á estar bastante tiempo en la cárcel; y no sé qué será de mi pobre Simona, mientras me tengan allí. Estamos en la miseria; pero nos queremos mucho más de lo que se quieren los ricos. No hemos tenido jamás un disgusto.

—No tengais cuidado mi, viejo Simón; nada os faltará. ¿No es nuestro deber ayudarnos unos á otros? ¿Qué guardais ahí?

—Algunas liebres. ¿Quereis?

—Ya lo creo.

—¿Una chiva?

—Veámosla.

Simón sacó los tres animales de donde los tenía escondidos.

—¿Qué destrozo!—exclamó Román.—¿No fuera mejor que estos animales estuvieran corriendo por el campo y contribuyendo á que se multiplicara la especie?

—¿Pero cómo es posible dejarlos perder? preguntó la mujer.—¡Hermosas piezas!

—Llevadnos el ciervo. No hay luna. Se hará lo que se pueda. Lo habeis matado con plomo. Las liebres han sido estranguladas á la chita callando; no las quiero.

—Tienen colocación—dijo la *Bigornia*;—las llevaré mañana al pueblo; en casa del señor Pollét se las comerán.

—¿El jnez?

—Sí. No las desprecia... Es glotón como un pato.

—Ea, buenas noches, vecinos.

—Buenas noches, señor Roman.

La *Bigornia* acompañó á Tremor hasta el cercado.

—¿La has visto?—preguntó él.

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Está triste.

—¿Por qué?

—Hay en el castillo quien la causa disgustos.

—¿Si eso fuera verdad!

—Desconfiad. ¡Solange es tan bonita!..

—El conde se vá mañana. Acaba de decir-melo Labranche.

La *Bigornia* pensó que se iba demasiado tarde, pero se calló. No era tiempo aún de hablar.

—¿Y si os la robara?—preguntó ella.

—No hay cuidado. Solange es honrada.

—No lo niego; como no niego tampoco que el conde Oliverio es emprendedor y peligroso.

Román palideció.

—No te chancées, Simona—dijo, apretando los puños, de rabia.

—Decididamente amais á esa niña con toda el alma...

—Sí.

Cuando á la noche entraron los Simón en su casucha, á la diez, de vuelta del Priorato, con dos enormes panes bajo el brazo y seis francos en el bolsillo, la *Bigornia* dijo á su marido:

—¿Y los que han matado á Ravaud?

—El herrero contestó sencillamente:

—Hablabamos de eso á mi vuelta. En invierno son las noches más oscuras y los días menos claros, por efecto de la niebla. Ya veremos....

VIII

Al pedir á su tío que la dejara reflexionar hasta la noche, la señorita de Rochevieuille tenía sus razones.

Elena, como la mayor parte de las colegialas, acariciaba desde sus más tiernos años un ideal.

Esta quimera, que después de todo hubiera podido trocarse en realidad, tomar cuerpo y vivir, era uno de esos amores puros que á nadie se confían, á no ser que exista una íntima amiga que inspire verdadera confianza para hacerla depositaria del secreto.

Elena, que no tenía en Chevagnes esa ave rara, guardaba el secreto en el fondo de su alma. Allí rodeaba su amor de misterioso culto.

En fin, que la de Rochevieuille amaba á un joven de Morvan, y á nadie se lo había confiado, ni siquiera al ama de gobierno, Eugenia Laruette, que adoraba á su señorita, de la cual no se había separado ni aun en el convento de Nevers, donde Elena, por especial privilegio, consiguió que su acompañante ocupara una pequeña habitación cerca de la suya.

El amor de Elena era casto y digno.

Quien se lo inspiraba llamábase Roberto de Souvray.

Era tambien pariente de Elena.

Sus padres, primos hermanos. El parentesco, pues, era tan cercano como las tierras de

Souvray y de Rochevieuille, que están unas junto á otras.

Los Souvray eran dos hermanos, Roberto y Hugo.

Por desgracia, la fortuna de estos no era igual á la de Rochevieuille.

Los Souvray no poseían más que unos treinta mil francos de renta, y esto no era nada comparado con la riqueza de los Rochevieuille.

Roberto, el mayor de los Souvray, adoraba á su prima. Sentía por ella una de esas pasiones, tanto más poderosas, cuanto más antiguas y vigorosas son sus raíces.

Había conocido á Elena cuando era niña.

El tenía diez años más que ella; la había tenido en sus brazos, la había visto crecer, desarrollarse, y había, en fin, seguido paso á paso todos los de su infancia con creciente ternura.

Pero altivo y caviloso, no se atrevió ni á soñar en casarse con ella. La fortuna de su prima le asustaba, y además eso de que el anciano marqués, el irónico viejo, fuese el tutor de Elena, le inspiraba verdadera repulsión.

El escepticismo de aquel epicúreo, tan avaricioso, tan sarcástico y desdeñosamente burlesco, le indignaba.

Aunque afectuoso siempre, jamás pasaba de los límites de la amistad con su prima Elena, evitando revelar el sentimiento que le consagraba, por más que ella procuraba siempre que se determinara la explosión.

El día pasó pronto.

Llegada la noche las ventanas del gran salón de Chevagnes, iluminadas exteriormente por la luz del sol poniente y por dentro por los reflejos de la araña de cristal de roca que acababan de encender, ofrecían un aspecto mágico.

Había mucha gente en el castillo; vecinos, cazadores, que llegaron á caballo unos, en coche otros, de los alrededores.

La comida había terminado.

Cada cual se reunía según le agradaba á los grupos formados en la terraza ó en el salón.

Se hablaba de caballos, de perros, de cacerías, que es la conversación obligada de los castellanos de Morvan, plantel de los Nemrods contemporáneos, ó bien sobre moños y modas, según dominaran hombres ó mujeres.

Elena se puso al piano, preludió á la sordina una pieza muy sentimental, mientras tenía los ojos fijos en un hombre, puesto de codos en el respaldar de un sillón, á dos pasos de ella.

El joven era de mediana estatura, tez morena, enérgicas facciones, fino bigote y cabello negro; tenía el aspecto de un oficial de cazadores.

Era Roberto de Souvray.

Elena tocaba muy bien el piano; abrió un cuaderno y preludió una romanza sin canto de Mendelsohn.

El conde parecía extasiado contemplándola.

—¿Por qué no vais á hablar y á fumar con los demás?—preguntó.

—¿Y qué hago ahora?

—Me estais mirando.

—¿Está prohibido?

Ella se encogió de hombros y siguió tocando.

—Os escucho y os contemplo, Elena, lo cual resulta doble placer.

—Muy galan estais esta noche.

—¿No lo estoy siempre?

—No, —dijo ella resueltamente;— no os digo nada nuevo al aseguraros que á veces pareceis más hurraño que un jabalí de Chevagnes ó de Rochevieuille.

—¡La costumbre de vivir en el campo! ¿No es ese el destino de mi hermano y el mio? ¿No hemos nacido para brillar en el gran mundo! Con nuestros escasos bienes vivimos aquí como príncipes; en Paris nos aburriríamos mucho.

—¡Oh! si vos quisierais...

—¿Cómo?

—Os llamais el conde Roberto de Souvray.

—A mucha honra.

—Sois de muy buena familia.

—Nadie puede sostener lo contrario.

—Podeis casaros bien en cuanto os plazca.

—¿Casarme?

—Sin duda. Pues qué, ¿no existen muchas señoritas, ricas que se considerarían dichosas, muy dichosas... con poder completar con la suya la opulencia que os falta, y que sería

para ellas una gloria disfrutarla con vos?

—No sé de ninguna.

—Buscadla.

—A decir verdad, si la encontrara, siempre me asaltaría el temor de que pudieran confundir mis sentimientos con la ambición, y suponer que busco la dote, no la persona.

La señorita de Rochevieuille estaba muy nerviosa.

—Entonces... ¿qué pensais hacer?—preguntó.

—¡Yo!

—Sí, vos.

—Es de presumir que Hugo y yo permaneceremos solteros. Es el mejor partido que debemos tomar. No veo, además, la necesidad de perpetuar la raza de los Souvray.

—Eso fuera imperdonable. El nombre de los Souvray es un apellido glorioso, imaculado.

—Efectivamente. ¿Pero qué pueden hacer los que le llevan? La guerra no es sino cuestión de industria. Se prefieren los ingenieros á los oficiales. Las fortunas disminuyen. Cuando llegábamos al apogeo, caemos empujados por el vicio de una civilización harto avanzada. Lo que veo me sorprende, me duele. Y vuélvome hipocondriaco, á pesar mio. Además, para perpetuar la raza, es necesario tener una compañera, y no pienso buscarla.

—¿Y si yo os ayudara?

—Sería inútil. No quiero casarme.

—¿Esa resolución es irrevocable, Roberto?

—Ya lo creo, prima mía.

—Os encuentro muy fúnebre esta tarde— dijo ella enojada.

—Será porque me atormentan los más tristes presentimientos.

—¿Sobre qué?

—Sobre nada. ¡No es uno dueño de dominar sus ideas! Se me figura que me amenaza una desgracia.

—¿Y de dónde podrá venir?

—Lo ignoro; pero es indudable que viene. Ya sabéis que en Morván abundamos los supersticiosos.

Elena sufría cada vez más.

Levantóse de pronto, y cogiéndose fuerte-mente del brazo de su primo, le dijo:

—Demos un paseo por la terraza. Hace aquí mucho calor.

Cuando pasó cerca del anciano marqués, que se hallaba entretenido en contar pican-tes historias del tiempo pasado á varias damas, él, haciéndole seña de que se acerca- ra, le preguntó:

—¿Y esa respuesta?

—Ahora mismo la tendreis. El día no ha concluido aún.

—Es cierto. Hasta luego, pues.

Y continuando su camino, condujo al con-de hacia el lado más sombrío de la terraza.

La luna daba mayor encanto á la noche, que no podía ser más hermosa.

Elena creyó sentir que el brazo de su primo temblaba; pero el conde parecía mudo. Pasearon silenciosos durante algunos minu-tos. Ella no escuchaba sino los latidos de su

corazón y el ruido de sus pasos al hollar la arena.

—¿No me preguntais qué respuesta es esa que reclama mi tutor?—dijo al fin.

—No quiero ser indiscreto.

—¿Ni adivináis siquiera de qué se trata?

—De un casamiento, quizá.

—Sí, de una boda que me proponen; y si os he traído á este sitio, separado de todo y de todos, es para consultaros á propósito de eso.

—¿A mí!

—¿A vos! ¿No sois mi pariente y amigo?

—Ciertamente. Tanto Hugo como yo, os queremos mucho, Elena.

—¿Como hermanos!—repuso ella, con mal disimulada amargura.

El corazón de Roberto experimentó una dolorosa impresión.

—Como hermanos desinteresados y dis-puestos á todo, con tal probaros de su afecto.

—Pues bien, amigo mio, mi tío me propo-ne un marido.

—¿Quién es él?

—¿Necesito nombrároslo?

—¿Su nieto acaso?

—Sí, su nieto; es un primo mio, como vos.

—Oliverio lleva uno de los apellidos más ilustres de Francia.

—¿Y estimais eso como una cualidad?

—Sin duda. A muchas jóvenes halagaría esa petición.

Elena dió un suspiro.

—Además—prosiguió Roberto,—el conde

posee una considerable fortuna, que, unida á la vuestra, os permitirá sostener el brillo de tan linajudo nombre.

—¿De suerte que consideráis aceptable tal proposición?

—Bajo el punto de vista de lo ventajoso, es una alianza irreprochable.

—¿Y bajo otros conceptos?

—No juzgo prudente hablar mal de un pariente. Además, considero que Oliverio es un hombre muy galante. Pero lo trato poco. Nuestros caracteres son muy distintos. El vive casi siempre en París. Tiene cuanto hace falta para brillar y hacer un buen papel en el mundo. Y no tengo motivo ninguno para dudar de su caballerosidad.

El conde se esforzaba por parecer tranquilo. Sin embargo, su voz era temblorosa.

La de Elena se hizo más grave aún al añadir:

—Roberto, muchas mujeres se entusiasman con París, el mundo y las diversiones. No piensan más que en el lujo, en los halagos y en el bullicio; pero yo desprecio todo eso. Por mi gusto viviría en ignorado y tranquilo retiro, dedicada á mi marido y á mis hijos, si Dios quiere enviármelos. Y ese mundo que á otras seduce tanto, á mí hasta me asusta.

Y se acercaba más á él, en actitud casi suplicante.

El estuvo á punto de no poderse dominar. La confesión que ella esperaba pugnaba por salir de sus labios.

Pero el orgullo le contuvo.

—Las grandes riquezas imponen grandes deberes—contestó Roberto,

—¿No puede uno hacer el bien en cualquier paraje donde se encuentre, en este país, por ejemplo?

—Podreis volver y permanecer aquí todo el tiempo que os plazca.

—¿Seré acaso dueña de mi voluntad?

—Cuando el marido ama á su mujer, se acomoda á los deseos de ella.

En este momento se presentó un nuevo personaje.

Era Hugo de Souvray.

—Te buscaba—dijo á su hermano.—Los caballos esperan. Cuenta que tenemos cuatro leguas de camino. ¿Se puede saber que complot estábais fraguando en estas tinieblas?

Quizás esta oportuna intervención decidió de la suerte de la señorita de Rocheyville. Turbó el encanto bajo el cual se hallaba Roberto, é impidió la inevitable explosión del amor que invadía su alma.

—¿Consultaba á Roberto sobre mi matrimonio!—dijo la huérfana.

—¿Quieren casaros?

—Sí.

—¡Tan pronto! Cuando apenas contáis diecinueve años. ¿Y con quién, justo cielo?

—Con el señor de Taunay.

—Vamos, en familia.

—Así parece.

—¿Y qué os aconsejaba Roberto?

—Que me casara con el conde.

Hugo trató de adivinar el pensamiento de su hermano; pero en aquella obscuridad era imposible distinguir nada.

Y esta fué otra sencilla circunstancia que favoreció tan finesto resultado.

—Si él os lo aconseja....—exclamó Hugo, sin comprender la idea que su hermano mayor se llevara.

—¿Y vos?

—En ese caso seré de su opinión. Por más que no soy partidario del matrimonio.

—¿A los veinticuatro años, primo?

—Sí; no pienso casarme. A fé de morvanés. Y ya sabéis que somos muy tercós.

Hugo de Souvray tenía razón; los de ese país son los hombres más obstinados del mundo.

—¿Y per qué no os casareis?

—Porque el mundo va de mal en peor, y no veo la necesidad de crear nuevos seres destinados á ser víctimas de las vilezas y los horrores que han de suceder dentro de medio siglo.

Elena se calló.

—Como su hermano!—pensó—En fin—repuso ella después de una breve pausa—la suerte está echada. Volvamos al salón.

Los convidados comenzaban ya á retirarse. Había multitud de carruajes agolpados junto á la escalinata.

La señorita de Rochevieuille entró con paso incierto. Estaba lívida. Llevaba impreso en el semblante lo mucho que sufría en aquellos momentos.

El marqués la estaba esperando.

Al fijarse en aquella triste expresión, temió un fracaso. Tenía verdadero empeño en que se hiciera la boda.

Comprendía que Elena, cuyas virtudes apreciaba, no se casara enamorada; pero, según él, las mujeres no han venido al mundo sino á sufrir.

Acercándose á ella y acariciándola, le preguntó con paternal bondad, en apariencia:

—¿Qué teneis, niña mia?

Ella contestó secamente:

—Nada, tío.

—Pareceis turbada.

—En efecto, lo estoy.

—Una decisión de esa índole... Es natural.

¿Y qué habeis resuelto?

Ella titubeó un instante.

—Hablad sin miedo—repuso el marqués. Vuestra voluntad será acatada. Ansío que seais dichosa; no soy un tutor de comedia.

Y añadió bajando más la voz:

—Tú lo sabes.

—Sí, tío.

—¿Y bien?

Ella entonces, dirigiendo una mirada llena de dolor á los dos hermanos, y con el corazón desgarrado, dijo en alta voz:

—¿Que se cumpla vuestro deseo!

—¿Lo has decidido?

—Sí.

Pronunció con firmeza esta palabra, que resonó dolorosamente en el alma de Roberto.

El marqués llamó á su nieto, y con acento solemne é irónico á la vez, exclamó:

—Caballero, dad gracias á la señorita de Rochevielle, porque consiente en hacer vuestra dicha.

El conde Oliverio no omitió detalle de cortesía.

Dirigió galante sonrisa á su prima, inclinóse, cogióle una mano, la tuvo entre las suyas un instante y luego la llevó respetuosamente á sus labios.

—Señores—dijo el marqués dirigiéndose á los convidados—tengo la satisfacción de participarles el próximo enlace de la señorita de Rochevielle, mi sobrina y pupila, con el conde de Taunay-Coulanges, mi nieto; y les ruego que me concedan el honor de asistir á la boda, que tendrá efecto dentro de tres meses en la capilla del castillo.

A esta noticia siguió un concierto de felicitaciones.

Cuando le llegó el turno al conde de Souvray, que se acercó el último, llevó á sus labios la mano de Elena, la besó, saludó luego al marqués, y montando después á caballo se alejó precipitadamente con su hermano.

Desde la ventana, Elena le siguió con la mirada, no solo hasta perderlo de vista, sino hasta que dejó de escuchar el trote de los caballos.

Entró pensativa y triste en su habitación. ¡La suerte estaba echada!

Miró la mano que Roberto había besado. Estaba húmeda. Una lágrima había caído en ella.

Y sacando del bolsillo un magnífico pañuelo de encaje, limpió con él aquella lágrima.

Dobló luego cuidadosamente el pañuelo, y lo guardó con intento de no volver á usarlo más.

Deseaba convertirlo en reliquia de amor; ¡de un amor que en lo sucesivo debía ahogar en el fondo de su alma!

IX

*Elena de Rochevielle á Luisa de Montambert,
calle de la Ville-l'Evêque, en París.*

»Mi querida Luisa:

»Te escribí esta mañana desde mi cartuja de Morvan para distraerme. Acabo de romper la carta. Desde que la metí en el sobre hasta este momento, han sucedido tantas otras cosas, que más bien parece escrita hace un siglo.

»El pasado ha muerto para mí. El porvenir comienza.

»En una palabra, me caso... dentro de unas semanas; ¡ya estoy comprometida!

»He dado mi palabra. ¡Esto equivale á decir que ya estoy cautiva!

»Son las once de la noche. Estoy sola, cerca de una ventana abierta de par en par, y diviso la inmensidad de los bosques y de una hermosa noche de verano. Me entrego á los más encantadores ensueños.

»Yo debiera ser feliz. ¡Te figurarás que experimento esas mismas alegrías tan dulces, tan vivas que me has descrito en tus cartas y que sentistes al casarte con el marido á quien amabas! Pues te engañas si tal crees. Experimento un doloroso vacío en este corazón que debiera estar lleno de ilusiones... Experimento la misma sensación que debe experimentar la esclava cuando la entregan á su nuevo dueño. Me horroriza lo desconocido. Las más sombrías ideas turban la paz de mi espíritu.

»¿Por qué? Me sería difícil explicarlo.

»Quiero persuadirme de que estoy en un error.

»Pero en realidad estoy turbada, inquieta, y tu felicidad me haría envidiosa, sino me me inspiraras un cariño verdaderamente fraternal, que nada ni nadie puede borrar.

»Esperaba ¡yo también! llegar algún día á casarme con el hombre que me inspirara amor, que realizara todas mis ilusiones. No tengo secreto para tí. Te confieso que en mi aislamiento acaricié un proyecto. Y te aseguro que, en este instante, no me atrevo á consultar mi corazón, ¡puesto que ya no me pertenezco!

»No sé si recordarás que te he hablado repetidas veces del conde Roberto de Souvray, mi pariente en el mismo grado que Oliverio.

»Roberto y su hermano están en Morvan y son los vecinos más próximos al castillo Rochevieuille, inhabitado desde la muerte de mi padre. No son ricos, pero sí dos corazones

muy nobles; son dos seres bienhechores y pundonorosos.

»Intrépidos cazadores, arrebatados lugareños, demasiado altivos para vivir en París en una medianía á la que no están habituados, se resignan á vivir encerrados en sus tierras de Souvray, que no han dividido, y en las que viven haciendo cuantos beneficios pueden.

»El padre, engolfado en infinidad de insensatas empresas, disipó la mayor parte de su patrimonio. Pero ellos jamás se permitieron la menor queja respecto de esa conducta.

»Te lo confieso; si Roberto hubiera caído á mis piés, si hubiese pedido mi mano, mi mayor felicidad hubiera sido concedérsela.

»Mi tío me comunicó esta mañana sus proyectos. ¡Ay! yo los presentía desde hace tiempo, y no sin miedo, veía acercarse el momento en que me los expresara.

»¡Y ese momento ha llegado!

»Antes de dar una respuesta definitiva, quise hablar con Roberto y consultar su opinión.

»Yo contaba con que se opondría á ese enlace y adivinaría los motivos que me impulsaban á pedirle un consejo semejante.

»Pero me engañé. ¡No me ama!

»Me contestó con toda gravedad que ese matrimonio me convenía; que el marqués de Taunay-Coulanges ostenta uno de los nombres más ilustres de Francia, y posee además una gran fortuna; y, en fin, que lo noble de la raza me obligaba á unir mis bienes á los de Oliverio.

»¡Esas palabras me desgarraron el cora-

zón! El llanto me ahogaba cuando oí tan glaciales palabras.

»He seguido su consejo.

»Al volver á entrar esta noche en el salón, dije á mi tío en alta voz que daba mi consentimiento.

»Roberto se mostró muy reservado y no demostró emoción ninguna.

»Sin embargo, al irse me besó la mano; y no sé si me he equivocado, pero me pareció que derramó una lágrima; ¡él, que tiene la energía de un hombre y la dureza de un campesino de estos salvajes contornos!

»¡Quizá he obedecido demasiado pronto á un sentimiento de ira y despecho! ¡Pero ya lo hice!

»El matrimonio se efectuará dentro de tres meses.

»Adios, mi Luisa; ¡quisiera estar alegre, y tengo ganas de llorar!

»Recibe un beso fraternal de tu amiga.

ELENA.»

Luisa de Montambert á Elena de Rochevaille.

«Siempre has sido sentimental hasta la exageración, mi dulce Elena; y este exceso de romanticismo te proporcionará muchos disgustos.

»En cuanto á mí, te diré que me ha causado verdadera alegría la noticia que me das, y aplaudo resueltamente tu resolución.

»No tendría perdón de Dios que te enterraras vivas en esos tenebrosos bosques y te enclaustraras entre las tristes murallas de tu castillo.

»El conde Oliverio, tu futuro, es un elegante de alto vuelo, hombre de mundo y *sportsman* distinguido.

»He tenido el gusto de bailar muchas veces con él este invierno. Valsa con una ligereza incomparable. Nos une verdadera simpatía.

»No estés celosa. Nuestro trato no puede ser más platónico.

»No me explíco por qué este no ha de amarte con tanta vehemencia como tu cazador silvestre, esos semisalvajes que deben aburrirse de lo lindo y aburrir á los demás con sus feroces aficiones.

»No, querida mía, eres demasiado hermosa, demasiado aristócrata para vivir fuera de París.

»El egoísmo exige que te hable así. En París te veré. Mientras que ahí te me escaparas, puesto que no he de tener jamás suficiente valor para sacrificar te los goces de mi mundanal existencia.

»Apresúrate á venir. Piensa que necesitas y mereces espléndidos trajes, preciosos sombreros, soberbia ropa blanca, elegante calzado y magníficas alhajas.

»Al consentir en esta unión tan ventajosa, has estado en lo cierto, cual tu primo Souray ha tenido la lealtad de confirmar.

»No niego que hubieras podido dulcificar

las costumbres de esos rústicos, dominarlos y traerlos á París.

»Pero la empresa era arriesgada.

»Estoy encantada, y te abrazo, por la alegría que me has proporcionado.

»LUIZA.»

«1.º P. S.—Toma el tren y ven enseguida. Te hallarás bajo la vigilancia de mi madre, que es un dragón de rectitud y virtudes.

»2.º P. S.—¿De dónde has sacado que siento por el barón, mi esposo, una pasión tan viva? Cuando lo conozcas mejor, comprenderás que es incapaz de inspirar ese amor; hemos hecho una boda tolerable y nada más. Gracias á él, soy baronesa de Montambert, y algo prima tuya.

Mi madre pagó sus deudas, ¡un abismo que llenar! Todo va bien. Estamos en paz. En cuanto al hombre, ¡ha concluido! me lo temo, y languidece en medio de recetas y medicinas. ¿Pero de dónde has sacado también que el mundo esté repleto de matrimonios que se arrinconan como enamorados torolitos? ¡Oh rusticidad campestre! ¡Oh inocencia pastoril!»

Elena de Rochevieuille á Luisa de Montambert.

«20 septiembre.

«El jueves me caso.

»Espero que vendrás con tu marido y tu

madre. Tus habitaciones están dispuestas. La vista de que gozarás, te reconciliará con las montañas, que, á pesar de tus burlas, me gustan extraordinariamente.

»Has tenido razón... hasta cierto punto.

»Oliverio vale más de lo que yo creía.

»Rara vez viene, y cuando lo hace es de paso; pero me escribe diariamente, y se excusa con elocuencia y finura, pidiéndome mil perdones por verse obligado á hacerme una corte epistolar.

«Es agradable sin afectación, natural y de mucho tacto.

»Me colma de atenciones.

»Todas las mañanas me envía un hermoso ramo de flores.

»Con frecuencia leo sus cartas á mi tío. Nos divierte por su manera de comprender la vida. Al menos es sincero y confiesa sus defectos. Me quejo algunas veces de su falta de seriedad; pero, cuando manifiesto algunos temores, mi tutor me tranquiliza diciendo, sin abandonar su sonrisa burlona, que los hombres no son perfectos...

»Mis primos los Souvray han seguido viniendo con frecuencia á visitarnos.

»Continúan siendo lo que han sido siempre para mí: verdaderos hermanos. Durante mi última estancia en París, tus burlas apropiadas de ellos me hicieron sufrir, puesto que me inspiran y merecen profundo afecto.

»Roberto está triste. Se esfuerza por no parecerlo, pero hay ciertos detalles que una mujer nota enseguida sin temor á equivocarse.

- » ¡No pensemos más en esto!
- » Mi tío es muy bueno conmigo.
- » Me ha regalado magníficos brillantes. No pasa día sin ofrecirme un presente de gran valor. Por fuerza tiene este señor arcas y arcas atestadas de tesoros como Monte-Cristo.
- » Por aquí se dice que posee toneles llenos de oro.
- » No sé donde los esconde.
- » Pero lo cierto es que percibe cuantiosas rentas y no las gasta.
- » No te hagas esperar. Yo misma iré á buscarte á Nevers.
- » Recomienda mucho mis vestidos á Laferrière.
- » Oliverio exige que á seguida de la ceremonia salgamos para Italia, donde quiere pasar el invierno solo conmigo.
- » Es un sacrificio que le agradezco mucho.
- » Hasta pronto.

ELENA.»

«P. S.—Estás loca ¡siempre loca! Te repito que deseo un marido cariñoso y solícito, y que me quiera mucho! Confío en que Oliverio realizará esta aspiración, pues de lo contrario, lo confieso sin falsa vergüenza y sin orgullo ¡sería muy desgraciada!»

X

Tres días después de la carta que acabamos de transcribir, dos carruajes salían de la

pequeña ciudad de Corbigny y tomaban el camino de Chateau-Chinou, por Montreuil-lon.

Los coches eran bien distintos uno de otro.

El primero era una calesa, con blasonados escudos, y enganchada á la postillón; iba tirada por dos vigorosos caballos ingleses, muy hermosos.

Este vehículo parecía una cesta de flores, aunque no todas las bellezas que iban dentro pudieran hacer gala de primavera fresca.

Conducía á la señorita de Rocheville, cuyo matrimonio se celebraba al día siguiente; á la baronesa Luisa de Montambert, con su marido, y á la señora Séverin, madre de la baronesa.

Esta señora era una plebeya que heredó de su esposo una cuantiosa fortuna.

El baron de Montambert, algo pariente de los Taunay por la línea materna, llevó una vida muy accidentada. En lo mejor de su existencia quedó sin fortuna y sin salud; pero tuvo la suerte, á los treinta y seis años, de casarse con Luisa Séverin, cuya dote era considerable; y fué á restablecerse de las enfermedades y la ruina al opulento hotel de su suegra, en la calle de la Ville-Léveque.

El barón era calvo, pálido, usaba bigote que no ocultaba sus descoloridos labios; los ojos, color azul claro, bastante hundidos; delgado, bajo de estatura y algo cargado de espaldas. Una ligera tos le mortificaba á cualquier esfuerzo que hiciera.

El desgraciado estaba anémico de alma y de cuerpo.

Se entregaba sin discutir. Con tal de que le dejaran vivir en paz, todo le parecía perfectamente.

Su suegra, que era la salud y actividad personificadas, decía del barón:

—El infeliz se ha refugiado en el matrimonio como en una casa de salud.

Esto era casi verdad.

Luisa rodeaba á su marido de cariñosa solicitud, y lo mimaba como á niño enfermo.

Había conocido á Elena en el convento de Nevers, donde se educó, y ambas condiscípulas fueron verdaderas amigas.

Luisa, fresca como una rosa de junio, estaba siempre sonriente y era entusiasta por las diversiones y los viajes.

Bien formada, morena, con dientes y ojos soberbios, cabello rizado y cutis mate era algo corta de vista y usaba impertinentes, los cuales daban á su fisonomía cierta apariencia extraña y provocadora.

Dejaremos á esta calesa dirigirse á trote largo hácia Chevagnes, guiada por un postillón con chaqueta y adornos encarnados, pantalones de badana, grandes botas y sombrero de cuero charolado y galón de plata; y ocupémonos principalmente del otro carruaje.

Era un calesin, cubierto de lodo, á pesar del buen tiempo que hacía, fabricado por cualquier constructor del país, y de forma primitiva, sin capota ni resortes, enganchada

á un caballito en buen estado aún y color de tabaco.

Sobre el único asiento de madera de este vehículo, iban sentadas dos personas, que nosotros conocemos.

El conductor del carruaje era Lúcas Fargeas, guarda de *Gue-aux-Biches*.

Su compañera, arrebujaada en una manta negra, no despegaba los labios y parecía preocupada.

—¿En qué piensas?— preguntó el hombre.

—En nada— contestó la mujer.

—No me dices la verdad, Catalina— repuso el guarda.

—¿Por qué he de engañarte?

—Tienes algún disgusto.

—¿Algún disgusto? ¿De qué clase? Vivimos pobremente, pero no nos falta el pan. En Chevagnes no se despide á los antiguos servidores como nosotros, que de padres á á hijos, ocupamos este puesto hace una eternidad. Desde nuestro casamiento, y ya hace tiempo de esto...

—¡Veinticuatro años hoy!

—No he tenido más que una pena.

—¿Cuál?

—La de no ser bastante rica para volver á mi país, mi Córcega, una ó dos veces.

—Sartine, donde estuve de guarnición— dijo sonriendo Fargeas.—¡Deliciosa comarca!

—¡Oh, sí! ¡Sangre de Cristo! ¡Qué dicha la mía si yo pudiese pasearme un momento siquiera por el *maquis*, la montaña, frente al

mar y, sobre todo, abrazar á los amigos que me recuerdan siempre! Mas aparte de esta privación, he sido feliz, Lucas, puesto que eres un hombre honrado, y no me pesa haberte seguido.

—¿De veras?—preguntó el guarda acercándose á ella.

—Y tan de veras.

—Te creo, Catalina, pues yo también he sido muy dichoso. No puedo quejarme, y creo que tú dirás otro tanto. Como hemos vivido, moriremos, sin separarnos, en nuestro retiro de Gué-aux-Biches.

—Sea ese ú otro sitio, ¿qué importa?

—Eso no; le tengo cariño á mi choza—exclamó Fargeas.—Ahí hemos pasado nuestra juventud. Nada nos falta. La situación es bella, el jardín bueno, el agua saludable y abundante. En caso de necesidad, se mata una liebre, si dar cuenta á nadie, puesto que á nadie se perjudica, y asunto concluido.

—Solange es ya una mujer,—observó Catalina, cuya frente se plegó con adusto ceño. ¡Quién sabe si de ella vendrán las penas!

—Si se tratara de un muchacho ya estaría colocado. Pero no faltarán ventajas para ella también. Es bonita, tan bonita como tú á los veinte años, cuando te paseabas por las calles de Sartine, con la falda corta, combinada de rojo y amarillo y la mantilla. Eras la moza más garrida de aquellos contornos. ¿Te acuerdas?

—Sí—contestó sonriendo la corsa.

—Yo era sargento primero, buena grad ua

ción. Cuando lo permitía el servicio pasaba frente á la casa de tu madre y contemplaba las ventanas ocultas detrás de las enredaderas. ¡Cuántos envidiosos has hecho al poner tu mano en la mía! No sé por qué me preferiste, te lo aseguro. Yo no era guapo ni rico...

—Y yo, ¿no era más pobre que tú, Lucas?

—No contaba más que con el puesto que me reservaban en Chevagnes. Ochocientos francos anuales, no es mucho.

—¿Y la casa, el jardín y el prado donde pastan dos vacas?

—¡Una miseria! Y consentiste, á pesar de todo.

—Eras valiente y honrado. Me gustaste mucho.

—Pues bien, Solange gustará á su vez á un buen muchacho que la hará su mujer. Es lo más probable que así suceda, supongo.

Catalina levantó los ojos al cielo y suspiró, pero no dijo una palabra.

—Confío—dijo él maliciosamente y acercándose á su mujer—que no habrá necesidad de andar mucho para encontrarle buen marido. Se me antoja que ya hemos dado con él.

—¿Dónde?—preguntó distraída la corsa.

—Del lado de la iglesia de Chevagnes, en el cortijo del Priorato.

—¿En casa de los Tremor?

—Efectivamente, en casa de los Tremor. Son gentes muy consideradas y que ganan mucho con su trabajo. ¡Ricachos que poseen más de doscientas fanegas, la crema del can-

tón, familia muy unida! Y no es de ayer que Roman se ha fijado en Solange. Hace tiempo ya que siente por ella algo más que amistad. No tenía la muchacha quince años, y él le hacía la corte ya. Ha rehusado los mejores partidos, y la espera. Me consta.

—¿Estás seguro?

Fargeas guiñó un ojo.

—¿Te lo ha dicho acaso?

—Más de cien veces. Esa será una gran boda. Juan, el mayor, es un solterón empedernido. No se casa ya.

—¿Te lo ha dicho también?

—Muy á menudo. Y es más: me ha añadido que se dedicará á educar los hijos de Roman.

—¿Te habrás vuelto avaricioso?

—No es ningún crimen que guste el bien-estar.

—¡Ambicioso!

—Tratándose de nuestra Solange, lo soy. Ha recibido buena educación. La hemos tenido dos años en Autun, en un colegio. Gastamos en ello nuestras economías. Todo lo doy por bien empleado, porque es tan buena como hermosa. Casada con Roman, viviría como una reina; nosotros quedaríamos tranquilos en Gue-aux-Biches, y te aseguro que no cambiaría entonces mi suerte con la del marqués, á pesar de todas sus tierras y dineros, que son muchos.

Catalina contestó gravemente:

—Todo ello es muy bueno y muy hermoso, siempre que Solange no rehusé á Roman Tremor.

—Eso no es posible.

—¿Quién puede saberlo? ¡Las muchachas suelen tener ideas tan raras!

Fargeas detuvo bruscamente el caballo, y volviéndose á su mujer exclamó:

—¿Quieres que te lo diga claro? Tu me ocultas algo.

Catalina no contestó.

Lúcas, impaciente, repitió la pregunta.

—No sé nada,—dijo ella—pero sin poderlo evitar, tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Solange ha variado mucho de algant tiempo á esta parte, desde la primavera. Antes estaba alegre, cantaba desde la mañana á la noche, era viva como un pájaro y se la veía dispuesta siempre á bailar y á reir. Y al mismo tiempo no había otra como ella para trabajar. Pero ahora, en cambio, vaga sola días enteros por esos campos. Apenas habla y si lo hace es cuando no tiene más remedio que contestar. Huye de toda sociedad. Cuando Román, á quien antes acogía con placer, viene, en seguida se esconde. Está desconocida. Es preciso que seas ciego para no haber visto nada de eso.

—¡Son ideas tuyas!

—¡Ojalá! ¡Pero á una madre no se le escapan esas cosas! Así es que estoy atormentada, inquieta.

—¿Y á qué atribuyes ese cambio?

Catalina titubeó; pero, al fin, levantando los brazos, repuso:

—¡Sueños de la juventud!

—¡En fin!—exclamó él.—Se hace de noche y es preciso llevar el calesin este á casa de Tremor, y cuando entremos en la nuestra ya será tarde.

Al pasar por un sitio tan mejestuoso como imponente, observó el guarda:

—Hay una leyenda que predice que el castillo se derrumbará de resultas de un diluvio. No piso una vez por aquí que no piense en ello.

—Esas son necedades—murmuró la corsa, dirigiendo una desagradable mirada al antiguo edificio.—Hace siglos que existe esa mole, así como el estanque; y ni al uno ni al otro les ha sucedido nada.

El estanque de Chevagnes es uno de los más importantes.

El calesin rodó aún un cuarto de hora á través de los bosques, por un camino muy accidentado; y luego se detuvo en una especie de plazoleta de pueblo, rodeada de algunas casas, de un presbiterio, de una escuela y de una iglesia, en cuyo puntiagudo campanario sonaba el *angelus*.

Aquel pueblo era Chevagnes.

XI

Fargeas se apeó, y con el puño del látigo dió dos ó tres golpes en una gran puerta embutida entre dos pilastras de piedra, mientras que el caballo, conociendo que la cuadra estaba cerca, relinchaba de contento.

Un campesino que vestía blusa y calzaba zuecos, se presentó en el dintel.

—¿Sois vos, Fargeas?—dijo.

—Sí, mi buen Juan. Somos nosotros.

—¿Habeis hecho bien el camino?

—Perfectamente, y eso que el trayecto es un poco largo para este pobre animal.

—¡Bah! ya está acostumbrado.

—Es que de Corbigny á aquí, hay ocho leguas de camino; entre ida y vuelta son diez y seis, y es una buena ración.

—Ya descansará mañana, si lo necesita.

—Venimos á despedirnos y á daros gracias por el calesin, que nos ha servido de mucho, y nos volvemos á Gué-aux-Biches.

—Nada de eso; comereis con nosotros. Y luego, cuando os plazca, os ireis.

—Pero Solange está sola y nos espera,—dijo Catalina.

—Solange, señora mía, os espera en el Priorato. Es una sorpresa que Román os tenía reservada. Fué á buscarla y nos la ha traído. Está aquí, al lado del viejo, el padre, y de Pedro Chadonin, nuestro primo, el cantero de Oullans. No podeis iros.

Y así hablando, Juan Tremor, el mayor de los Tremor de Chevagnes, desenganchó el caballo, que con tanta complacencia prestó al guarda, y devolvió el carricoche, mientras que Fargeas y su mujer quitaban de él todos los paquetes, producto de las compras hechas en Corbigny, que era el sitio más civilizado y más próximo de ese desierto perdido en medio de los bosques.

—Vamos—dijo,—que se enfría la sopa.

Los Fargeas aceptaron, sin hacerse rogar, como buenos vecinos.

Ellos y los Tremor eran amigos verdaderos. Amistad vinculada de padres á hijos, y que databa de largos años.

En otros tiempos un Fargeas casó con una Tremor.

Al ruido del coche, Román salió á saludar á los recién llegados.

Román era, naturalmente, elegante.

Tomando los paquetes que llevaba en la mano la guardesa, y besándola en ambas mejillas, díjole jovialmente:

—Me agrada en extremo besar vuestro sano, fresco, natural y bondadoso rostro, que en nada se parece al de esas damas que están en el castillo, tan pintarrajeadas y empolvadas. He dado una vuelta por allí. Lo invade todo el gran mundo. ¡Qué trajes tan hermosos, Jesús! ¡Quedé deslumbrado! Entrad, entrad.

—¿Y Solange?

—Ahí está, dedicada á cuidar de la comida.

—¿Luego, hay boda esta noche?—dijo Fargeas.

—Casi, casi. Son los esponsales.

Y acercándose á Catalina, le dijo al oído:

—Hoy es aniversario de vuestro casamiento. Lo festejaremos reunidos. ¡Oae bien! Tengo que haceros una petición.

—¿Cuál?

—He reflexionado que ya es tiempo de pensar en casarse.

—¿Qué deseais?

—¿No se os alcanza?

La señora Fargeas contestó suspirando:

—Ya lo creo.

—¿Y bien?

—Que yo os contestaría en seguida, y muy contenta, que sí.

—Confío en que vuestra hija pensará lo mismo.

—¿La amáis, pues?

—Hace ya mucho tiempo que no duermo tranquilo.

En esto llegaron Fargeas y Juan Tremor.

—Pasad—dijo el admirador de Solange.

Y en voz baja, al oído de la corsa, añadió:

—Reservo mi petición para los postres.

La cocina donde entraron los Fargeas estaba alumbrada por una lámpara que pendía de la viga central. La luz, atenuada por una pantalla verde, daba de lleno sobre el mantel que cubría la extensa mesa.

En las paredes había cacerolas de rojo cobre.

Una sirvienta, ya entrada en años, y decentemente vestida, cuidaba del exquisito guiso de liebre.

Al entrar los Fargeas, tres personas que estaban sentadas junto á la chimenea, se levantaron.

La una era el dueño de la casa, el jefe de los Tremor, un anciano muy respetable y simpático, que dispensó á Catalina la más afectuosa acogida.

Cerca de él se hallaba su primo, hombre

simpático también, un burgués campesino, algo así entre el labrador y caballero. Tendría cincuenta años.

Era el primo Chadouin, propietario á dos leguas de Chevagnes, de unas magníficas canteras, de donde sacaban piedra tan buena y hermosa como el mármol, y la llamaban *granito de Oullans*.

Pedro Chadouin, solterón como Juan Tremor, rico, que trataba con gran intimidad á la familia, era hombre de pocas palabras, y cuando hablaba, hacíalo sentenciosamente y por monosílabos.

Por aquellos contornos, donde todo el mundo le estimaba, no le conocían más que por *Chadouin el mudo*.

La tercer persona era Solange Fargeas, que no abandonó el rincón que ocupaba en la sombra.

Diríase que se hallaba bajo el peso de una falta, avergonzada y contrariada ante aquella fiesta dada en su obsequio y cuyo desenlace presentía.

No hizo el menor movimiento para acercarse á sus padres.

Al ver á Román Tremor, frunció el ceño. Este llevaba los paquetes que recogió de manos de Catalina.

—Me figuro que esto será un traje nuevo para la perla de Chevagnes, que desea engalanarse cual si su belleza necesitara adornos—dijo Román.

—A la mesa—ordenó el viejo Tremor.—Luego tendrán ustedes tiempo de hablar.

Dos vaqueros y una robusta y coloradota muchacha, con los brazos desnudos, llegaron del establo y tomaron asiento al extremo de la mesa, á seguida de los dueños.

En casa de los Tremor todos eran de la familia.

La conversación fué general y animada; hablóse de lo bien condimentados que estaban los guisos, el de liebre sobre todo; se compadeció á los necesitados, etc., etc., y en tanto Román no dejaba de contemplar á Solange, sentada á su derecha, y hasta se permitió basear, con el suyo, el pie de la joven; mas ésta lo retiró suavemente.

Se habló también de Simón, el antiguo herrero, y dijo Román:

—Ese infeliz lleva dos meses en la cárcel.

—El tiene la culpa—contestó el viejo Tremor.—Tenía un buen oficio y no lo quiso conservar. Dedicarse á cazar furtivamente es una perdición.

—Y según parece—dijo uno de los vaqueros,—el hombre está muy enfermo.

—Lo compadezco, pero censuro su conducta—añadió el anciano.—Es preciso cuidar de que á su mujer no le falte nada.

—Estad tranquilo, padre; ya hemos pensado en ello.

—Hace poco, cuando estaba yo en el alfalfal—dijo la vaquera, he visto pasar multitud de señorones del castillo. El señor Oliverie iba entre ellos.

Solange levantó la cabeza.

—Ha venido mucha gente para asistir á la boda.

—La señorita Elena es excelente— dijo Román; —pero se me figura que no ha tenido buena mano para elegir el pájaro que ha elegido: es un mal bicho, según refieren.

Fargeas contestó que aquel era un matrimonio de conveniencia, para unir la riqueza de Taunay á la de Rocheville, y que la cuestión de sentimiento era secundaria.

Juan Tremor ocupábase en trinchar, con todas las reglas del arte, dos magníficos patos.

Esto fué un verdadero entreacto, durante el cual se bebió bastante vino.

Roman se levantó.

Un vivo rubor enrojecia sus mejillas, y estaba algo turbado.

Al fin dijo.

—Puesto que se habla de casamiento, y los vecinos del castillo nos dan el ejemplo, debemos nosotros hacer otro tanto. De mi se decir que después de haberlo consultado con mi padre y con mi hermano, me atrevo, mae-se Fargeas, á pedirlos la mano de vuestra hija.

—¿De Solange?—dijo el guarda.

—No teneis otra.

—Sin duda. Es un verdadero honor que nos otorgais, Roman, y por mi parte... accedo tan contento como ufano...

El guarda, en efecto, se consideraba tan satisfecho como orgulloso y honrado, con semejante petición.

Y volviéndose á su mujer, le dijo:

—¿No es verdad, Catalina, que es una honra; que eso es demasiado para nosotros, que nada somos?

—Yo no soy rico—dijo Roman con aire de triunfo;—pero trabajando con perseverancia habrá de sobra en el Priorato para nosotros y nuestros pequeñuelos si vienen. Deseo tener una mujer buena, que me guste y se lleve y conduzca bien con nuestro padre y con Juan. Sé quién es Solange y la quiero, si ella accede.

El no dudaba de que Solange asentiría.

La madre no estaba tan segura de su hija, y la miraba con ansiedad.

—A Solange es á quien hay que dirigirse—dijo.—Si ella piensa como nosotros, todo está arreglado, no hay más que hablar.

Todas las miradas se fijaron en la muchacha.

Esta desgraciada, temblando, bajó la cabeza.

¡Lloraba!

Había llegado el momento que tanto temió. Como se obstinara en callar, Roman repuso:

—Vamos, no tengas miedo. Todos te queremos en esta casa. Te hemos conocido de pequeña, y has brincado más de una vez sobre nuestras rodillas. Y siempre serás la niña del Priorato, aunque llegues á ser la dueña. Se me figura que no te inspiro aversión. No soy muy joven, pero así tendré más reflexión para saber hacerte dichosa.

Ella no se movió, y seguía en la misma triste y tenebrosa actitud.

Román, asombrado, le levantó la cabeza, y vió derramaba abundante llanto.

El primo Chadouin presintió un desastre.

—Yo creí que sentías alguna simpatía, algún afecto hacia mí—dijo Roman.—Al menos, así me lo diste á entender esta primavera. ¿Me engañabas acaso?

Ella entonces contestó con voz apagada:

—No, Roman.

—¿Y bien..?

Haciendo un esfuerzo repuso:

—Es que no quiero casarme.

Una dolorosa angustia oprimió el corazón de Catalina.

La turbación de Solange, sus lágrimas, su rubor, fueron una revelación para la infeliz madre.

—Hija mía—dijo Fargeas—crée que tanto á tu madre como á mí nos causas una verdadera pena.

—Dejadla—exclamó Roman, herido en lo más sensible de su alma.—No debéis contrariarla. Yo esperaba una grata respuesta. ¡No me ama! Está bien. ¡Cómo ha de ser!

—¡Solange!—dijo el guarda con suplicante voz.

Pálida como una muerta, y moviendo la cabeza, la pobre niña exclamó:

—¡No puede ser!

La comida terminó tristemente.

Momentos despues, los Fargeas emprendieron el camino hacia su casa. El guarda y

su mujer iban juntos. ¡Solange iba detrás de ellos!

Y la corsa ¡con sus oídos de madre! escuchaba los sollozos de su hija, aunque esta hiciera todo lo posible por sofocarlos.

XII

El día siguiente amaneció hermoso; el sol era radiante y la temperatura agradabilísima.

Pero nada de esto podía devolver á los moradores de Gué-au-Biches la alegría que acababan de perder.

Cualquiera hubiese dicho al contemplar el triste y silencioso aspecto de la casa, que había ocurrido allí una defunción.

Desde el amanecer salió Lucas Fargeas con el fusil al hombro. No quería estar en su casa, ni ver á su hija; tenía miedo á la indignación que sentía desde la vispera.

Despues de andar un rato sin darse cuenta de nada, sentóse junto á un árbol, y por primera vez contempló descontento y contrariado su casita.

La negativa de Solange trastornaba por completo su hasta entonces feliz existencia. ¡Ofender de ese modo á los Tremor, sus mejores y más antiguos amigos, de quienes tenia recibidas tantas atenciones y que eran personas de indisputable mérito!

¡Parecía imposible!

Catalina, tan descorazonada como él, había tenido que salir en aras de la obligación

de llevar leche á un parador bastante distante de su casa.

Solange, al rehusar á Tremor, echaba por tierra los planes que sus padres acariciaban desde hacia tiempo.

Lúcas se levantó y perdióse por el bosque, con la cabeza baja, el paso tardo, el ánimo abatido y muy feróz la fisonomía.

Apenas desapareció el guarda de aquellos alrededores, se adelantó un hombre, dirigióse á casa de Lúcas, llamó dando unos golpes en la ventana; y como Oliverio tres meses antes, dijo él también:

—¡Solange!

La ventana se abrió y se asomó la pobre muchacha, cuyo semblante era fiel espejo de los pesares que sentía. ¡Infeliz niña!

—¿Sois vos, Román?

—Sí, soy yo.

—¿Qué deseais?

—Hablar contigo.

—¿Para qué?—exclamó, bajando la cabeza.

—Es preciso.

—Entrad.

La actitud de Román Tremor era casi amenazadora.

—No he debido volver—dijo—después de la ofensa que ayer he recibido de tí; pero cuando se ama de esta manera, no tiene uno dignidad ni vergüenza. ¡Quiero saber los motivos que tienes para haberme dado ese desengaño tan cruel! Y no volverás á saber de mí luego. Pero dime antes á qué ha obedeci-

do ese inesperado cambio, puesto que, como sabes muy bien, consentías en ser mi mujer.

Solange no despegaba los labios y seguía con la cabeza baja.

Román continuó diciendo:

—Y si di el paso que di con tus padres, fué porque creía en tu promesa. Y en vez de la alegría que esperaba para mí y para todos, recibí ese bofetón, esa afrenta, ese pesar!

Solange bajó tanto la cabeza, que casi tocaba con ella la labor que tenía en las manos.

—Habla—repuso Román con violencia;—dí lo que quieras, pero habla.

Y como viera á Solange palidecer cual si fuera á caer desfallecida, cambió de actitud y repuso con la mayor dulzura:

—No hay razón para hablar así; ¡compadéceme! Quizá te he ofendido, pero te juro que ha sido sin querer, y estoy dispuesto á pedirte perdón.

—No, Román—contestó ella con voz trémula y procurando contener el llanto—en nada me habeis ofendido. Siempre habeis sido bueno, demasiado bueno conmigo; pero os ruego que no insistais. No quiero casarme; y no porque no os ame, sino porque... no debo.

—¡No comprendo!

—Quiero quedarme con mis padres—repuso vivamente, temerosa de haber dicho demasiado.

Román quedó sumido en hondas reflexiones.

—¿Quiere decir que no te casarás?

—Nunca.

—¿No amas á nadie?

Ella entonces, con los ojos llenos de lágrimas, le miró fijamente; y procurando dominarse para no prorrumper en sollozos, titubeó un instante, y luego, más serena, contestó:

—A nadie.

—Entonces es una locura.

—No—añadió ella;—es honradez.

Esto fué una confesión.

Román, al oirla, retrocedió unos pasos. Rompió con rabia el grueso bastón que llevaba, cuyos pedazos arrojó al hogar.

Acercóse luego á Solange, cogió una silla y se sentó.

—Esto que sucede—dijo—no es natural. Aquí hay una historia que me ocultas. La *Bigornia* me ha encontrado durante este verano muchas veces en el campo, y en una ocasión me ha dicho con acento misterioso: ¡Amáis á la hermosa niña de Gué-aux-Biches! ¡Acariciáis la idea de casaros con ella! ¡Pues mucho cuidado; porque ¡quién sabe si habrá otro más listo que os aleje de ella! ¡Hay quien la ronda! Confieso que no dí importancia á esas murmuraciones. A veces esa pobre mujer está realmente trastornada. Pero hoy recuerdo sus palabras, tengo que convencerme, aunque se me parta el alma de dolor, que eran fundadas y no pienso desde ayer en otra cosa.

Esa mujer vaga por ahí día y noche, y todo lo sabe. Si es por un capricho, porque

ya no te agrado ó no me quieres, por lo que me rechazas, respetaré tu voluntad, Solange. ¡Y esperaré con la paciencia que dá el amor verdadero, á que vuelvas á ser la misma de antes; pero si yo supiera que otro ocupa el lugar que yo creí mío ¡voto á mil diablos! te juro que lo aplastaré como si se tratase de un gusano!

—¡Román!

—¿Por qué me engañabas? Recuerda que cuando paseábamos por los bosques, no era amistad, sino amor, el sentimiento de que hacías gala. ¿Tan pronto has olvidado los encantadores planes que hacíamos para el porvenir?... Expílicate. Es un favor que te pido. Sea lo que sea lo que me digas, peor es la duda. ¿Por qué, dímelo, has cambiado así?

—Os lo ruego...

—Quiero saberlo.

—No puedo hablar.

—¡Solange!—exclamó él indignado.

—¿Me vais á pegar?

—¡No! eso fuera una bajeza. Tú eres una niña y yo soy un hombre. Pero tengo miedo de mi furor. Me voy. Es lo más prudente. ¡No puedes tener idea de lo que sufro! ¡Qué feliz era ayer! ¡La vida me parecía tan hermosa! No me hubiera cambiado por el más poderoso de los hombres. Tu amor era mi ambición y mi dicha. Mientras que ahora sólo deseo matarte y matarme yo luego; puesto que presiento que si me rechazas, es porque...

—Dilo.

—Porque amas á otro.

Solange se encogió tristemente de hombros y se llevó la mano al pecho.

—Ya lo ves; no te atreves á negarlo—exclamó Román oprimiéndole un brazo con tal rudeza, que ella se quejó.

—¡Me hacéis daño!—dijo.

—Dime cómo se llama ese hombre.

—No puedo.

—No saldré de aquí sin saberlo.

—Pues no he de decirlo.

—¿Luego se trata de un hombre indigno de ti, á quien ni á nombrar te atreves? ¡Eso quiere decir que ha cometido contigo alguna infamia!... ¡Es para destrozarse la cabeza contra la pared! ¡Tú, que eras tan buena, tan leal y honrada! ¡Teníamos confianza en tí, y tú la tenías también en nosotros! No te he oído nunca faltar á la verdad. ¿Quién es, pues, el miserable que?...

Y la amenazaba cogiéndola de los brazos; pero ella no se defendía, ni lo intentaba siquiera.

Román la vió palidecer de nuevo, y notó que inclinaba la cabeza, que le faltaban las fuerzas y se desmayaba.

A no haberla recibido en sus brazos, hubiera, la infeliz, caído al suelo.

El la prodigó las más tiernas caricias, la llamó por los nombres más dulces, procurando con afán hacerla volver en sí.

Cuando se repuso del vahído, al verse en brazos del hombre á quien adoraba, exhaló un doloroso grito:

—Déjame—exclamó.—Véte.

—¿Por qué?

—Porque ya no soy digna de tí.

Y separándose de él se echó en una silla, apoyóse de codos en la mesa, y con la cabeza entre las manos, prorrumpió en amargo llanto.

—¡Desgraciada!—dijo él.—¡Tienes un amante!

Solange no contestó.

—¿Lo sabe tu madre?

—No.

—¿Y Fargeas?

—Tampoco.

—Y ¿qué va á ser de tí?

—¿Qué os importa. Dejadme. ¿No veis que me estais martirizando? ¡No hablais sino de vuestros sufrimientos! ¿Y los míos? ¿Qué diriais de ellos si los conocierais?... Sí, Román, soy indigna de vos. Hubiera querido ser vuestra mujer: este era mi sueño dorado; ¡pero ya no puedo realizarlo! Otro hombre ha sido mi perdición... ¿Cómo sucedió eso? Os aseguro que no lo sé. Fué una fatalidad. No trato de disculparme; no me creeriais, y tendríais razón: las apariencias me condenan. Sin embargo, no soy ambiciosa ni coqueta. Vivía feliz en esta casa, al lado de mis padres, ¡no ambicionaba más! Pensaba en vos con alegría; contaba con que nuestra vida se deslizara tranquilamente en este pueblo, sin vanidades ni penas, rodeados de tantos vecinos que nos consideran y estiman. ¡Todo ha concluido! ¡Ya no tengo derecho á esas ilusiones!.. Qui-

zú he faltado... No supe defenderme... Antes debí dejarme matar... ¡Mi caída es más terrible aun de lo que podeis suponer! ¿Cómo no os dijeron nada mi constante rubor y mis tristezas? Alejaos de mí para siempre... ¡No sé lo que me espera; pero ya sabeis la verdad!

Y apoyando la cabeza en la mesa, lloró sin contenerse.

Román Tremor estaba atónito.

Vaciló un momento entre el orgullo y el amor que sentía por aquella criatura, que casi había educado, y á la que adoraba apasionadamente.

El orgullo venció.

—¡Lo comprendo todo!—dijo con acento brutal.

—¿Qué quieres decir?

—Te acusas porque la verdad salta á la vista y se aproxima el día en que no podrás ocultar tu deshonor. Te has entregado por vanidad, no por amor. Es decir, ¡te has vendido! Y tu amante es el conde Oliverio, nieto del marqués, heredero de sus títulos y de sus millones, el gran señor que nos desprecia, lo mismo á tí que á los demás, como si fuéramos gusanos. ¡Ah! ¡las mujeres! ¡Qué baja, qué infamia! ¡Y esta es la que me hablaba hace pocas semanas todavía, de casamiento, del porvenir, y me dirigía frases de cariño y de ternura! ¡Y yo era tan imbécil, que lo creía! ¡Pensar que ya había pertenecido á ese maldito conde! ¡Qué miserables somos! Cuando considero que si hoy confiesa su falta, su infamia, es porque no tiene más reme-

dio, porque la mentira es imposible, siento impulsos de destrozarle la cara y aplastarla contra la pared.

Ella cerró los ojos para no ver el furioso semblante de su novio.

Y como él no cesara de injuriarla, arrojóse y exclamó:

—¡Román, piedad, os lo ruego!

—Ya sé lo bastante. Adios, Solange, la de candoroso semblante y el corazón de cizaña. Adios; has dicho la verdad; no eres digna de llevar el nombre de un hombre honrado.

Y salió precipitadamente de la casa.

Iba loco de desesperación y de ira.

Solange le siguió con la mirada.

—Tiene razón—dijo—no soy digna ni de vivir, y al mismo tiempo he sido tan cobarde que no he sabido morir. Y para... esto, después de todo, ¿qué hace falta? Un minuto de valor, y nada más.

Escribió vertiginosamente unas líneas en una hoja de papel que dejó sobre la mesa.

—¿Qué pena le espera á mi pobre madre!

Eran las nueve de la mañana.

El día no podía ser más hermoso.

La infeliz sostenía una lucha terrible consigo misma.

—¡No tengo valor para soportar el enojo de mis padres!—pensó.

Y dirigiéndose hacia el estanque y al punto donde el agua era más profunda, turbada y temblorosa, se inclinó para tirarse.

Pero en este momento, y por el camino de Chevagnes á Gué-aux-Biches, oyó una vez

ronca y burlona; la pobre niña se enderezó enseguida.

—Hé aquí—dijo la misma voz—la más hermosa juventud dispuesta á cometer una tontería.

Era la *Bigornia*, que, con el pretexto de recoger leña seca, se paseaba por allí para preparar sus lazos.

—¿Estabais ahí?—preguntó Solange, sin dejar de temblar.

—¡Afortunadamente! Tu cabeza no puede pensar que la muerte es irremediable.

—¿Qué os figurais, Simona?

—Me figuro que es muy doloroso escuchar ofensas que no se merecen, sobre todo cuando nos la dirige alguien á quien amamos mucho; y como hace un instante oí hablar en alta voz en Gué-aux-Biches, y he visto además á un hombre, enfurecido, que me lo refirió todo, he seguido tus pasos sin demora, pues quiero de veras á mi Solange para permitir que tome un baño de quince piés de profundidad, con la idea de quedarse en el fondo para curarse de sus penas.

—Pero...

—Vuelve á tu casa. Tengo la seguridad de que he de llegar á saber ó descubrir algo que ha de servir de mucho.

Y entró en la choza sin dejar de acariciar, con sus huesosos dedos, el brazo de la pobre joven.

En seguida vió el papel que esta había dejado sobre la mesa.

—Si quisiera, leería esto; pero no soy

indiscreta y prefiero que tú me lo leas.

—¡Simona!

—Lée; lo exijo.

Solange, vencida por el ascendiente de la anciana, obedeció.

«Padres míos:

»No me volvereis á ver. Soy muy desgraciada. Os idolatro. Perdonadme.

»SOLANGE.»

—Sabía el contenido cual si lo hubiera escrito yo misma. ¡Estás loca! ¡No reflexionas!

—¿Y qué va á ser de mí?

—Lo que tú quieras que sea.

—¿Cómo?

—El conde Oliverio ha cometido una falta; á él toca repararla.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Todo. Eres hermosa como el día. Yo me entiendo. En mi juventud he visto muy de cerca el gran mundo. Entónces Chevagnes estaba atestado de grandes trenes: los días todos tenían el aspecto del de hoy, que es de gala por el casamiento del conde. Los criados referían las historias de los amos. Y ya se sabe que una linda muchacha maneja á los hombres como se les antoja. ¿Si ese Oliverio ha cometido casi un crimen para poseerte, qué no hará para conservarte?

—¡Ay! ¡no he sido más que un juguete pa-

— ¡Él! ¡Hoy se casa! ¡Ya ni se acordará de mí!

— ¡Vamos!

— ¿Le habeis visto?

— Yo lo veo todo. No tardará en rondar estos lugares. Y lo que me extraña es que no haya venido ya. Tengo buena memoria. No he olvidado las promesas que te hacía esta primavera cuando te encontraba paseando por las avenidas del bosque. Pues bien, es necesario exigir que cumpla esas promesas.

— ¡Me despreciarían todos!

— ¿Quién? Los de aquí, cuando dejen de verte te olvidarán. Allá, en París, nadie te conoce. Condenarte al suicidio, entiendo que no es solución.

— ¡Pero si odio á ese hombre! Si, lo odio por las penas que me causa, por las que causa á Román, por la vergüenza á que condena á mis padres! Y no quiero verlo.

— Aun cuando lo odies, como dices, no eres mujer para permanecer aquí y morir en tento. Cuando uno odia, se vengá. ¡Yo también me vengaré de alguno! Le perseguiré siempre. Y le tenderé un lazo hasta que caiga. Por él está Simón en la cárcel. El tiene la culpa de que mi marido se halle tan enfermo. Acabaría con nosotros, si pudiera, cual si fuésemos lobos ó zorros. ¡Paciencial! Ya llegará el día en que le coja en la trampa y le apriete el pescuezo como á una liebre. Es así como hay que ser.

Y la Simona, indignada, furiosa, pensando en Labranche, extendía la mano hácia la

casa de éste y no cesaba de amenazarle.

Solange la contemplaba, emocionada ante la explosión de aquel odio, que al fin estallaba como para marcarle el camino que ella también debía seguir.

Cuando la *Bigornia* calló, oyeron que se acercaba alguien.

— ¡Tu madre! No digas nada—repuso con viveza la mendiga, recogiendo y ocultando en su bolsillo el papel en que Solange había escrito su triste despedida.

— ¿Vos por aquí, Simona?—dijo la señora Fargeas.

— Os pido mil perdones por mi atrevimiento; pero estaba tan cansada, me sentí tan mal cuando pasé por aquí, que entré á pedir un vaso de agua.

— No hay nada que perdonar. Habeis hecho perfectamente, y celebro encontraros.

— ¿Por qué?

— Vengo del pueblo... Os aconsejo que volváis á vuestra casa cuanto antes.

Los ojos de la mendiga echaban chispas.

— ¿Sucede alguna desgracia?

— Tranquilizaos.

— ¿Se trata de Simón?

— En efecto.

— ¿Ha muerto, quizás?

— No. Está enfermo. Lo llevan á su domicilio.

— ¿No me engañais?

— Ya sabeis que no, Simona.

— Para que lo trasladen á casa es preciso que esté moribundo. ¡Ah! Si muere, ¡pobres

de los que le han matado!... ¡Si quieren vivir tranquilos, que me maten cuando el faltel... Seré envenenadora... asesina... incendiaria, si es preciso... Y luego, si quieren, que me corten el pescuezo... ¡Qué me importa eso, si ya no me quedará nada en el mundo... si ya no le veré!... ¡El, tan bueno, tan inofensivo, tan poco ambicioso!

Su exaltación era imponente.

—No teneis razón, Simona—dijo la corsa.

—El mal no es tan grave, y es de esperar que tenga remedio.

La *Bigornia* miró á su alrededor con desconfianza.

—Pierdo el juicio—repuso.—Desde que me veo sola no sé qué me pasa. No hagáis caso de lo que digo, señora Fargeas. Si hay mala gente, abunda también la buena. De eso estaba hablando con Solange. Pero la desgracia se ceba en mí y me vuelve loca... Muy buenos días.

Se inclinó humildemente y salió.

—¡Pobre mujer!—dijo Catalina.

Y sacando de un cajón una pieza de cinco francos, encargó á su hija:

—Toma, llévale este dinero, que le hará falta; pero no se lo digas á tu padre.

Solange corrió tras la Simona, que se alejaba de prisa y corriendo, y le puso el dinero en la mano.

—Aceptad esto—díjole.—No somos ricos, pero es preciso ayudarse mutuamente. Es mi madre quien me envía.

La *Bigornia* guardó la moneda en un in-

menso bolsillo que llevaba colgando debajo de las faldas.

—La tomo—contestó—porque viene de tí, Solange. Escucha un consejo, que vá dirigido á tu buen corazón.

—Habla.

—Román Tremor es orgulloso. No cambiará de actitud, por ahora al menos. No puede. El hijo de otro hombre os separa. Aunque muriera, no te perdonaria. Te queda el conde. Este se ha burlado de tí. Imitame. Sé cauta. Haz todo el daño que puedas á quienes te han ultrajado. No soy quién; y sin embargo, ya verás á dónde llega mi perseverancia. Tu tienes medios de que yo carezco. Si el conde no viene á ti, vé tu á él con toda osadía. ¡Pero vendrá! No es posible que te haya olvidado. Hasta la vista, mi Solange.

Hízole seña de que callara, y emprendió el camino hacia la fragua.

XIII

Cuando Solange pasó por el estanque donde momentos antes intentó ahogarse, halló á su madre que la estaba esperando y la condujo á su casa.

Los consejos de la anciana germinaban ya en su ánimo.

La naturaleza humana es débil y cobarde por instinto. Todo ser, por miserablemente que viva, quiere vivir.

¡Solange quiso morir!

Quiso morir realmente, porque no tenía valor para arrostrar la cólera de su inexorable padre; ni las quejas de su adorada madre, á quien no tenía valor tampoco de hacer tan repugnante confesión.

Pero ahora conocía un medio de salvación: ¡la fuga!

¡No más reproches ni humillaciones, y ¿quién sabía? tal vez al fin de esta aventura, la riqueza, la venganza...

Aquel niño ¡causa de sus desvelos!, aquel niño que llevaba en sus entrañas, ¿no era una unión entre ella y el conde?

¿Y los juramentos, las promesas de este?

Todo lo calculaba con alguna confusión todavía; pero la *Bigornia* había despertado nuevas é infinitas ideas en aquella imaginación, calenturienta por tres meses de torturas.

Era hermosa. ¿Podía ignorarlo?

Y el conde estaba loco por su belleza. ¡Se lo había dicho tantas veces!

La aventura dejó muchos recuerdos en el ánimo de Oliverio, que más de una vez, en su espléndida morada de París, había pensado en Solange, sin poder olvidar su cabello incomparable, su tez pálida, el esbelto talle y los encantadores ojos de lánguida y penetrante mirada.

La corsa esperaba allí á su hija para tener con ella una verdadera explicación.

—Lo que sucede—dijo Catalina con voz breve—me espanta. Quiero saberlo todo por tí misma.

Solange arrojó la tempestad.

—¿Qué deseais saber?—preguntó.

—¿Por qué has rechazado á Román?

—Porque no quiero casarme.

—Me engañas. Tú le amabas.

—Eso era ántes.

—¿Y ahora?

—No quiero á nadie.

—¿Ni á tus padres?

El corazón de la desdichada se estremeció.

—Si te dijera que os idolatro no me creeríais.

—¿Entonces por qué no consientes en ese matrimonio, que nos haría tan felices?

—¡Es imposible!

—Sé franca. Soy tu madre. Puedo saberlo todo y... perdonarlo todo también. ¿Amas á otro?

—¿A quién?—exclamó Solange desdeñosamente.

—¡Yo qué sé!

—Aquí no se ha visto á nadie.

Catalina golpeóse la frente con la mano.

Desde la víspera no había pensado más que en las visitas del conde.

—No—decía hablando consigo misma,—eso es absurdo! Y sin embargo, puede ser verdad.

—¿A quién te refieres?

—El señor Oliverio ha pasado por aquí con mucha frecuencia después de su último viaje... Y os he visto pasear juntos. ¿Qué te decía entonces?

—¿Qué quieres que dijera?

—Te halagaría probablemente. Te diría que eres bonita, que no has nacido para vegetar en este humilde rincón del mundo. Trataría de inculcar en tu ánimo el orgullo y la vanidad. Supongo que no habrás sido tan simple que hayas dado crédito á sus palabras. Convéncete de que no somos nadie para esas gentes. ¡Nos considera sus criados. Creen que no somos de carne y hueso como ellos. Una muchacha como tú no es más que un juguete para un hombre así!

—¡Ya lo creo!

—Siempre has sido juiciosa, mi Solange. Te hemos educado lo mejor que hemos podido. Y sería una verdadera desgracia, tanto para tu padre como para mí, que cayeras en la más leve falta...

—¡Madre mía!

—Tengo confianza en tí. No trataremos de contrariar tu resolución; por más que ciframos nuestro mayor afán en verte casada con un muchacho honrado y laborioso y en que no salieras de aquí. La vida es corta; y no hay en ella otra felicidad que la de no verse separados de los seres que amamos y nos aman.

Solange confió demasiado en sus propias fuerzas.

Las tiernas palabras de su madre la llegaban al alma y la vencían.

—¿Qué tienes?—preguntó Catalina acariciándola.

—Nada. Un ligero malestar. Ya pasó.

—Solange—repuso la madre con voz gra-

ve;—si sufres, si eres desgraciada, si... tienes algo de qué acusarte, confíesamelo ahora que estamos solas. Ya te lo he dicho; una madre puede perdonarlo todo. Habla. ¡Qué pálida estás!

—Dádme agua.

Catalina obedeció; y mientras que Solange, desfallecida, bebía, los ojos de la corsa se fijaban tan pronto en el desencajado semblante de su hija como en su cuerpo...

Una sospecha se clavó en su corazón como si fuera un puñal.

—¡Se trata de algo muy grave!—exclamó.

—¿Que quieres decir?

—Que estás mintiendo.

—¡Madre!

—Sí, mentías. Has rehusado el casarte con Roman porque te has entregado al otro, al conde!...

—¡Oh!

—Y porque estás en cinta.

Solange se echó, arrodillada, á los piés de su madre:

—¡Piedad!—exclamó juntando las manos.

—Levántate—dijo con dureza Catalina.— ¡Si tu padre te hallara en esa actitud, lo comprendería todo, y no respondo de tu vida!

El golpe que había recibido la pobre madre fué tan inesperado, tan terrible, que la dejó horrorizada.

Había vivido veinte años feliz al lado de su marido y de su hija. Aunque eran pobres, nada les faltaba, ni ambicionaban ni deseaban nada.

¡Hasta en el matrimonio que podía haber hecho su hija casándose con Román, hasta en eso les favorecía la suerte!

¡Todo había concluido! ¡La deshonra entraba en aquel asilo de la felicidad y de la honradez!

Catalina permaneció breves momentos en actitud feroz, indecisa, espantada; pero de pronto, levantando á su hija y estrechándola contra su corazón, la dijo:

—¡He dicho que te perdonaría, y te perdono! ¡No tengo valor para odiarte, hija mía! ¡Pero él, tu padre!... ¿Cómo apaciguarle? ¿Qué hacer?

En aquel instante, un hombre, elegantemente vestido, llevando una flor en el ojal y con la sonrisa en los labios, se detuvo frente á la valla.

Era el conde Oliverio.

XIV

—Déjanos solos—dijo Solange á su madre. Quiero hablarle.

Oliverio entró con la mayor desfachatez en aquel albergue que había deshonrado y del que, por su causa, había huido la felicidad.

—Buenos días, señora Fargeas—dijo.— Buenos días, hermosa niña.

Catalina pudo dominarse y tuvo fuerzas para disimular el ódio que sentía por momentos desarrollarse en su alma.

Devolvió al amo el saludo sin hablarle, y

simulando que la llamaban, dejó á su hija sola con el conde.

Su turbación no pasó inadvertida al joven.

¡Diablo!—dijo acercando un asiento y sentándose á horcajadas—el barómetro de Guéaux-Biches se me figura que anuncia lluvia. ¡Con tal que no descienda á tempestad! ¿Se puede saber qué sucede?

—¿Qué sucede?—repitió Solange con cierta osadía.

—Sí.

—Ya podeis suponerlo.

—Ni lo sospecho siquiera. Pero habla—dijo él sin desconcertarse.

—Señor conde...

—No tanta ceremonia...

—Lo que sucede es espantoso.

—¡Me asustas! ¿Espantoso has dicho? Explicáte, mujer.

—¿Conoceis á los Tremor?

—De nombre. Me han hablado de ellos como de gente muy hurafia y feroz.

—Son dos hermanos. El mayor no quiere casarse.

—Está en su derecho.

—El otro, el más joven, Román...

—Un buen mozo de cinco piés y seis pulgadas; aspecto de mesquetero, si no me engaño... ¿Pero á dónde vas á parar con tu preámbulo y ese Román?

—¡El me amaba!

—Tiene buen gusto. Pero has dicho: ¡me amaba! ¿Por qué no continúa ¡amándote? Es—

tás algo paliducha, Solange, mas no has perdido ninguno de tus encantos. Al contrario.

—Ayer — siguió diciendo Solange — comí con mis padres en el Priorato.

—¿Qué es eso del Priorato?

—La casa de los Tremor.

—Esa antigua quinta que se pavonea junto á la iglesia, en el pueblo, al extremo de la avenida?

—Justamente.

—¿Con que has comido en casa de los Tremor?

—Sí, señor conde.

—Dí señor á secas, para abreviar; y vé al asunto.

—Ya llego. Al terminar la comida, Román Tremor se levantó, y dirigiéndose á mi padre y á mi madre, me pidió por esposa.

—¡Diantre! ¡no es tonto el tal Román! Pero fuera una lástima embutir una perla como tú en una casucha como el Priorato; no obstante, dicen que esa gente tiene dinero. Me figuro que Fargeas contestaría que se consideraba muy honrado por semejante petición.

—Mi padre contestó que aceptaba.

—¿Y tu madre?

—Estaba contentísima.

—Bueno, pues nada de eso me parece una desgracia. Vas á ser la señora más considerada del pueblo, la más rica, Solange, y el hombre que te llevas es un guapo muchacho. Sería injusto no reconocerlo así. La envidia no me ciega al extremo de impedirme reco-

nocer las buenas cualidades del prójimo. Podré estar celoso, pero soy justo. ¿Vás, pues, á casarte?

—¡No! — contestó ella resueltamente.

—No se me alcanza qué inconveniente pueda haber. Te encuentro encantadora. Te amo con pasión. Venía precisamente á repetírtelo; ¡yo me voy á casar también!

—Pues yo no quiero casarme.

—¿La razón? ¿No te conviene el futuro?

—Sí.

—Entonces es porque no te conformas á sepultarte *per sepe* en Chevagnes? Lo comprendo. ¿Sueñas con horizontes menos limitados? Habrás leído novelas, y te agradarán las aventuras.

—Os engañáis.

Y más gravemente aún, repuso:

—Hubiera sido muy feliz casándome con Román. Es un hombre que vale mucho. Le conozco desde mi infancia. Todo el que lo trata le quiere bien.

—Enterado; es un modelo, un fénix. Pero entonces, ¿por qué no le quieres?

—¡Porque ya no puede ser!

—El te ama. Le gustas, te gusta. La familia, lejos de oponerse, se regocija. ¿A qué viene ese capricho?

—Voy á decíroslo. Si me casara con Román, que me ama con locura, cometería una infamia.

—¡Una infamia! ¡Oh, qué palabra!

—¿Tendreis tan poca memoria como para haber olvidado ya lo sucedido...?

—¡Inocente! ¿Y por qué ha de ser eso un obstáculo?

—¿Debo abusar de su confianza, engañarle, y en vez de llevarle...

—Yo concluiré. Entiendo que... eres muy exaltada. En vez de llevarle, íbas á decir, un alma virgen, un corazón en que él solo mandara, le llevarás un alma profanada, un corazón en el cual has dejado entrar un ladrón que lo obligó á rendirse. ¿Es eso todo lo que pensabas?

—No es todo. ¿Qué idea formaríais de la señorita de Rochevieuille, si en la noche de boda, en vez del alma pura de que acabais de hablar con tanta ironía, os llevara, á vos, señor conde de Taunay, su marido, un corazón marchito y... el hijo de otro hombre?

—¿El hijo de otro...?—exclamó Oliverio, saltando de la silla como si hubiera oído la explosión de un polvorín.

—La arrojaríais, avergonzado y furioso, de vuestro lado.

—¡Ah!

—Si yo tuviera la osadía, la avilantez de ser su mujer en la situación que me habeis colocado, cometiendo un verdadero crimen, Román no huiría de mí, me mataría. ¡Y haría muy bien!

—Ea, sé juiciosa. Me figuro ¿eh? que estás bromeando. ¿Qué me cuentas?

—La verdad.

—Es imposible.

—Es cierto. Os lo repito. Después de vuestra infamante locura, os fuísteis, sin que ni

por un momento os inquietara la idea de lo que hubiera podido sucederme. Pero yo, en cambio, desde aquel maldito día, no tengo un instante de tranquilidad. ¡Poco tardó en ser patente mi desgracia! Temblorosa ante mis padres, turbada la frente ante mi futuro, mentí callando, puesto que no revelé al principio vuestra violencia y mi perdición. La vergüenza y el miedo sellaron mis labios. Y solo cuando Román pidió mi mano, fué cuando me ví forzada á hablar. Por mi turbación mi madre adivinó en seguida la verdad. Esta mañana, huyendo de sus justas reconvenciones y de la ira de mi padre, que estallará de un momento á otro, he intentado suicidarme.

—¿Suicidarte, Solange?—dijo el conde maquinalmente.

—Sí. ¿No era ese el medio mejor para acabar de padecer? He sido muy cobarde. No he tenido valor para morir.

—Bendigo á los dioses por esa cobardía,—exclamó Oliverio volviendo en sí del aturdimiento que le causó la inesperada revelación de Solange.—¿De manera que todo ha sucedido tal cual me lo referes?

—¡Ay!

—¿No te casarás con ese Román Tremor? La pobre muchacha se estremeció, y repuso con voz alterada.

—¡No!

—Sin poderlo remediar, me felicito de ello, puesto que te adoro; y ese matrimonio hubiera sido un martirio para mí. Tantos atractivos no deben entregarse á un rústico como

ese... Eso fuera un crimen imperdonable. Pues no te queda más que un medio.

—¿Cuál?

—Salir de aquí. Abandonar este pantano de Gue-aux-Biches.

—Ese es mi deseo, ¿pero cómo?

Se oyeron voces por el lado del estanque.

Solange vió á dos amigos del conde que admiraban el paisaje en compañía de Catalina.

—Hablad pronto—dijo la muchacha.

—Escucha y no olvides lo siguiente: mañana me caso. No creas que por esto voy á perder mi libertad. Habrá mucha gente en el castillo. Entre esa multitud pasarás inadvertida y tardarán en notar tu ausencia. Saldrás para París. Te recomendaré á una mujer que te dirigirá, y en la cual puedes tener entera confianza. No reveles nada á nadie. Deja tan solo dos líneas escritas á tu madre, expresándole que renuncias á enterrarte viva en Gue-aux-Biches; que te vas á París, donde personas que te protejen, te ofrecen cierto bienestar. Dile además, que no se inquiete por tu suerte. Un carruaje te aguardará á las nueve, junto á la huerta. Vé tranquila; no careceras de nada.

Y sacando del bolsillo unos quince luises, se los entregó, diciendo:

—Por si tienes algo que pagar ántes de irte, toma esto. No llevés nada. Allí encontrarás cuanto necesitas. ¿Has comprendido?

—Sí.

—Mañana á las nueve. Y chitón.

—Bueno.

—Encontrarás en el coche una manta para abrigarte, y también un sombrero con que adornarte.

—Bien.

—Quiero que seas feliz, Solange, y que me ames.

Solange calló.

Miraba al conde con expresión de espanto; y aunque tenía los luises en la mano, dudaba si tomarlos ó nó.

Pero se acordó de la *Bigornia* y los guardó.

Oliverio experimentó más contrariedad que alegría ante aquella revelación.

Pero la muchacha era tan guapa, que levantando los hombros, se dijo:

—Vale la pena... que proporciona.

Y en alta voz añadió:

—Contesta. ¿Me amarás?

Y en su petulancia, pudo tomar por afirmativa la débil respuesta de Solange, en el momento en que el vizconde de Reully y el baron de Tallevande entraban acompañados de Catalina.

Quizá dijo que sí la pobre muchacha, pero fué con los labios únicamente.

Su corazón odiaba al hombre que, por solo un instante de feroz placer, había destruido una existencia honrada y feliz como era la suya.

XV

Simón estaba gravemente enfermo.

El pobre diablo salió de la cárcel en un estado lastimoso.

Y esto no era sólo debido al régimen de la prisión; pues por malo que fuera el de Chateau-Chinou, siempre resultaría más confortable que el de su inmunda vivienda.

Fué condenado á tres meses de encierro; y este tiempo, sin el bosque, los valles y las rocas de Chevagnes, era para él tres meses de infierno.

La melancolía que se apoderó de su ánimo, agravó el estado de su salud, y le sobrevinieron unas calenturas perniciosas que le pusieron al borde del sepulcro.

Trasladado entonces al hospital, suplicó que lo llevaran á su choza; y como, después de todo, no se trataba de grave delito y se hallaba próximo á extinguir la pena impuesta, accedieron á sus ruegos y hasta se felicitaron de zafarse de él y de que expirara lejos de allí.

La tarde en que el conde fué á Gue-aux-Biches, á eso de las tres, Román Tremor, con su perro y su escopeta, acompañaba á su hermano, que se hallaba ocupado en las faenas del campo. Juan estaba tan triste como Román. Eran inseparables y se querían mucho.

—¡Qué remedio!—decía el mayor;—es preciso olvidarla. No pases penas por ella;

las cosas de esta vida se hallan tan mal dispuestas, que á una mujer perdida nunca le faltan ganancias.

—¡Cómo se conoce que no estás enamorado!

Juan Trémor no tenía más pasión que sus hermosos bueyes, el priorato, el campo y las cosechas.

Todo esto, después de su padre y de su hermano, se entiende.

—¡Pero las mujeres!... Ninguna le había quitado ni una hora de sueño.

Román se alejó y se fué á pasear, sin rumbo fijo, por los alrededores de la casucha de Simón.

No se ocupó para nada de su pasión favorita, la caza, por más que viera infinitas liebres correr de un lado á otro.

Sentía impulsos de ir á Gue-aux-Biches, echarse á los pies de Solange, suplicarle que volviera á él y jurarla que lo olvidaría todo.

Y trataba de justificar aquella falta haciéndose mil reflexiones.

¿Porqué sacrificar la felicidad de toda su vida ante un momentáneo olvido del deber? No era posible que Solange amara á aquel maldito conde, que la sorprendió con su infameastucia! Era á él, á Román, á quien Solange amaba; nada más que á él. ¡Se lo había dicho tantas veces! Y aquel amor se leía en la franca mirada de Solange; y ¡Solange moría de pena después de lo sucedido!

No, no amaba al señor Taunay.

Pero al pensar en ir á Gue-aux-Biches,

cuando ya estaba en camino, la vergüenza se apoderó de él.

¡Eso de dar su nombre al hijo del conde fuera demasiado debilidad! ¡aquel niño le causaría horror! Era un obstáculo insuperable.

Y, loco, desesperado, llegó cerca de la casa de Simón.

De repente, vió que una joven venia por uno de los senderos del bosque, envuelta en una manta escocesa, y que dirigiéndose á la puerta de dicha casa, la abrió y volvió á cerrarla trás ella.

Román temblaba de emoción.

¡Aquella joven era Solange!

¿Qué iria á hacer en casa de los Simón?

¿La *Bigornia*, seria su confidente ó su cómplice?

Una curiosidad invencible impulsa á los enamorados, los verdaderos, á querer saber todo lo que se refiere al objeto amado.

Román, atraido por la invencible fuerza del amor, se dirigió hacia la fragua.

Ató el perro á un árbol, dejó la escopeta en el suelo y penetró á su vez en el recinto.

Hubiera podido entrar, como en su casa, en la de los Simón, pero preferia no ser visto.

Anduvo de puntillas, y acercándose mucho á la pared, se puso á escuchar.

No era difícil oír lo que hablaran dentro, pues no había vidrieras ni ventanas. Pedazos de papel reemplazaban ambas cosas. Todo ruido, pues, entraba y salia sin dificultad.

Los Simón y Solange, creyéndose solos, no tomaron precaución ninguna. ¡El vigilante

Ravaud no estaba allí para avisarles! ¡Pobre perro!

Un triste espectáculo se ofreció á los ojos de Solange en cuanto entró.

La Simona, de rodillas, rogaba á su marido que yacia delirante, sobre un montón de yerbas secas, que bebiera una infusión de plantas que ella acaba de calentar.

Solange se acercó tímidamente.

—¿Qué tiene el pobre Simón?—preguntó.

—Calenturas malignas.

—¿Le ha visto algún médico?

—¿Cómo pagarle? Y además, muere uno bien sin ellos. Haces mal en venir, mi Solange; esto es contagioso.

—¡Qué más quisiera yo!

—¡Siempre con esas ideas!

—¡Se acabó, Simona! ¡Siempre pensaré así!

—A tu edad la vida es larga.

—Hablemos de vos; Simón se curará.

—Así lo espero. ¡Yo estoy aquí! No—dijo la *Bigornia*, acercándose al enfermo,—no morirás, mi único bien.

Una casi imperceptible sonrisa se dibujó en los amoratados labios del pobre hombre.

—Me entiende—dijo la *Bigornia*.—Está mejor. Le cuido mucho.

—¡Ravaud!—murmuró el moribundo.

—Duerme, Simón; tranquilízate. ¡Se acuerda de su perro, que valía más que un hombre!

—¡De cuántas cosas careceis!—dijo Solange.

—¡Diantre! ¡Tú calcula! ¡Tres meses sin

trabajar! No me he atrevido á pisar apenas el bosque.

—Se acerca el invierno—repuso Solange. Es preciso arreglar el techo, y las ventanas ante todo. Y como el pobre Simón no podrá trabajar en algún tiempo, os traigo una pequeña suma.

—¿Dinero?

—Es mío, muy mío. Me lo han dado. No lo rehuseis, madre Simona. Me ofenderiais. No olvido que os debo la vida.

—Es verdad. ¡A no ser por mí, te hubieras tirado al agua, tonta!

—¿Y no hubiera sido mejor eso?—contestó la hija del guarda bajando la cabeza.

—Los muertos no vuelven. ¡Y á los veinte años es muy hermoso vivir, mi Solange!

—¡Román me ha tratado con mucha dureza!

—¿No puedes olvidar á ese hombre?

—Hubiera dado la vida por él. ¡Qué felices hubiéramos sido! ¡Y pensar que por un momento de desgracia lo he perdido todo!

Y puso sobre la chimenea los quince lises que Oliverio le entregó.

Los ojos de la *Bigornia* echaban chispas.

—¿Todo eso?—dijo.

—Es cuanto poseo. Vienen del conde. Me los ha ofrecido esta mañana. Y los acepté pensando en vos. Son mi despedida, madre Simona. Aceptadlos para vuestro marido, que está enfermo. ¡No sé si volverán á verme por este país! Moriré de vergüenza. Y mi pobre padre, ¿qué será de él? ¡No sabéis cuánto sufro!

Y se echó á llorar.

Román oyó sus sollozos.

La Simona intentó consolarla.

—Vamos—le dijo—se razonable. ¿De modo que fué á verte?

—Sí.

—Tenía la seguridad de que no te abandonarías. Eso sería ya el colmo. ¿Quiere decir que ahora lo sabe todo?

—No le he callado nada.

—¿Qué hace de tí?

—Me envía á París.

—¿Cuándo?

—Mañana. Salgo de aquí á las nueve cuando todo el mundo, incluso mi padre se halle ocupado en el castillo. Así no me verá nadie.

—Es el único medio. Creerán que estás allí colocada. ¿Cuáles son tus planes?

—No sé nada; trataré de aprender algún oficio.

La *Bigornia* rió de una manera extraña.

—O mucho me engaño—dijo—pero se me figura que no tendrás necesidad de ello.

—¡Agua!—pidió con voz lastimera el cazador.

Su mujer, con la solicitud de una madre por su hijo enfermo, levantóle la cabeza y le dió á beber un poco de caldo.

—Lo han mandado los Tremor—dijo Simona.—¡Qué gente tan buena!

—Simona—repuso Solange con voz conmovida;—cuando veais á Román decidle, no ahora, sino más adelante, que he querido morir, que siempre le amo y que le pido per-

don por el pesar que le causo; pues él está triste, el corazón me lo dice! Decidle también que sea bueno con mis padres; ¡estos pobrecitos quedarán sumidos en la mayor desesperación. Además—añadió bajando la voz—tengo que haceros una súplica, Simona.

—¿Cual?

—Sabeis escribir. Dadme noticias de vez en cuando, cuando podais, de todo lo que se refiera á este pueblo... Yo también os escribiré. Habladme de mis padres y también de los demás... de Román sobre todo!

—Sí, mi Solange.

—Adiós.

Los sollozos ahogaron su voz.

—Valor!—repuso la *Bigornia*, acompañándola hasta la puerta.—Los hombres te han ofendido. No lo olvides. Devuélveles, centuplicado mal por mal: y si te hago falta, no tienes más que indicármelo y me tendrás á tu lado.

Solange movió la cabeza tristemente.

Cuando Salió de casa de los Simón, ya no estaba Román cerca del muro, pero sí oculto tras de un árbol, desde el cual la veía; y siguióla con la mirada hasta que desapareció por la espesura del bosque.

Hubiera querido llegar hasta ella y detenerla.

El orgullo no se lo permitió.

XVI

Al día siguiente, desde el amanecer, todo

era movimiento y júbilo entre las gentes del castillo.

La residencia del anciano marqués, de ordinario triste, estaba desconocida aquel día.

Hasta la antigua capilla, bastante mal cuidada por lo general, hallábase profusamente adornada de flores, luces y tapices.

Nada menos que monseñor Autun debía dar la bendición nupcial á los jóvenes esposos.

No se hablaba de otra cosa en toda la comarca que de aquel matrimonio.

Chevagnes no había visto fiesta tan espléndida, como no fuera la del bautizo de Olivierio, treinta años antes.

El futuro, á pesar de las preocupaciones naturales en tan solemne día, no olvidaba la promesa hecha la víspera á su víctima de *Gue-aux-Biches*.

A decir verdad, no le pesaba del todo el giro que había tomado el asunto.

Al ver de nuevo á Solange sintió renacer el sentimiento que juzgó pasajero capricho, sin consecuencias de ningún género.

Estaba ahora convencido de que la muchacha era realmente suya; y que, si aquella vez lo fué por violencia, en lo sucesivo lo sería por amor.

El barón de Tallevande y el vizconde de Reuilly, sus íntimos, que ignoraban su aventura con la hija del guarda, quedaron extasiado al contemplar la belleza de la muchacha. No esperaban hallar tan perfecta hermosura en aquel olvidado rincón.

La admiración de los amigos suele ser poderoso incentivo para el corazón de todo amante.

El señor Servais, el ayuda de cámara, despertó á su amo á las siete de la mañana.

Era la consigna.

Servais, personaje influyente en el hotel de la avenida Matignón, era el único criado que estaba en todos los secretos de su joven amo.

Y es más, hasta era su consejero, y no se hacía nada en la casa sin que él interviniese.

Servais tendría unos diez años más que el conde. Era hombre de experiencia, sumamente listo y de muchos recursos.

No era guapo, pero la inteligencia y el tacto suplían perfectamente la belleza física.

—Servais—dijo Oliverio al verle,—tengo que pedirte un favor.

—Vos mandais... señor conde.

—De seguro habrá mucha gente en el castillo.

—Muchísima. Todas las habitaciones están ocupadas... Y faltan todavía los vecinos. El almuerzo será, lo menos, de veinte cubiertos.

—Después del café, salgo con la condesa para Italia. ¡Qué fastidioso es casarse, Servais!... Pero es preciso tener resignación.

—La señorita Rochevieuille reúne todas las cualidades que hacen falta para ser muy agradable. Luego no es difícil... resignarse.

—Es mujer que vale, efectivamente; pero la libertad merece, siquiera un suspiro.

—Me figuro que el señor conde no se con-

siderará preso por el solo motivo del matrimonio.

—Te explicas con suma delicadeza, Servais. Cómo se conoce que te gusta y frecuentas el teatro francés, que es el conservatorio de las buenas formas y del hermoso lenguaje. Cada cual tiene sus gustos. Yo, por el contrario, prefiero el juego; es decir, el *baccarrá*, el *whist* y las carreras...

—Y me atreveré á añadir que las mujeres bonitas...

—¡Eso sobre todo! Teneis razón, Servais. Es apropiado de tal asunto por lo que os he dicho que necesito de vos.

El criado se inclinó respetuosamente.

—He cometido una estupidez—empezó diciendo el conde;—y me veo forzado á convenir en que las tonterías deben pagarse. Y no es menos cierto que la cosa es tan imprevista como sería.

—¿Es grave?

—Sí y no. Se trata de una jovencita de este pueblo, á la cual, por entretenerme en algo, hice la corte durante la primavera última.

—Entendido.

—¿Ya?

—El asunto se ha traslucido algo; me figuro que el señor conde se refiere á la linda muchacha de Gue-aux-Biches...

—En efecto. Pues bien, esa muchacha me ha participado ayer que se ve precisada á salir de aquí cuanto antes. ¿Comprendéis, Servais?

—Perfectamente.

—Desea evitar el enojo de su padre; y yo no puedo exponerla al castigo de ese bárbaro de Fargeas.

—¿Y cuál es vuestro plan?

—Vas á saber para qué te necesito.

—Soy todo oídos.

—Esa joven—repuso—dejará escritas unas líneas á sus padres dándoles cuenta de su resolución. Me he comprometido á hacerla acompañar á Nevers esta misma mañana.

—Quince leguas, señor conde.

—A las nueve abandonará Gue-aux-Biches y vendrá al castillo. Un carruaje la esperará cerca de la huerta.

—Nada más fácil.

—Es necesario que salga de aquí sin ser vista de nadie.

—Quiere decir que el señor conde me ha elegido para desempeñar ese cargo de confianza?

—Cuento con vos.

Servais se inclinó.

—*Conquistador* es el mejor caballo de la cuadra. Lo enganchais al cabriolé. Favorecidos por el barullo que de fijo habrá, lograis salir sin que nadie lo advierta.

—Es de esperar que así suceda.

—En Nevers tomareis una berlina para el expreso de Italia.

—Está bien.

—Procuraos una manta y un sombrero para esa Solange. En Nevers la instalareis en el tren, entregándole este dinero, á fin de

que nada le falte. Ya he teleografiado á París para que tampoco carezca allí de nada.

—¿Me permitirá el señor que le pregunte cuál es su intención respecto de esa joven?

—No tendria inconveniente en decírtela si la supiera; pero aqui me tienes que ni yo mismo la conozco. Me preocupa algo este malhadado asunto. ¡Y precisamente el día en que me caso! ¡Es una complicación en la que ni por asomo pensé! ¡Vayan al diablo estas campesinas que por un minuto... de ilusión causan tanto trastorno!

—Crea el señor conde que esa pobre es la que verdaderamente sufre! También ella debía casarse...

—¿Es verdad!

—Con uno de los Trémer de Chevagnes.

—Ha tenido la nobleza de renunciar á él, de no acceder á su petición, cuando él nada sabía aún. ¡En qué tiempos vivimos, Servais, que las aldeanas gastan esos escrúpulos!

El conde hablaba mientras se vestía.

Cuando estuvo listo, escribió precipitadamente estas líneas:

«Os confío una joven del Morván, que prefiriere París al triste lugar donde ha nacido.

»Instruídla, formad su carácter; ello será fácil; enseñadle lo que ignora, es decir, todo.

»Estaré ausente cinco ó seis meses.

»A mi regreso hablaremos sobre la aptitud de vuestra discípula.

»Os saluda,

»OLIVERIO.»

Puso las siguientes señas:

Felisa, modista, 47, calle de la Paz.—Paris.

—Entregareis esta carta á la señorita Fargeas. Y poned en seguida este telegrama. Para todo lo demás me entrego á vos, Servais. Y ahora voy á ocuparme de mis otros asuntos, que ya es tiempo.

En esto dieron las ocho.

Sepamos qué sucedía á esa hora en Gueaux-Biches.

XVII

Era día de gala en el castillo.

Lucas se disponía á salir, cuando Solange, esforzándose por parecer serena, se acercó á su padre; mas como éste no le perdonaba que hubiera renunciado á ser la mujer de Román, volvió la cara del lado opuesto para no verla.

Ella, no obstante, poniéndole una mano en el hombro, le preguntó con la mayor dulzura:

—¿Estás enfadado?

—¡Sí!—contestó Fargeas bastante enternecido, á pesar suyo.—¿Y de quién es la culpa?

—Nada más que mía.

—¿Lo reconoces! Menos mal. Has destruido nuestra felicidad, la tuya, tu porvenir. ¿Y pretendes todavía que uno este contento.

—Perdóname.

Lucas se apartó, temeroso de ceder, é im-

posibilitado de reñir como se proponía y era debido, á aquella hija idolatrada?

—Voy á llegar tarde—dijo mirando el reloj, para disimular de algún modo la tierna emoción que sentía.

Y se fué.

Solange siguió trás él.

—Entra—ordenó.—Hay una humedad de todos los diablos.

Ella entónces, empinándose para besarle —le dijo;

—Adiós, padre.

—Adiós. Cásate con Román: es tu felicidad. Trata de que olvide la ofensa que le has hecho.

Solange entró en su casa, encerróse en su cuarto, arregló algunas cosas para llevarse-las, y escribió las siguientes líneas.

«Me voy. Ignoro si volveré á veros. No quiero avergonzaros con mi deshonra. Me dirijo á Paris, en donde pienso aprender un oficio y ganarme la vida. Al abandonaros siento la muerte en el alma; porque os idolatro, padre míos.

»Adiós. Vuestra pobre hija.

»SOLANGE.»

Dejó la carta sobre la mesa, arreglóse el cabello y se dispuso á partir.

Hubiera querido echarse en brazos de su madre, y no tenía valor para ello.

Todo su pobre cuerpo temblaba de emoción.

Como titubeara, la corsa, que volvía en aquel momento de la pradera, presentándole un bol de leche, —le dijo:

—Alimentate.

—No tengo hambre.

La señora Fargeas, yendo de un lado á otro, estudiaba con disimulo el semblante de su hija.

Y en seguida comprendió que la pobrecilla había llorado mucho durante la noche.

No se aleja uno de la familia, no se abandona á los padres y á todos los seres amados para ir á un país desconocido, sin que el corazón se desgarré de dolor.

Una madre lo ve, lo comprende todo; y Catalina, al hallar tan abatida á Solange, le dijo de repente:

—¿Te vas de aquí?

—¿Yo?

—Sí, tú. ¡Y se lo ocultabas á tu madre!

Solange lo confesó todo.

—Pues bien, sí, me voy—dijo temblando;—quería abrazarte, pero el miedo me detenía. Se me figuraba que me ibas á rechazar. ¡Os he causado tantas penas! Debes maldecirme.

—¿Sería yo capaz de eso? —exclamó la corsa.—No es á tí, sino á él á quien odio.

Solange se echó en brazos de su madre; y entonces, trastornada, queriendo evitarle el dolor de creerla culpable, desahogó su corazón en el de la que le dió el ser.

Le habló con la mayor ternura; confióle el amor que sentía por Román, la sorpresa y la

violencia que empleó el otro para deshonorarla; su resolución de morir, y la llegada de Simona y sus consejos.

—¡Me causa horror ese hombre!—dijo la pobre muchacha al terminar;—¿pero qué quieres que haga? Permanecer aquí para ser la irrisión del pueblo y vuestra deshonra, y presenciá á todas horas vuestra amargura, es superior á mis fuerzas. ¡No exijas eso de mí, madre mía! He aceptado lo que ese hombre me ha propuesto... Procuraré tener suerte. Pero si él cree que va á comprarme con su oro, se equivoca. El tiempo te lo demostrará. ¡Lo juro!

En el instante de abandonar la casa, se sintió destallecer.

Pero se repuso en seguida, y abrazando á su madre la cubrió de besos; miró luego por última vez la casita aquella, volvió á despedirse de su madre, en cuyo rostro dejó muchas lágrimas, y salió corriendo.

Catalina no tuvo fuerzas ni para detenerla.

Permaneció unos instantes anonadada, sin saber ni qué sentía, ni qué le sucedía, ni á dónde miraba...

Poco despues, Solange llegaba al lugar de la cita. Servais estaba en su puesto y salió á su encuentro. El carruaje también aguardaba allí, confundido entre los de los invitados.

En el momento en que llegaba Solange, se detenía una victoria y bajaba de ella el obispo que debía bendecir la unión del conde Oliverio y de la señorita de Rocheville.

Vestía esta un traje de raso blanco, tan rico como bien hecho y elegante.

Elena asomóse al balcón de su compartimiento y saludó.

—¡La novia!—dijo Servais á Solange.

El semblante de la rica heredera revelaba profunda melancolía.

Solange la miró.

Por primera vez en su vida, el áspid de la envidia mordió en su corazón y le infiltró el veneno.

¡Aquella era la esposa, para quien estaban reservadas todas las consideraciones y todos los honores! Mientras que ella, ¡la muchacha deshonrada! tenía que separarse de su familia, huir de su país y refugiarse entre la turba agitada y flotante de París, donde nadie se conoce.

Vino á sacarla de sus reflexiones un caballero que al pasar por su lado díjole amistosamente: «¡Buenos días, Solange!...» y sin esperar que ella contestara, se fué directamente hácia el balcón desde el cual le llamaba la señorita de Rocheville.

—¿Sois vos, Hugo?—le dijo.—¿Venís solo? ¿Dónde está vuestro hermano?

Hugo era sumamente franco. No había hombre ménos diplomático que él.

Los dos hermanos, que se querían entrañablemente, sentían leal afecto hácia Elena, á quien habían conocido desde muy niña.

Pero con la diferencia de que ese afecto en Roberto se trocó en amoroso y llegó á ser una verdadera pasión.

Hugo no perdonaba á Elena que, por su causa, lo hubiera abandonado su hermano.

—¿Teneis empeño en saberlo?—preguntó.

Hugo de Souvray iba á caballo y llegaba casi á la altura del balcón en que estaba asomada su prima;

—Sí.

—Pues está camino de París. Me ha dejado esta mañana.

—¿Por qué?

—No me lo ha dicho.

—¿De modo que no le veré hoy?

—Es probable. Lo contrario me asombraría.

—¿Cómo ha de ser!

La mirada de Elena expresaba tanta amargura, que el joven se dulcificó en seguida, y repuso:

—Me ha encargado que os salude y felicite en su nombre; uno mis votos á los suyos. Los dos os queremos bien.

—Os lo agradezco, Hugo. Procurad que no se note esa ausencia.

Y entró pensativa en la habitación.

El alejamiento de Roberto, ¿no equivalía á la confesión que ella no pudo aquella noche arrancarle?

«No estais aquí, le escribió, y eso está mal hecho. Vuestra ausencia me hace el efecto de un mal presagio. Dentro de una hora me llamaré la condesa de Tamay ¡Sabe Dios cuándo volveremos á vernos! ¡Si me abandonais desde el momento en que me hubiera sido tan grato veros á mi lado, poco tardareis

en olvidarme! ¿Y qué me quedará entonces?

»ELENA.»

Guardó la cartita bajo el cuerpo del traje nupcial, entre las flores de azahar y se dirigió al salón.

Servais en tanto esperaba el momento en que la avenida quedara desierta, y al mismo tiempo cuidaba de su compañera.

—La señorita Elena es muy bella,—dijo Solange con visible amargura.

—¡Oh!—contestó el criado en tono cariñoso—la señora condesa es guapa, indudablemente, pero con dinero y lujosos trajes, nosotros, cada cual por nuestro estilo, resultaríamos mejor.

Abrigió á la hija del guarda con una capa de lana forrada de piel, púsole una capotita muy sencilla y bien hecha y contemplando satisfecho su obra, exclamó:

—Perfectamente, si os miráis al espejo no os conoceríais. ¡Lo que sereis dentro de seis meses! ¡Ea, en marcha!

Solange se acurrucó en un rincón del carruaje. Servais se sentó á su lado, tomó las riendas y arreó el caballo, que salió á escape.

La desgraciada sintió que el corazón se le desgarraba de pena. ¡Ya no había remedio!

Junto al bosque de Chevagnes, el caballo, que iba á todo correr, dió un bote y varió un poco de rumbo.

Un cazador acababa de saltar por aquel lado.

El trotón, vigorosamente guiado por Servais, volvió á tomar buen paso.

El hombre quedó lejos; pero Solange lo había conocido más que por verle, si es posible, por la emoción que sintió.

Era Román Tremor, que desde lo alto del camino contemplaba, con la desesperación en el alma, el coche en que partía la idolatrada mujer que otro le había robado.

Servais, mirando de reojo, no perdió un solo detalle de esa escena, y aguardó pacientemente á que la emoción de Solange se calmara.

Cuando habían ya recorrido unos cinco kilómetros, juzgó oportuno dirigir á la pobre muchacha algun consuelo, aun cuando fuese de manera indirecta.

—Esta noche—dijole—dormireis en la más hermosa población del mundo; la ciudad del lujo, donde las jóvenes que son tan bellas como vos hacen, con un poco de buena voluntad y en breve tiempo, una gran fortuna, y... son las reinas del mundo.

Solange se encogió de hombros, cuyo movimiento advirtió en seguida el ayuda de cámara.

Pero continuó hablando como si no hubiera notado aquella tácita desaprobación:

—¡Habeis tenido mucha suerte! Empezar bajo la protección de un hombre como el señor conde, es una gran cosa. Todo lo puede, y estoy persuadido de que someteréis su generosidad á grandes pruebas.

Servais, como si tal cosa, siguió perorando

con suma diplomacia sobre las muchachas ambiciosas, y procuraba abrir á los ojos de Solange nuevos horizontes, de cuya existencia no tenía ¡infeliz! ni la menor idea.

Y al concluir, encubriendo su astucia con la capa de la sencillez, dijo:

—Acordáos siempre, querida niña, de que he sido quien os ha llevado á emprender el camino del esplendor y la magnificencia.

En Nevers tomó un billete de primera clase, entregó á Solange el dinero que su amo le dió con ese objeto, la condujo él mismo al tren y la instaló en un compartimiento vacío.

La locomotora iba á silbar, cuando acudió precipitadamente un viajero, que llevaba un maletín á la mano.

—¡Hola, Servais!—dijo al conocer al criado de Oliverio.—¿Qué casualidad es esta?

Servais eludió entrar en detalles.

—¿No está el conde en Chevagnes?

El criado contestó vagamente.

Roberto Souvray pues no era otro el recién llegado, se instaló en el vagón, colocóse en un ángulo, puso la maleta en la red y ni siquiera se fijó en su compañera de viaje.

El tren se puso en marcha.

En tanto, Servais, que parecía clavado en tierra maldiciendo aquella casualidad pensaba:

—¿Por qué el señor de Souvray se ausenta hoy, día del casamiento de su prima? ¿Y qué pensará del viaje de esa criatura?

Un poco más tarde, Elena de Rochevieuille, que era ya señora de Taunay, ocupaba una silla de posta con su marido, su amiga Luisa

de Montambert, la señora Severin y el barón.

Los recién casados iban á Italia; los otros, separándose de estos en Nevers, regresaban á París.

Lo mismo, contestando al alcalde con voz triste y débil, que luego al obispo, al pronunciar el juramento que se prometía mantener, la novia no pudo apartar de la imaginación la imagen del ausente.

Concluido el almuerzo y como se hallara sola un instante con Hugo, sacó del pecho la carta que había escrito para el conde y se la dió.

—Tomad—dijo—enviádle este recuerdo, y decidle que le amaré... como una hermana, siempre.

Hugo estrechó con vehemencia la mano que Elena le tendía.

La silla de posta desapareció en seguida por la avenida.

Elena era sincera.

Pero la confesión muda, cruel y tardía de Roberto la había trastornado.

No amistad, sino amargos recuerdos, y un amor que debía enterrar, llevaba en su corazón la pobre recién casada!

XVIII

Catalina, después de la desaparición de su hija, no tenía consuelo.

Deseaba morir; y miraba el estanque con deseos de arrojarle en él.

Estaba muy arrepentida de no haber impedido que Solange se fuera. Temblaba de

piés á cabeza al pensar qué Fargeas iba á entrar de un momento á otro, y á pedirle cuenta de su culpable debilidad.

¿Solange los había deshonrado, sí? ¿Pero tenía ella la culpa? Y además, aun cuando fuese culpable, ¿no era su hija? Y la pobre madre no podía olvidar la dulzura, las caricias de su hija, que fué la alegría de aquel hogar, entonces tan solitario y triste.

A las nueve ya no podía más, y se rebeló contra lo que llamaba su cobardía.

Fué corriendo como una loca hacia el castillo, decidida á recuperar su hija y á llevársela consigo.

Cuando llegó, sin atreverse á preguntar á nadie, buscaba por todas partes á su Solange.

Como viera al fin á un amigo, un antiguo sirviente llamado Brodin, guarda también del castillo, preguntóle:

—¿Habeis visto á mi hija, Brodin.

—¿A Solange? Nó. Estamos tan ocupados, que no hemos podido reparar en nada.

Catalina quedó sin aliento, apoyada en un banco, mientras Brodin ensillaba una yegua.

—No os acerqueis, querida mía. Es el caballo del señor Souvray, que es muy resabiado y puede daros una coz.

—¿Del señor Souvray?—preguntó maquinalmente la corsa.—¿De cuál de ellos?

—Del joven, el señor Hugo. El mayor no ha venido.

—¿Por qué?

—No se sabe. Y vale más no decir nada;

sin embargo, con la mayor reserva os diré que, según parece, estaba prendado de su prima. Y, claro está, la alegría de los unos es la tristeza de los otros.

—¿De manera que no habeis visto á Solange?

El buen hombre iba á contestar, cuando se acercó un robusto y gallardo sujeto que se detuvo en el dintel de la cuadra.

Tendría cuarenta años; llevaba túnica color azul oscuro, sujeta por un cinturón de cuero; calzón ajustado y botas altas. Ostentaba en una placa de plata las armas de la casa Taunay.

Su aspecto era antipático.

Este hombre no era otro que Labranche, el enemigo de Simón, jefe de los guardas del dominio y, después del señor Dionisio, el hombre de confianza del marqués.

—¿Vos por aquí, hermosa señora?—dijo á la corsa.—¿Haceis lo que todos los demás, pasear?

—Sí.

—¡Magnífica ceremonia! El obispo ha llegado hace un cuarto de hora. Viene á casar al señor conde y á la señorita Elena. No son dignos de lástima, estos jóvenes. ¡Empiezan con mucho dinero!

Dió algunos pasos para alejarse; pero retrocedió en seguida y añadió:

—Celebro mucho encontraros. No quiero disgustar á Fargeas, que es mi amigo; pero me contraría que sea tan compasivo con esos bribones de los Simón. La mujer no hace

otra cosa que colocar lazos por todas partes, hasta mi puerta. Es una arpía que no teme ni á Dios ni al diablo.

—¡El marido está agonizando!

—¡Poco se perderá si se muere!

—¡Son dignos de lástima!

—Nada de eso. Son mala gente. Decidlo así á Fargeas.

—Bueno, señor Vicente.

Labranche, dirigiéndose á Brodin, le preguntó:

—¿Sabeis adónde iba Servais hace un instante?

—¿En un cabriolé?

—Sí.

—A Nevers.

—¿De una tirada?

—Tardará poco. Lleva el *Conquistador*, que es un buen caballo.

—¿Y á qué ha ido á Nevers?

—No me da cuenta de sus asuntos. Será por los del conde Oliverio. Pidiéronme el caballo, lo alisté y no sé más.

—¿Pero no iba una mujer con él?

—Podrá ser—contestó el otro con indiferencia.

—Alguna muchacha del castillo, sin duda. Pero—añadió Labranche—corría el caballo, corría de tal modo, que no he podido distinguir nada.

Catalina se puso pálida como la cera.

Alejóse sin decir una palabra.

—¿Qué tiene la señora Fargeas?—preguntó el guarda.

—No le faltan á la pobre algunas penas. No me extrañaría que su hija les diera que sentir.

—¡Bonito pimpollo!—exclamó Labranche. Creed, padre Brodin, que no es empresa fácil la de guardar una perla así. Es preferible una buena y rústica campesina. Los galanteadores no abundan tanto, en ese caso.

Catalina se detuvo junto á un árbol, procurando sobreponerse al dolor que sentía. La infeliz se ahogaba.

¡Ya no quedaba esperanza ninguna!

Y regresó, poco á poco, sin ocuparse del castillo, entró en Gue-aux-Biches, y no volvió á salir.

A las siete llegó Fargeas.

En seguida se puso á mirar á todos lados, como buscando algo.

Catalina, sentada cerca de una ventana, no hizo el menor movimiento.

—¿Y Solange—dijo él—dónde está?

La corsa contestó:

—¡Se ha ido!

—¿Cómo es eso?

—Pregúntaselo á tu amo, el señor conde Taunay.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, Lucas, que si Solange se ha negado á casarse con Román Tremor, si estaba siempre triste y huía de todos; si nos abandona, á pesar de querernos tanto, para ir á esconderse en ese inmenso Paris, adonde un criado del castillo la lleva, es porque está deshonrada, porque el conde vino aquí para

ser su perdición, para violentarla, y en fin, para acabar por robárnosla hoy.

—¿Y tú lo sabías?—gritó Fargeas.

—No; pero aun cuando lo hubiera sabido, ¿qué remedio había?

—¡Haberlos matado, primero á ella y luego á él!—dijo el guarda rugiendo como una fiera.

—¡Ahí tienes la razón de por qué la he dejado partir! Si tú le hubieras puesto la mano encima, yo la hubiese defendido. ¿Qué sabía ella, pobre niña? ¿Qué culpa tiene? A ese demonio es á quien hay que castigar.

—¡A unos viejos y buenos servidores como nosotros! ¡Qué afrenta!—murmuró Fargeas, cayendo anonadado en una silla y cogiéndose la cabeza con ambas manos. ¡Miserable!

Levantóse Catalina, y apoyándose en el hombro de su marido, dijo:

—No sirve de nada quejarse. Soy corsa. En mi país no estamos por las palabras, sino por los hechos; no nos precipitamos, nada de eso; aguardamos, si es preciso, años y años y en vez de amenazar, matamos.

Un hombre vale otro hombre, llámese duque ó príncipe. Y no importa que el enemigo sea fuerte como un león y ligero como un águila; se le llega á alcanzar con el tiempo, puesto que ha de venir el instante en que el león se duerma ó el águila baje de las alturas. ¿Comprendes?

—Sí.

Llamaron á la puerta.

Era Román Tremor.

Sin decir una sola palabra estrechó la mano á Fargeas y abrazó á Catalina, que le dió un beso.

¡Sus pesares se entendían, se hablaban!

El mal no tenía remedio. ¿Por qué buscarlo? ¿A qué consolar el inconsolable?

Cuando salió, era completamente de noche.

A lo lejos se distinguían los fuegos artificiales y el griterío de la regocijada multitud.

Román extendiendo los brazos hacia Chevagnes, exclamó:

—Si Dios no es justo ¡paciencia! ¡Otros lo serán por Él!

Y en el dintel de la fragua, la *Bigornia*, atraída por las detonaciones, gruñía entre dientes:

—¡Si el castillo ardiera, con qué placer avivaría yo el fuego y echaría á ese infame de Labranche entre las llamas!

¡Pero del deseo á la realidad, como de la copa á los labios, suele haber más distancia de la que parece!

XIX

Servais permaneció en el andén de la estación de Nevers mientras que el tren se alejó en dirección á París.

El ayuda de cámara estaba contrariado.

Esto prueba que tomaba en serio los asuntos de su amo.

El encuentro del mayor de los Souvray con la hija de los Fargeas, le fastidiaba;

puesto que temía á los juicios que pudiera hacer aquel sobre el inusitado viaje de la muchacha. Y si esta le suministraba algunos detalles, entonces se complicaría más el asunto.

A los cinco minutos de ponerse el tren en marcha, el conde Souvray, después de haber colocado los objetos que trafa á la mano con toda comodidad, volvióse del lado de su compañera.

A pesar de su preocupación, de su tristeza, el conde hizo una exclamación de sorpresa:

—¡O mucho me engaño—dijo—ó tú eres Solange!

No había medio de eludir la respuesta.

Roberto y su hermano conocían de toda la vida á los guardas de Chevagnes, y en particular á Fargeas, por quien sentían verdadera estimación. Habían conocido á Solange desde pequeña, y también la querían mucho.

—¿Sois vos, señor Roberto?—contestó ella ruborizada.

—¿Adónde vas, pobre niña?

—A París.

—¿Y viajas en primera? ¿Has heredado?

—¡Ay! no.

El conde se fijó en la capa forrada de pieles y el sombrero que llevaba Solange, y esto le daba qué pensar.

—¿Sería á tí á quien Servais llevó á Nevers y acompañó hasta la estación?

—Sí, señor.

—¡Diablo! ¡diablo!—dijo el conde entre dientes.

Solange ya no estaba encarnada. Cuando el conde la miró, se puso lívida.

—¿Sabes que es difícil conocerte con ese pergenio? Pareces una señorita. ¿Y qué vas á hacer en París, criatura?

—Aprender un oficio para ganarme la vida.

—¿Cuál?

—No lo he decidido aún.

—¡Diablo! ¡diablo!—volvió á decir el conde.—Yo creía que te ibas á casar.

—¡Oh! no—se apresuró ella á responder.

—Sí, con Román Tremor. El me lo ha asegurado repetidas veces. Y Fargeas también lo creía así.

—Efectivamente, iba á casarme; pero ya no me caso.

—¿Se puede saber por qué?

—El conde abandonó su asiento y se colocó frente al de la muchacha, á quien no dejaba de mirar fijamente como queriendo leer en el fondo de su mirada.

No le guiaba pueril curiosidad, sino verdadero interés, hijo del afecto que consagraba á los Fargeas; y en aquella ruptura veía una desgracia.

Algunos meses de estancia en París enseñarían á Solange lo que es disimulo; pero su herida estaba aún muy reciente y su alma era todavía harto cándida para poder ocultar, sin dejar que los adivinaran, sus sufrimientos; y además, frente á aquel amigo de la infancia no tuvo fuerzas para mentir.

—Pues no me he casado—repuso—porqué

porque no soy digna de unirme á un hombre honrado.

Y bajó la cabeza.

—¿De modo que te hallas bajo la protección del señor Servais? Este es el hombre de confianza del conde Oliverio. ¡Te felicito, moina! Si me hubieran jurado lo que estoy oyendo, no lo hubiera creído! Tu dulce y angelical semblante me tenía engañado, puedes estar segura. ¿Y dónde vas á habitar en París?

—En la calle de la Paz.

—Hermoso barrio. ¿En casa de quién?

—En la de una señora para la cual llevo carta de recomendación.

—¿En qué se ocupa esa señora?...

—Leed—dijo Solange entregándole la carta del conde.

—Letra de Oliverio—dijo Souvray con amargura.—Tienes valiosas relaciones! ¿Y tu madre se ha enterado de tales proyectos?

—Esta mañana.

—¿No se ha opuesto?

—No.

—¿Luego el mal no tenía remedio?

Solange se mordió los labios, procuró contener el llanto y no trató de excusarse. ¿Para qué?

El señor Souvray varió de tono.

Sabía lo que quería saber.

Cogiendo las manos de su compañera le dijo con dulzura:

—Tranquilízate, mi pobre Solange; ¡el castillo estaba muy cerca de la choza! ¡Fué una

fatalidad! Todos tenemos penas; crée que á mí no me faltan. Viviremos cerca. Puedes estar segura de que en mí tienes un amigo.

—¿Vais también á París?

—Sí.

—Y abandonais Souvray, donde tan á gusto viviais?

—Tu eras feliz en Gué-aux-Biches y también lo dejás...

—¡Es verdad!

—¡Eras feliz al lado de tus padres, á quienes tanto amas!

Ella se tapó la cara con ambas manos, y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Lo sucedido á Solange confirmóle en la opinión poco favorable que tenía de Oliverio, y dudó, con más fundamento que nunca, que aquel matrimonio llegara á ser feliz. Como su alma era muy generosa, lo sentía, pues el amor que consagraba á Elena llegaba al heroísmo.

Para Solange fué un consuelo encontrar á aquel señor tan bueno y tan digno.

Y Souvray, á su vez, muy unido á la pobre muchacha por verdadera amistad y sincero interés, se felicitaba también para intentar al menos evitar al guna desgracia, de haber hallado el hilo de aquella intriga, que debía comprometer, con la de otros, la tranquilidad de la condesa de Taunay.

Los sentimientos de Roberto no podían ser más nobles.

Cuando á eso de las once llegaron á París, Souvray tomó un carruaje y llevó á su compañera á la calle de la Paz.

En un balcón del primer piso se veía, en gruesas letras doradas, un rótulo con el nombre *Felisa*. Había luz en la habitación; se comprendía que velaban, esperando á la viajera, cuya llegada anunció el telégrafo.

Y después de asegurarse de que Solange había entrado, dijo al cochero:

—Hotel de Nevers, calle de San Agustín.

XX

Esperaban, en efecto, la llegada de Solange.

Y quien la aguardaba era una mujer que gozaba entonces de bastante celebridad.

El conde Oliverio, que disfrutaba de todos los privilegios, tampoco carecía de ingenio.

Pero tropezó en sus primeros pasos con una mujer mucho más inteligente que él; era astuta y diplomática como hay pocas.

Se llamaba la señorita Felisa y habitaba el primer piso de la casa número 47 de la calle de la Paz.

Después de todo, Felisa no era más que una modista; pero no de pacotilla, como suele decirse, sino más bien una verdadera artista; no una obrera, sino una gran señora; tampoco una confeccionadora, sino una hada.

Al menos, supo adquirir ese prestigio.

Era rica, pero quería serlo más. No nos atreveremos á afirmar que su talento en el arte de elegantizar á todas las mujeres con los trajes y sombreros que hacía, fuese lo único que la enriqueciera; pues si una gran par-

te de su clientela visitaba sus almacenes, no faltaba tampoco otra que sólo frecuentaba sus salones.

¿Qué más quiere la sociedad?

Esta no recibiría á Felisa, pero iban á su casa y necesitaban de ella.

Eso contribuía al odio que le inspiraban sus clientes, pues envidiosa y altiva, detestaba á cuantos habían nacido en esfera menos humilde la suya.

Sin embargo, sabía ocultar sus pasiones bajo la apariencia más dulce y graciosa; así es que nadie podía sospechar todo el odio que era capaz de sentir aquella mujer.

Cuando Solange entró, Felisa estaba acurrucada, como una gata, en un cómodo sillón de su gabinete, habitación, por cierto, lujosa y elegante.

Al oír que se detenía un carruaje, dijo á una hermosota rubia que iba vestida de negro, con delantal blanco de fina batista, y que se hallaba sentada frente á ella:

—Juliana, id. En ese coche que ha parado debe venir esa joven. Tengo curiosidad de verla.

Juliana que era la doncella y la confidente de Felisa, se levantó y salió sin decir una palabra.

La modista era mujer sana y vigorosa, alta y desarrollada sin exceso; lo más notable en ella era la distinción natural. ¿De quién la habría heredado?

Su madre fué portera y mujer tan perversa como ordinaria; responsable del camino que emprendió su hija.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAYOS"

Año. 1925 MONTREY, MEXICO

Su padre, empleado en el matadero, hombre huraño y brutal, murió despanzurrado por un toro que se enfureció al olor de la sangre.

Felisa vivió trece años en el chirivital de la calle Boullts; recibiendo de sus padres porrazos en vez de buenos consejos, y no se sabe qué hubiera sido de ella á no ser porque un día, al pasar por su barrio un batallón de regreso á Vincennes, el comandante adivinó en aquella niña, cubierta de harapos, una mujer realmente hermosa.

Tuvo un capricho por ella y se la llevó é hizo que aprendiera un oficio.

La colocó en casa de una afamada modista y gastóse algún dinero en que la dieran buenas lecciones.

Apresurémonos á decir que ella enseñada le pagó con la mayor ingratitud é hizo una vida desordenada.

Felisa fué desde niña poco escrupulosa.

Tendría veintisiete años cuando el conde Oliverio, que contaría entonces veintidos, se enamoró de ella.

Supo dommarlo, detenerlo en la pendiente de las locuras, y no le gastó sino el dinero necesario para fundar el establecimiento de modas, á pesar de que pudo muy bien conseguir que le hubiera dado mucho más.

Supo también hacer que marcharan de frente sus negocios y sus placeres. De día pertenecía á su clientela.

De noche no daba cuenta á nadie de cómo empleaba el tiempo...

Se desligó cuanto ántes del conde de Tannay, porque era muy déspota y voluntarioso; pero tuvo la habilidad de seguir siendo su amiga, y además su consejera en las circunstancias difíciles que, por causa de lo violento de sus apetitos, se presentaban con frecuencia.

Al recibir el telegrama comprendió que se trataba de una nueva aventura y, con la mayor facilidad adivinó, sin equivocarse mucho, todo lo sucedido.

Solange quedó deslumbrada al penetrar en aquella morada tan lujosa, y no se atrevía á dar un paso.

Juliana levantó una cortina de damasco amarillo y Solange entró en el santuario de la dueña.

Felisa le pareció una mujer imponente y hermosa, cuyos ojos negros eran expresivos y brillantes. El cabello era negro también, y la tez morena.

Colocando un binóculo sobre su nariz, ligeramente remangada, de corte atrevido y sensual, miró atentamente á la muchacha y le dijo:

—Acercaos, hija mía.

A una indicación que hizo á Juliana, ésta quitó el abrigo y el sombrero á la viajera; Felisa luego la acercó á una de las lámparas y la examinó con más atención todavía.

Después dirigió una mirada á su doncella; mirada que expresaba verdadera admiración.

Leyó la carta del conde.

—Si no entiendo mal lo que aquí leo,— dijo—sois una campesina.

—Casi.

—¿Hija de un guarda?

—Sí, señora.

—¿Vuestras costumbres serán, como es consiguiente, muy campestres.

—Yo vivía con mis padres. Mi padre es del Morvan. Mi madre es corsa.

—¡Ah! ¿Teneis sangre corsa en las venas!

—Mi padre, siendo soldado, casó con una joven de Sartène.

—Todo se explica. Me figuro que el conde ha contraído serias obligaciones con vos. Hablaremos de esto más adelante. Me encarga que os inicie en la vida de París. Puedo aseguraros que si sois inteligente, entrareis por la puerta grande. Me habeis sido simpática. Os encontráis con dos protectores que valen por todos los del orbe, el conde y yo. No hablemos más por hoy. Estareis cansada. Mañana os acompañará Juliana donde sea necesario para procuraros lo que os haga falta, que serán muchas cosas... Ahora id á descansar. Juliana os encontrará habitación en el barrio. Mientras yo os daré una aquí.

—¡Aah! señora—dijo Solange conmovida, ¡cuántas bondades!...

—¿Cómo se conoce que sois joven, hija mía! —repuso Felisa.—¡Buena yo! Hé ahí un calificativo que no merezco. Sin embargo, quiero ser buena con vos, si respondeis á mis cuidados. Idos á dormir, hermosa.

Pocos momentos después daban las doce.

Juliana volvió á entrar.

—¡Señora, qué joya!—exclamó.

Felisa sentía necesidad de alivio, después de las molestias que experimentó representando tan solemne papel.

La pilluela de la calle Boulet reaparecía.

—Ya lo creo—contestó.—Con buena ropa blanca, elegantes trajes y bien pulida, ahí tienes una que atraerá muchos billetes de Banco.

Luego, variando de tono, y poniéndose seria, añadió:

—No sé por qué, se me figura que he de tomarle cariño á esa criatura; ¡yo que no quiero á nadie!

—¿La señora me necesita?—preguntó Juliana.

—No.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Juliana. Tened cuidado de esa joven.

—La señora puede estar tranquila.

Felisa se levantó, desnudándose, se acostó y mientras se preparaba á dormir, repitió lo menos diez veces:

—¡Es encantadora!

XXI

Antes de entrar de lleno á relatar los sucesos que fueron consecuencia de los hechos que acabamos de referir, bueno será dar á conocer á nuestros lectores dos cartas cambiadas entre dos personajes de nuestro relato, y

participarles la muerte del anciano marqués de Taunay, acaecida en medio de circunstancias excepcionales, y ante las cuales enmudeció la justicia, sin comprender nada. ¡Verdad es que esto sucede con mucha frecuencia!

LA CONDESA ELENA DE TAUNAY-COULANGES, A
LA BARONESA DE MONTAMBERT

Calle de la Ville-l'Éveque

PARIS

Venecia 22 marzo de 1868.

«Mi querida Luisa:

»Compadéceme. Me aburro de lo lindo, y detesto Italia entera, Venecia, sobre todo, en la cual nos hallamos desde diciembre, y en donde Oliverio está contentísimo; pero te aseguro que no comprendo cómo se puede vivir aquí ni una hora.

»¿Quién es el obcecado que concede poesía oriental á la ciudad de los dogos, tan en decadencia hoy?

»En vez de púrpuras, terciopelos, mandolinas y canciones, no veo más que mendigos ni escuchó más que lamentos.

»Todo me parece desconsolador, triste, miserable ...

»Quizás será por el estado de mi alma, que me impide apreciar los naturales encantos del país.

»Y, después de todo, ¿por qué estoy triste? No sabría explicarlo. Pero la verdad es que echo de menos mis montañas del Morván, mi parque de Rochevieuille, la casa de mis padres, y hasta ese castillo de Chevagnes, donde cada rincón trae á mi memoria un recuerdo de la niñez.

»No comprendo esta vida tan agitada, á que tan aficionado es mi marido, y que yo detesto... ¡Si al menos me hallara en nuestro hotel de París, que apenas conozco!...

»Allí me rodearía de objetos queridos... ¡recuerdos de familia!... Mientras que desde mi casamiento voy errante, de un sitio á otro: de Turin á Nápoles, de Roma á Milan, de Florencia á Venecia, sin tomar apego á nada: ¡de hotel en hotel!

»Y este movimiento febril, que me cansa y enerva, gusta mucho á Oliverio... Pretende que aquí nos podemos consagrar mejor el uno al otro que en París, adonde, después de todo será preciso regresar de un día á otro, y me sonríe la idea de que será pronto. Extraño que esta población, en la cual nuestras relaciones no son numerosas, ó no debieran serlo, tenga tantos atractivos para mi marido.

»No sé cómo se las compone Oliverio. Conoce á todo el mundo. En todas partes está como en su propia casa. Hemos permanecido algún tiempo en Viena. Durante nuestra estancia no hemos hecho otra cosa que admitir convites y gozar de las diversiones todas. El pueblo vienés es afectuoso. Las mujeres muy atractivas y los hombres sumamente galan-

tes y distinguidos; tu, con tu elegancia y proverbial animación, lo hubieras pasado muy bien. Yo, en cambio, soy tan palurda, que solo me agrada la soledad y el retiro. Hubiera deseado pasar, sola con mi marido, los seis meses que hemos perdido en medio de ese mundo cosmopolita, donde me encuentro sin saber qué decir, ni qué hacer. No me cabe duda; he nacido para hilar copos de lana y educar mis hijos, si los tengo, claro está. Te diré, para *inter nos*, que á Oliverio le contrarian mis maneras y mis gustos, y que hubiera deseado una compañera más brillante y que halagara su vanidad. Procura disimularlo; pero yo no me hago ilusiones.

»Mi tío, de cuando en cuando me escribe dos líneas.

»Su salud me tiene intranquila. Me hablaba ayer de lo mucho que desea nuestro regreso.

»No lo deseará más que yo!

»Se lo he dicho así á Oliverio esta mañana y me ha contestado con evasivas.

»Pasa gran parte del día en casa de la princesa Wanda, esa hermosa polaca, de la colonia parisiense, casada con el príncipe Cavalli. Este posee aquí el antiguo palacio Morosini, junto al gran canal. Es poderosamente rico, y no hace otra cosa que pasearse por Europa.

»El contraste entre marido y mujer es sorprendente.

»La princesa, á quien debes conocer, tiene treinta años, aunque representa veinticinco;

es una rubia encantadora, una de esas mujeres del Norte semejantes á una aparición. Es imposible que no la hayas visto en París, donde pasa tres ó cuatro meses al año. El príncipe le dobla la edad. Mas que hombre, es un fantasma. Su semblante, amarillo como la cera, bajo la negra peluca, resulta repulsivo. Casó con Wanda por su belleza; ella le admitió por su dinero.

»Ayer hubo en el palacio Cavalli un baile verdaderamente régio. Oliverio se empeñó en que yo fuera, por más que el matrimonio ese no me inspira ninguna simpatía. El baile era de trajes. La princesa es entusiasta por los disfraces. Laferriere, según mis instrucciones, me ha enviado una *toilette* de la época del Renacimiento, que hubiera podido servir de modelo al mismo Ticiano. La polaca me la celebró mucho. Debo á esta señora muchas atenciones, que no tengo más remedio que agradecer. ¿Te pareceré muy ridícula si te confieso que me sentí más triste que nunca en esa fiesta?

»Cuando nos retiramos, Oliverio me habló de lo descontento que estaba de mí en términos bastante duros.

»—No sabe uno—me dijo—cómo distraerlos.

»Nada más fácil. Yo no pido diversiones, sino recogimiento. No he nacido para el ruido, sino para la tranquilidad.

»Me ha parecido también que los hermosos y azules ojos de esa princesa Wanda, que desde hace seis meses encuentro en todas

partes, miraban con cierta humillante compasión á mi novicia persona, y eso, lo confieso, me ofende.

»La verdad es, mi pobre Luisa, que esta existencia nómada me tiene nerviosa, excitada; que el matrimonio me atormenta ya como una pesadilla; que echo de menos mi libertad; que bajo la forma de exquisita cortesía hallo que mi marido se ha propuesto no sacrificarme ninguno de sus gustos; pues va donde le parece, sin tener en cuenta mis deseos, y frecuenta el trato de quien se le antoja, á pesar de mi aversión...

»Esa princesa Wanda me inspira una desconfianza que no puedo dominar. Tengo poca experiencia; pero he sorprendido miradas entre Oliverio y ella, que me han hecho saber más de lo que deseaba. He querido dejar de tratarla, pero Oliverio ha invocado los respetos debidos á una antigua amistad y á las conveniencias sociales. En síntesis: no ha querido acceder á mis ruegos.

»Y no hace más de seis meses que nos hemos casado!

»Adiós, querida Luisa; ¿cuándo nos veremos? ¿Cuándo acabará este viaje que se me hace tan insoportable como si estuviéramos en el polo ártico, perdidos entre la nieve!

»Escríbeme á este triste palacio, llamado *della Croce* (de la Cruz), donde vivo como una desterrada, y dame valor.

»Tu amiga,

»ELENA.»

P. S.—Abro esta interminable carta para darte una triste noticia.

»Mi tío acaba de morir, de resultas de una apoplejía. Así lo dice el telegrama que recibimos en este momento.

»Y, ¡extraña coincidencia! cerca de él, en su habitación, se hallaba muerto también, su fiel criado Dionisio.

»Salimos de aquí en seguida.

»No me consuelo de no haber asistido al pobre tío en sus últimos momentos. El y mis primos los Souvray son los únicos hombres que me han manifestado sincero afecto, así como tú eres la única mujer que me quiere bien, en unión de mi buena Eugenia, sin la cual te aseguro que hubiera sucumbido en estas latitudes, atacada de incurable *spleen*.

»Hasta pronto.

»ELENA.»

La otra carta la recibió algunos días antes el conde Oliverio.

Era de Felisa.

Decía así:

»Mi querido conde:

»No os ocupais para nada de vuestra protegida. Creo que haceis mal. Sucedan, no obstante, algunas cosas que no debeis ignorar. Os las hubiera comunicado antes, si antes hubiera sabido dónde debía dirigiros mis cartas, con tan útiles detalles. He sabido vuestra estancia en Venecia por una de mis clientes, la princesa Wanda Cavalli, que me

habla de vos, al mismo tiempo que me encarga algunos objetos.

»Solange está hecha una señorita.

»Creo poder asegurar que os sorprenderá ese cambio. Podrá ser también que ni sospecheis el valor del tesoro que me habeis confiado.

»Su educación, sin embargo, se ha retrasado tres meses á causa de su forzosa permanencia en el campo... cerca de Paris; y esto creo que no será ningún misterio para vos...

»Hace cinco semanas que dió á luz un niño. Lo ha bautizado con los nombres de Jaime-Oliverio... Fargeas, el apellido de ella.

»Está de vuelta en la calle de la Paz desde hace diez días, y puedo aseguraros que es la admiración de todo el mundo:

»Es sagaz como un hada, y con ó sin vuestra protección, sabrá ganarse la vida.

»Dentro de seis meses ya me contareis un cuento, siempre que para entonces no tengais las mismas razones para ser tan partidario de Italia.

»Vuestra muy adicta,

»FELISA.»

XXII

En efecto, el anciano marqués de Taunay había muerto.

Los avaros mueren tambien. Llegó un día en que no tienen más remedio que separarse de sus codiciados tesoros. Y eso que el señor

de Taunay abusó del derecho de hacer esperar á sus herederos.

Ya sabemos que desde hacia veinte años el viejo no había salido de Chevagnes.

Se enclaustró allí; y no se ocupó de otra cosa que de acumular dinero, cifrando en contemplarlo su mayor satisfacción; y no revelando á nadie, más que á sus dos hombres de confianza, Dionisio y Labranche, el secreto de lo que importaban sus economías.

Acababan de dar las nueve de la noche.

En el mes de Marzo, y en las montañas del Morvan, se vive aún en pleno invierno.

La temperatura era seca y fría.

Los habitantes, en un tiempo así, regresan á sus hogares á las cuatro y media de la tarde, y no salen hasta el día siguiente; á no ser que se hallen dominados, como Simon y su mujer, por la poderosa pasión de cazar en vedado.

A estos no les arredraba nada.

La consigna, en el castillo de Chevagnes, era levantarse temprano y acostarse temprano tambien.

Era una economía de luz.

Lo más que se permitían los criados del marqués era quedarse una hora ó dos, después de comer, jugando al dominó ó á las cartas en la cocina.

El señor de Taunay, envuelto en una bata, parecía un viejo abate.

Sobre una mesa colocada cerca de la chimenea había, además de la lámpara, gran cantidad de dinero colocado allí por Labran-

che, que se hallaba de pié frente á su amo.
—Decíamos que hay aquí sesenta y tres mil francos en billetes y veintisiete mil en oro.

—Sí, señor marqués.

El buen hombre acarició los billetes, los contó más de dos y tres veces con mucha calma, y luego entregó todo á Dionisio, que se hallaba sentado cerca de él al otro lado de la mesa.

—¿Está bien contado?—preguntó.

El ayuda de cámara contestó afirmativamente, y el marqués entonces se levantó, abrió una caja adosada á la pared, bajo un tapiz, en la cual había gran cantidad en papel, y después de guardar la nueva suma, cerró con cuidado la puertecilla de hierro.

En tanto, Dionisio, que había separado el oro, pesaba las monedas una por una en una balanza y las iba dejando todas sobre la mesa.

—Justo. Veintisiete mil—dijo.

El marqués tornó á sentarse, y hundiendo las manos en los montones de oro, gozaba lo que no es decible; pues el oro, y no los billetes, era lo que hacía sus delicias.

Después vació las monedas con precaución en un saco de cuero, y se lo entregó á Labranche.

—Llevad esto—dijole—vos que sois robusto. Bajemos, hijos míos. Vais á gozar de un espectáculo que no todo el mundo podría ofreceros; vais á contemplar montones y más montones de este metal, que realiza todos los

caprichos y con el cual es uno rey del mundo. ¡Vamos!

Labranche y Dionisio sabían el camino.

El anciano ayuda de cámara cogió una linterna y precedió al cortejo, alumbrando el trayecto.

El guarda, con el saco á la mano, iba detrás. Tropezó con un mueble. Las monedas sonaron como si fueran campanillas.

—No hacer ruido, amigo, no hacer ruido. Cuidado con despertar á nadie. Servidme con inteligencia, que no os olvidaré en el testamento, podéis estar seguro.

—Gracias, señor marqués.

Labranche estaba contento con su suerte; á pesar de que en otra época, durante los fastuosos tiempos de Chevagnes, fué víctima de ciertas ambiciones al ver mujeres hermosas é inusitado lujo; él también ansió riquezas; pero este afán fué pasajero.

Seguía á su amo, sin abrigar una mala idea.

A lo más, pensaba que con la modesta suma que llevaba, podría acabar tranquilamente sus días, y que si el marqués se la concediera en su testamento, ¿para qué quería más?

Los tres hombres atravesaron en el mismo orden una serie de corredores, subieron algunos escalones y bajaron otros, sin encontrar á nadie.

Siguió la procesión hacia el extremo del castillo y descendió por una escalera de caracol que parecía hundirse en las entrañas de la tierra.

No era muy larga, y conducía á una cueva abovedada, cuya puerta abrió el mismo marqués, valiéndose de una enorme llave que servía también para abrir una poterna, que daba al parque, colocada bajo una ventanilla, defendida ésta por un enrejado á través de la cual, cuando el viejo penetró con sus acólitos, penetraban los pálidos rayos de la luna.

Labranche y Dionisio que llevaban á cabo esa peregrinación algunas veces al año, no ignoraban, como es consiguiente, ningún detalle.

Al entrar, el avaro respiró con satisfacción.

Sacó del bolsillo un manojito de llaves é introdujo una de ellas en la magnífica cerradura de un arca de hierro, tan sólida, que solo á fuerza de hachazos la hubieran podido derribar.

El arca estaba además oculta por una cubierta de madera que le daba toda la apariencia de un armario antiguo, allí olvidado y enmohecido, de tiempo inmemorial.

Cuando el arca quedó abierta, el golpe de vista fué deslumbrador; los visitantes estaban ébrios de admiración; la luz de la linterna daba de lleno en la masa de oro; parecía todo aquello la realidad de las más fantásticas descripciones de *Las mil y una noches*.

El viejo, inmóvil, no hacía más que sonreír. Sus ojos brillaban extraordinariamente.

—¡Es horrible tener que dejar todo esto! Mis economías!—exclamó suspirando.

—Serán para vuestro nieto—objetó Dionisio con acento paternal.

—¡Para él ó para otros, qué me importa!—repuso el viejo con acritud.—Sí, soy codicioso. No me he tomado jamás el trabajo de ocultar mis defectos, señor Dionisio. No soy como vos, que aparentais ser el más virtuoso de los hombres, ¡y sois un Tartufo!... Labranche—repuso después de nueva pausa—vaciad el saco... sin ruido, hombre, sin ruido. ¡Prudencia!

El guarda se adelantó y vació en la caja todo el oro que contenía el saco.

Al escuchar el ruido que producían las monedas al chocar sobre el hierro del arca primero y luego al reunirse á las demás, empujadas por la huesuda mano del avaro, exclamó éste:

—¡Ah, Dionisio! Si uno tuviera veinticinco años, ¡cuántos placeres podría proporcionar-se mediante la cantidad que hay aquí! ¡Cuántas voluptuosidades! ¡Cuántos goces! ¡Qué de conciencias puras dejarían de serlo! Pero ¿dónde está la juventud?

Y juntaba las manos en ademán suplicante, frente al arca, cual si rogara á Dios que le devolviera la juventud.

—¡Y tener que morir pronto!—gruñó desesperado.—Vámonos.

En el momento mismo de ir á cerrar la caja fué presa de un temblor convulsivo. Se le contrajo la boca, hizo una mueca espantosa, los ojos se le dilataron de repente y lanzó un grito.

Dionisio lo recibió en sus débiles brazos, y no pudo hacer más que amortiguar la caída.

El guarda le miraba con espanto.

Comprendió en seguida que aquello era el fin.

La muerte repentina podía ser un desastre para él.

Si no había testamento, todo estaba perdido.

Su avaricia despertó.

Pero el ayuda de cámara era un impedimento y un peligro.

Si el viejo castellano distaba mucho de ser perfecto, Dionisio había envejecido á su lado y le era adicto por la fuerza de la costumbre.

—¿Qué teneis, señor?—le preguntó.

—Que me ahogo—contestó el amo.

—Labranche—exclamó Dionisio,—abrid la puerta; que entre más aire. Pero todo es inútil... ¡el señor se muere!

El guarda acercó la luz al rostro del moribundo.

El jefe de la poderosa casa de los Taunay espiraba.

Dionisio, arrodillado junto á él, espiaba sus últimas convulsiones, mientras que en pié, cerca de los dos viejos, el uno cadáver y el otro próximo tambien á morir, y al cual no había más que extender la mano para derribarlo, atraído, fascinado por los montones de oro, se hallaba Labranche acariciando una diabólica idea.

El oro despertaba su avaricia.

olamente él y Dionisio se hallaban ente-

rados, si no de la existencia, del escondite al ménos de aquel oro.

Y despues de todo, Dionisio y él podrian repartirse el hallazgo; pero Dionisio era honrado y adicto á los Taunay.

Además, las pasiones ya no podían prender en aquel corazón helado por la nieve de los años, en aquel cuerpo débil y achacoso.

Intentar corromperlo, fuera como querer adulterar el agua de un río con un átomo de veneno.

Pero no pudiendo hacer de él su cómplice, podría hacerle su víctima.

Nada más fácil. Todo favorecía el intento; la soledad, el sitio, la hora.

Titubeaba, no obstante.

Esas ideas pasaban como relámpagos por su imaginación...

Era preciso tomar un partido.

El marqués había muerto. Nada más cierto.

Dionisio se disponía á levantarse, á salir de la cueva y llamar para que acudiese la gente toda del castillo.

El guarda, tembloroso y pálido, se echó sobre el criado, y lo ahogó.

Dionisio no dió un solo grito.

Amc y sirviente yacian inanimados el uno al lado del otro.

Labranche quedó, pues, dueño del tesoro.

Por impulso fácil de comprender, su primer sentimiento fué de horror.

¡Era un asesino! Y maldijo á aquel avaricioso que tan pronto le habia transformado en un bandido digno del cadalso.

Mas luego, la importancia del fin, la enormidad de la suma y el instinto de conservación, reanimaron su energía.

Aquél dinero era suyo. Nadie podría disputárselo; pero era indispensable ponerlo en sitio seguro, y desde luego evitar sospechas, que no faltarian, si se atribuyera la muerte del marqués y la de su sirviente, á un crimen.

Y en un instante lo decidió todo.

Cargó con los dos cadáveres, y fué con ellos por donde habian ido media hora ántes.

Para no hacer el menor ruido anduvo con los piés desnudos.

Nadie turbó su faena.

Quando llegó á la habitación del marqués, dejó el cuerpo de éste extendido sobre la alfombra, á los piés del sofá, donde solía descansar; y lo puso de manera que todos creyeran que allí mismo le sorprendió el ataque; luego hizo lo propio con el criado; pero á este lo colocó boca abajo, cerca de su amo, como si le hubiera acometido el mismo mal al ir á socorrer al marqués.

Todo estaba en el mayor orden en la habitación.

Las alhajas del señor de Taunay, el dinero esparcido sobre el *bureau*, los muebles, todo, en fin, en su lugar.

Labranche respiró. Cerró la puerta sin hacer el menor ruido y volvió á la cueva. En el reloj del marqués daban las diez.

XXIII

Quando el guarda se halló solo, frente á las riquezas que tan súbitamente le convirtieron en un criminal, experimentó un temblor nervioso en todo el cuerpo.

¿Qué iba á hacer con aquella suma que la casualidad había puesto en sus manos? ¿Dónde llevarla? ¿Cómo disimular á los ojos de todos la existencia de ese dinero tan culpablemente adquirido?

Le dominaba esa inquietud propia del ladrón, que en todas parte cree ver delatores. De repente se dió un golpe en la frente.

Tenia una idea y era preciso ponerla en práctica.

Cerró cuidadosamente la puerta de la cueva que daba al parque.

Hacia un frio glacial. Esta impresión le devolvió toda su energía.

Con todo género de precauciones depositó en el saco de cuero todas las monedas de oro que podía contener, lo ató fuertemente con una correa y se lo echó á la espalda.

Luego, provisto de una linterna, atravesó el parque y se encaminó hácia el bosque.

Anduvo durante tres cuartos de hora, abrumado por el peso del saco.

Al fin se detuvo en la cumbre de un montículo, lugar inculto é inaccesible, y al cual solo llegaba algun cazador que otro; pero en Chevagnes apenas había Nemrods, y menos que se arriesgaran hasta allí.

La solemnidad de la noche, lo apartado y agreste del sitio, la claridad de la luna y el silencio que reinaba, impresionaron á Labranche.

Después de un instante de reposo, se puso de nuevo en camino, adelantó poco á poco, orientándose como podía, ayudado de la linterna, y llegó á una cueva subterránea, único vestigio de una antigua torre ha tiempo derruida, y que solo los muy ancianos conocieron. Se llamó la torre de *Perce-mousse*.

Pocos, pues, sabían la existencia de aquellas ruinas; y probablemente nadie más que Labranche y Fargeas, porque se lo oyeron decir á sus padres, se hallaban bien enterados de su existencia.

Separó, no sin trabajo, una enorme piedra y el ramaje que interceptaba la entrada, y penetró en el interior.

Era una cavidad informe, mas bien un precipicio que una cueva; escondrijo mas seguro y oculto, de fijo que no lo había.

El asesino derramó en varias piedras, después de arrinconarlas, la cantidad que llevaba en el saco, y sin tomarse el trabajo de volver á cerrar la abertura, salió y se puso nuevamente en camino para hacer un segundo viaje.

Como el trayecto hacia el castillo era cuesta abajo, y además iba libre de aquel peso enorme, corrió como un gamo y llegó en seguida al castillo.

A eso de las doce ya estaba de vuelta, car-

gado cual la primera vez, pero rendido por el peso de tantas riquezas.

A no ser tan absoluta su preocupación, hubiera podido escuchar ciertos ruidos, así como el extraño canto de ciertas aves nocturnas, y que el buho, al responder, se acercaba cada vez más á la cueva.

Ya se habrá figurado el lector que estos animales no tenían plumas.

La lechuza no era otra que nuestra conocida la *Bigornia*.

Y el buho, Simón.

Ambos, aprovechando la magnífica claridad de la luna, se hallaban ocupados en tender lazos á las liebres, á los ciervos y chivos, y sobre todo á los corzos.

La Simona era tan experta como su marido.

Este, apenas repuesto de la enfermedad, delgado y débil aun, no podía sustraerse á su pasión dominante.

Y noche tan clara como aquella no era para perdida.

Sin embargo, no era la necesidad lo que les impelía.

Gracias á los quince luises de Solange, no carecían de nada; pues en aquel país, quince monedas de veinte francos suponen un capital. Habían arreglado las ventanas y el techo. El resto de la casa seguía como antes; pero ellos no deseaban más.

Y cuando no se tienen necesidades, basta con poco.

Así es que tanto la mujer como el marido adoraban cada vez más á Solange.

Pero es justo añadir que odiaban más que nunca á Labranche, cuyo papel en la historia de la muchacha fué bastante censurable; y si ellos hubieran podido exterminarlo sin temor á más justicia que la del cielo, el guarda lo hubiera pasado mal.

Cuando Labranche hizo el segundo viaje, agobiado por el peso de las doscientas libras de oro que llevaba ya transportadas, teniendo que recorrer cada vez tres cuartos de legua para llegar á las alturas de Percemousse, la Simóna se ocupaba en torcer el tronco de un arbolillo para servirse de él al colocar los lazos.

En cuanto oyó pisadas por el bosque, suspendió su tarea, é imitando el chirrido de la lechuza, para advertir á su marido, se echó cuan larga era en el suelo.

Cualquiera hubiese podido pasar á su lado y no la hubiera distinguido.

Y así sucedió.

Labranche, sin fuerzas ya, medio ahogado bajo el peso que le destrozaba la espalda, pasó cerca de la *Bigornia* sin verla.

Además no se acordaba ya de los cazadores furtivos, ni de perseguirlos á ellos ni á nadie; sólo veía el fantasma del viejo, traidoramente asesinado pocas horas antes.

La *Bigornia* le distinguió en seguida á los pálidos rayos de la luna.

Se quedó con la boca abierta, absorta de estupor, como si se tratara de un aparecido.

¿Qué saco sería aquel y qué contendría?

Le pareció oír el ruido que producen las

monedas de oro al chocar unas con otras; pero no podía darse exacta cuenta de nada.

Comprendía que allí había misterio, y se propuso penetrarlo.

Echada boca abajo en el suelo, arrastrándose como una culebra, con la cabeza erguida, escuchó los pasos del guarda, su enemigo, sin hacer el menor movimiento.

El se detuvo.

Y ella, arrastrándose siempre, le vió apartar las ramas que se hallaban á la entrada, y oyó caer sobre la piedra aquella, las monedas, que caían á la manera de un chorro de oro.

¿Qué significaba aquello?

Aquel hombre no era otro que Labranche; Labranche, que transportaba, en secreto, una riqueza. Pero no se explicaba nada más.

En seguida le vió salir de su agujero y pasar corriendo cerca de ella por el mismo camino.

Entonces fué cuando llamó á Simón, y cuando merced á la señal convenida, se reunieron.

Estaba tan realmente emocionada, que cogiéndole de la mano no pudo sino decirle:

— ¡Ven!

Y cuando llegaron á la entrada de la cueva que Labranche había dejado abierta, añadió:

— Alumbra.

Simón sacó del bolsillo un cabo de vela y lo encendió con un fósforo.

Era hombre muy prevenido.

El estrecho subterráneo quedó iluminado por la luz de la bujía.

Al principio ni el uno ni el otro distinguieron nada.

—Busquemos—dijo ella.

Y con actividad febril registró por todos lados.

Al fin la luz cayó de lleno sobre el montón de monedas de oro que el asesino había ocultado allí.

Los *Simón* quedaron estáticos, sin moverse, fascinados, como quedó Labranche cuando el señor de Tannay abrió la caja.

La admiración les hizo enmudecer.

No apartaban la vista de aquel tesoro.

Sin embargo, no por esto olvidaron que debían ser prudentes.

Labranche tenía que volver sin duda alguna.

—Corría—dijo la *Bigornia* hablando del guarda—como si le persiguiera la justicia. Ese ha dado un mal golpe.

La antigua criada no carecía de lógica.

—Ha robado á su amo—contestó Simón.

—¡Cáspita!

—Es lo probable.

—Sabes—repuso ella, bajando mucho la voz, que esta sería una gran ocasión para vengarnos?

—¿Cómo?

—¡Qué hombres estos! ¡No adivinan nada!

—¡Podrá ser!—exclamó Simón sonriendo débilmente.—Pero es peligroso lo que pretendes.

—Vamos, hombre, no seas tonto.

—Si al menos tuviera aquí la escopeta.

—Tienes un cuchillo. La escopeta produce ruido, y eso no conviene. Piensa, Simón, en lo bien que podríamos pasarlo con la centésima parte de ese dinero.

—Ya lo creo. Pero sabes muy bien que nosotros no podemos ser ricos. Tratarían de averiguar en seguida la procedencia de semejante fortuna. Los luises no caen de las nubes; no tenemos nadie á quien heredar. Y luego...

—¿Qué?

—Que prefiero cazar en vedado. La liebre es de quien la mata; pero yo no quiero robar.

—¿Te aconsejo esto acaso? No se trata de robar. El dinero quedará ahí. Si es del marqués, él vendrá á buscarlo. Más tarde, ya se verá. Sabremos el secreto. Siempre es bueno poder decirse que en caso de necesidad no ignora uno dónde hay centenares de miles de francos que le esperan. La ocasión, la buena, es hacer lo que hemos pensado tantas veces.

La *Bigornia* bajó más aún la voz.

Habló largamente.

El de la fragua se resistía.

Al fin se encogió de hombros. Estaba vencido.

—Tú lo quieres—dijo—sea; yo no te niego nada.

Ella hizo un gesto terrible, el de estrangular á un hombre con un lazo.

—Eso se puede hacer—contestó lacónicamente Simón.

—Apostaría cualquier cosa á que lo habías pensado.

—Sí.

—¿Dejarías de ser quien eres!

—Dices bien.

—Espera.

El, acostándose boca abajo, aplicó el oído al suelo.

—Me habré equivocado—dijo.—Pero me pareció...

—¿Qué?

—Que se oye ruido en el camino. Pero á mucha distancia...

—No ha tenido tiempo aun—objetó ella, —á no ser que tenga alas. Tiene que estar en el castillo todavía, sacando más oro; y el castillo está lejos. ¡Tenemos tiempo!

Simón se sentó en una piedra, mientras que su mujer se ocupaba en arreglar un nudo corredizo, faena que no dió por terminada hasta que consideró infalible el éxito.

—Puesto que esto aprisiona bien un ciervo, bien podrá sujetar á un hombre. Y el hombre de quien se trata nos ha hecho demasiado daño para que deje *de caer en el lazo*. ¡Fuera imperdonable que le permitiéramos gozar de esas riquezas que esconde con tanto afán! ¿Cuánto calculas tú que podrá haber ahí?

—No lo sé—dijo Simón con indiferencia.

—Chitón.

Se oía, efectivamente, un ruido que venía de lejos.

Cualquiera diría que se acercaba un carruaje.

Marido y mujer se echaron al suelo, el uno á la derecha, la otra á la izquierda de la abertura de la cueva.

El sujetaba en la diestra un cuchillo.

Al mismo tiempo, ella apretaba el lazo con la siniestra.

—Si cierra la puerta—dijo Simona,—será señal de que ha terminado la faena y no vuelve. Si no, es que tiene que venir de nuevo.

—Bueno.

El ruido que los Simón habían oído, no era de un carruaje, sino de un carretón que el guarda iba empujando hácia delante.

Pensando que la tarea de trasportar el dinero no era cosa fácil, llevando los sacos á la espalda, decidió buscar aquel vehículo que halló sin dificultad, y colocó dentro el resto del dinero.

Pero el trabajo no era menos rudo, pues la carreta pesaba mucho y el camino era dificultoso para poderla empujar fácil y prontamente.

Así es que al llegar al montecillo, el hombre estaba rendido.

—¡Ya acabé!—exclamó, terminando de vaciar sobre la piedra todo lo que contenía la carreta.

¡Era su sentencia la que acababa de pronunciar!

No tuvo tiempo de levantarse.

Sintió en el cuello algo así como un latigazo, é intentó ponerse en pié.

La *Bigornia* le había cogido en la trampa. Simón, al mismo tiempo, poniéndole una

pierna en el pecho, le amenazaba con el cuchillo.

La luna, próxima á desaparecer, iluminó con su pálida claridad aquella salvaje escena.

Labranche tenía una fuerza hercúlea, que el terror paralizó.

No se dió cuenta de la naturaleza del peligro que se cernía sobre él de improviso, y creyó que aquello era un castigo de Dios.

—¡Piedad!—exclamó.

—¡Cállate, bandido,—dijo el herrero—ó te mato!

—¡Simón!—balbució el guarda.

—Sí, yo. ¡Te expiabamos, ladrón! Nos has hecho mucho daño, y has de pagarlo. Ya eres nuestro. Estás cogido como una liebre, y no te escaparás. ¿Qué dinero es ese que escondes ahí? ¡Lo has robado! No se corre de noche como corres tú, cuando se tiene la conciencia tranquila. Dí la verdad.

El guarda se tranquilizaba al escuchar á Simón.

Reflexionó. ¿Por qué no habían de entenderse?

—Ante todo, suéltame—dijo—y hablarémos.

—¡Para escaparte!

—Puedo enriqueceros, daros cuanto exijais.

—¡Confiesas! Acabas de robar á tu amo.

—¡Ha muerto.

—¡Lo has matado!

—No, lo juro; el marqués ha fallecido. Nadie lo sabe aún. Luego este dinero es mío;

nadie más que nosotros conocemos su existencia. Tomad, pues, la mitad.

—Puesto que podemos tenerlo todo—gritó la mujer,—no te dejes engatusar, Simón.

—Pues bien, quedaos con todo y dejadme—dijo el guarda.

—Miserable ladrón—dijo Simón animándose;—no necesito de tu botín, ni es eso lo que busco.

—¿Entonces, qué quieres?

—¡Tu vida! Y vas á morir. ¡Yo no robo; me vengo!

—Muy bien dicho, Simón—gritó la mujer. Labranche se consideró perdido.

Había en la voz de la *Bigornia*, en su amenazadora actitud, una rabia cruel, implacable.

El guarda hizo un esfuerzo sobrehumano. Levantóse de un salto y con sus férreos dedos sujetó al cazador por la garganta.

Pero el lazo estaba bien tendido.

La Simona tiró de un extremo con todas sus fuerzas.

No era una mujer, sino una furia.

—¡Mátalo, mátalo!—exclamó.

El cordel cortó la piel del cuello y ahogaba al guarda, que procuraba defenderse.

Labranche lanzó un último quejido y cayó de espaldas.

La *Bigornia*, cebándose en su presa, le estrangulaba, ebria de cólera, loca d' odio. El desgraciado dió un ronquido, clavó las uñas en tierra, y después de varias convulsiones, expiró.

Simón, sudoroso, sofocado, se desabrochó la camisa para que el aire frío de la noche refrescara su pecho.

—¡Eso de matar á un hombre, aun cuando sea un enemigo, es muy duro!

Y guardó el cuchillo, que no había usado.

La *Bigornia* miraba con expresión de triunfo el cadáver del guarda.

—¡Anda, que ya no nos procesarás más!... ¡Adulador de aquel á quien robaste ese caudal!

—Ya está arreglado—dijo lacónicamente el herrero.—Ocupémonos ahora de lo demás.

Serían las dos de la madrugada.

A la luz de la linterna del miserable Labranche, registraron la riqueza escondida en la gruta.

El arca de hierro del marqués quedó vacía; lo que Labranche robó podía calcularse en un millón doscientos mil francos.

Simón no daba valor á aquello.

—¿Qué nos importa—dijo—si el dinero no es nuestro?

—Sí—repuso ella—puesto que sabemos dónde está.

Simón no perdía tiempo en tales cosas.

La codicia no le tentaba.

Cubrió aquella inmensa cantidad con tierra y arena; el tesoro quedó completamente oculto hasta para el mejor investigador.

Borró además la señal de las pisadas.

Y ayudado de su mujer, porque él estaba muy débil, puso las piedras tal como La-

branche las encontró, tapando el hueco de la cueva.

Así es que resultaba imposible ni sospechar siquiera la lucha allí entablada y el drama, verdaderamente salvaje, que acababa de tener lugar.

—¿Y qué vamos á hacer de este maldito?—preguntó Simón.—Es preciso deshacerse de él.

—Las fieras se encargarán de ello—dijo la *Bigornia*.—Llémoslo lejos.

—¿Dónde?

—Sígueme.

Levantó el cadáver por los pies, y él por la cabeza, y lo colocaron en el carretón, que ella guió.

—Yo lo llevaré; tú estás aún muy débil. Ven y dedícate á aguzar el oído.

Y así anduvieron una legua á través del bosque, obligados á detenerse á cada instante, tanto para descansar como para prestar atención al menor ruido que creían oír.

Nada turbó tan terrible caminata.

Se detuvieron al fin en un lugar impenetrable, como las profundidades de un bosque virgen.

—No cortarán madera hasta dentro de ocho años—dijo Simón,—y para entonces ya habrán dado buena cuenta de esto los lobos.

—Antes de ocho días ya habrán limpiado bien sus huesos—añadió la *Bigornia*, inflexible en su aversión.

Simón precipitó cadáver y carretón en aquellas profundidades.

Cuando, después de un largo rodeo, tomaron el camino de la fragua, Simón creía ver sangre por todas partes, hasta en el horizonte, del lado de Levante; y volvía la cara continuamente, creyendo que les seguía un hombre... El cabello se le erizaba y sudaba el infeliz como si fueran las doce del día más caluroso del año.

—¿Lo ves!...—dijo á su mujer.—Ese muerto nos perseguirá siempre.

Al entrar en su miserable vivienda cerró bruscamente la puerta, como si un espectro le siguiera. Tardaría aún en amanecer; nadie les vió.

Aquella noche, sólo ellos y el guarda habían pisado el bosque de Chevagnes.

XXIV

No nos detendremos mucho en relatar los incidentes, sin importancia, que siguieron á la muerte del marqués, de su adicto Dionisio y de Labranche.

Nadie extrañó que á las once del día siguiente reinara todavía completo silencio en el pabellón ocupado por el señor de Tannay, porque tanto él como Dionisio, rara vez salían antes de almorzar.

A las doce el cocinero tocó la campana para anunciar la hora del almuerzo.

Nadie apareció.

Entonces llamó de nuevo.

¡El mismo resultado!

¿Qué hacer? Enviar á uno de los pinches á las habitaciones del marqués.

Este era hombre puntual.

La puerta de su aposento no estaba cerrada con llave.

Después de haber llamado, el pinche penetró en la pieza que precedía á la sala; luego se atrevió á pasar hasta la sala, y, por último, entró en el gabinete.

En esta pieza recordará el lector que fué donde Labranche colocó el cadáver de su amo, y después el de su víctima, Dionisio.

Ambos estaban rígidos.

El pinche, al verlos, dió un grito y salió corriendo como si hubiera visto al diablo.

Cuando llegó á la cocina, cayó en una silla sin fuerzas más que para decir algunas palabras inarticuladas.

—¿Qué es eso?—preguntó el jefe.

Y como no lograra arrancar al pinche sino frases confusas, decidió subir al primer piso en unión de Lucas Fargeas, que se encontraba allí casualmente, porque fué en busca de Labranche, á quien no había visto en toda la mañana.

El espectáculo que se ofreció á su vista, si no le impresionó tanto como al pinche, no dejó de emocionarle bastante.

Que el marqués hubiera muerto no era extraño.

A los ochenta y cuatro años cumplidos es de esperar esa catástrofe; pero la coincidencia de que los muertos fueran dos, era rara.

¡Nada se podía hacer ya!

La ciencia cura rara vez los enfermos, pero no consigue resucitar los muertos.

Tanto el cocinero como los demás sirvientes pensaron, y con razón, que lo prudente era llamar á la justicia y dejarlo todo tal como estaba.

Se dió parte en seguida al juez de Chateau-Chinon, que dista seis leguas de Chevagnes.

Ello es que entre unas cosas y otras, hasta la caída de la tarde no llegaron al castillo el juez de instrucción, el escribano, un médico y dos gendarmes.

En este intervalo sobrevino una nueva complicación.

Lucas Fargeas y sus compañeros fueron á su vez á llamar á la puerta del pabellón ocupado por Labranche.

Este pabellón estaba en el parque, y rodeado de árboles que lo ocultaban completamente.

Nadie daba señal de vida en el interior.

La puerta se hallaba herméticamente cerrada.

Por orden del juez la abrió un cerrajero.

La cama estaba intacta. Todo lo demás en orden también.

Pero Labranche no se hallaba allí.

El asunto adquiría todas las apariencias de un crimen; y el doctor, aunque sin asegurar nada, para no comprometerse, inclinábase á creer que Dionisio había muerto violentamente.

Pero el asunto estaba muy oscuro; tanto

más cuanto que, si hubo crimen, no fué el robo lo que impulsara á cometerlo.

Rimeros de luses, alhajas de gran precio y billetes del Banco se hallaban esparcidos en los diferentes muebles.

La caja de caudales estaba intacta, á lo menos exteriormente.

El señor de Taunay no podía vivir sin contemplar el oro por todas partes.

Habría allí unos doce mil francos, suma no despreciable para cualquier ladrón.

Si Labranche se hubiera encontrado allí, aquellos dos muertos no hubieran despertado la menor duda, y su plan estaba lo bastante bien combinado para apartar de sí toda sospecha.

¿Pero dónde estaría? ¿Cómo y por qué había desaparecido?

El juez de instrucción era hombre de unos cuarenta años, delgado, ambicioso, que en todas partes veía criminales, y tenía á gala mostrar siempre de exceso de celo.

Interrogó uno por uno á todos los servidores del castillo, y les hizo mil preguntas que él consideraba insidiosas, y á las cuales ellos contestaron según les pareció.

El juez no tardó en enterarse de lo siguiente: que Labranche era un hombre como tantos otros, ágil de piernas, vigoroso de cuerpo, cabeza sólida, buen bebedor, provisto de buenos ojos, lengua expedita y sano, brusco é imperioso.

Por lo demás, fiel á sus deberes y dueño de la confianza de su amo.

A la pregunta:

—¿Se le conocían enemigos?

Los guardas se miraron.

—Cazadores furtivos acaso.

Ninguno de ellos se atrevió á acusar á nadie. Sin embargo, como por instinto, todos pensaron en Simón y la *Bigornia*.

El juez era tenaz.

Se acordó de las repetidas condenas impuestas al herrero.

Era una pista.

Se vió ya en posesión de una ruidosa causa, siendo objeto de la atención pública y consiguiendo el ascenso con que soñaba.

No se opuso á la provisional exhumación de los dos muertos de Chevagnes; incoó proceso verbal, obscuro como el asunto en sí, avisó en seguida al conde Oliverio, jefe á la sazón de aquella ilustre y opulenta casa, cuyo favor quería granjearse á toda costa el representante de la justicia.

Llevaba su idea.

Cuando abandonaron el castillo, el cocinero, dirigiéndose á Lúcas Fargeas le dijo:

—Yo no soy procurador, pero veo claro; y os diré que Labranche era un perillán. Sabía dónde escondía el amo su hucha. Cuando el buen señor murió, él estaba allí. Le ví hablando con el marqués despues de comer. De fijo que habrá cogido la llave, vaciado la caja y se hallará, á estas horas, muy lejos de aquí con el contenido. No me gustaba, ese hombre. ¡Adulador, astuto con el amo; brutal con los demás!

Fargeas no contestó.

Desde que Solange partió, estaba taciturno, sombrío, como su casa.

Catalina y Lúcas se amaban siempre, más apenas hablaban ya. El estaba hastiado de la vida, y se concretaba á cumplir con su obligación con precisión militar, pero automáticamente.

Ella vivía con el pensamiento fuera de allí; concentrando su vida en una sola idea que la hiel de sus miradas revelaba cuando las fijaba en el castillo.

El guarda se encogió de hombros, se colocó la escopeta á la espalda y se fué sin decir ni una palabra.

—¡Qué pena me dá ese pobre diablo! —dijo el cocinero.

—Así está desde que se fué su hija—observó un palafrenero.—¡No piensa más que en ella!

—¡Encantadora criatura!

—¡Demasiado hermosa para enmohecerse en estos lugares!

—No quisiera hallarme en el pellejo del galán que se la ha llevado—repuso el jefe,—si Fargeas llega á pescarlo á buena distancia de su escopeta.

—No será el padre el más feroz.

—¿Quién es el otro?

—Román Tremor. Dicen que ni come ni bebe. Dá lástima.

—Hijos míos—dijo el anciano Brodin—os ruego que no se hable tanto en la casa de la pequeña Solange.

—¿Por qué?

—Sobre todo dentro de unos días, cuando el marqués y su *factotum* Servais lleguen. Tengo sospechas, aquí par *inter nos*, de que no con ajenos al asunto. Y hombre prevenido... Ya sabéis lo demás.

—Está bien—dijo el cocinero.—Sujetaremos la lengua.

El juez, el procurador y los acompañantes, llegaron á la fragua.

El gendarme que iba á caballo junto al carruaje, detuvo al cochero y le dijo:

—Allí es.

Y precediendo á la justicia, llamo á la puerta.

—Abrid—dijo.

Un voz ronca contestó desde dentro:

—En seguida.

Era la voz de la *Bigornia*.

—No me parece de lo más conveniente venir á semejantes horas, puesto que se halla uno descansando—gruñó la mujer, levantando, por encima de la cabeza, una vela colocada en una botella.

—Gendarmes!—exclamó al fijarse en el uniforme del que había llamado.—¿Qué querán? ¡Llevarnos presos!

El juez tomó la palabra y dijo gravemente:

—Venimos á interrogaros.

—¿Sobre qué, Santo Dios?

El procurador, que conocía á los Simón de larga fecha, porque les había comprado bastantes liebres, dirigió una mirada de inteli-

gencia á la mujer, que se separó humildemente.

—Entrad, pues, mis buenos señores,—dijo ella.

—¿Dónde está vuestro marido?—preguntó el juez.

—¡Ay! en su camastro, medio muerto de la enfermedad que ha adquirido en vuestras prisiones.

—¡Ah! ¿Está enfermo?—preguntó maliciosamente el juez.

—Apenas puede tenerse en pié. No sale sino á dos pasos de aquí, para respirar el aire libre. Todos los del pueblo pueden decirlo.

—Es verdad—contestó el gendarme.—Los Tremor me lo han asegurado así.

—Esos son vecinos caritativos que nos asisten en nuestra miseria.

Se mostraba más curiosa por saber lo que traía allí á tantos señores, que espantada de la presencia de los magistrados.

Simón no contestaba y permanecía inmóvil en su lecho, rendido por la fiebre.

El doctor lo pulsó y lo halló muy agitado; esto era evidente. El herrero estaba más conmovido que su mujer.

—Este pobre no hará huesos viejos—dijo al procurador.

—Han sucedido varias desgracias en Chevagnes—declamó el juez entáticamente.

—¿En el castillo?—exclamó la Simona.

—El marqués ha fallecido.

—Contra la muerte no hay riqueza que

valga—repuso ella con la mayor naturalidad.

—Han encontrado á su aynda de cámara muerto á su lado.

—¡El señor Dionisio! Un hombre muy afectuoso y honrado.

—Además, uno de los guardas, Vicente Labranche, ha desaparecido.

—¡Oh! Ese no se perderá—exclamó la *Bigornia*.—No os atormentéis por él, señor juez. Es un malvado.

—¿Podríais decirnos cuál es su paradero?

—No me han encargado de su guarda.

Uno de los del séquito examinaba la escopeta de Simón, un arma ordinaria y estropeada.

—No juguéis con eso—exclamó la *Bigornia*.—Podría dispararse y heriros. Está cargado para los animales que andan por estos alrededores; pero hace mucho tiempo que no sirve.

—¿Qué habeis hecho en estos últimos días?—repuso el juez.

—Lo que veis. Cuido á Simón.

—¿No teníais resentimientos con ese Labranche?

La *Bigornia* abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Resentimientos?—dijo ella.—No comprendo...

—Sí, odio más bien.

—¿Y por qué, Jesús mío?

—Porque os perseguía y acusó bastantes veces.

—¡Y éramos inocentes!

Adoptó tan candorosa actitud, que, á juzgar por las apariencias, se la hubiera podido dar la comunión sin confesarla.

El juez cayó en el garlito. El procurador gozaba con aquella escena.

—Fastídate, buen hombre—le decía desde sus adentros,—que ésta es capaz de despiantar á diez como tú.

Y además, ¿qué pruebas había de que los Simones fuesen culpables?

—¿Quiere decir que no sabeis nada de lo ocurrido?—repuso el juez.

—¿Qué hemos de saber! Ese Labranche no se ha perdido; podeis estar tranquilo: á menos que no tenga una razón para no volver—dijo ella, hablando consigo misma.

—¿Qué razón?

—No la adivino; pero si yo fuera juez, trataría de saberlo. El marqués tenía en él absoluta confianza, y dicen que el buen señor atesoraba gran cantidad de escudos.

—¿Insinuáis que Labranche, despues de la muerte de su amo haya podido apoderarse de esos valores y huir con ellos?

—No insinuó nada, señor mío: digo tan solo que si yo fuera de la justicia, trataría de tener una idea, y me parece que esto no es muy difícil.

—Naturalmente—dijo el gendarme.

—Muy bien razonado—observó el procurador. Vámonos. Se hace tarde. Durante el camino reflexionaremos. Este matrimonio es inocente...

— Como niños recién nacidos, señores jueces— dijo la *Bigornia* con el acento más natural del mundo. Simon es incapaz de hacer mal á nadie.

Los de la justicia salieron de la casuca.

La *Bigornia* permaneció á la ventana hasta que los otros se alejaron y no se oía nada.

— Entonces volvió al lado de Simón.

— ¡Imbéciles! — exclamó. — Que busquen á ese malvado de Labranche. Yace en una fosa de la cual no podrán sacarle. ¡Nuestros serán los escudos del marqués!

— ¡Pero qué quieres que hagan! — dijo Simón con filosofía. — Duerme.

A pesar de su energía, ambos *millonarios* estaban rendidos de cansancio. El carruaje de la justicia estaría apenas á una legua de la fragua, cuando ya dormían profundamente, olvidando su inútil riqueza.

Sucedió con el doble crimen de Labranche y de Simón, lo que con muchos otros.

La justicia perdió la pista y no logró saber nada.

Después del entierro del marqués y de Dionisio, el conde Oliverio, que era ya marqués de Tannay-Boulanges, cayó en la cuenta de que se había hecho una considerable sustracción; los cálculos que hizo se lo demostraron así.

Exploraron todos los rincones del castillo y concluyeron por descubrir la cueva donde el guarda asesinó al ayuda de cámara.

El robo resultó patente.

Quedaban todavía algunas monedas de oro

en el arca, que lograron abrir á fuerza de hachazos.

No cabía la menor duda; el malhechor había huido con el tesoro.

Era inútil lamentarse. El único remedio estaba en detener á Labranche.

Para esto el juez de instrucción de Chateau-Chinon telegrafió á todas partes. Gástáronse muchos francos y no se logró averiguar absolutamente nada.

No consiguió si no que le tacharan de incapaz para el cargo.

El marqués podía consolarse de esa pérdida, puesto que no disminuía sensiblemente su fortuna.

Dejó á Chevagnes é instalóse en su hotel de la avenida de Matignon con la marquesa.

Elena fué perdiendo tan rápida como prematuramente la frescura juvenil.

Tornóse grave, triste. Seis meses de matrimonio bastaron á darle cierta experiencia de la vida á la cual miraba con aspecto más triste.

Habiendo nacido para amar, se consideraba vejada, engañada. Sin pruebas irrecusables, comprendía las intrigas que la rodeaban, y movía la cabeza murmurando esta palabra, hija de la decepción: ¡Ya!

La imágen de Roberto de Soubray presentábase á su imaginación más á menudo de lo que ella hubiese querido; y no sin amargura, pensaba en aquella alma noble y altiva, ¡perdida ya para ella!

El marqués ofreció á Fargeas el puesto de

Labranche. Lucas lo rehusó, prefiriendo permanecer en Gué-aux-Biches.

No podía olvidar á Solange: todo le recordaba á aquella hija que amaba con pasión. El odio que sentía por quien les había hecho desgraciados, era cada vez mayor; odio que la corsa, inflexible en sus resentimientos, cuidaría de que no se extinguiera.

Tres meses después de la muerte de los dos viejos y de la desaparición de Labranche, Fargeas y Catalina estaban sentados á la puerta de su casa á eso de las seis de la tarde.

El mes de junio terminaba.

La puerta de la valla se abrió y presentóse Román Tremor.

El desdichado no era ni su sombra.

—Vengo á decir os adiós—dijo.

—Y ¿adónde vais, Román?

—A París. Dejo el Priorato por una temporada.

Ni Fargeas ni Catalina le preguntaron la causa de su viaje: la conocían demasiado.

—¿Y qué vais á hacer á París?

—A establecer un comercio para distraerme. Mi padre y mi hermano cultivarán las tierras. Un buen muchacho del país, que vive allí, me ha pedido algún dinero para establecerse, y lo tomaré como socio.

—No teneis necesidad de ganar dinero, Román—dijo el guarda.

—Es verdad, pero no puedo vivir aquí. En París verá mucha gente, cambiaré de aires, y luego... ¡estaré más cerca de ella!

La *Bigornia* apareció por el lado del jardín.

Hizo seña á Catalina, y ésta se acercó:

—Tengo noticias—le dijo en voz baja.

—¿Buenas?

—Sí.

La corsa, sin que nadie lo advirtiera, le estrechó la mano cariñosamente.

—Adiós, Simona—dijo Román.—Me voy mañana.

—¡Bueno! Pero no olvideis lo convenido. Nada de debilidades.

Los ojos de Román Tremor echaban chispas.

—No tengas cuidado. No aliento ino para lo que no ignoras.

—Con paciencia se llega al fin. Vive tranquilo, hijo mío, ya llegaremos.

Los Fargeas y Román cambiaron otro apretón de manos.

No se dijeron nada.

Pero se comprendían.

Las sobrecitadas pasiones de todas aquellas almas, pasiones hijas de los sucesos que acabamos de referir, iban á desencadenarse, á obrar.

LA LEYENDA DE CHEVAGNES

ISOLA

XXV

Eran las diez de la mañana.

La primavera del año de 1869 tocaba á su fin.

El *Todo Paris* de los últimos días del Imperio no pensaba más que en divertirse en todas las fiestas de la aristocracia, de la nobleza del dinero y de los Ministerios.

Se bailaba sobre un volcán. Jamás la frase pudo estar mejor aplicada que en esta ocasión.

En un vasto salón del primer piso de la casa número 47 de la calle de la Paz, una decena de jóvenes agrupadas alrededor de espaciosa mesa colocada en el centro, se ocupaban en adornar á toda prisa multitud de sombreros y vestidos.

La mayor parte de aquellas jóvenes eran bonitas y elegantes, lo que no podemos asegurar es que fueran virtuosas todas...

El establecimiento de *Felisa* era uno de los más acreditados de París, según hemos dicho ya.

Pero bueno es refrescar la memoria del lector repitiéndole también que Felisa era mujer de muy poca ó ninguna conciencia.

Conocía mucho la parte más miserable del mundo, y á todos los seres los media por el mismo rasero; esto, sin duda, era causa de que despreciara á la humanidad, y hasta se despreciara á sí misma.

A las diez y cuarto de la mañana entreabrió la puerta que daba al taller y preguntó:

—¿Ha venido la señorita Fargéas?

Una mujer que tendría 30 años, pálida y delgada, que se hallaba separada de las demás y sentada frente á una mesita, contestó:

—No, señora.

—Bueno. Pues en cuanto llegue, decidle que pase aquí.

La puerta del gabinete de Felisa volvió á cerrarse.

Una robusta muchacha, morena como una criolla, muy esbelta, de ojos vivos y cabello rizado, algo ajada ya por las noches de baile y las continuadas cenas, dijo á su vecina, mientras colocaba un ramo de violetas en una capota de tul negro:

—¡Qué suerte tienen algunas! La señora distingue mucho á esa Solange.

—¿Y tú, qué tal suerte tienes?

—Muy mala.

—Si no haceis más que hablar—dijo otra—no acabareis nunca ese sombrero. La princesa vá á venir, y como no lo vea listo, se pondrá furiosa.

—¡La princesa Wanda!—exclamó una ruina en tono burlón.

—¿Otra que tiene suerte!

—¿La de ser viuda?

—Con un marido como el que ella tuvo, no hay fortuna que valga. Comprendo que diera la preferencia al conde Oliverio.

—Si ella viene, poco tardará él en llegar. ¡Pobre marquesa! ¡Siempre tan triste! Cuando la veo me dan ganas de decirle: «No lloreis tanto por vuestro marido, que no lo merece.»

—Ya está ahí el individuo. Conozco su elegante berlina.

Era, en efecto, el marqués de Tannay quien se apeó del carruaje.

Dos años, poco más ó menos, habían pasado después de lo sucedido en Gué-aux-Biches, y Oliverio parecía otro hombre.

Su aspecto era duro y antipático.

XXVI

Felisa se hallaba en la misma habitación donde recibió á Solange la noche de su llegada.

—¿Habeis visto á la princesa?—preguntó el marqués.

—Todavía no. La espero de un momento á otro.

Y añadió con burlona intención:

—¿Y es por ella por quien venis?

Y sin darle tiempo de contestar, siguió diciendo:

—Qué suerte teneis. La polaca os adora como mujer alguna, que yo sepa, ha podido adorar á un hombre.

El marqués hizo un movimiento de desdén. Ella no quiso verlo y continuó:

—Sobre todo desde que ha enviudado, ventaja que no esperaba tan pronto... Podeis vanagloriaros de haber inspirado una pasión heroica, decidida á todo; y la verdad es que no se toma el trabajo de ocultarlo. Las polacas son las italianas del Norte. El que tal dijo presentía á nuestra amiga. ¡Toda fuego, toda llamas! Resulta comprometedora. ¡Y se habla mucho de vuestras relaciones! No podeis figuraros cuántos envidiosos teneis. Es de una belleza escandalosa, sorprendente, esa mujer.

—¡No hablemos más de ella, os lo ruego! Detesto sus exajeraciones y sus arranques.

—¡Oh! si os oyera, se moriría de pena.

—No deseo más que una cosa, ya lo sabeis: terminar esas relaciones.

—¡Qué hombres estos! ¡Después de haberla abrumado á fuerza de ruegos y juramentos!...

—¡Un capricho!

—¿Que pertenece al pasado?

—Efectivamente. No quedan ni restos.

—Puedo aseguraros que ella no dice ni siente otro tanto. Está más enamorada que nunca.

—¿Y Solange?—preguntó Oliverio.

—Esperaba esa pregunta.

—¿Qué es de ella?

—Cada día más preciosa.

—¿Está aquí?

—No; pero como á la princesa, la estoy esperando tambien de un momento á otro. Confesad que su recuerdo se ha arraigado en vuestro corazón, y que este capricho, al revés del otro, sube y crece como la marea.

—No trato de negarlo.

—¿Quereis un consejo, por más que no hayais de seguirlo?

—Venga.

—Yo, en lugar vuestro, no me ocuparía más de esa muchacha y buscaría otras distracciones...

—¿Me odia?

—Mucho lo temo. Aunque no habla lo adivino. El amor tiene mil rarezas. La princesa Wanda os ama con rabia. Vos no podeis soportarla. Solange, según parece, es quien reina en vuestro corazón. Y Solange no os puede ver...

—No os oculto nada. Amo apasionadamente á esa joven.

—Me dejais atónita, marqués. ¡Vos, que tanto habeis gozado de todo!

—Absorto estoy yo tambien. Desde el día en que la hice traer á Paris para sustraerla al enojo de su padre...

—Y para aseguraros su posesión, sobre todo... ¡Sed franco!

—Pues bien; desde ese dia no pienso más que en ella. ¡He tratado de olvidarla y no puedo! El sentimiento que me inspira me domina por completo. Somos antiguos amigos, Felisa; puedo confesároslo todo. La marquesa,

ya lo sabeis, no ha sido nunca ni siquiera una distracción para mí. No congeniamos. Es una mujer que no ha conseguido triunfar de mi habitual indiferencia. En busca de sueños, y para olvidar otra imagen que no podía apartar de mí, me dediqué á la princesa, como los orientales se entregan al *haschisch*, ansiosos de embriaguez. ¡Todo inútil! ¡No consigo olvidar á esa Solange, que ha hecho de este escéptico un esclavo! En fin, hace seis meses, atraído, á pesar mio, por su recuerdo, quise volverla á ver. Cuando me encontré frente á ella, experimenté una verdadera revelación. Ví una mujer como no hay otra. La hallé más hermosa, más interesante que nunca. Además, habeis hecho de ella un modelo de gracia y elegancia.

—No merezco esos elogios. Esa transformación se la debe á sí misma. Sus encantos son innatos. No sois el único en saberlos admirar. No dá un paso por la calle sin que se detengan á contemplarla, lo mismo hombres que mujeres. Habeis tenido buena mano. Sacásteis una perla de la oscuridad, pero esa perla tiene la cabeza muy dura. Sabe lo que quiere y no cede; dudo, pues, que triunfeis.

—Vos teneis mucha influencia sobre ella...

—¿Creeis que no he tratado de emplearla? Más de cien veces he procurado convencerla de que no debe renunciar á seros agradable... Lo he intentado de mil maneras; recordándole cuanto habeis hecho por ella, etcétera, etcétera; y le he dicho además, que si le retirais vuestro apoyo, se verá obligada á pri-

varse de todo para mantener á su hijo, y que podrá llegar á verse en una situación desesperada! ¡Inútiles esfuerzos! ¡Inútil todo! Tan dulce de ordinario, se vuelve intratable en cuanto se habla de eso.

—¿Qué contesta?

—Que procurará ganarse la vida; que no le falta valor para ello; que tiene pocas necesidades, y, sobre todo, que Dios no la abandonará. Habilidosa, activa, económica, ha aprendido en diez y ocho meses lo que las otras no aprenden en diez años.

—¿No me decís dónde está?

—En Corneilles.

—¿Con qué objeto?

—Con el de ver á su hijo. No va mas que los domingos; pero esta mañana recibió un telegrama de la nodriza; esto le alarmó y tomó el tren en seguida.

—¿Luego quiere mucho á su hijo?

—Nunca lo nombra. Esa muchacha es un enigma. Creedme, lo prudente es renunciar á ella.

—No me pidais tanto. No sé si es amor ú orgullo lo que habla en mí. Sus altiveces y sus desdenes me exasperan. No me arrebatará ningún sacrificio con tal de volver á poseerla. ¿No es mía por derecho de conquista?

—¡Dios mío, cuánta vehemencia!

—¿Me sois adicta, Felisa?

—No lo dudeis.

—Hablemos formalmente.

—No deseo otra cosa.

—¿Cuánto necesitáis para retiraros del comercio?

—Un millón. Ya veis que soy modesta.

—¿Cuánto os falta todavía para reunir esa cantidad?

—Cerca de doscientos mil francos.

—¿Teneis fe en mi palabra?

—Preferiría la firma. La memoria suele ser frágil...

—Dadme un papel.

—Aquí teneis todo lo necesario—dijo ella acercándole un velador.—¿Qué vais á hacer?

—Esperad.

—Oliverio trazó unas líneas, y luego se las dió á la modista.

Esta leyó:

«El día que obtenga el consentimiento que deseo, os entregaré la suma de doscientos mil francos.

Paris, 11 de junio, de 1869.

»OLIVERIO DE TAUNAY.»

—¿Está bien?—preguntó.

—Perfectamente. Sin embargo, quisiera pedir os una ligera modificación.

—¿Cuál?

—Á la palabra «obtenga», añadid: «sea como sea.»

El marqués la miró, y dijo:

—¿Por qué?

—Porque en el estado en que estais, no se

sabe á dónde podrá llevaros esa loca pasión. Además, esto no os liga en lo más mínimo. De sobra comprendereis que no he de ir á reclamaros ante los tribunales el cumplimiento de esta especie de contrato. Es solo cuestión de honor, entre nosotros.

—¿Quereis decirme que me casaré algún día con Solange?—preguntó Oliverio sonriendo.

—¿Porque no?—repuso ella con osadía.

El meneó la cabeza, volvió á coger la pluma y añadió la cláusula deseada.

Felisa guardó el papel en un cajón.

—¿Al menos os acordareis de mí?—repuso él.

—Va en ello mi propio interés; pero no garantizo nada; ayudáos vos mismo; el diablo os ayudará, probablemente.

E interumpiendo de súbito la conversación, dijo:

—La Princesa está ahí.

En efecto, la Princesa, guiada por una de las oficiales, que se retiró en seguida, entró en aquel momento.

La princesa Cavalli estaba realmente hermosa en aquella época.

Rubia, más bien roja, el color del pelo era unade las muchas perfecciones de su belleza. Blanco y fino el cutis, resaltaba más aún su blancura con su traje de luto.

Saludó amistosamente á la modista, con cierto aire protector, y sonrió al marqués.

Después de unas cuantas palabras indiferentes, Felisa, alegando un pretexto, dejó solos á los dos amantes.

La Princesa no perdió el tiempo en rodeos.

—Celebro mucho hallaros aquí—dijo.

—¿No me avisasteis que vendríais?

—Sin duda; pero me parece que huís de mí...

—¿Qué idea!

—La que debo tener.

—¿Comenzais una escena de celos?

—¿Una mujer no se equivoca jamás respecto á los sentimientos que inspira!... ¡Cómo habeis variado!... ¡Ingrato!

—Continuad.

—Ya no me amais.

—Eso es difícil—dijo él friamente.—No hay más sino que temo vuestras violencias. En Italia conseguisteis que la marquesa sospechara, y en París haceis todo lo posible para que se convenza de todo. Tenemos que cubrir las apariencias, que respetar ciertas cosas... ¡No comprenderéis nunca esto!... Elena—no tengo más remedio que reconocerlo y confesarlo—es un ángel de dulzura y resignación, pero acabaréis por exasperarla y que haya escándalo.

—¿Os ocupábais tanto de mi tranquilidad, cuando al principio de nuestras relaciones érais libre y yo no?... ¡Entonces no teníais esos escrúpulos!

—Os juro....

—No jureis, y escuchadme... Presiento que os pierdo, y observo que os habeis vuelto muy indiferente. Por vos, Oliverio, lo he arrojado todo: me he unido á vos y nada me detuvo. ¡A cuantos hombres he visto á mis

pies, á todos los rechazé, y fué á vos á quien elegi entre tantos adoradores! Me pertenecéis... Quiero conservaros. Sois dueño de abandonarme... No creais que me humillaré, procurando encadenaros, á pesar vuestro... Pero no conteis tampoco con tener en mí una amiga desinteresada. Nosotros no tenemos ni los prejuicios ni los convencionalismos de vuestra raza... Todos los medios me parecerán buenos para devolveros la injuria con que hayais herido mi corazón. ¿Me habeis oído?... ¿Me entendéis? —dijole, acercándose á la cabeza de él y poniendo en ella los labios.

El marqués, que había permanecido impasible durante esa explosión de cólera y de celos, dulcificó de pronto la mirada, contempló compasivamente á la polaca, de cuyas manos delicadas y perfectas se apoderó y le dijo:

—¿Cómo te exaltas! ¿A qué vienen esas amenazas?

—¿Porque temo perderte!

—¿Tanto me amas?

—Con locura. ¡No sabes ta qué extremo! Además, hay cosas que ignoras y que debo hacerte saber.

—¿De qué se trata?

—Aquí no puedo decírtelas. Podrían oírnos. Esta noche en casa, á las diez. Vé, lo quiero.

—Iré.

Los ojos de la princesa, llenos de fuego, se fijaron en los de Oliverio.

Debía, indudablemente, amar con locura al marqués.

—¡Corazones ardientes!—dijo él sonriendo—¿cómo podeis nacer entre las nieves del Norte?

Felisa entró en aquel momento.

La conversación tomó otro giro, y momentos despues, la princesa, acompañada de la modista, se disponía á salir, atravesando el gran salon, cuando una joven que llegaba entónces de la calle, se presentó de improviso.

Esta iba vestida con encantadora sencillez; llevaba traje de cachemir marron, adornado con terciopelo del mismo color.

Era Solange.

Como la princesa la examinara con marcada impertinencia, hizo ademán de retirarse.

Pero Felisa la detuvo haciéndole una seña, mientras que la polaca preguntaba á media voz á la modista:

—¿Quién es?

—Una oficiala. ¿Qué os parece?

—Admirable. ¿Es parisiense?

—No, es Nivernesa.

—¿Cuna del marqués!—dijo la polaca.

Felisa se mordió los labios.

Con las mujeres celosas basta una sola palabra para despertar en ellas toda clase de sospechas.

—No sé bien si de Berry ó de Nievre. Francia es tan inmensa... dudo que se conozcan. Solange, hace dos años, no era sino una sencilla lugareña.

—¿Se llama Solange?

—Es un nombre muy común en las provincias del centro.

—Es bonito; pero no tanto como quien lo lleva... No la quisiera por rival.

—¡Oh! princesa...

—La verdad.

Felisa saludó, y pasó al taller, engañada, á pesar de su perspicacia, por la indiferencia de la polaca.

En cuanto ésta se instaló en el carruaje, sacó del bolsillo un tarjetero y escribió en la hoja de marfil «Solange; cerca de veinte años; modista en casa de Felisa, *nivernesa*. Cabello oscuro, tez mate; los ojos grandes, azules, casi negros.

Quando Solange se vió sola, quitóse el sombrero, se arregló el peinado y levantó luego la cortina del gabinete donde estaba aun el señor de Tannay; pero al verle dejó caer el tapiz é intentó retirarse. Mas el marqués la dijo:

—No os vayais, Solange.

Ella se detuvo y esperó.

La predicción de Servais se realizaba.

La señorita Fargeas era una perfecta belleza.

Su mirada era más viva é inteligente; su elegancia exquisita.

Oliverio la contemplaba en silencio. Quanto más se fijaba en ella más sentía la influencia de aquellos hechizos.

La altiva y desdeñosa actitud de su víctima le producía mucho efecto y picaba su orgullo. Y como él no hablara, preguntó ella:

—¿Qué queréis?

—Solange—contestó Oliverio aparentando calma,—es preciso que yo os vea y os hable una vez formalmente.

—¿Qué tenemos que decirnos?

—Muchas cosas.

—Qué vais á referirme que yo no sepa?

—Aquí no puedo explicároslo. Concededme una entrevista donde gustéis. En esta sala pueden entrar é interrumpirnos. Es preciso que nuestra situación se aclare. Comprendo que vuestros resentimientos no se han extinguido, que recordais siempre lo que por mi causa habeis perdido y no me perdonais el que os sacara de aquel desierto donde vejetábais.

Al oír esto, Solange sintió honda pena.

En aquel desierto, precisamente, era donde hubiese querido vivir siempre.

—Al asunto,—dijo ella con viveza.

—Concededme esa entrevista; es indispensable. Me oiréis y decidireis. Dadme una hora.

—¡Sea!—contestó Solange.—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿En qué sitio?

—Donde os plazca.

—Si no os repugna la pobreza de mi habitación, id á mi casa. Soy libre; nadie se ocupa de lo que hago; y la más triste experiencia me ha enseñado á saber defenderme. Hasta mañana, á la salida del taller.

—Gracias.

Solange se fué sin decir una palabra más.

XXVII

El hotel Taunay-Coulanges fué edificado á fines del último siglo, durante el reinado de Luis XVI, y conserva todo el carácter de aquella época.

Aquel día, á eso de las dos de la tarde, Elena de Rochevieuille, marquesa de Taunay, se hallaba sentada cerca de una ventana de uno de los salones del primer piso, que daba á los Campos Eliseos. Aquella, como todas las piezas de la casa, es una maravilla de arte y buen gusto.

La marquesa leía, por vigésima vez, una esquila que tenía en la mano, y que decía:

«Mi querida Elena:
»Puesto que lo deseais, iré.
»Vuestro respetuoso

»ROBERTO.»

Elena consultaba el reloj diez veces por minuto.

Aunque tan bella como siempre, estaba muy pálida; su semblante revelaba cierto cansancio moral, y físico también; llámesele anemia de alma y de cuerpo.

Poco después, la doncella, ó más bien el ama de gobierno, nuestra antigua conocida Eugenia Larueta, levantó el portier y anunció á media voz:

—El señor conde de Souvray.

Roberto vestía con la elegante sencillez propia del hombre de buena sociedad que no quiere llamar la atención en ningún sentido.

—¡Al fin!— dijo la marquesa, riéndole dulcemente.—¡Sois vos, Roberto! ¡Me parece mentira! Casi ha sido necesaria una intimación para traerlos. ¿Es así como se trata á los amigos?

El no se disculpó.

Tomó una mano de Elena, la oprimió un instante entre las suyas y se sentó á su lado.

—En otro tiempo nos veíamos casi diariamente— continuó ella.—Ahora os vais elejando poco á poco, y es necesario que yo os obligue á venir.

El la contemplaba emocionado, sin poder hablar, conmovido ante los estragos que las penas habían causado en aquel pálido y delgado semblante.

Esta impresión no pasó inadvertida á la marquesa.

—¿Me encontrais muy cambiada, Roberto?—le preguntó.

—No...

—Confesadlo.

—Pues bien; se me figura que debeis sentirnos mal de salud.

—Desde hace dos meses, que no aporta por aquí, la enfermedad que padezco ha tomado bastante incremento.

—¡Una enfermedad, Elena!...

—¡Sí! Se llama el fastidio, y si quereis darle otro nombre, llamadle hastío, indiferencia por la vida...

—¡Exagerais! Eso es imposible.

—¿Y por qué? Porque soy rica y habito en un palacio soberbio, y tengo todas las comodidades y todo el lujo apetecibles; porque me llamo la marquesa de Tannay-Coulanges, y las puertas de la buena sociedad se me abren de par en par, y puedo ostentar la corona en pañuelos, carruajes, etc., etc.? Si eso es felicidad no debo quejarme, ciertamente. Pero... ¡ay amigo mío! podré pareceros muy exigente; ¡pero os aseguro que nada de eso me basta!

—¿Y qué deseais entonces?—preguntó con ternura el conde.

—¡Y sois vos, quién me hace esa pregunta!

—¡Sí!

—Voy á deciroslo, ya que fingís ignorarlo, por delicadeza también esta vez, como aquella noche nefasta en que os consulté sin daros valor para contestarme francamente.

—Elena, no evoqueis esos recuerdos!

—Perdonad, amigo mío. Si siento esta amargura es porque pienso en vuestra felicidad ¡perdida como la mía! y tambien porque sufro en silencio desde hace bastante tiempo. Pero hay algo que no quiero ultrajar, y es el nombre que llevo, el nombre de mis padres.

—Pero entre nosotros—añadió con viveza—no deben mediar esos misterios. Y os confesaré que pago muy caro el honor de llevar el ilustre apellido que llevo. Se me figura que al confiar á vuestro corazón las tristezas del mío, he de sentirme más aliviada

da y que hasta mi salud será otra. ¿La tranquilidad de espíritu, no es el mejor remedio?

—Hablad, pues.

—He reflexionado mucho desde que me casé. ¡Me ha sobrado tiempo para ello, os lo aseguro! Casi siempre estoy sola. Y yo necesito de una leal y sincera amistad para vivir; de un afecto que me sostenga, que dé calor á mi corazón, que me dé fuerzas para sobrellevar la vida que tan estúpidamente acepté, y ¡que estoy obligada á tomar tal cual es. Estoy sola en el mundo; no tengo un hijo á quien idolatrar, no tengo marido, no tengo á nadie. Sin embargo, debiera callarme, ¡y hablo! Pero me ahogaría si continuara en esta reserva. Oliverio no ha visto en mí sino la heredera de una considerable fortuna para unir la á la suya. ¡Maldita sea esa fortuna; á ella debo mi desgracia! Mi tutor me vendió; porque tuve la debilidad de creerle y tenerle cariño, y se aprovechó de esto para vanagloriarse de haber conseguido mi felicidad. No le guió más afán que la grandeza de su casa y la necesidad de aumentar su riqueza por medio de una alianza, ¡y me sacrificaron! ¿Quereis saberlo todo? Oliverio tenía queridas en el momento mismo en que se casó. Y es más, las conservó después.

La estancia en Italia, que tanto prolongó, no tenía otro objeto que el de no separarse de esa princesa Cavalli, en casa de la cual tuvo la poca aprensión de llevarme. El mismo día de mi casamiento sacaba de Chevagnes á la hija de un guarda, alucinada sin du-

da por sus promesas y el prestigio de su nombre. No he sido nunca nada para él. Apenas se toma el trabajo de cubrir las apariencias. El círculo, las carreras, el juego y mil otros pretextos le retienen siempre fuera de casa.

Si me atrevo á hacer, aun cuando sea tímidamente, alguna alusión á mi soledad, invoca la moda, la necesidad de vivir como los demás; me da á entender que nada me impide imitarle y que él no llevaría á mal que yo me divirtiera á mas y mejor y según se me antojara... ¡No es posible mayor desprecio! ¡Y eso que yo no era difícil de contentar! Algo de verdadera afeción me hubiera bastado; y me veo reducida á envidiar á las pobres gentes que veia antes á mi alrededor, en Morvan, en aquellas miserables chozas, y que vivían, amándose, muy contentos en medio de su honrada pobreza. Para saber lo que sé, no he tenido necesidad de hablar á nadie. No sabría rebajarme á desempeñar el papel de espía, papel indigno de toda mujer que se estima. He visto, he oido y he comprendido. Y sabéis muy bien que no me equivoco, puesto que vos mismo, Roberto, no encontráis una sola palabra para desmentirme.

Elena no siguió hablando.

Se puso mas pálida de lo que estaba.

Llevóse el pañuelo á la boca y lo retiró ligeramente teñido en sangre.

—¡Como mi madre!—dijo.—Es un consuelo para mí el saber que he de morir joven, puesto que no tengo ningun apego á la vida, ya es lo he dicho.

Y como el conde intentara consolarla, ella le interrumpió diciendo:

—No habléis, esperad. Sé otra cosa que nos interesa á los dos.

—¿Qué?

—Sé que sois tan desgraciado como yo. No me lo negueis, fuera inútil, no os creería. ¡Ay! ¡los dos tenemos la culpa! ¡Vos, por no haberme hablado á tiempo; yo, por no haber comprendido vuestro silencio! ¡Mi riqueza os asustaba! Temiais que se os acusara de interesado. ¿Quién podía creer de vos semejante cosa? Traté de arrancaros una confesión, Roberto. Cuando supe lo que no quisisteis decirme, era tarde ya. Y lo supe por vuestra huida de Chevagnes. Ella me lo reveló todo. ¡Me amabais; yo os amaba mas aun probablemente!..

—¡Elena!

—Nuestra unión, amigo mio, hubiera sido el cielo en la tierra. Y en vez de tanta dicha, nos vemos condenados á huir el uno del otro, ó mejor dicho, vos os habeis impuesto ese castigo. Y esto es lo que no quiero. ¡Sois un hombre de honor, Roberto!... Yo quiero ser una mujer honrada. ¡Tengamos la suficiente fuerza de voluntad, el valor necesario para olvidar un amor que nos está prohibido sentir, y refugiémonos en la más tierna amistad; afecto que consolará nuestra vida y nos la hará soportable y dulce! Hé ahí lo que os pido encarecidamente.

—Podeis mandar. Haré cuanto gustéis, cuéstemelo que me cueste, puesto que habeis

dicho la verdad, Elena. Os amo con pasión: nunca lo habiéseis sabido por mí.

Ella se concretó á decirle:

—Gracias.

En aquel mismo instante, un coche se detuvo á la puerta del hotel.

—Es Luisa—dijo la marquesa.—Preparaos á oír, amigo mio.

—¿La señora de Montambert?

—Me acompaña mucho. Es algo ligera, pero tiene muy buen fondo... Siempre dispuesta á hacer un favor... Muy indulgente con su marido...

—Bien lo necesita él.

—Os habeis vuelto maldiciente....

—Como todo el mundo... Se contagia uno.

—Ya lo veis—dijo ella sonriendo.—¿El remedio causa ya su efecto!... Estamos menos tristes. ¿Por qué hemos de vivir alejados?

El conde no contestó.

¡Vivir junto á aquella mujer, á quien no podía olvidar un solo instante; ahogar el amor que le inspiraba; contener los impulsos de su corazón cuando una fuerza irresistible lo atraía hacia ella, era prueba demasiado dura para un mortal!

La baronesa de Montambert entró como un torbellino.

La acompañaba un personaje de aspecto decaído, de fisonomía aburrida, cansado, fatigoso. Saludó, sonriendo, á la marquesa; dió, en vez de la mano, la punta de los dedos á Souvray, y le dijo:

—Buenos días, querido.

En seguida se puso á toser.

Era el barón Amadeo de Montambert.

Estaba, ó cuando menos lo parecía, muy delicado; mientras que la amiga de Elena era la más viva, la más loca, la más exuberante naturaleza.

—¡Toma! ¿sois vos?—dijo á Souvray.—Os felicito. Hacedis muy bien en venir. Es un milagro veros aquí. ¿Qué tal estás, Elena? ¿Siempre delicada, eh? Como el barón. Vengo de consultar con un médico muy afamado. Me hace un efecto raro el estudio de un doctor célebre. Al entrar se figura uno que va á hallarse frente á un oráculo. Hé aquí nuestra conversación:

—Mi marido, como veis, está delicado. Quisiera saber qué padece. Se queja de laxitud, y no me explico de qué proviene eso. Lleva una vida sumamente tranquila, por lo menos la vida que yo conozco...

El doctor, dándose mucha importancia, examinó con gran detenimiento á Amadeo. Le tomó el pulso, le auscultó el pecho, y después de darle unos golpecitos en la espalda, se mordió los labios, reflexionó (se me figura, pensando piadosamente, que se puso á pensar en lo que había de comer luego), y al fin abrió la boca para decir:

—Señora baronesa, vuestro marido está anémico. Eso no es nada, siempre que se cuide mucho. Le hace falta mucho reposo, buen alimento y aire sano.

Yo contesté:

—Tenemos todo eso, doctor. Del reposo

abusa; se alimenta muy bien. ¿Aire sano? Lo respira todos los días de cuatro á cinco en el bosque, y por la mañana, cuando también sale á paseo. No carece de nada.

El doctor reflexionó de nuevo, y añadió:

—Es preciso llevarlo al campo, á algunas aguas ó al mar; lo dejo á vuestra elección.

Yo contesté:

—Eso será después del gran premio, si lo permitís. No está bien irse antes.

El doctor me miró. Reflexionó por tercera vez, y dijo:

—Las carreras son dentro de ocho días. No hay inconveniente en que aguardeis á que hayan pasado. El plan es fácil de seguir. No hace falta escribirlo.

Puse discretamente sobre la chimenea cinco luises. El Galeno los miró de reojo. Comprendí que no le pareció mucho; pero como nada me indicó, salí de allí sin darme por entendida de la mueca que le inspiró mi ofrenda.

El barón tosió de nuevo, levantóse con trabajo del sillón, y dijo á Elena:

—Marquesa, con vuestro permiso, me voy. No me siento bien, y tengo además un asunto importante que reclama mi presencia...

—En el círculo, sin duda—in'errumpió la baronesa, enseñando todos sus nacarados dientes al reír á carcajadas.

—Sí, con Fallevande... Se me había olvidado. Voy perdiendo la memoria.

—Tomad el landó y enviádmelo luego.

—Sin falta. Buenas noches, marquesa. Adios, querida mía.

Se fué, y á pesar de estar cerrada la puerta, se le oía toser.

—¿No estás con cuidado?—preguntó Elena.

—Opino como mi madre.

—¿Qué dice la señora Séverin?

—Que no hay tal enfermedad. Pero le cuido. ¿Y tú, qué haces?

—Siempre la misma vida.

—¿Tu pichon no permanece en el palomar?

—Mi marido casi siempre está ausente.

—Lo mismo que mi enfermo. Los hombres son pérfidos. No se puede confiar en ellos, ni creerles nada. Pasan la vida inventando historias inverosímiles. ¿Apostais en las carreras, señor Souvray?

La baronesa no hubiera esperado la respuesta para seguir hablando; pero necesitó tomar aliento y respirar, para emprender de nuevo y con más empuje la sempiterna charla.

—No, querida señora—dijo el conde;—no me divierte.

—No sois como el baron, mi augusto marido.—Ignoro si gana alguna vez. Será probable; pero no se vanagloria de ello, ó guardará las ganancias como oro en polvo. Quizá su vena esté también anémica, como todo él. Puedo dar fe de que ayer perdió nada menos que treinta y siete mil francos. Obligado, por la dura necesidad, á confiarse á alguien, se dirigió á mí. ¡No conozco sino sus contratiempos! Yo no tenía ese dinero. Y acudí en secreto, á mi madre. Y esta me dijo:

—He aquí la cantidad que necesitas; pero se me figura ¡pobre hija mía! que tu marido no es económico. Es mezquino en casa y juraría que fuera de ella es muy generoso. Mi madre es buena como el pan; pero no puede resistir á su yerno. Verdad es que á todas, poco más ó menos, les sucede lo propio. ¿No estuviste ayer en la ópera? Creí verte allí... Ponían... ¿Qué ponían? No me acuerdo; pero era muy fastidioso. La sala, en cambio, estaba admirable. Ya sabrás que vuelven á usarse las faldas estrechas de vuelo. No me contraría la innovación; es ventajosa para las que aún estamos en buen estado, y no hemos llegado á la edad madura. ¿Vienes al bosque? Espero el coche; el barón, cuya tos ya habrá desaparecido, lo mandará en seguida. Te llevo. Hablaremos mal del prójimo, eso divierte siempre. También estais convidado, Conde, venid.

Fué preciso ceder.

A las seis se hallaba el landó de Luisa en la alameda de las Acacias. El paseo estaba muy concurrido.

La baronesa no cesaba de saludar y criticar al mismo tiempo, á casi todas las que pasaban por su lado.

En aquel momento, una mujer, muellamente reclinada en su victoria, á la cual seguía un cupé en el que iban dos hombres, pasó junto al landó.

Uno de ellos, al reconocer á Elena, intentó ocultarse en el fondo del carruaje, volviendo la cara del lado opuesto.

Pero todo fué inútil, porque la marquesa vió perfectamente á su marido, que iba siguiendo á la princesa Cavalli.

—Esta—repuso la señora Montambert, que no había visto al marqués—es la hermosa, la incomparable Wanda; una mujer que todos admiran; pero yo he visto otra más hermosa aún.

—¿Dónde?—preguntó Elena maquinalmente.

—En casa de nuestra modista.

—¿Felisa?

—Un portento.

—¿Se llama?

—Solange Fargeas. Un fruto de tu país.

La señora Taunay se estremeció; pero nada dijo. Sus ojos y los del conde se encontraron; ella bajó los suyos.

Los coches iban despacio; iban en fila.

La princesa no se desconcertó. Dirigió una sonrisa á la marquesa y la saludó con la mano.

Elena se recostó en el fondo del carruaje y sin contestar, abrió el abanico para ocultar con él el rubor que subía á su rostro.

—¿Os conociais?—preguntó la baronesa.

—Nos hemos visto en Venecia.

—Es verdad. ¡Qué cabeza la mía! Tu marido me habló de ella. Dicen que piensa dar espléndidas fiestas el próximo invierno, cuando haya terminado el luto. Harás que me invite.

—Si tienes empeño en ir á mi maridoes á quien debes dirigirte—dijo Elena con amargura.

—Bien puede lucirse. Cuentan que es inmensamente rica. La casa que habita es un palacio. El Príncipe se lo dejó todo.

—¿Qué aficionada eres á las diversiones, á la sociedad!

—Si no fuera por eso, ¿qué me quedaría? Con un marido como el mio, ya podrás calcular...

El landó logró salir de la fila.

Los caballos tomaron el trote y no tardaron en detenerse en la avenida Matignón.

En cuanto Elena entró en su casa le entregaron un telegrama.

Era de su marido.

Le avisaba que un asunto imprevisto le impedía ir á comer.

Ella, en un acceso de cólera, rompió el papel en mil pedazos.

—¡Cuánto engaño, cuánta mentira!—exclamó delante del conde.

Hubiera querido que éste se quedara á comer; pero no se atrevió á pedirselo.

Tenía miedo á su propia debilidad.

Cuando él se despidió, díjole ella:

—¡Ya veis qué vida es la mía! ¡y habrá, sin embargo, quien me envidie!

El la miraba con la mayor ternura; después titubeó un instante, y, por último, haciendo un violento esfuerzo para dominarse, se fué.

—¡Pobre Roberto!—pensó Elena—¡cuánto me ama!

XXVIII

Después de haber seguido en el coche de un amigo al de la princesa Wanda, el marqués se fué al círculo y jugó al *ecarté*. Luego, Montambert, el fingido enfermo, y Tallavande, proyectaron saborear una de esas exquisitas comidas que solo se sirven en el café Inglés. Taunay aprobó el plan, y sentía necesidad de aturdirse.

Desde que se casó, nada de lo que venia sucediéndole era de su agrado.

La actitud digna y triste de la marquesa, le irritaba más que si se quejara. No podía resistir su dulzura ni su melancólico semblante. De la primitiva indiferencia había llegado, por fatal pendiente, á la aversión.

Mejor hubiera perdonado á Elena que siguiera su ejemplo; es decir, que buscara, como él, fuera de casa, las distracciones. De esta suerte, las faltas de la mujer hubieran excusado las del marido; mientras que ahora sus virtudes la hacían más odiosa.

Antes de casarse concibió un vivo capricho por la princesa Cavalli, cuya belleza gozaba de reputación europea. Ningún hombre podía preciarse de haber obtenido los favores de aquella deidad. Además, el príncipe pasaba por ser un Otelo.

Pero lo que otros no lograron, lo consiguió Oliverio; Wanda le demostró un amor exaltado, del cual se cansó muy pronto el afortunado marqués.

La Princesa, por el contrario, parecía cada vez más enamorada.

Toleró el casamiento de su amante, ya resuelto cuando lo conoció; pero no le hubiera perdonado que amara á su mujer.

Por este lado podía vivir tranquila. El viaje á Italia, concertado de antemano por los dos amantes, fué para la joven marquesa un cruel martirio.

A pesar de su inexperiencia, no era ni tan inocente ni tan ciega como para no sorprender aquel secreto, que, después de todo, no ponían los culpables excesivo afán en ocultar. Después de ciertas alusiones tímidamente veladas, Oliverio comprendió que su mujer lo sabía todo, y esto aumentó su contrariedad.

Contrariedad que llegó á su colmo, cuando, de regreso en París, se halló con que Solange no aceptaba sus proposiciones.

Era de la primera que no lograba cuanto se proponía.

Oliverio concluyó por no desear más que á una en el mundo, á la mujer que huía de él, á Solange.

Cuanta más aversión le demostraba ella, más se obstinaba él en vencerla.

Después de comer, los amigos permanecieron desobremesa fumando durante largo rato.

Oliverio no olvidaba la cita con la polaca.

Y á las nueve y media despidióse de sus compañeros y se dirigió á pié hacia el hotel Cavalli.

Durante el trayecto no cesaba de recordar la suposición de Felisa:

«Una pasión como la vuestra sabe Dios á lo que puede llevar.»

La sola idea de casarse con Solange le parecía de una extravagancia ilimitada.

Felisa no pudo decir eso más que como una burla ó un reto.

Además, para llegar á tal extremo, harían falta una serie de acontecimientos de difícil realización.

A las diez menos cinco, el marqués llegaba á los Campos Elíseos y se detenía en la casa que hace esquina á la calle Montaigne.

Allí vivía la princesa, gozando de la herencia de su marido.

La casa es un edificio magnífico, estilo italiano y de construcción moderna.

Según las riquezas y obras de arte allí atesoradas, podía pasar el palacio por un verdadero museo.

La polaca se hallaba en un saloncito japonés, del primer piso.

Mientras el marqués se dirigía á su casa, Wanda, envuelta en una bata de crespón negro, daba algunas órdenes á una mujer, que tendría cincuenta años, y se hallaba sentada á sus piés en un taburete muy bajo.

—¿Me has comprendido?—dijole.

—Sí—contestó la sirvienta.

—Permanecerás en mi cuarto. Si te llamo nada temas y habla con entera libertad.

La mujer se retiró dirigiendo á la princesa una mirada sumisa y cariñosa.

Cuando se quedó sola, se levantó del sillón donde estaba sentada y asomóse al balcón.

La avenida estaba casi desierta.

—¿Vendrá?— se decía.

De algún tiempo á esta parte la duda había mordido en su corazón; en ese corazón que hubiera querido verse unido por siempre al de Oliverio; sentía por éste un amor tiránico, salvaje.

A las diez entró el señor de Taunay.

—¡Al fin!— dijo ella.—Creí no veros hoy por aquí. ¡Teneis tantos asuntos!...

—¡Llamadles obligaciones! Supongo que no habrá sido para reírme para lo que me habreis citado.

Sentóse en el mismo taburete que momentos antes ocupó la enada, y levantando la cabeza para mirar á su amada, dijo:

—Me habíais prometido hacer importantes revelaciones...

—En efecto; lo que tengo que deciros es probable que os extrañe y sorprenda. Quiero una explicación, y á cambio dar otra. No sois el mismo. ¿Por qué? ¿Acaso he variado yo? ¿Qué me prometisteis en otro tiempo? ¡Ser siempre mio! No podreis negarlo. ¿No fué esa la condición que puse á una alianza, en la cual he arriesgado seguridad, fortuna, consideración, todo...

—¡Cómo exagerais!

—¿Eso creéis? Pues ahora vais á ser juez de esas... exageraciones. Vosotros, los franceses, sois muy ligeros. Pasais de un amor á otro, de fantasía á un capricho, sin penas ni recuerdos, sin inquietaros por lo que deseabais ayer y perderéis mañana. Pero yo, al

entregarme, me entregué por toda la vida; pero á cambio de algo, y quiero conservar lo que recibo.

—¿Quién piensa en quitároslo?

—Veo muy claro. Educada en la escuela de la adversidad, aprendí desde niña á reflexionar. Mi padre, el conde Branski, me trajo á Paris á la edad de dieciseis años. Jugador incorregible, perdió en ese vicio toda su fortuna y á mas la que yo heredé de mi madre. No le quedaba otro recurso que mi belleza. Vendíome al príncipe Cavalli, aquel hombre cuya sola presencia me causaba horror. Pero me sacrificué. Despues de todo, ¿qué hubiera sido de mí? A menos de suicidarme, ó de vjetar en un miserable rincón del mundo, no me quedaba mas recurso que esa boda. ¡El ú otro! ¡Qué más daba! El príncipe, fué, sin embargo, demasiado condescendiente al tomarme por esposa.

Durante algunos años, ya lo sabeis, no me han faltado adoradores; pero á todos desprecié. Cuando os presentásteis vos, os amé sin reflexionar en lo que hacía. Me bastaba vuestra promesa. Olvidé todo lo demás. Para poder perteneceros, Oliverio, no sabeis todo lo que he hecho. Creí hasta ahora que lo prudente y lo noble era ocultároslo. Hoy adivino que estais dispuesto á tratarme como los parisienses tratan á sus queridas cuando se cansan de ellas. Para conservaros á mi lado, no sabeis, repito, todo lo que he hecho. Hé ahí por qué he querido que viniérais esta noche, y os aguardaba con tanta impaciencia.

—Me haceis temblar, os lo aseguro. Se me figura que asisto á un drama que un artista de primer orden representa solo para mí.

—Un drama es, efectivamente, lo que voy á referiros. El mundo está lleno de ellos; pero las más de las veces resultan ignorados. Nos concretamos á saber los de nuestra propia vida, sin sospechar que en la del vecino existen iguales ó peores.

—¿Teneis el vuestro?

—Sí.

—¿Y tengo papel?

—Sí.

—¿Sin saberlo?

—Ya lo creo. Pero esto no impide que seais el principal personaje.

—Es singular!

—Y todo ello es la pura verdad.

—Me teneis muy intrigado.

—Escuchad: sois egoista, Oliverio, muy egoista. No os hago ningún cargo. No hay hombre que no lo sea. Ocupado únicamente en vuestros placeres, no os hicisteis cargo de los celos del príncipe, celos concentrados que yo desafié con tal de perteneceros. El príncipe os acogió cortesmente; más por ciertas miradas y ciertas alusiones, comprendí que sospechaba de nosotros y nos tendía un lazo. A fuerza de disimulo conseguí, ó creí conseguir, durante bastante tiempo, que no tomaran cuerpo sus dudas. Pero al fin, cuando á raíz de la muerte de vuestro abuelo, os visteis precisado á salir precipitadamente para Francia, ocurrió una escena espan-

tosa. Fuísteis á nuestro palacio; allí nos vimos por última vez entonces. Ofuscada por tan inesperada separación, no cuidé de tomar las debidas precauciones, las mismas que tomaba siempre. Apenas salisteis, y cuando me eché llorando en un sillón, abrióse de par en par una puerta ¡que había estado entreabierta! y se presentó el príncipe. Os aseguro que daba miedo verle.

—¡Ah!—exclamó—al fin veo claro, y mis dudas se truecan en convencimiento.

Intentando un golpe de audacia, le pregunté:

—¿Y qué os figurais?

—Que ese hombre es vuestro amante.

—Si suponeis eso ¿por qué no le habeis matado?

Sentóse cerca de mí, sin prestar atención á mis palabras.

—Hablemos—dijo—y tened calma; he de haceros saber de qué manera entiendo que debemos vivir en lo sucesivo.

Se había tranquilizado algo, y con menos dureza, añadió:

—Yo estaba en mi habitación; el conde entró á despedirse. Me figuré que no dejaría de decirnos adíos... Y para no dudar de lo que sospechaba y tener completa evidencia, llegué hasta ese gabinete, y desde ahí he presenciado la escena que era de presumir... y que no quise turbar con mi presencia. ¡Cuánta ternura! ¡Qué vehemencias! ¡Qué pena, por vuestra parte! ¡No sois amada, mi querida Wanda; sois vos quién amais! La humilla-

oión es todavía más amarga para mí. ¡No os rebajeis á mentir inútilmente! Todo lo he visto y oído.

—Pues me sorprende entónces tanta paciencia...

—Entiendo. ¡Debí matar á ese hombre! ¡Bonito negocio! Despues de todo, ¿en qué es culpable? Encuentra una mujer encantadora, la admira; amable, la ama! ¿Qué puedo echarle en cara? ¿A qué buscarle querella? ¡Ese hombre no me debe nada; no le he hecho ningún favor! ¡No es á él á quien detesto y vitupero, sino á vos, Wanda! Os saqué de la miseria; á no ser por mí, os veríais degradada como tantas infelices á quienes la pobreza lleva á la infamia. Gracias á mí, sois princesa; vivís en la opulencia, y envidiada de todos; os había legado, en mi testamento, toda mi fortuna, pues no queria que despues de mi muerte descendierais ni un solo grado del rango á que os elevé. Debiérais haberme guardado alguna gratitud. A decir verdad, os confieso que contaba con ella. Y en vez de esa gratitud, recibo el más infamante ultraje. ¡Yo, que tuve la debilidad de creer en vos; que me complacía en adornaros de todas las virtudes, todas las buenas cualidades y los encantos de toda mujer superior, me persuado de que ni siquiera habeis respetado el nombre que os confié y del cual os estais burlando. ¡Matar á vuestro cómplice! ¿Para qué? ¡Para provocar un escándalo, y verme forzado, despues del consiguiente proceso, á echaros de mi casa; es decir, á colmar vuestros

deseos, dejándoos en completa libertad! Nada de eso. Mal concepto formaríais de mí, y el castigo fuera demasiado dulce.

—¿Qué vais á hacer, pues?

—Os ruego que me escuchéis. Mi plan estaba trazado de antemano. Ese hombre que es vuestro amante, ha muerto para vos. Esto quiere decir que no le volveréis á ver. Y en vez de la brillante existencia que hasta ahora hemos llevado, nos encerraremos en una soledad completa. Rescaté, por complaceros, en mansión de vuestros ilustres antepasados, en Cracovia, en un lugar triste y solitario, é hice que lo restauraran con el mayor esmero. De esta suerte evité que se derrumbase la cuna de los Branski. Pues bien, viviremos allí como los cuervos en las ruinas, ó los penitentes en el claustro. Coquetearéis con los pastores y los boyeros de vuestras tierras, si así os agrada; pero no volveremos á habitar el palacio de Roma, perteneciente á mi familia desde el papa Sixto IV, ni el de Venecia, donde dábais aquellas fiestas en obsequio á los franceses..., ni la quinta de Pórtici, en donde no olvido que vagábais los dos, durante la noche, á orillas del azulado mar; ni este magnífico hotel, que en lo sucesivo permanecerá cerrado. Os adoré al extremo de daros mi nombre y las riquezas todas de los Cavalli, iguales á las de los Borghese y los Torlonia. Creí que vuestra altivez os defendería de las tentaciones del mundo. Puesto que no ha sido así, yo mismo os protegeré contra vuestra debilidad y seré vuestro guardián.

—Querreis decir mi carcelero...

—Sea. Dentro de dos dias saldremos de aquí, sin ruido, sin querellas, sin dar gusto á los curiosos, ni cuenta á nadie de nuestros proyectos; y volveréis á ver vuestra Polonia, el suelo natal, tan querido para todo buen y valeroso corazón, pero os advierto que será para no dejarlo hasta la muerte de uno de los dos, que dejará al otro libre; y confío, si Dios es justo, en que vos, Wanda, me precedais en el viaje al otro mundo, puesto que yo no soy reo de un amor ciego, imbécil, y, sobre todo, culpable.

Hablaba lentamente, recalcando mucho todas las palabras, y sin dejar de mirarme con aquellos ojos, tan apagados siempre.

Se veía en él al hombre implacable, que por nada ni nadie cedería. Yo, á mi pesar, temblaba. Se me figuraba estar entre las descarnadas manos de un cadáver, colocada en una fosa, pereciendo poco á poco, frente á aquel rostro repugnante...

Mi corazón se sublevaba; pero el orgullo protestó del miedo que se iba apoderando de mí.

—¿Y si sucumbís al tédio de esa prisión que pretendais imponerme?—le pregunté.

Contestó con la misma tranquilidad:

—El caso está previsto. Vos sereis más digna de lástima...

—¿Qué quereis decir?

—Por un acta en regla revocaré, ántes de irnos, en casa de un notario, las donaciones que os he hecho. Mis bienes volverán á mi

familia. Dentro de pocos años, esa belleza, que podría servir de vergonzoso recurso, desaparecerá. Y para una mujer de vuestro rango, nada hay tan espantoso como el porvenir de una miserable vejez. Y á pesar de odiarme por mis rigores, no tendreis más remedio que desear que viva. ¿Comprendeis?

—Sí.

—¿Y os resignais á esa existencia?

—Como gustéis.

El se levantó. Una imperceptible sonrisa contrajo sus delgados labios. Acercóse á mí, y con la misma voz que tanto me hacía temblar, añadió:

—Allí, Wanda, seréis para mí solo. Dependerá de vos que cambie en algo las disposiciones de que acabo de hablaros. Me refiero á los intereses. En cuanto á lo demás, seré inflexible. Haced vuestros preparativos de marcha.

Dijo esto y se fué.

Apenas había pasado por el dintel de mi habitación, cuando llamé á Miska. Ya la conocéis. No me abandona nunca. Es una bohemia que mi padre recogió una noche en el camino de Cracovia á Brauski. Tenía entonces dieciseis años. Yacía inanimada en el declive de un foso. Mi padre iba en un *troika* tirado por tres caballos. Era en invierno. Había dos pies de nieve, y la superficie se había helado. Unas horas más, y la desdichada, hubiera sido devorada infaliblemente, por los lobos. Cuando la levantaron del suelo advirtieron que había manchas de sangre en la

nieve. La habían dejado por muerta, después de una discusión entre gentes de su tribú que se batieron por ella.

Uno de aquellos hombres, que estaba celoso y quedó herido de muerte, la infirió con un cuchillo dos enormes heridas. Una de esas heridas le desgarró un brazo, la otra le interesó el pecho; en él quedó clavada el arma. Por más que desesperara de salvarla, como respiraba aún, se la llevó á casa. Mi madre vivía entonces. Yo no había nacido. Vine al mundo tres años después. Fué Miska quien cuidó de mí, pues gracias á todo género de precauciones y remedios, curó de sus heridas. Mi madre, de resultas de los disgustos que le causó la vida licenciosa de mi padre, murió tres años después de mi nacimiento. La bohemia es para mí lo que un perro para con su amo. Su fidelidad y abnegación no tienen límite. Le referí en pocas palabras lo que acababa de suceder: las amenazas del príncipe, la vida que me preparaba, y le dije:

—¿Puedes librarme de ese hombre?

—Sin dificultad ninguna.

—Es preciso que muera antes de esta misma noche.

—Morirá.

—Y no me ocupé más de ello.

La polaca se detuvo un instante.

El marqués no se atrevía ni á respirar, cuanto menos á interrumpirla y á preguntarla nada.

La contemplaba con espanto.

Ella continuó:

—El príncipe cometió una imprudencia al amenazarme. Aquel italiano se equivocaba al suponer que somos tan fáciles de dominar. Hubiera podido resignarme á vivir en mi país, lejos de este París que tanto nos atrae y enloquece; pero consentir en no volver á veros, Oliverio, era imposible.

Y dando rienda suelta á sus sentimientos, siguió diciendo:

—¿Cómo pudo creer aquel imbécil tirano que yo me condenara á perecer de hastío, frente á él, lejos de las fiestas de la vida, perdida entre la nieve de los bosques, mendigando á sus pies la limosna destinada á no dejarme perecer de miseria? Si me entregué á él, eso no fué más que el resultado de un odioso comercio. A cambio de mi juventud, me debía esas riquezas atesoradas durante siglos y siglos, sus palacios y este hotel de París, donde he reinado... No quise perder ni la fortuna adquirida á tanta costa, ni mi amor. Tenía á mi alcance el medio de conservarlo todo. Pero hacía falta no perder un solo minuto. El príncipe había salido en góndola de palacio. Le hice seguir por un hombre que me era adicto. Supe que se limitó á dar un corto paseo, y que no entró en casa de ningún notario. Durante unas horas, mi angustia no pudo ser mayor. Si aquella misma noche hubiera llevado á cabo sus amenazas y anulado el testamento, se salva. No había interés en que muriera. Yo estaba entonces condenada. No me quedaba más remedio que huir. Cuando regresó al palacio, daban las siete.

—¿Estais decida, Wanda?—preguntó.

—Nos iremos cuando gustéis.

Lei en su mirada la desconfianza de hallarme tan sumisa.

—¿Qué queréis que haga una mujer sola, sin apoyo y sin recursos?—le dije, para que no recelase nada.

Nos sentamos á la mesa.

El comedor era un ascua de oro. Como todos los días, teníamos invitados. Ninguno de ellos pudo sospechar lo que había pasado entre nosotros.

A los postres, el príncipe, que era muy sobrio, pidió que le sirvieran una copa de *champagne*. El criado que momentos antes había seguido su góndola, fué quien se la sirvió. Pocos minutos despues, el último de los Cavalli caía al suelo, dirigiéndome una terrible mirada, que no me causó ningún efecto. Yo sabía cuál había de ser el resultado de la obra de Miska. Me apresuré á socorrer al príncipe. Lo cogí en mis brazos en medio de las mayores demostraciones de ternura, y deslicó en su oído esta explicación del mal que acababa con él:

—¿Quisisteis la guerra!

Balbució algunas quejas, entre las cuales se oían estas palabras: veneno, crimen!

Trató de señalarme con el dedo, culpándome; pero nadie pudo deducir nada, como no fuera que se moría y que al perder el conocimiento murmuraba frases incoherentes. Llamaron á dos médicos. Cuando llegaron éstos, ya no hablaba, y, sin titubear, atribu-

yeron su muerte á la rotura de un aneurisma. Después de todo, no hubieran podido salvarle. La tribu de Miska posee el secreto de un veneno vegetal, para el cual no se conoce remedio, y del cual no es posible hallar huella. La más mínima cantidad de ese veneno, extraído de plantas misteriosas, basta para matar al hombre más robusto; y no hay ejemplo de que haya dejado de producir efecto. Esa sustancia me libraba de la ira del príncipe. Lo llevaron á su habitación. Allí expiró media hora después. Confieso que no tuve ni un minuto de remordimiento. Le miré con una alegría que debió turbar sus últimos momentos. Noté que se llevaba la mano al pecho, como para indicar á los médicos la existencia de un objeto precioso que quería entregarles. Aprovechando el desconcierto que tan inesperada muerte causaba en todo el mundo, registré y descubrí un pergamino, del cual me apoderé en seguida. Era una donación, escrita de su puño y letra, en la cual legaba todos sus bienes á su sobrino el conde Giuseppe Pesaro. Quemé el documento. A las doce, Miska y yo velábamos el cadáver. Yo quedaba dueña absoluta de la fortuna de los Cavalli, y ¡libre como el aire! Ya sabes lo que he hecho para no separarme de tí. ¡Calcula todo lo que seré capaz de hacer para conservarte!

El marqués la había escuchado sin pestañear.

Se creía juguete de una pesadilla.

—¿Y nadie ha sospechado ese crimen?—

dijo al fin maquinalmente, por decir algo.

La princesa sonrió.

—¡Un crimen! ¿Quién me hubiera acusado? El príncipe me adoraba. De nuestra dramática escena no se enteró nadie. Fui, en apariencia, la viuda más inconsolable! El mismo conde Pesaro me compadecía y alentaba.

—Los bienes de vuestro tío—le dije—los considero como un depósito, que llegará fielmente á vuestro poder.

Le ofrecí, además, para que lo habitara el palacio de Roma, y supe granjearme su buena voluntad con estas liberalidades.

Y acercándose más á su amado, dijo con mayor vehemencia:

—¿Qué me importa ese palacio del Papa Sixto IV, y la Italia entera? Yo no quiero sino vivir en París, porque estoy cerca de tí y puedo verte todos los días, puesto que eres mi dueño y mi dios. Desde hace mucho tiempo acaricio un proyecto que no pude comunicarte mientras vivió el príncipe. ¡Si fueras libre como yo, Oliverio, nos uniríamos para siempre y solo la muerte podría separarnos! ¡Con qué placer cambiaría yo mi título de princesa por el tuyo, el nombre de ese muerto tan odiado, por el de un amante que adoro. La marquesa padece una enfermedad mortal, ya lo sé. Morirá como su madre, y no tardarás mucho tiempo en ser libre. No la deseo ningún mal. Puedes creerlo. Lo que he hecho una vez, no lo podría repetir. Estuve en mi derecho con el príncipe. Me amenaza-

ba. ¡Se trocó en mi verdugo! Si hubieras visto su mirada; si hubieras escuchado su voz, hubieras comprendido como yo que su odio era implacable. Tenía, pues, que defenderme, y contaba con la elección de armas. ¡Si al menos no nos hubiera separado, yo hubiera titubeado mucho antes de llegar á ese extremo; pero vengan todos los remordimientos habidos y por haber, antes que consentir en no verte, en que seas de otras, sin que yo pueda ni aun luchar para que solo seas mío.

Y fué por tí, nada más que por tí, por lo que obré de ese modo. Considera si será grande mi amor. Para el caso en que la marquesa muriese, dime que no me despreciarías, aunque sea tu amante; dime que no me alejarías de tu lado y que me harías tu mujer. ¡Qué dicha ser tu mujer, Oliverio! ¡Tú sabes bien que no he sido de nadie, que tú solo has sabido encontrar el camino de este corazón que te pertenece por entero! ¡Si tengo que echarme en cara una mala acción, fué preciso que el amor me llevara á cometerla, y tú debieras sentirte orgulloso de haber inspirado una pasión así!

Hablaba en voz baja, rozando con los labios la oreja de su amante, y rodeaba su cuello con el brazo derecho.

El, á pesar de su escepticismo, la escuchaba estupefacto, espantado de las revelaciones que aquella mujer acababa de hacerle y presa de vehementes deseos de huir, que no llevaba á cabo porque tenía miedo, tanto por él como

por las rivales de Wanda, no fuera que ésta se vengase en todos.

—¡Qué exaltada eres!—le dijo cariñosamente.

—Y á mucha honra. Vosotros no comprendéis la violencia ni la energía. Os afemináis en las farsas que á diario estais representando. Cuando te digo que eres mi único amor y que nosotras sabemos amar, quizás no me creerás. Ponme á prueba. Pídemela vida y te la daré. No comprendéis el apego del perro y del esclavo; sois unos seres extenuados é incrédulos que no creéis ni en la fidelidad de la mujer ni en la existencia de Dios. Yo, en cambio, me entregué, y jamás me pesará ni variaré nunca. Pero si me haces traición, Oliverio, si no cumples todo lo que me tienes ofrecido, me vengaré de tu abandono como me vengué de las amenazas de aquel italiano... Por lo pronto, ya lo sabes todo. Ya sabes quién soy. Y si por acaso no me crees, escúchame. Llamó.

En seguida entró la bohemía.

—Miska—preguntó la princesa,—¿cómo murió el príncipe?

—Envenenado. Yo misma preparé la po-
ción.

—¿De qué se compone?

—De una infusión de hierbas.

—¿Dónde se encuentran?

—En todas partes.

—Vete.

La princesa, acercándose otra vez al oído de su amante, le dijo:

—Ya ves que no te he engañado, ¿Es ó no grande mi amor, cuando he hecho... lo que sabes? ¡Yo, que soy católica y creyente!

Y se echó en brazos de Oliverio.

Una hora después, el conde de Taunay abandonaba el hotel Cavalli, aturdido, embriagado, cual si hubiese tomado ópio; y hasta que trascurrió un rato y respiró el aire frío de la noche, no se dió cuenta de nada, y entonces pudo reflexionar sobre lo que había oído y visto.

XXIX

La marquesa de Taunay estaba bien informada.

La casualidad secundó perfectamente sus deseos.

Elena tenía á su servicio, en calidad de segunda doncella, á una muchacha de Chevagnes, que se hallaba á su lado desde hacía años, y á quien la marquesa estimaba mucho.

Susana, este era el nombre de la sirvienta, nació en Rochevieuille. Hija de un leñador, todo lo que era se lo debía á su señora, que fué con ella muy buena, como lo era con todo el mundo.

Susana era muy robusta, de fisonomía viva, agraciada, franca y bondadosa.

Vestía con esmero y aseo. Era muy honrada, no solo en su conducta como mujer, sino como sirvienta, y muy fiel á su ama.

Tenía sus razones para estar al corriente de todo lo que se relacionara con Román

Tremor, y vamos á saber qué razones eran esas.

La doncellita sentía una pasión; amaba á un pobre muchacho diez años mayor que ella, y que había ido á París á buscar fortuna.

Llamábase Próspero Bricbet, también natural de Chevagnes. Su padre estaba empleado en el Priorato.

Bricbet empezó por dedicarse á lavar platos en un bodegón de la calle del Temple, y poco á poco fué ascendiendo, hasta desempeñar el delicado oficio de asar carne á la perfección en un *restaurant* situado en uno de los principales boulevares.

Se puede llegar á diputado de improviso, sin estudios preparatorios de ningún género; es decir, siendo un ignorante; pero no se puede llegar á condimentar salsas y asados en un buen establecimiento, sin haberse ántes ejercitado mucho.

Las quintas reclamaron al pobre diablo cuando precisamente iba á ser jefe de cocina.

Sus talentos merecieron la consideración de sus superiores; y poco tardó en no tener más ocupación que la de preparar la comida del coronel y familia, quienes aseguraban no haber probado nunca salsas más exquisitas, ni carnes mejor asadas que aquellas.

Después de haber servido á la patria de este modo, regresó á París, no sin haber pasado algunos días en el Priorato; pero los seis años perdidos en el regimiento habían interrumpido todas sus relaciones.

Era preciso renovarlas, y el infeliz tenía dos motivos para estar triste.

Uno de ellos, la incertidumbre de lograr colocacion.

El otro era de distinta índole.

Había vuelto á ver á Susana, que ya estaba al servicio de la señorita de Rochevieuille, y sintió renacer, con más fuerza la pasión que alimentaba en secreto, por la muchacha.

Paseando un día bajo los tilos y castaños del parque, comprendió que el corazón de Susana respondía á las palpitaciones del suyo.

Y pensó que su paisana era muy apropiado para el comercio, y que si se pudieran establecer, sería para ellos una felicidad sin igual.

Confió sus planes á Román Tremor, que le demostraba verdadera amistad.

Y Román le contestó:

—Busca; y dame cuenta de lo que se presente.

Los sucesos que sobrevinieron tan repentinamente, trastornaron los proyectos de Bricbet.

Elena casó con su primo.

Se fué á Italia en seguida, y llevó consigo al ama de gobierno y á la doncella.

De otra parte, Román Tremor, aterrado por la fuga de Solange, se entregó, como ya sabemos, á la mayor desesperación.

Y el pobre Bricbet, no pudo colocarse en parte alguna.

Pero á los seis meses del casamiento de

Elena, escribió á su protector, Román Tremor, diciéndole que había pensado en un negocio, del que se prometía obtener pingües ganancias.

Tratábase de fundar en la esquina de la calle Miromesnil, cerca del hotel Beauran, en el centro del faubourg Saint Honoré, un puesto de vinos, anejo á un buen restaurant.

Estaba ya en tratos con el dueño de una casa nueva para alquilarle los sótanos, el piso bajo y el entresuelo. Las condiciones le parecieron aceptables.

Román Tremor no vió en semejante proposición, sino que la calle Miromesnil estaba á dos pasos del hotel del marqués de Taunay; que de este modo podría saber lo que pasaba allí y vería amenudo al hombre que tanto odiaba.

Pensó también en otra cosa.

Que Solange estaba en París; que llegaría á descubrir dónde vivía, aquel sitio que la *Bigornia* le ocultaba, obedeciendo el mandato de la pobre muchacha, que no quería volver á verle; y Román quería vivir cerca de ella, encontrarla y hasta hablarla.

Su tristeza era mortal.

Pasaba horas enteras en Gué-aux-Biches, al lado de Catalina, tan desesperada como él; apenas hablaban, y no hacían sino llorar por su Solange, tan amada siempre lo mismo por la madre que por el novio. Y el odio que una y otro sentían por Oliverio, era cada vez mayor.

Los padres de Román se alarmaron al ver-

le tan triste y enfermo; el infeliz no era ni su su sombra.

Temieron que se volviera loco.

Así es que cuando dió cuenta en el Priorato de la carta de Brichet, su padre se apresuró á decir:

—Pues bien; si eso puede distraerte, debes ir con él. Así te ocuparás en algo. Vale más esto que entregarte de ese modo á la melancolía. Brichet es trabajador y ordenado. Déjale hacer.

Román no deseaba otra cosa.

El viejo Tremor subió á su cuarto y poco despues bajó, llevando un saco, que pesaba mucho.

—Aquí hay cuarenta mil francos—dijo.—No te preocupes por nada. Si necesitas más, ya encontraremos otros. Cuanto te haga falta lo tendrás. No derroches; pero no te prives de nada tampoco.

El apasionado de Solange partió.

Su hermano Juan le llevó á la estación del ferrocarril en el mismo cochecillo en que fueron los Fargeas aquella vez á Corbigny.

En Nevers se abrazaron y despidieron.

—Si te aburres, Román—dijo el otro,—regresa en seguida, que ya procuraremos encontrarte una buena mujer.

¡Pero él no quería más mujer que una!

Pocos días despues Brichet, triunfante, firmaba el contrato del establecimiento.

No quiso ser sino el empleado de Román Tremor.

—Manejaré la casa—dijo.—Vos hareis lo

que os acomode. Y á fin de año, si esto marcha á vuestro gusto, me dais lo que os plazca.

Sabía qué clase de gentes eran los Tremor. Susana se puso muy contenta cuando se enteró de todo eso; deseaba mucho que Próspero prosperara...

Brichet hizo honor á su nombre propio: al cabo de seis meses el establecimiento había prosperado extraordinariamente.

Un pequeño y dorado automedonte, con una especie de hopalanda de tres esclavinas, sosteniendo en la mano un látigo, sobresalía encima de la puerta de entrada con esta inscripción, en letras góticas, colocada en una banderola. *Al fiel cochero.*

Lo mismo se ocupaba Román del establecimiento que del gran turco.

El negocio adelantaba sin que él interviniera en lo más mínimo.

Brichet reclutó buen personal.

Era el amo y se ocupaba admirablemente de todo; no tenía descanso; tan pronto estaba en un sitio como en otro.

Los clientes eran los cocheros y criados de las grandes casas; gente difícil, exigente, acostumbrada á la cocina de los príncipes y banqueros que tanto abundan en ese barrio; pero todos salían satisfechos del establecimiento de Brichet.

Rara vez veían á Román: ¡este era el único que estaba triste allí!

El inconsolable prometido de Solange vagaba como alma en pena por los boulevares y

barrios muy frecuentados, buscando siempre á la que tanto amaba.

El único que hubiera podido decirle algo era Servais; pero el astuto sirviente del marqués era reservado como un confesor.

Así es que Román estaba casi tan desesperado en París como en el Priorato.

Cuando se encerraba en su cuarto, sacaba el retrato de Solange, una mala fotografía, y pasaba horas y horas contemplándolo.

Una noche tuvo una falsa alegría.

Al pasar por la calle de la Paz, se fijó en dos mujeres que iban delante de él, á pocos pasos, y creyó que una de ellas era Solange.

Sintió un vértigo.

No podía dudarlo. Era ella.

¡Pero aquél aire, aquella elegancia!...

Apresuró el paso, mas con tan mala suerte que cuando ya iba á alcanzarlas entraron en una casa cuyo portal se cerró en seguida.

Román se fijó en el número de la casa y decidió, además, preguntar al portero.

—¿Señorita Fargeas?

El hombre no se tomó el trabajo ni de levantar la cabeza, y contestó con brusquedad:

—No la conozco.

—¿Solange Fargeas?

—No es aquí.

Román, que era bastante tímido, no se atrevió á insistir, pero creía no haberse equivocado.

Permaneció largo rato sin conseguir nada, frente á la casa, hasta que apagaron las luces.

Seguía yendo varios días y no logró ver á quien buscaba.

Concluyó por creer que se había equivocado y por no volverse á acordar de la calle de la Paz.

Pero en una ocasión, un incidente insignificante en apariencia, debía ponerle sobre la pista.

Al siguiente día del en que pasearon Elena, la baronesa y Souvray, en coche por el Bosque, Román volvía de Bercy, adonde había ido por encargo de Brichet.

Serían las diez.

Había en la sala varios consumidores tomándose un trago de vino blanco; frente al mostrador.

Entró en el piso bajo y le extrañó ver tantas cacerolas y vituallas reunidas.

—¿Qué esto?—preguntó á la cocinera, ocupada en aquel momento en arreglar un filete de buey.

—Que el cochero del hotel Taunay, mister Stripp, convida á almorzar á unos amigos suyos. Vendrán el señor Servais, el ayuda de cámara y otros varios.

—¡Servais!—se dijo Román.

—Serán siete ú ocho. Han pedido la sala de arriba, y han encargado melón, patos, y este filete... Es de esperar que beberán á proporción.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—Bien. Esmeraos.

—Va á guisar el mismo señor Brichet.

¡Esos milores son muy delicados! Mister Stripp gana cuanto quiere en casa del marqués. Es buena casa. Abunda el dinero. Y, sin embargo, dicen que la joven marquesa no es feliz.

—¿Quién dice eso?

—La gente. Oye una hablar. Susana, la prenda del Sr. Brichet, pone el grito en el cielo. Compadece mucho á su señora. Dice que vive como si fuera viuda. El marqués no se ocupa más que de sus placeres.

—Está bien. ¿Dónde está Brichet?

—En la bodega.

Román se sentía menos triste. Se le figuraba que iba á tener alguna agradable sorpresa.

Arriba todo iba viento en popa. Las salas estaban llenas.

Otro se hubiera alegrado; pero él no podía pensar más que en Solange. ¿Qué le importaba la riqueza sin ella?

Se asomó á la calle; miraba, distraído, la gente que pasaba.

Llamó su atención un faetón magnífico, y reconoció en el que lo guiaba al marqués de Taunay.

Román temblo de ira.

El carruaje se alejó.

Aquel hombre le había robado lo que más amaba en el mundo! ¡Era el ladrón de su dicha!

¿Pero qué hacer con semejante enemigo?

Poco después de haber pasado el coche, un hombre, que vestía amplia blusa, pasó

mirando las fachadas todas de aquellas casas, como buscando una de ellas.

Román hizo un movimiento de sorpresa, abandonó la puerta y corrió á su encuentro.

Se reunieron en frente del Eliseo y se abrazaron con la mayor efusión, sin ocuparse para nada de los transeuntes.

—¿Tú por aquí, Juan?—dijo el parisiense.
—¿Cómo no me has avisado?

—¿Para qué?

—¿Y padre?

—Está muy bien. No pasan días por él. ¡Pero se le hacen eternos los que lleva sin verte!

Román llevó al viajero á su casa.

Tenia prisa por saber noticias de todos los del pueblo.

Como no hubiera en las salas ni un rincón desocupado, dijo Juan:

—¡Buen negocio es este!

—Díselo á Bricbet; él podrá darte noticias; yo no sé nada—repuso Román.

Juan le miró fijamente.

—¿Eso quiere decir que sigues en el mismo estado?

—Siempre.

Subieron al entresuelo.

Uno de los mozos colocaba los cubiertos en una espaciosa mesa.

—¡Hay gran almuerzo!—observó Juan.

—Sí, las gentes del hotel Tannay—dijo el mozo.

—¿Qué vienes á hacer á París?—preguntó Román á su hermano.

—A cobrar el importe de seis bueyes. Además, te diré la verdad: quería verte. Apenas escribes ya. Padre y yo temíamos que estuvieras cada vez más triste. Y me dijo: «Juan, da una vuelta por allá.» Y aquí me tienes. Así te veo, llevo noticias tuyas á aquella gente, y les tranquilizo. Notó con placer que no estás peor.

—Es muy grato saber que hay almas buenas que no nos olvidan. Yo también pienso en vosotros todos los días.

—¿Sigues acordándote de Solange?

—Es superior á mí.

—No intento que varíes de idea. Cada cual á lo suyo. Pero creo que harías bien en pensar en otra cosa. Te estás haciendo cada vez más desgraciado. ¿Pero al menos la has visto?

—Ni una sola vez.

—¿Qué ha sido de ella?

—Lo ignoro. No hago más que buscarla. ¡Paris es inmenso! Imposible averiguar nada. No sé lo que daría por encontrarla y saber algo de su existencia.

—Haces mal. ¡Es una coqueta!

Román no trató de defenderla; pero demostró, aunque tímidamente, sus dudas.

—¡Qué crédulos son los enamorados!—exclamó Juan dando con el puño un golpe en la mesa.

—Háblame de los Fargeas.

—Siempre lo mismo. El padre hace su ronda por el bosque y en seguida vuelve á su casa. La mujer no sale para nada. Yo voy de

vez en cuando. Esa pobre gente no tiene culpa ninguna de lo que ha sucedido, por más que hayan educado á Solange para señorita. Se desvivían por ella. El guarda no dice ni diez palabras á la semana. En el pueblo no saben nada. Creen que la chica está aquí aprendiendo un oficio.

—¿Y es verdad que no escribe á sus padres?

Nunca. No saben de ella más que por la *Bigornia*, y eso rara vez. Esta pretende hacer creer que tampoco ella sabe donde está Solange, pero no dice la verdad.

—¿Y Simón?

—Bueno ya, y ¡cosa rara! se ha curado de su pasión por la caza. Ni coje el fusil ni tiene un solo lazo. La vivienda está como la viste en otro tiempo, y Simón trabaja desde la mañana á la noche. Nadie se explica ese cambio.

—¿Y la Simona?

—No la reconocerías. Se ha vuelto limpia como el oro. Representa veinte años menos. Tendía los lazos por dar gusto á su marido. Ahora que eso se ha acabado, se dedica á la costura y tiene bastante clientela. El cura dice que es una conversión.

—¿Y no se ha vuelto á hablar de Labranche?

—Se ha guardado bien de volver. Se llevó la hucha lo más lejos posible. Lo que me extraña es que no le hayan cogido; pero el animal ese sabe más que la justicia.

—¡El marqués tiene fenta de sobra para el uso que hace de ella!

—¡Cómo le odias!

—Cada día más.

—Si fueras razonable, te propondría una cosa.

—Me la dirás cuando nos sentemos á la mesa. Debes tener apetito; ¡y yo soy tan egoísta, que no hago más que hablar!

—Comeré con gusto un buen trozo de carne.

Román, llamando á Brichet, le dijo:

—Comienza por subir una botella de buen vino, y una tortilla. Pronto.

—¿De suerte que ese banquete es á costa de los criados del marqués?—repuso Juan.

—Su hotel está á dos pasos. Siempre están de fiesta en esa casa. El dinero abunda.

—Tanto mejor. Eso es un bien para el comercio.

Brichet llegó á toda prisa.

—¡Señor Juan!—dijo poniendo la tortilla y la botella en la mesa.—¡Qué raro se me hace veros por aquí!

Dicho esto, se fué, rápido como una exhalación.

—¿Qué proposición es esa?—preguntó Roman, sirviendo de comer á su hermano.

—La siguiente: ¿Conoces á los hermanos Gosset?

—¿Los comerciantes en maderas?

—Sí. No tienen más que una hija. Esta será rica. No es bonita, pero sí una muchacha que vale un imperio. Si quieres no tienes más que decir una palabra. Es el primo Chado-min quien te la propone.

—Ya sabes cuánto os quiero, lo mismo á padre que á ti. Pues bien, hazme un favor.

—¿Cuál?

—No me hables de casamiento. Me sería tan imposible casarme con otra como beberme toda el agua del Yona.

—¡Es una pena! La gente tiene razón. Dame vino.

Román repuso con la tranquilidad del hombre que ha tomado una decisión irrevocable.

—Tengo mi idea. Y la seguiré hasta morir. Amo á Solange. ¡Qué quieres! Mi único placer es pensar en ella. Y no seré feliz hasta que la vuelva á ver, puesto que era mía y me amaba; lo sé, estoy seguro, Juan; no mentía al decírmelo. Y abrigo la esperanza de que ha de llegar el día en que esta época tan triste tendrá su compensación. ¿Cómo sucederá esto? No lo sé. Pero te aseguro que sin esa esperanza y vuestro afecto, no sé qué sería de mí; mejor dicho, ¡no me atrevo á decirlo! Pero ántes será preciso que el marqués y yo tengamos una explicación. No será agradable ni por su parte ni por la mía. Pero podéis estar tranquilos. No os comprometeré. Nadie sabe ni sabrá lo que pienso. Esperaré ocasión oportuna, tarde lo que tarde, para realizarlo.

—Haz lo que quieras, y no hablemos más.

Román llamó de nuevo:

—¡Briquet!

Briquet era ligero como un pájaro. El feliz resultado de sus negocios le daba alas, sobre

todo cuando se trataba de los Tremor, que habían sido su Providencia.

—Tráenos ahora un pollo frío y dos buenas costillas.

—Esto mejora—dijo Juan, llevándose la mano al estómago.

Román sonrió.

—Crée, hermano mio,—prosiguió Juan— que las mujeres no merecen que trague una tanta bilis por ellas. Afortunadamente ninguna me ha quitado nunca el sueño.

—¡Calla!—dijo Roman.

—¿Qué sucede?

—Los criados del marqués.

—¡Cáspita!—repuso Juan, asomándose á la escalera—los hubiera tomado por ministros.

XXX

Román se levantó precipitadamente, levantó la mesa y trasladó el almuerzo á su habitación, cuya puerta dejó entreabierta.

—Ven—dijo á su hermano—estaremos ahí mejor, puesto que estaremos solos y podremos hablar.

—Y también oír.

Pero esto no lo confesó. El infeliz esperaba siempre que la casualidad le revelara el paradero de Solange.

Y antes de que los comensales subieran la escalera, ya los hermanos habían cambiado de sitio para continuar su almuerzo.

No serían ministros, pero sí unos señorones

los criados del hotel Taunay y sus compañeros.

Servais, el ayuda de cámara, iba, como los otros, irreprochablemente vestido.

Roman, al oír la voz de éste frunció el ceño, pero tuvo prudencia; no era aquella ocasión de armar escándalo.

John Stripp era todo un personaje, de elevada estatura, rostro sano y coloradote.

Se distinguía de todos los demás por su superioridad y corpulencia.

Su posición, como la de Servais, no podía ser mejor.

El inglés era más pródigo que el francés.

Ambos estaban en todos los secretos de su amo.

Stripp era un gran cochero.

Ya hemos dicho que era muy obsequioso. Se empeñó en que los Tremor habían de almorzar con él.

Pero Roman se excusó.

Quería seguir hablando del pueblo con su hermano.

Stripp insistió. El honorable cochero había ya bebido algunos vasos de cerveza.

Quedaron en que los dos hermanos se presentarían á los postres para tomar café y una copita de Ginebra con ellos.

Los Tremor hablaban en voz baja, olvidados en seguida por el automedonte y demás comensales, que comían y bebían á más y mejor.

Creemos inútil decir que Román no perdía ni una palabra de lo que hablaban los otros.

Pero con harto sentimiento no hablaban aun sino de cosas indiferentes.

Y la conversación versó sobre caballos, sobre cierta clase de mujeres, y las consiguientes historias, etc., etc.

Pero de pronto á uno de los invitados se le ocurrió preguntar al inglés:

—Quisiera saber por qué vais tan á menudo á la calle de la Paz.

El curioso era un colega de John, y se hallaba al servicio del barón de la Briche, vecino del marqués de Taunay.

Al escuchar esas palabras, Román aguzó el oído.

La calle de la Paz le recordaba una decepción.

—¿Qué hago?—contestó Stripp con marcado acento inglés.—¡Nada!

—¡Pillol! No os hagais de nuevas. Vos quedais en el pescante, haceis piafar á los caballos y mirais á los transeuntes para matar el tiempo. ¿Pero y vuestro amo?

Servais hizo seña al curioso de que callase, pero fué inútil. El Saunterne, el Burdeos, el Borgoña y el Champagne, producian los efectos consiguientes.

Stripp comenzaba también á marearse...

Y bebiendo otra copa de Champagne, contestó:

—El señor marqués hace lo que quiere.

—¡Farsantel! ¿Qué es lo que va á buscar allí todas las mañanas, di?

—¿Dónde?

—De sobra lo sabeis... número 47. Allí

viven, una florista, en el tercero; en el segundo, una modista, y por cierto que la cajera es amiga mía; otra modista en el primero, y en los bajos, ya lo sabeis, hay una joyería. Y se me figura que el marqués no estará comprando á diario alhajas, sombreros, trajes ó flores, ¿no es cierto?

—*Yes.*

Stripp seguía bebiendo Champagne.

—Querido—dijo Servais al criado del barón de la Briche.—John no es curioso. Jamás se entera de lo que hace su amo, y no se ocupa sino de cumplir con su obligación.

—Vamos, vamos. Pues yo lo diré. El señor marqués va á casa de Felisa porque vé allí á una belleza que ha llegado hace unos dieciocho meses, y que trae revuelto con su hermosura á todo el barrio. Mimi me lo ha referido. Mimi es una florista á quien debo muchas bondades... Las dos mujeres se conocen. Y, según parece, vuestro amo está locamente enamorado de la chica esa.

El cochero no atendía. Sólo se ocupaba en beber.

Pero Román supo lo que deseaba saber.

Servais, ante la imposibilidad de contener semejante verbosidad, no tuvo más remedio que resignarse.

El otro siguió diciendo:

—¿Y qué piensa la marquesa de la conducta de su marido? ¡Si yo fuera ella! ¡Qué desquite!

—La señora no es de las que se eclipsan al ver un portamonedas.

—¡Porque no tiene necesidad de dinero!

—¡Podrá ser!—exclamó el otro con filosofía.

Román estaba indignado.

Hubiera querido coger por el cuello al ayuda de cámara del marqués y arrojarlo á la calle medio estrangulado, así como á toda aquella turba; pero su hermano le calmó.

—Vamos á dar un paseo—le dijo.

Y ambos salieron, dejando allí á los comensales, quienes diez minutos después dormían profundamente, arrullados por los vapores del vino.

Servais fué el único que no perdió la cabeza. Y dejando allí á sus derrotados compañeros, salió del restaurant.

XXXI

Román Tremor supo al fin lo que quería saber.

Su fino instinto no le había engañado. La noche aquella en que vió á las dos mujeres y creyó reconocer en una á Solange, no se equivocó.

En lo sucesivo podría verla. La incertidumbre que pesaba sobre él había desaparecido. Sabía ya que Solange estaba allí, á dos pasos de él. Hubiera querido volar á ella; pero ¿cómo hablarla, si la hallaría rodeada de compañeras? Y además, ¿con qué pretexto penetraría en el taller? Esperaría hasta la noche. ¡Qué suplicio!

Y después de todo, ¿qué podría decir á So-

lange? Lo ignoraba. Sentía necesidad de verla; sería para él, aunque amarga, una verdadera alegría, la de poder contemplarla y hablar con ella; saber algo de su vida, de sus esperanzas, de sus penas...

Los criados del marqués, con la cabeza más despejada ya, se dirigieron al fin á sus respectivas casas.

Servais, como hemos dicho, salió antes. El confidente del marqués estaba descontento. La charla del amigo de la florista le había contrariado.

A eso de las siete volvió á entrar en el *restaurant*, so pretexto de tomar una copa de Madera, y halló á los dos hermanos sentados á la mesa.

Juan devoraba. Román apenas probaba bocado.

Servais fué cortés y habló con ellos de Chevagnes.

—¿Sabeis algo del señor Souvray?

Román contestó que le encontraba muy amenuado, que paseaban juntos; que el señor Souvray no era orgulloso é iba de vez en cuando al establecimiento para hablar con él.

—Excelente familia—exclamó el mayor de los Tremor.—No hay muchos como ellos. El más joven, Hugo, está como sin sombra desde que se fué su hermano. ¡Así nos sucede á nosotros; no podemos vivir sin Román!

Servais sonrió y guiñó el ojo; pero no dijo lo que estaba pensando.

Momentos después salió de allí convencido, á juzgar por el contento que revelaba el

semblante de Román, que éste no había comprendido las bromas del gascón, que probablemente pensaba menos en Solange, y que el tiempo, que todo lo borra, había mitigado también aquel amor.

¡Cuánto se equivocaba!

Román estaba más enamorado que nunca.

Terminada la comida, salió con su hermano y paseó cogido de su brazo por los Campos Eliseos.

—¡Vamos!—dijo Juan suspirando,—es preciso decírtelo todo. No podemos seguir viviendo así, separados. Antes éramos felices. Ahora todos tenemos una espina en el corazón. Vuelve al pueblo. Deja á Bricbet que prospere solo. ¡No tiene necesidad de tí!

—No puedo.

—Sé lo que te retiene. Lo he comprendido perfectamente desde esta mañana. ¡Es una desgracia que esa muchacha se haya interpuesto entre nosotros!

—Pobre Solange!—murmuró Román.

—Pues bien—añadió Juan,—hay un medio de arreglarlo todo.

—¿Cual?

—Ya has oído lo que decían esos holgazanes esta mañana. No he dejado de observarte. ¿Sabes dónde está?

—Cuento con saberlo pronto.

—Habla con ella, y si promete que será una mujer honrada en lo sucesivo, ya trataremos de olvidar el pasado. Ello es muy penoso; ¡hablarán en el pueblo, y quizá tengamos que sufrir algunas vejaciones!... y como

no estamos acostumbrados á eso... ¡Pero nuestro padre se halla tan triste! Desde que te viniste, está como el señor Hugo de Souvray.

Y después de titubear algo, y violentándose bastante, concluyó por decir:

—Cásate con ella.

—¿Consentiríais?—preguntó Román.

—¡Ya que eso es necesario para atraertel...

—No ignoras que tiene un hijo.

Juan dejó escapar un gruñido.

—La *Bigornia* me lo refirió en secreto una noche en casa, dijo.

Y añadió con su natural bondad:

—¡No vamos á matarlo! ¿Qué culpa tiene el inocente?

—Sin duda.

—Será preciso tomarlo con su madre.

—¿Y tú lo soportarías, Juan?

El campesino sentía verdadera indignación, honda repugnancia; pero al fin dijo:

—El pobre viejo y yo lo daremos todo por bien empleado con tal de verte contento, feliz; tanto más, dependiendo de nosotros el remedio.

Andaban despacio por una avenida casi desierta.

Román, sumamente conmovido, abrazó á su hermano.

Para gente tan honrada, tan recta como ellos, esa prueba era la de mayor afecto que podían darse.

—Después de todo —repuso el hermano mayor— la vida no es tan larga. Lo principal

es pasarla reunidos y ayudarse unos á otros. Le llevaré á mi padre la noticia. Algo le contrariará ¡quien lo duda! pero ¡qué remedio! Ya se acostumbrará. La idea ha sido suya, y sin que esto que voy á decirte salga de nosotros, como no quiero ocultarte nada, te confesaré que ese, y no otro, ha sido el objeto de mi viaje. Quedamos en lo dicho, ¿eh?

—No.

—¿Rehusas?

—Es mi deber. Nuestra reputación de honrados, es un bien que no podemos sacrificar. No quiero que nadie tenga que echarme en cara nunca una baja. Y, sobre todo, no puedo imponerla á cambio de vuestra cariñosa bondad para conmigo. Dadme una tregua. Quizás dentro de algún tiempo podré recuperar á Solange; pero en las circunstancias y con la condición que yo me sé. Y quiere decir que de aquí á unos meses haya logrado ó no el fin que me propongo, volveré al Priorato. Tened paciencia. Puesto que ya sé donde puedo hallarla y no habrá que esperar mucho tiempo.

A Juan se le quitó un peso de encima.

La sola idea de verse expuesto á la crítica de las gentes de su pueblo, y de prohibar al hijo de otro, no cabía en su cerebro; y si la aceptaba era únicamente impulsado por el heroico cariño que profesaba á su hermano.

—Sea lo que tú quieras—dijo—esperaremos.

Juan estaba rendido; el viaje primero y el paseo luego, le hacían desear una cama dura

ó blanda, eso era lo de menos, donde descansar y dormir á pierna suelta.

Román aprovechó esto para acompañarle á su casa, darle las buenas noches y dejarlo durmiendo como un bendito.

Cuando se vió en la calle respiró de contento.

Al fin estaba libre.

A fuerza de vagar por todas partes, sabia que los empleados del barrio de la Opera abandonan sus talleres de siete á diez, para retirarse á sus casas.

Su reloj marcaba las nueve y cuarto.

Dirigióse con paso acelerado hácia la calle de la Paz.

Cuando se detuvo frente á la casa número 47, se veían aún algunas luces, á través de los visillos, en el piso principal.

Unas cuantas oficialas que se habían retrasado en salir, pasaron rápidamente á su lado.

¡Ninguna de ellas era Solange!

Fueron apagándose las luces. No se distinguía la sombra de muchacha alguna.

Decididamente, era demasiado tarde.

Como no tuviera valor para abandonar aquel sitio, y continuara estacionado en él, pudo al fin distinguir que abrían uno de los balcones y que una mujer, con gorro y delantal de muselina blancos, se asomó y apoyóse con cierto abandono en la barandilla.

Román tuvo una inspiración.

El portal estaba aún abierto y alumbrado. Atravesó de una acera á otra, entró en la

casa, y sin preguntar á nadie, subió precipitadamente la escalera.

Al llegar al primer piso, llamó sin titubear.

Oyó que abrían y cerraban puertas. La mujer del balcón, con paso tardó y semblante fosco, fué á saber quién llamaba.

No era de su agrado que la molestasen á aquellas horas.

Al ver á un desconocido, preguntó:

—¿Qué se os ofrece?

—¿La señorita Felisa?

—Señora, si os es igual.

—Como gustéis.

—¿Qué deseáis de la señora?

—Suplicarle que me dé informes...

—Esto no es ninguna agencia. Pero volved de día, si quereis. Además, la señora no está aquí.

Román se felicitó. Le agradaba mucho que la señora estuviera ausente. Su presencia le hubiera cohibido. Mientras que frente á frente de la doncella, se hallaba más á su gusto.

Animóse de pronto. Y ya era tiempo, pues Juliana, poco paciente de suyo, iba á ponerle de patitas en la calle.

—Esos informes — repuso, adelantando unos pasos, — podéis también dármelos vos.

—¿Yo?

—Sí.

—Ante todo, ¿cómo os llamais?

Juliana no hacía más que mirar á aquel visitante que se presentaba tan bruscamente. Y, á decir verdad, lo encontraba bien parecido.

No conocía, entre los que frecuentaban su trato, ninguno que pudiera rivalizar con aquel buen mozo, moreno, de facciones acentuadas, sedoso bigote, negra y lustrosa cabellera, mirada franca, osada é inteligente.

—Román Tremor—contestó él.

Este nombre produjo un efecto mágico en la sirviente. Lo había oído más de una vez en las conversaciones que Solange sostenía con su ama, y se interesó, aun sin conocerle, por aquel enamorado que vivía siempre, eso era indudable, en el corazón de la joven, y del cual hablaba ella con tanta vehemencia.

—¿Conque sois Román Tremor?—repitió.

—El mismo.

—¿Y venís á saber algo de la señorita Fargeas?

—Sí.

—Entrad.

Juliana no había mentido. Su señora estaba en la Opera. Obligada á esperar á que volviera, tenía tiempo de sobra.

Román no se hizo rogar.

La fisonomía de la doncella había cambiado en su favor; ya no era fosca, sino atractiva. Comprendió que podría sacar partido de semejante conocimiento, y se propuso no perder el tiempo...

Sola en aquel piso, Juliana era la dueña.

E hizo á las mil maravillas ese papel.

—Tomad asiento—dijo introduciendo á Román en el saloncito.—Ahora, hablad.

—Solange...—balbució él.

—No está aquí mas que durante el día.

Por la noche se retira á su casa, como las demás.

—¿Dónde vive?

—¡Qué curioso sois! No lo sé.

—¿Es, pues, un misterio?

—Sí y no. De sobra comprendereis que á esa joven no le agradaría que diéramos las señas de su casa al primero que se presentara. Cada cual tiene sus secretos, ó sus caprichos, si quereis darles ese nombre; y ella, sobre todo, debe tener los suyos.

—¿Quiere decir que os negais?...

Román quedó tan consternado, que Juliana tuvo lástima de él.

La muchacha tenía buen corazón.

—Además—repuso él—¿de qué os serviría ocultarme dónde vive? Puedo esperarla, y cuando salga de aquí seguirla.

—En efecto...

—Pareceis muy buena, y estoy seguro de que contestareis á lo que os pregunte.

—¡Dios mio!—exclamó Juliana, haciendo melindres—no quisiera causaros ningun pesar. Sin embargo, si la señora supiera que he dicho algo, se pondría furiosa.

—¿Perderíais quizá vuestro puesto?

Ella, moviendo la cabeza, replicó:

—¡Oh! sé mucho ya para que me manden fuera.

Él, acercándose, la cogió de la mano y ella no se opuso. Juliana no era esquiva, y dicho sea en honor á la verdad, tampoco era fea, al contrario.

Alta, rubia, cutis fino, cuerpo abelto, bien

ataviada siempre, podía inspirar un capricho al hombre más descontentadizo y menos enamorado de otra mujer de lo que estaba Román.

—Veo que adorais á Solange—dijo algo despechada.—Os advierto que no sois el único.

Román hubiera destrozado la mano que Juliana le abandonaba con tanta complacencia; pero comprendió que debía acariciarla con más dulzura aún.

—No sé si la adoro ó la odio—dijo él.—Pero quiero tomar una resolución después de haberla hablado, para conocer cuáles son sus verdaderos sentimientos.

—¿Qué vanidoso sois si os preciais de conocer lo que piensa una mujer, y sobre todo si esa mujer es Solange!—dijo Juliana.—Apenas habla. Os dirá lo que le parezca. Y no adelantareis nada.

Román dirigió una expresiva mirada al reloj.

El tiempo volaba con vertiginosa rapidez.

Pero él estaba sobre la pista. Era preciso aprovechar tan propicia ocasión. Así es que repuso con suplicante acento:

—Escuchad, señorita, ¿cómo debo llamaros?

—Juliana.

—¡Bonito nombre! Estoy seguro de que ha sido una suerte para mí el haberos encontrado. ¡Me preguntais si amo á Solange! ¡La he amado mucho! Debió ser mi mujer. Después que se ausentó, he creído volverme loco.

Se me figuraba que por momentos iba á estallar mi cerebro. Hace tiempo ya que nos abandonó. He venido á París para olvidar. He fundado un establecimiento que prospera sin que yo me ocupe de ello, afortunadamente, pues no he nacido para los negocios, sino para vivir tranquilo con una mujer honrada que me quiera un poco y que se deje amar mucho.

—Eso no es tan difícil de hallar, me parece.—dijo ella haciendo un expresivo mohín.

—¡Si Solange hubiera querido! ¡Pero es imposible!

—¡Efectivamente!—exclamó Juliana con viveza.—¿Y dónde está vuestro establecimiento?

—Faubourg Saint Honoré. *El Fiel Cochero.*

—¿Esquina á la calle de Miromesnil?

—Justamente.

—¡Pero si lo conozco!—exclamó ella.—Un *restaurant* magnífico.

Iba á confesar que había cenado allí más de una vez, en galante compañía; pero se contuvo á tiempo.

En un momento Román Tremor se elevó á diez codos en su imaginación.

Se veía ya dueña del establecimiento aquel, que tanto le había llamado la atención.

Y como Román no dejara su mano y la estrechara más tiernamente aun, sus esperanzas aumentaban por momentos.

—Sois encantadora—murmuró él.—Desde que os he visto siento más despejada la ca-

beza, el corazón menos oprimido. ¡Sólo una amiga como vos podría hacerme olvidar á la otra! ¡Oh! ¡si quisierais, Juliana!...

Ella no deseaba otra cosa. La voz de Román le llegaba al alma. Decididamente, en su ya larga carrera (iba á cumplir los treinta, edad terrible) no había conocido un hombre que se pareciera á aquel, tan activo, tan robusto, tan bien plantado y tan guapo. Y Román la hablaba con tanta dulzura, la miraba con tan hermosos ojos, que ya dió por hecho que entre ambos existía una corriente de simpatía tan podera como natural.

—Volveremos á vernos, si quereis, Juliana,—repuso él.—Si no os oponéis, saldré de aquí contento.

Juliana se hizo de rogar algo, para no ceder á la primera intimación; dijo que eso era ir de prisa al asunto; pero enseguida se decidió.

Román, antes de irse, logró conocer á fondo la historia de Solange, con algunos detalles que se le hicieron muy crueles.

Supo que su amada habitaba en la calle de la Sourdiere, núm. 46. Que el marqués y otros la galanteaban. Juliana se dignó ser indulgente é hizo protestas de amistad hacia Solange, pero sin ocultar á Román que le parecía algo coqueta, y que él haría mal en contar con ella para regresar al pueblo, ó vejetar tras de un mostrador, puesto que Solange tenía aspiraciones más elevadas. Añadió que si la chica no había aceptado

aíra las proposiciones tan brillantes que la ofrecían, era con el deliberado propósito de obtener más andando el tiempo. Y respectó de su virtud... no podía sino decir que tenía un hijo, cuyo niño criaba una nodriza, tía de una de las oficiales del taller, que se llamaba la viuda Collet, habitante en Cormeilles.

Juliana lo refirió todo de una vez, casi sin tomar aliento. Su objeto era desanimar á Román y enfriar las cenizas del fuego que Solange avivó en otro tiempo.

En síntesis: Juliana no inventaba nada. Decía, poco más ó menos, lo que sabía, con malicia, es verdad; pero después de todo ello, tenía alguna disculpa. ¡Se creía ya la rival de Solange!

¿Y por qué no había de suplantar á aquella ingrata en el corazón de aquel hombre abandonado, enamorado, y á quien ella estaba dispuesta á consolar?

Román, mientras la escuchaba, iba guardando en la memoria los detalles útiles y rechazando los inútiles.

Para mejor conciliar lo que se proponía, hasta se permitió abrazar la cintura de la doncella, y prometerla que muy pronto se volverían á ver. Luego bajó la escalera, repitiendo sin cesar:

—Sourdiere, 46—y añadía:—Viuda Collet, en Cormeilles.

A la luz de un farol apuntó esas señas, y luego se dirigió, corriendo, á la calle de Sourdiere.

Esta calle es muy antigua, estrecha y es-

tá mal alumbrada. Sus principales edificios son humildes hoteles de la época de Luis XIII y Enrique IV.

El número 46 está al extremo, junto á la calle de Petits-Champs.

Es una casa antigua, de tres pisos, muy altos.

Frente al portal había un cupé.

Cuando Román se halló á veinte pasos del carruaje, retrocedió como si hubiera recibido un balazo en el pecho.

Acababa de conocer al cochero.

¡Era Stripp!

Acercóse más aún, y miró al interior.

No había nadie dentro; Stripp aguardaba á su amo.

XXXII

Era, en efecto, aquel coche el del marqués de Taunay.

Aunque la trágica historia de la princesa le dejó preocupado y hasta le hizo pensar en lo mal que hacía en entregarse á placeres é intrigas tan peligrosas, en vez de contentarse con las tranquilas y legítimas alegrías del hogar, embellecido por la presencia de la angelical y pura víctima que tenía abandonada, Oliverio no se enmendó; antes, por el contrario, desechó esas ideas, como si se tratara de una nube de mosquitos que le estuvieran zumbando en los oídos.

Cuando, al despertarse, vió á Servais que, según costumbre, entraba á arreglar la ha-

bitación, la primer pregunta que le hizo con su habitual aspereza y mordacidad, fué ésta:

—¿Creeis en los dramas de ese verdadero escenario que se llama la alta sociedad, Servais?

El criado sonrió.

No conocía más dramas que los representados en los teatros del Ambigu ó de la Puerta de San Martín.

El marqués insistió:

—¿Pero es que se puede envenenar fácilmente á cualquier individuo de la familia?

—¿Tiene el señor esas intenciones?

—Es un problema que ignoro si tiene fácil solución. Pues bien; ¿y si vos ó yo tuviéramos esa idea?

El criado explicó, con irónica verbosidad, que eso era muy difícil; que en las boticas desconfían mucho... Hizo presente á su amo que se exige la receta firmada de un médico para todo medicamento venenoso; y que por tanto, salvo los facultativos no hay, hoy por hoy, quien pueda matar impunemente á su prójimo, y que al fin y al cabo los químicos encuentran el veneno en el cuerpo de la víctima, aun cuando no exista tal sustancia..., lo cual era un colmo.

Y terminó aconsejando á su señor que si quería suprimir á alguno que recurriera á otros medios, que inventara algo nuevo.

—¡Y aun así—añadió—el negocio es muy escabroso!

El marqués y el criado trataron la cuestión á fondo.

Cuando Oliverio salió de su gabinete tocador, fresco como una gardenia, sus sombrías ideas, y sus remordimientos—poco arraigados desde luego—habían volado como una legión de cuervos, y no estaba lejos de pensar si habría sido juguete de un sueño, y si la princesa le habría contado, á guisa de pasatiempo, una especie de cuento de «Las mil y una noches».

Y le confirmó en esta idea, contribuyendo á disipar las últimas sombras de su espíritu, un sonrisa de la polaca al verle, á eso de las dos de la tarde, en el *boulevard*. El semblante de Wanda no tenía nada de trágico. Estaba muy tranquila. Dirigió á su amado una mirada tiernísima.

Parecía imposible que aquella mujer de semblante tan dulce, llevara sobre su conciencia uno de esos crímenes que llevan al cadalso á los incautos que se dejan prender; pues á más de asesinar á su marido, le robó toda su colosal fortuna.

Oliverio esperaba impaciente á que llegara la noche; pero le fastidiaba representar el papel de un estudiante bajo las ventanas de su hermosa.

Supo evitar ese detalle.

¿No era Felisa su cómplice?

Confiado en esto, puso unas líneas á la modista, rogándola que enviara á Solange antes de las diez á su casa.

La modista tenía sus razones para obedecer en todo y por todo.

Tuvo buen cuidado de hacer á la mucha-

cha algunas recomendaciones acerca de la actitud que debía guardar, consejos supérfluos que Solange escuchó distraída. Ya no era la sencilla y tímida niña de Gué-aux-Biches. La sangre de su madre hervía en sus venas, con toda la fuerza de los veinte años.

La habitación que ocupaba estaba situada en lo alto y en el fondo de la casa: era un piso interior, muy modesto y antiguo.

Sin embargo, el conjunto resultaba agradable, casi elegante.

El mobiliario era también muy sencillo: dos sillones de cretona, color habana, un par de sillas y una mesa; sobre la chimenea, un reloj de mármol negro, que debió costar, á lo sumo, cincuenta francos en algún bazar, y dos candelabros de cobre.

El gabinete tocador, casi tan amplio como el otro aposento, estaba amueblado con cierta coquetería.

Felisa lo había arreglado todo, siguiendo las instrucciones del marqués.

En el instante en que daba permiso á Solange para que se retirase á su casa antes que las demás, le hizo la siguiente recomendación, que de seguro no hubiera halagado al marqués si lo hubiese oído:

—Pensarlo bien, y valor; de esta suerte cambiareis, cuando se os antoje, la humilde casita que habitais, por un magnífico hotel.

Cuando Román Tremor se detuvo á algunos pasos del cupé del señor de Taunay, éste acababa de bajar.

Preguntó al portero:

—¿Señorita Fargeas?

—Piso cuarto, al fondo del corredor, la puerta del centro.

Oliverio se hallaba bastante emocionado.

Llamó.

Solange se apresuró á abrir.

Estaba hermosa, como siempre.

No dijo una palabra. Colocó la lámpara en la mesa, indicó un sillón al marqués para que se sentara, y ella, á su vez, tomó asiento en el otro, cuidando de que la mesa la separara de su visitante.

Tenia puesto el mismo traje con que había ido al taller: un vestido negro muy sencillo, pero no exento de elegancia.

Oliverio la contempló un instante en silencio.

Mil diversos é insaciables deseos se agitaban en su corazón.

Dijérase, al verle, que estaba, no ante su víctima, sino ante su juez.

Hubiera querido tratarla con la familiaridad de otras veces, pero no se atrevía.

La altanera actitud de Solange le imponía respeto.

Al fin, esforzándose por parecer tranquilo, dijo:

—Estamos solos. Quiero explicaros lo que espero de vos. Esta entrevista será decisiva. De ella dependerá vuestro porvenir y el mío.

Ella permaneció impassible, pero sin perder palabra, dura la mirada y presintiendo lo que el otro iba á expresar.

—Ya sé que pretendéis odiarme—continuó

Oliverio.—Sin embargo, no he sido culpable más que de una falta que toda mujer perdona fácilmente. En Chevagnes sentía al veros, que mi sangre bullía con incalculable fuerza. Traté de parecer indiferente, bromista, y de no dar á ese amor, que se iba apoderando de todo mi ser, más importancia que si se tratara de un capricho; pero el instinto me advertía que jugaríais papel muy importante en mi vida. Y así ha sucedido. Desde que París ha acabado de perfeccionaros, no pienso mas que en vos; ¡no puedo apartaros de la imaginación! Es una embriaguez que se ha apoderado de mí, una fiebre que me consume y que nada puede curar. He intentado alejarme; una atracción, una fuerza desconocida me detienen; y me digo al compararos á las demás mujeres, que sois la mujermás deliciosa que el hombre más exigente pueda soñar.

Se interrumpió y fijó una ardiente mirada en el semblante de Solange, que continuaba impassible.

—No sois la muchacha del campo—prosiguió—sino la joven más elegante y graciosa de cuantas he conocido. Orgulloso estoy de esa transformación, que es, en algo, obra mía, y por la cual debíerais estarme agradecida, en vez de tratarme con tanto rigor. ¿Qué érais? Pensadlo bien. ¿Qué podeis ser? Pensadlo mejor aún. Sí, os he ofendido cruelmente, no lo niego. ¡Pero no sabeis, Solange, qué clase de locura, de extravío, se apodera del hombre ante una mujer como vos! ¿No

estoy dispuesto á reparar mi falta? ¿No os he entreabierto ya las puertas de ese paraíso de lujo, de bienestar y de goces, que es el sueño dorado de todas las mujeres hermosas, activas é inteligentes? Si queréis, no habrá otra más admirada, más lujosa, ni más adulada. Pero es necesario para eso que un fanático, un entusiasta, os dé los medios de sostener ese rango, y cubra de oro el marco de vuestra existencia, que os prometo ha de ser muy risueña. Y yo, que os ofrezco esos medios, todo lo ilimitados que se os antoje, no exijo sino una condición.

—¿Cuál?

El marqués se acercó más á la mesa, y bajando la voz añadió:

—La de que abjures de tu estúpido rencor, y no me hables más de tan odioso pasado. ¿A qué recordarlo tanto, cuando no está en nuestra mano borrarlo? Y, después de todo, no puede ser la causa de una felicidad que durará lo que nosotros, si correspondes, un poco siquiera, al amor tan inmenso y tan poderoso que me inspiras, y que se exalta al ver la luz de tus ojos, y al recuerdo de una belleza cuyas perfecciones llevo grabadas en el corazón?

El aguardaba una respuesta. La esperó; pero no vino.

Solange no despegó los labios.

—No me creés—añadió él, herido en su orgullo.—Haces mal. Al decirte que te quiero con pasión, con delirio, digo la verdad. Para que yo, el marqués de Taunay, esté

aquí, á estas horas, en esta pobre casa, suplicando, es preciso que hayas conseguido hacerme perder el juicio. Para mí, no existe en el mundo más mujer que tú; no tengo inconveniente en confesártelo, porque estoy seguro de ganarte, de merecerte; eres la única que deseo, eres mi todo. ¡Las otras, nada!

—¿Ni aún la señora marquesa de Taunay?

—Sin duda; ni aún la marquesa. ¿Es necesario repetirlo? Rochevieuille y Taunay estaban destinados á enlazarse. Los bienes se encuentran unos al lado de otros; los nombres, además, merecen enlazarse; pero el amor no entra en esos cálculos que se imponen y que otros hacen por nosotros.

—¿Ni aun la princesa Cavalli,—añadió Solange.

—¡Un capricho satisfecho! Un pecadillo de la juventud, que hartó me pesa, y cae por su propio peso! ¿Pero á qué me hablas de las demás?—exclamó animándose. Es de ti de quien se trata; es en ti en quien pienso, á ti á quien amo. Reflexiónalo bien. Represento para ti la riqueza, el lujo, el bienestar, los triunfos de la vanidad y la belleza.

—¿Y si yo rehúso?

—Es imposible.

—Suponed, no obstante, que así suceda, y contestadme.

—¡Es imposible!—repitió él con mayor viveza.

—¿Por qué?

Ella parecía tan poco conmovida, que él dudó del éxito.

La indignación subía como la marea, lentamente, á su cerebro.

Y perdiendo la calma, dejó de ser galante, y repuso, brutalmente, dando golpes en la mesa con ambas manos:

—Porque el propio interés hablará más alto que los resentimientos; porque debes tener alguna ambición, si no para tí, para otro en quien debes pensar.

—¿En quién?

—Tienes un hijo.

—¡Ay!

—Un hijo á quien amas...

—Sin duda; ¡en razón á las lágrimas que me ha costado!

—¿Qué importa la causa! Lo esencial es que si yo te retiro mi apoyo, ¿qué le quedará?

—¡Su madre! Por pobre que ella sea, su cariño valdrá más á sus ojos que la protección de un padre que reniega de él.

El era presa de una agitación que no disimulaba.

Solange continuaba inmóvil, mientras él paseaba á lo largo de la habitación; pero no le perdía de vista, ni abandonaba algo que escondía entre los pliegues del cuerpo, sujetándolo con la mano derecha.

—Te engañas—repuso Oliverio con violencia;—es un bien que aventaja á los otros. Tu hijo, cuando sea mayor, dirá otro tanto y te maldecirá si te niegas á hacerte cargo de esas ventajas. Es la riqueza. Sin ella no se consigue nada; pero en cambio, poseyén-

dola, todo se domina y se desafia todo. ¿Qué te he prometido en otra ocasión en Chevagnes? ¿Fué acaso mi nombre? Esto hubiera sido una insensatez. Hay las exigencias del nacimiento, de clase, ante las cuales no hay más remedio que bajar la cabeza. Pero todo lo demás que te he ofrecido, ya sabes que estoy dispuesto á cumplirlo.

Ella se obstinaba en callar.

El entonces se trocó en una fiera.

—¿De manera que no hay medio de convencerte?—exclamó.

—Ninguno.

—Sabes lo que he hecho y lo que quisiera hacer en tu favor. Decide tú misma lo que ha de ser de tí. Contesta.

—Pues bien, no quiero esos favores de que hablais; desprecio cuantos bienes me ofrecéis. Seré sincera, puesto que vos también lo sois; franca, puesto que lo exigís. Si hasta ahora he aceptado vuestros socorros, es porque no he tenido más remedio. Sin dinero, sin amigos, sin tener siquiera un oficio con qué ganar, no para mi vida, que nada importa, sino para la de esa criaturita, á quien no podía abandonar; sin tener tampoco el recurso de colocarme como sirviente, puesto que hubiera sido vergonzosamente echada de la casa, á causa de mi estado, me he visto obligada á soportar vuestros beneficios, que no puedo agradecer. ¡No me compensan el mal que me habeis causado! Por lo tanto, como no quiero nada vuestro, os restituiré la cantidad que hayais gastado en mí, aun cuando

para lograrlo tuviera que venderme en este París, cuyos vicios, gracias á vos, comienzo á comprender. ¿Queríais una respuesta? Ya os la he dado.

Oliverio trató de sonreír.

—¿Quiere decir, que me detestas?

—Sí.

—¡Es extraño!— exclamó él con cierta ironía.

—¿Eso creéis?— replicó ella animándose á su vez.—Yo vivía dichosa, entre mi novio, á quien adoraba, no lo dudeis, y mis padres, que cifraban en mí toda su alegría, su único cariño, ¡he de rendirme á esas deshonrosas tentaciones! No, no trateis de corromperme con vuestro oro, porque será inútil. No pienso más que en la choza donde pasé mi infancia y los primeros años de la juventud. Cuando me sorprendisteis, yo era una inocente y no sabía lo que era el mundo ni que existieran tantas infamias. Teníais á vuestro favor el prestigio del nombre, de la autoridad, ¡puesto que es preciso decirlo! Temblaba al veros, y no me atrevía á excitar un enojo cuyas consecuencias temí que pudieran perjudicar á mi padre y privarle del mezquino empleo que tiene y que necesita para vivir; ¡los pobres tienen tanto que sufrir! A pesar de todo, me defendí como pude; quería también conservar me pura para el hombre á quien amaba y á quien, desde lo íntimo del alma, estaba prometida, ¡el cual me esperaba para hacerme su esposa, y me trataba con el respeto que merece la mujer verdaderamente amada!...

¡y que había de llevar su nombre!... Pero vos, ciego por no sé qué pasión egoísta y feróz, violentásteis la puerta de mi casa, como un ladrón, y abusando de vuestra fuerza, ahogándome, dejándome medio muerta, os apoderásteis de mí; ¡y por un minuto de salvaje sensación, habéis destrozado mi existencia, agotado mis esperanzas, las de mis padres; reducido á la desesperación á mi prometido, y habéisme obligado, para ocultar mi deshonor, á dejar todo lo que amaba; y aquí estoy, nada más que por causa vuestra, en este París, centro de todas las infamias! ¿Y creéis que con decirme:—Os amo; os tomé y me perteneceis; pero esta vez ha de ser de buen grado—he de caer, loca de pasión, en vuestros brazos? ¡No, señor marqués, no! Ni en Chevagnes me entregué, ni en París me venderé.

Se puso de pié. Estaba nerviosa; con el semblante pálido y la mirada brillante; era un cuadro.

Oliverio enloquecía; la halló más hermosa que nunca, adelantó unos pasos y extendió los brazos.

Ella retrocedió y sacó en seguida un puñalito que guardaba en el pecho.

—Si os acercáis—le dijo—os mato.

Su fisonomía expresaba tan firme resolución, que él se detuvo, lívido de rabia.

—¡Eso es ya demasiado!—exclamó Oliverio.—Vergüenza me dá rebajarme así ante tí. ¿Qué fatalidad te ha colocado en mi camino, y por qué indigna debilidad te habré de-

jado tomar tanto imperio sobre mí? Confío, después de todo, en que me será fácil poner remedio á esto. Me bastará con querer.

Ella estaba cruzada de brazos, pero sin dejar el puñalito, cuya brillante hoja destacaba sobre el fondo negro del cuerpo del vestido.

El marqués titubeó un instante. Se sonrojaba de lo que tenía que decir aún. Sin embargo, lo dijo.

—¿Persistes en tu odio?

—Sí.

—Quedas libre. Piénsalo bien antes. A partir de este instante no habrá nada de común entre nosotros. Me haré cuenta que no te he conocido.

—¿Lo cual quiere decir que debo cuidar de mi existencia?

—Tú lo has querido.

—¿Y ese niño?

—Ya sabes cuáles son mis condiciones.

—Está bien.

Solange no añadió mas palabra.

Pero como el marqués no se apresurase á salir, le dijo:

—Adios, caballero.

Oliverio se volvió, y con acento más dulce, repuso:

—¿Solange!

—¿Hay más?

—Te forjas ilusiones respecto de la vida que te aguarda. Vas á encontrarte sola, sin recursos...

—¿Qué os importa?

El sacó del bolsillo una cartera, y cuando la iba abrir, díjole ella:

—Guardad vuestras limosnas. No las quiero. Viviré de mi trabajo.

—Ese trabajo supone la miseria.

—La soportaré. Adios.

—Adios, pues.

Salió bruscamente. Solange cerró la puerta y echó el cerrojo.

Poco despues oyó que el carruaje se alejaba.

El señor de Tainay separóse de Solange sumamente irritado por su obstinación y decidido á no volverla á ver.

Se hizo llevar á uno de los principales círculos, en donde se jugaba en grande durante toda la noche. Talló para aturdirse y arriesgó enormes sumas. La suerte, verdadera diosa de los naipes, siempre que los *griegos* no intervienen, le favoreció. Estaba de vena y ganó cuanto quiso y cuanto no quiso, pues lo mismo las ganancias que las pérdidas le eran indiferentes. No pensaba sino en Solange, y por primera vez en su vida sentía desarrollarse en su espíritu una verdadera tempestad de amor y de ira; ambas pasiones estallaban con igual violencia.

Al amanecer estaba aún lívido de cansancio frente al tapete verde y ante un monton de monedas de oro, de fichas y billetes del Banco, que los criados y *croupiers* contaban, mientras él seguía jugando con la indiferencia del millonario, para quien la Fortuna no tiene mas que sonrisas.

Había allí dinero para adquirir un dominio: él hubiera dado aquello y mucho más por estar una hora al lado de Solange.

No veía mas que á ella, y le parecía que su imagen, hermosa y amenazadora á la vez, le decía: «¡No podrás olvidarme! Desgraciada por tu causa, he de hacerte sufrir, centuplicadas, mis torturas.»

Tenía el aspecto de un alucinado.

Un criado, que advirtió su preocupación, le dijo respetuosamente:

— ¿Quiere el señor marqués que le acompañe?

— ¿Por qué?

— Por los ladrones...

Oliverio se negó, guardó de cualquier modo en diferentes bolsillos todo el dinero, tomó un coche del círculo, entró luego en su casa y llegó á su aposento como si fuera un malhechor, penetrando por una puerta interior, cuya llave tenía. No logró dormir tranquilo, ni pudo apartar de sí la imagen de Solange, bella como nunca, y como nunca también indignada y despreciativa.

Román Tremor no podía dormir tampoco.

La depravación de Solange resultaba indudable.

No cabía duda que era la querida del marqués.

Se puede ser crédulo, pero no ciego.

La indignación, la rabia, se apoderaron de él.

Paseó lo menos diez veces de un extremo á otro de la calle de Sourdiere, sin perder de

vista el carruaje de Taunay, procurando que el cochero no le conociera, é iba iracundo, avergonzado, desesperado, celoso; aguardaba á que el otro saliera para subir él entonces á casa de Solange, arrojarse sobre ella, matarla y matarse después.

Felizmente, transcurrió bastante tiempo sin que Oliverio saliera.

El inmenso reloj de la iglesia de San Roque dió las once y luego la media.

El marqués de Taunay no salía.

Iban á dar las doce cuando al fin apareció.

Román, oculto en la esquina de la calle, acechaba que partiera; Strip había permanecido en el pescante dos horas enteras, impasible, cual el destino.

La berlina pasó como un relámpago cerca del desgraciado Román; éste, amenazando con el puño cerrado al que iba dentro del carruaje, parecía loco.

Luego, variando de idea, decidió ir á su propia casa, jurándose, como el otro, no volver á ver á aquella mujer, muerta ya para él.

¡Pertenece al señor de Taunay! Aquella violencia de que ella habia hablado en la fragua, la noche aquella en que la escuchaba sin ser visto, no fué más que una invención, una excusa. Y el cariño que decía sentir por él, mentira. ¡Oh, las mujeres! Su hermano Juan tenía razón. ¡No merecen el amor de un hombre digno!

Cuando entró en su habitación, se halló con que Bricchet habia colocado su cama junto á la de Juan.

Este dormía á pierna suelta desde que se acostó, y ya hacía cuatro horas de esto.

Román le miró con envidia.

—¡Feliz él!—pensó.

Y después de comparar los tiempos felices del Priorato, con los amargos días que estaba pasando en París; después de maldecir mil y mil veces á aquella ingrata mujer y de proponerse volver al lado de su padre y hasta casarse con la que primero encontrara, decidió escribir á Solange:

«Comprendo al fin por qué estais escondida. Teneis miedo de que se sepa qué clase de vida llevais. He sufrido mucho. No podeis adivinar cuántas angustias he pasado antes de saber algo de vos y dónde vivíais.

»Desde vuestra fuga no he tenido otro afán. A fuerza de indagar, logré descubrir vuestro escondite. ¿A qué mentir? Sentí una inmensa alegría al pensar que iba á veros. ¡Ojalá hubiera seguido ignorando el camino para llegar á vos!

»Pero quizá mi ángel bueno me llevó, á fin de curarme de un amor tan imbécil. ¡Era una demencia! Yo no vivía sino para pensar en vos; érais para mí antes que mi padre y mi hermano, y ¡vergüenza me da decirlo, que la memoria de mi madre. ¿Y qué he logrado ver? ¡Que él estaba allí, á vuestro lado, ¡él! ese miserable que os ha perdido, el hombre á quien debo las torturas que me agobian! Fui tonto y creí que todo sucedió por la violencia.

»La noche en que fuísteis á despediros de la Simona, os escuché, escondido junto á la ventana de la fragua. Os ví llegar, y me quedé allí, atraído por la locura del amor que me dominaba. Cualquiera hubiese tenido la misma fe que yo tuve en vuestro lastimero acento, en vuestras lágrimas. ¡Acento engañoso, lágrimas que mentían, como miente vuestro dulce y virginal semblante! Esta noche he visto... Todo lo sé.

»Adiós, Solange, mujer perdida, ¡mujer que se vende! Quiero romper tu retrato en mil pedazos; ¡ese retrato que fué una reliquia para mí! Quizá te amo aún; no lo sé, pero quiero aturdirme, arrancarte de este corazón tan cobarde y arrojarte muy lejos de él. Adiós.

»ROMÁN TREMOR.»

Después de escrita la carta quedó sumido en la mayor desesperación.

—¿Qué haces?—preguntó Juan, que se había despertado.

—Pero...

—¿No duermes?

Román no acertaba á contestar.

Procuró esconder el retrato de Solange.

—No lo escondas—dijo Juan;—desde hace rato te estoy observando. Vas á volverte loco. Te lo repito: cástate con ella.

—¡Jamás!—contestó categóricamente Román.

—Pues entonces con otra.

—Ya veremos.

Juan Tremor no estaba convencido. Hacía bien en dudar.

En cuanto fué de día, Román guardó la carta en el sobre, puso las señas y salió.

A las seis, y cuando el portero de casa de Solange abrió el portal, se presentó un hombre con una carta en la mano.

—Para la señorita de Fargeas—dijo.—Es urgente. Subidla antes de que salga.

Y entregó al buen hombre la correspondiente propina.

—¿Qué significan estas visitas?—pensó el portero.

Y se apresuró á subir los cuatro pisos y á llamar en el que habitaba Solange.

—Señorita—le dijo,—vengo á traeros una carta y vengo también á advertiros...

—¿Qué, señor Lorenzo?

—Que quien la traído, y debe ser el mismo que la ha escrito, no me ha parecido en su cabal juicio.

Ella palideció al ver la letra del sobre.

—¡Román!—dijo para sí.

Y volviéndose al portero,—repuso:

—Gracias, señor Lorenzo.

Solange leyó sin demora la carta de Román.

Se contuvo delante del portero; pero en cuanto se halló sola, no pudo más, y dejándose caer en una silla, se entregó á la mayor desesperación.

—¡Yo mujer perdida,...! ¡mujer que se vende...!—exclamaba.

No lloró, sin embargo.

Estaba habituada al sufrimiento; á las humillaciones. Pero aquella era mayor que todas.

Si no quería ver á Román, si le ocultó donde vivía, era porque tenía miedo de hallarse frente al hombre que no podía olvidar, y desfallecer; lo cual equivaldría á renunciar al plan que, confusamente aún, se había trazado; á la venganza, llamémosla así, con que soñaba y para cuyo cumplimiento necesitaba de todo su valor.

¡Y Román la insultaba, como Taunay! Y se veía ahora condenada á tener que soportar tales insultos que no podía ni quería contestar.

Era demasiado para sus fuerzas.

La lucha contra el marqués no importaba; ¡pero con el otro era imposible!

Guardó la carta en un cajón, junto á varios objetos que guardaba cuidadosamente; se puso otro vestido á toda prisa y se dirigió presurosa á la calle de la Paz.

Una vez allí, fué en busca de Juliana, que estaba tomando el desayuno tranquilamente en la cocina, y le dijo:

—¿La señora está ahí?

—Debe estar durmiendo aún.

—Voy á enterarme.

Juliana sospechó, no sin razón, que algo importante sucedía.

Solange, como Román, también parecía demente.

Felisa estaba ya despierta. Y al ver á Solange, se incorporó en el lecho, ávida de escuchar noticias que juzgaba interesantes.

—¿Vos aquí, Solange?

—Sí, señora.

—¿Tan temprano?

—Vengo á deciros adiós,—dijo muy deprisa.

Felisa no podía creer que aquello pudiera ser cierto. Solange representaba para ella una importante suma. Y no quería perderla.

Pero es preciso hacer justicia á la modista; amaba algo á su discípula; pero esto no es decir que no estimara más sus propios intereses.

—¿Cómo! ¿Me abandonais?

—Es preciso.

—¿Y por qué es preciso, niña mia?

—Porque median dos hombres á quienes no quiero volver á ver.

—¿El marqués?

—Desde luego.

—¿Y el otro?

Solange se mordió los labios.

—El otro—dijo—es Román Tremor. Ignoro cómo se las ha arreglado para saber mis señas.

—¿Le habeis visto?—preguntó Felisa con viveza.

—No, señora...

—Entonces...

—Me ha escrito.

La modista respiró. Tenía bastante experiencia del corazón para dejar de temer que Román y Solange se vieran; y Solange le había hecho las suficientes confianzas para poder apreciar todo el valor que la pobre

muchacha necesitaría si quería tener lejos de sí á Román Tremor, comprendiendo que un momento de debilidad lo echaría todo á perder, puesto que ambos se amaban lo bastante para olvidarlo todo.

—¿Y cómo no os ha hablado?

Solange refirió lo sucedido: la visita del marqués, sus amenazas, sus ofrecimientos y la indignación de Román.

Y concluyó diciendo:

—Quiero desaparecer, vivir solamente de mi trabajo y no volver á ver al uno ni al otro; al marqués porque lo odio, á Román...

—Por lo contrario—se apresuró á decir Felisa.

Solange no contestó.

Felisa reflexionó. Después de todo, la resolución de la muchacha secundaba á maravilla sus proyectos. La desaparición de Solange serviría para aguijonear la pasión del marqués. Además, alejada de Román Tremor, había un peligro menos, y el más importante. Y, en fin, Solange, hasta entonces, había sido relativamente feliz, puesto que no careció de nada; esto quizá la hiciera más inflexible. Mientras que ahora iba á sufrir verdaderas privaciones, y ya sabemos que el hambre es mala consejera...

Como un experto general en pleno campo de batalla, Felisa estudió la situación de una sola ojeada y resolvió en seguida.

—Teneis razón—contestó.—No me atrevo á deteneros. Reconozco que el marqués no se porta como un caballero. Su proceder es in-

digno. Sin embargo, teneis que defender los intereses de vuestro hijo. Es preciso pensar en él. Las circunstancias os harán ver claro más adelante. El marqués no se ha de considerar vencido. Volverá. En fin, por lo pronto, hay que pensar ante todo en vivir. ¿Dónde ireis?

—¡A la ventura! ¡Donde Dios quiera!

—No confiéis demasiado. ¿Tenéis dinero?

—Lo sabeis también como yo. Nada más que unos cuantos luises.

—¿Y colocación?

—Ninguna. Mas no desespero de hallarla.

—Eso es muy inseguro. No abundan tanto como parece. Por fortuna, estoy yo aquí. Supongo que os inspiró la suficiente confianza para ser oída.

—No lo dudeis.

—Felisa saltó del lecho, se calzó unas babuchas turcas, púsose una magnífica bata, y, sentada frente á la mesa-escritorio, escribió unas cuantas líneas.

Luego entregando la esquelita á Solange, le dijo:

—Tomad; no teneis más que presentaros con esta carta á las hermanas Vernon, calle de Auber.

—¿Las modistas?

—Sí, las que se dedican á trajes y abrigos.

—No entiendo de hacer abrigos.

—¡Tonta! Os dedicarán á *maniqué*. Una confección cualquiera en vuestro cuerpo, aumentará de precio. No sé qué sueldo os señalarán. De fijo no será mucho. Pero mas vale algo que nada.

—La calle de Auber está cerca de aquí.

—Razón de más para que no vayan á buscaros. Alquilais una reducida habitación en los alrededores, y dejais en seguida la que teneis ahora. Debeis tratar al marqués con el mayor desprecio, y ya veremos... El arte está en hilar muy delgado. ¿Me habeis entendido?

—Sí, señora.

—Y de todo esto que hemos hablado, cuidado con decir ni una palabra á nadie, ni á Juliana. Es prudente desconfiar de todo el mundo. Si os hace falta algo, decídmelo. Y ahora no os detengais. Llevaos todos vuestros vestidos. Ponéos los más elegantes, como si fuerais millonaria, y vivid tranquila. No os faltará, del cielo ó de otra parte, la protección que mereceis. ¡Ah! se me olvidaba. Sentaos aquí. Escribid. Dicto:

«Perseguida por el señor de Taunay, he decidido salir de Paris. Quiero que se ignore dónde estoy. Viviré como pueda. No olvido vuestras bondades, á las cuales confío poder corresponder algún dia. Adios.

»SOLANGE.»

—Está bien. Id lo menos posible á Cormeilles. Os vigilarán, de seguro. Eso al menos es lo indicado. Valor; unas semanas más y todo se arreglará.

Solange deseaba verse lejos.

Bajó precipitadamente la escalera.

La modista quedó preocupada y exclamó para sí:

— ¡Quién sabe si todo se arreglará! Ese Tremor me tiene intranquila. Y el marqués puede variar de idea. Todavía es tiempo. Veré á Valentina.

Valentina era la mayor de las hermanas Vernon, un *ejemplar* digno de estudio para cualquier naturalista.

Juliana entró en aquel momento.

— ¿La señora ha visto á Solange?

— Sí, y se me figura que no volverá.

Juliana tembló, pensando en su conquista del día anterior.

¿Habría hecho las paces con Solange?

Pero la maestra no estaba dispuesta á hablar, y no era prudente molestarla en sus momentos de mal humor.

Y quiere decir que si aquella no selo refería todo, recurriría al medio de escuchar por detrás de la puerta, cuando fuera el marqués.

Juliana no se ahogaba en poca agua.

Cuando Solange se vió en la calle, respiró con más gusto, pareciéndole que acababa de recobrar su libertad.

El presente estaba medio asegurado; esto era lo importante. ¿Cuál sería el porvenir?

Empaquetó sus trajes y ropa blanca y llamó al portero para que la ayudara á bajarlos.

El buen hombre se mostró muy pesaroso por la marcha de Solange.

Pero ella le aseguró que no era para siempre, sino por una temporada.

No se llevó nada del mobiliario.

Mientras el portero iba á buscar un carruaje, entró un caballero.

Era Souvray.

Solange sintió verdadera alegría al verlo.

Tenia un amigo leal en él.

No era la primera vez que Souvray iba á ver á Solange. La visitaba con frecuencia y hasta solía pasear con ella.

Eran muy buenos amigos.

Solange estaba por él al corriente de la vida de Román. El conde la hablaba, aunque discretamente, de la marquesa, de lo buena y noble que era. Roberto procuraba dar valor y buenos consejos á Solange. Ella, ménos sincera, le ocultaba parte de la verdad, sobre todo, las indicaciones de su maestra, indicaciones que respondían á su deseo de venganza, á su secreta ambición, removiéndola hiel que guardaba en el alma.

En el corazón de toda mujer hay siempre algo que ella no revela ni á su mejor amigo.

— ¿Qué sucede?—le preguntó el conde.

Ella le enseñó la carta de Román.

— ¿Entonces ha venido?—dijo él después de leerla.

— ¿Quién?... ¿Taunay?

— Sí, Oliverio.

— ¡Vino, efectivamente!

— ¿Te sigue persiguiendo?

— Siempre.

— ¿Qué te propone?

— Todo lo que yo quiera.

— ¡Miserable! Pero... ¿tú no aceptas?..

—No, puesto que huyo de él.

—¿Y Román?

—No quiero ni el amor del uno, ni las acusaciones del otro.

—¿Qué quieres, entonces?

—Estar sola, y vivir libremente, trabajando.

—¿Dónde vas?

—Lo ignoro.

—No es posible que vayas á la ventura.

Ella refirió que esperaba hallar una humilde colocación, y que tomaría habitación donde pudiera, esperando hallar algo fijo y ventajoso en cualquier parte.

—¿Quieres que yo me encargue de eso?— preguntó él.

—¿Vos?...

—¿No soy tu amigo? Esta noche quedará listo lo de tu domicilio.

Ella le dió las señas de las hermanas Vernón.

El conde habitaba en el boulevard Hausmann un entresuelo que hacía esquina á la calle Charras.

Estaba á dos pasos de allí.

El portero colocó el ligero equipaje de su inquilina en el coche.

El conde subió en él con Solange y la dejó en la puerta de las hermanas Vernón.

Dos horas después halló una espaciosa habitación desalquilada en un quinto piso, al otro extremo de la calle de Provence, esquina á la de Charras.

La alquiló en seguida para su paisana, y

á la noche, cuando ella salía del taller, donde la admitieron sin dificultad alguna, le entregó la llave de la vivienda, amueblada durante la tarde, con sencilla coquetería.

—Ya me pagarás lo que he gastado— díjole él con su bondad algo brusca,—cuando llegues á ser la dueña de un gran establecimiento. Puedes estar tranquila. No subiré á tu casa sino cuando me llames. No soy capaz de abusar de los favores que hago.

Estaba convencido de que su protegida iba á ser causa de una catástrofe.

XXXIII

Los cálculos de Felisa iban á realizarse en parte aquel mismo día. Tuvo sus razones para alejar de allí á Solange, sin pérdida de tiempo, á fin de que el marqués no la viera ni en la calle de Sourdiere ni en la de la Paz, en cuanto se apaciguara su ira.

Contaba conque Oliverio le haría una visita, y no se engañó.

A las dos en punto se detuvo una victoria en casa de la modista.

Esta se mantuvo á la defensiva.

Cuando Juliana anunció al marqués de Taunay, Felisa sonrió despreciativamente.

—¡Qué hombres! ¡Todos son iguales!

Se dió aires de muy contrariada, y le culpó con bastante violencia.

—¡Os habeis lucido! ¡Que sea enhorabuena, querido! Debeis presumir de que nadie os gana en torpeza.

—¿Cómo?

—Habeis espantado el pájaro, y ahora pregunto, ¿por dónde podré encontrarlo?

—¿Qué ha sucedido?

—No os hagais de nuevas.

—Os juro...

—Leed.

Y le entregó la categórica esquelita que ella dictó á Solange.

El marqués experimentó verdadera contrariedad, que no pasó inadvertida á Felisa, pero se dominó en seguida.

—Es imposible que ignoreis lo que ha sido de ella— dijo él.

—Pues lo ignoro. Recibi estas líneas á las ocho. Envié en seguida á su casa. ¡Nada! Acababa de irse.

—Ya se la encontrará.

—¿Creeis que eso es fácil! ¡Y quién sabe— añadió la modista maliciosamente— si se habrá ido sola!

Taunay palideció. Estaba indignado con cuanto sucedía; pero, sobre todo, consigo mismo, pues no se perdonaba lo que sentia por aquella mujer, y verse sometido á tantas humillaciones. ¡El, tan orgulloso!

—Pues bien— dijo reponiendose;— si ha desaparecido, que sea en buen hora. ¡Puedo vivir muy bien sin ella!

—Es el partido más prudente que podriais tomar, pero no lo seguireis.

—Os doy mi palabra.

—Para no cumplirla.

—Seré un cobarde, si me retracto.

—Ante una mujer, no hay hombre valiente.

—Mucho nos despreciais.

—Ya lo creo.

Tomó el sombrero y se preparó á salir.

—Adios, pues— dijo.

Pero no se iba.

—Ya lo veis— repuso Felisa;— no sabeis irros de aquí porque se habla de ella. ¿Qué sería si estuviera presente?

El se acercó.

—Vamos, explicaos— dijo.— Decidme qué pensais de esto.

—¿Todo? No. En parte, porque soy amiga vuestra.

—Vamos...

—Pues pienso que habeis caido en las redes del amor. No quiero hacer de sibila. Pero considero que por más esfuerzos que hagais para olvidarlo, no os servirán de nada. Cuando hay sed es preciso beber. El orgullo os sostendrá unos quince días, hasta seis semanas quizá. Pero en seguida bullirá en vuestra mente, con más fuerza que nunca, el recuerdo de Solange. Poco á poco llegareis de nuevo á humillares y á las mayores bajezas. La cubrireis de oro, si ella quiere. Le ofrecereis vuestro nombre, si lo exige. ¿Qué quereis? Yo sé lo que me digo. ¡Cuántas he visto que distan mucho de valer lo que ella, y han arruinado y envilecido por completo á muchos hijos de familia, que han sido todo lo estúpidos que debían ser para creer en ellas. Solange no arruinará á nadie. Es muy desin-

teresada, pero por su causa habrá quien cometa más atrocidades que esas...

—¿Qué?

—Puede ser que hasta crímenes.

Y añadió descaradamente:

—Y no os asombreis, puesto que ya habeis cometido uno.

Oliverio, encolerizado, exclamó:

—¡Sois diabólica!

—¡Porque hablo claro y digo la verdad!

—Desde luego hay un obstáculo.

—¿Cuál?

—La marquesa.

—¡Oh! Su salud no puede ser más delicada. La duración de ese impedimento no será muy larga; y la belleza de Solange es sol naciente... ¡Qué años de placer os esperan!

El se estremeció.

La modista hacía el mismo cálculo que la princesa.

—Sois el demonio—repitió él.—Vos, que tan mala idea teneis de los hombres, despreciadme á mí tambien como al último de ellos si doy un paso para ver de nuevo á esa muchacha. Que caiga en el fango ó que se eleve hasta las nubes, nada me importará.

—¡Vos, no ververla á ver! ¡Vamos! Después de todo, eso sería menos innoble que abandonarla.

—Ella lo ha querido. Adiós.

—No; hasta la vista.

Oliverio apenas dió la mano á Felisa. Se fué.

Cuando atravesaba el gran salón, oyó que ella le decia:

—Nadie diga de este agua no beberé.

Al subir al carruaje ordenó al cochero, que era el de siempre, Stripp:

—Hotel Cavalli.

Aquella noche, la hermosa polaca pudo forjarse la ilusión de que Oliverio la adoraba.

XXXIV

Las ironías de Felisa produjeron el efecto apetecido en el orgulloso marqués de Taunay, que sentia lastimado lo que él entendia por amor propio.

Se obstinaba en creer que su antigua amante se equivocaba.

Se juró olvidar á Solange.

Esperó que contribuiría poderosamente á ello la temporada de verano, es decir, el cambio de población, de aires; la ausencia, en fin.

Y estuvo en Dieppe y en Déauville, no sólo con su mujer, sino con la princesa, los Montalembert y otros amigos.

En Oise adquirió la polaca una magnífica propiedad, el castillo de Tavering, situado á dos leguas del de Taunay.

La casa de la princesa fué el punto de reunión de cuantos elegantes habia en los alrededores de Senlis.

La extranjera dió espléndidas fiestas, y puede decirse que casi todos los días orga-

nizaba, un baile, un banquete, una expedición ó partidas de caza.

La marquesa de Tannay no asistió á ninguna de esas fiestas.

La ruptura del matrimonio era completa.

Sin explicaciones ni quejas, Elena se encerró en sus habitaciones, y pasaba la vida entre su desconsolada y antigua sirvienta Eugenia y su primo el conde de Souvray, cuyas visitas no eran ni frecuentes ni largas.

El verano trascurrió en medio de alegrías para los unos y sufrimientos para los otros.

La hermosa Wanda ya no dudaba del amor de Oiveriö.

No se ha visto esposa más cínicamente sacrificada, ni querida más atendida.

La inmensa fortuna de ambos culpables les salvaba de que todo el mundo les despreciara.

Luisa de Montalambert, introducida en el círculo de la princesa, disfrutando de sus fiestas á más y mejor, no aprobaba el retraimiento de su amiga Elena.

Esta se hallaba cada vez más delicada de salud.

Su único consuelo, que era hablar con Roberto, desaparecía también.

Él se ausentó.

Recibió, cuando ménos lo esperaba, una carta de París, en la que él le decía que su hermano estaba enfermo y le llamaba á su lado.

La carta acusaba una tristeza mortal.

Concluía así:

«Os llevo en mi corazón.»

La pobre Elena dejó caer la cabeza sobre el pecho y lloró.

¡Se había quedado sola!

Llegó el otoño, y cuando terminaba, seguía Tannay sin haber intentado siquiera ver á Solange y sin saber nada de ella.

Y tal indiferencia demostraba, que hasta Felisa, á pesar de su claro talento, creyó en aquel desvío.

Y, sin embargo, ni el marques, ni Román Tremor habían podido olvidar un solo instante á Solange.

A mediados de diciembre, después de haber luchado largo tiempo, se declaró vencido, abandonó de una vez el castillo de Tannay y volvió á París.

XXXV

Las hermanas Vernon, Valentina y Juana, son inmejorables modistas.

Su taller, situado en la calle Auber, es tan célebre como el de Virot, Turée y Felisa.

Las Vernon estaban muy obligadas á la maestra de Solange, y no podían rehusarle nada.

Así es que la muchacha obtuvo la mejor acogida; pero es seguro, que á no ser por tan poderosa recomendación, no hubiera sido admitida.

En cuanto entró en el gabinete de la hermana mayor, Valentina, robusta solterona de

unos cuarenta años, y escesivamente gruesa, se fijó atentamente en Solange; y, claro está, le pareció muy bien.

Leyó después la cartita de su amiga, y dirigiéndose á Solange, dijo:

—¿Hace mucho tiempo que estais en casa de Felisa?

—Dieciocho meses.

—¿Y ántes?

—En mi pueblo.

—¿Cuál es vuestro pueblo? ¿Batignolles? Solange se sonrió.

—No, señora; Morvan.

La célebre costurera no estaba muy fuerte en geografía.

—¿Habeis dicho?

—Morvan, junto á Chateau-Chinon?

—Si todas las mujeres de allí son como vos, Morvan es el centro de la belleza. ¿Y qué deseabais?..

—Entrar en vuestra casa.

—Entrareis para la venta; puesto que si no entendéis de abrigos, se os dedicará á *mániqué*... Ya trataremos de enseñaros.

¿Cuánto quereis ganar?

—No sé.

—No debeis ser exigente.

—Sin duda...

—Se trata de un verdadero aprendizaje. Y en estricta justicia, vos sois quien debiera pagarnos á nosotras.

Solange se estremeció. Si no ganaba nada, ¿de qué viviría?; y sobre todo, ¿cómo pagar la crianza de su hijo? La nodriza de Cormei-

lles no era mala, pero sí interesada; y además necesitaba de aquellos cuarenta francos mensuales.

Esperó ansiosa la decisión de la modista; ¿de ella dependía ahora su destino!

—Escuchad, hija mía,—repuso Valentina;—por pura bondad de mi parte, os admito sin consultar con mi hermana, que no se ocupa de esos detalles, y os señalo cincuenta francos mensuales... y la comida. Los domingos no se trabaja.

Solange se quedó helada.

Valentina lo notó y repuso:

—No os asustéis. Eso es para empezar. Es cuestión de unos meses. Cuando ya esteis al corriente de todo, no os faltará nada; se os irá aumentando el sueldo según vuestros méritos. ¿Qué decidís?

—Acepto.

—¿Cuándo quereis entrar?

—Si es posible, ahora mismo.

—Bien. Os recomiendo el mayor esmero en el vestir. Mucha cortesía con las clientes; pero sobre todo con los clientes..., y no dejéis tampoco de ser amable con los comisionistas que vienen á hacer sus compras y representan grandes ganancias para la casa. ¿Me habeis comprendido?

¿Todo ese lujo con cincuenta francos al mes!

Así es que con voz muy débil, contestó:

—Sí, señora.

Valentina llamó á una de las primeras oficiales, y le dijo:

—Encargaos de esta señorita. Tenedla á vuestro lado, é indicadle cuál es su obligación.

De este modo entró Solange en casa de las modistas de la rue Auber.

Esta casa ya hemos dicho que era muy importante; pero no era sólo con los trajes y abrigos con lo que se comerciaba allí... Las tales hermanas no eran muy escrupulosas en la elección de los negocios. Con tal de que fueran productivos, todos les parecían buenos.

Valentina, de una sola ojeada, apreció las cualidades de Solange, cuya belleza juzgó que podría ser una mina para la casa...

La Vernon ignoraba la historia de Solange. Y, enviada por Felisa, no veía en aquella muchacha mas que una de tantas, dispuestas, á la fuerza unas y por su voluntad otras, á ganar dinero.

Solange, al principio, no fué iniciada en tan repugnantes detalles.

Trabajó á conciencia, levantábase temprano, acostábase tarde, de noche se dedicaba á arreglar sus trajes, y por la mañana era la primera que llegaba al taller, siempre dulce, siempre sumisa, y afable siempre con todo el mundo.

Cuando se veía sola en su casita, sin tener á quien confiar todos sus pensamientos, sentíase desfallecer, sobre todo cuando pensaba en el porvenir.

Pasados los primeros meses, ya no le quedaba ni uno solo de los pocos lises que tenía cuando salió de casa de Felisa. Y experimen-

tó, ¡desgraciada!, la vergonzosa tortura de toda mujer digna é independiente, cuando ve que no cuenta con una cantidad que, por pequeña que sea, represente para ella honrosa libertad por unos días siquiera.

Verdad es que los medios de enriquecerse no le faltaban; pero no los admitía ni por asomo.

Al cabo de algunas semanas, su belleza se hizo célebre entre los comisionistas. Todos se la disputaban. No comprendió al principio los ofrecimientos con que la asediaban, y que rehusaba con triste bondad; pero una noche que accedió á ir al teatro con una de las oficiales, aquella á quien la confió Valentina, la señora Picot, en unión de compradores de alto vuelo, tuvo forzosamente que ver claro.

Y decidió abandonar el palco á mitad del acto segundo; iba avergonzada, indignada. Así es que al día siguiente volvió con terror al establecimiento de modas.

Con gran sorpresa suya, no la hicieron ni la menor reconvención.

Era evidente que la Picot habría hablado. Por esto la robusta Valentina miró á Solange de manera que ésta comprendiera que no ignoraba la escena de la noche anterior, ni aprobaba ese exceso de virtud, que además no comprendía.

Algunos días después, á raíz de una visita de Felisa, que le preguntó como de pasada: ¿Qué hay de nuevo? Valentina la llamó, é hizo pasar á su gabinete.

Solange iba temblando.

—Señorita,—le dijo categóricamente Valentina—no servís para esto. No podeis seguir aquí. Pasad á la caja.

Ella obedeció aterrada.

En la calle se cruzó con Souvray, que partía para Nievre y que la saludó amistosamente.

No se atrevió á confesarle su desastre.

Entró desolada en su casa.

Felisa había contribuido á su desgracia.

Las hermanas Vernon no estaban descontentas de aquella oficiala tan hermosa, y hubieran sido indulgentes con ella.

Pero Felisa estaba furiosa. Sus cálculos caían por tierra; le horrorizaba la sola idea de perder la respetable suma que el marqués la tenía ofrecida.

En efecto, Taunay parecía renunciar á conquista tan difícil.

Apenas iba á ver á su antigua querida; y si la visitaba, era para hablar de cosas indiferentes; nunca de Solange.

Un día se atrevió Felisa á hacer alguna alusión, pero él no se dignó entenderla.

Empezó entonces á hacer los mayores elogios de la polaca.

Felisa se consideraba vejada; pero no desfallecía aún. Quiso probar hasta dónde llegaba la resistencia de Solange al verse en la miseria.

Y no contenta con ser causa de que la pobre cilla fuera despedida del establecimiento de las Vernon, le escribió una esquila muy melosa para demostrarle que había hecho

mal en dejar el puesto que tenía, que al fin hubiera sido excelente; pero no le ofrecía su amparo, permitiendo que ella sola se buscara la vida; mas sin dejar de hacer mil protestas de amistad y buenos deseos hácia ella.

Y entonces empezó para la infeliz el calvario de ir buscando colocación de taller en taller; ¡verdadero suplicio para toda persona digna!

Y pasó por la vergüenza de que en todas partes le dijeran poco más ó menos lo mismo:

—No necesitamos más gente. Sobra personal.

Y así pasó tres semanas enteras, sin conseguir nada.

Entonces, desolada, sin recursos, hostigada por la nodriza, á quien adeudaba dos mensualidades, sin más capital que unos cuantos miserables francos, preguntándose qué sería de ella pasados tres ó cuatro días, decidió escribir á Simona, su confidente, su amiga, y le puso tres ó cuatro líneas, cuyo contenido no podía ser más desgarrador.

Diciembre terminaba.

Solange estaba muy abatida.

Salió una noche, loca de pena, huyendo de la soledad y del silencio de su vivienda. Iba al azar con la muerte en el alma, no pensando más que en las mil angustias que acababan con ella y sin fijarse en los transeuntes, cuando en la esquina del boulevard Haussmann se detuvo de pronto.

A diez pasos de ella, y gracias á la luz

de un farol, acaba de ver á uno que se parecía mucho á Román Tremor.

—Sí, era él.

Un temblor convulsivo agitó todo su cuerpo.

Román no estaba solo.

Una muchacha, bien parecida y bastante elegante, iba de su brazo.

Solange se ocultó en un portal y volvió la cabeza.

La pareja se acercaba.

Ella era Juliana; estaba muy contenta; reía y hablaba mucho.

Cuando pasaron por su lado, oyó que la nombraban.

—¿No se sabe nada de ella?—preguntaba Román.

—Nada.

Solange no pudo oír más. Estaban ya lejos.

Quiso gritar á su amado:

—¿Román, soy yo!

Si hubiera ido solo, se hubiera abrazado á él, y hubiese tratado de convencerlo de su inocencia. ¡Pero le faltaban fuerzas para luchar! Y ahora, después de aquel encuentro, creía odiarle, no por las injurias que la dirigió, y que probaban su amor, sino por aquella traición.

Sí, le odiaba como al marqués. Ya no quería nada ni á nadie.

Su alma se llenaba de hiel.

Tantos golpes la destrozaban el corazón.

¡Pero aquel último era el más terrible y para su espíritu, ya cansado, era mortal!

¡Ah! los cálculos de Felisa y los del marqués tenían su razón de ser.

Si en aquel momento se hubiera presentado el marqués de Taunay, reiterándole sus vergonzosas proposiciones, no las hubiera rehusado. ¡Hay horas en la vida de los que sufren, que son horas de desfallecimiento, en las cuales no se piensa en la moral, en el honor ni en la virtud!

Y hubiese respondido:

—Aquí estoy. Tomadme. Pagadme. Venga esa fortuna que me ofrecéis; quiero lujo é ir en magníficos carruajes para ir, desde ellos, mirando desdeñosamente á ese hombre, por el cual me hubiera condenado.

Estaba harta de sufrir, de implorar.

Y, sobre todo, estaba celosa.

Pensaba también en su hijo, en que no iba á tener con qué alimentarle, ¡y le veía muerto de hambre!

Las resoluciones más insensatas bullían en su mente.

¡Ya no podía creer ni aún en el amor de Román!

En ese estado de ánimo pasó del boulevard á la calle Real y se encaminó hacia la plaza de la Concordia. Fruncido el ceño, extraviada la mirada, llegó al puente y se apoyó en el pretil. La noche era magnífica, parecía de otoño. Solange se inclinó. Le parecía que el agua la llamaba; ¡como que era el descanso, el olvido, el fin de tantas penas!

¿Por qué no acabar de una vez?

¿Su hijo?

Muerta ella, el marqués, arrepentido, se encargaría de su porvenir.

Presa de un vértigo, hizo ademán de arrojarse; pero en esto sintió que la sujetaban.

Era un agente de policía.

Ella se volvió.

Y él preguntó:

—¿Qué haceis ahí?

—¿Yo? Nada.

—¿Quereis ahogaros?

—¿Qué locura!—balbució.

Él la miraba con agrado, con bondad:

—¡Fuera una lástima!—exclamó.—¡Una muchacha tan hermosa, y tan joven! No hay que desesperarse.

Solange no contestó. Miróle con agradecimiento, y continuó su camino.

Cuando pasó por delante de la iglesia de la Magdalena, iban á dar las once. La calle Real estaba casi desierta; no había una sola tienda abierta; pero más lejos, en el *boulevard*, reinaba todavía gran animación.

Iba á tomar la calle Auber para dirigirse á su casa, cuando se encontró con un grupo que le cerró el paso.

Aquel grupo se componía de dos hombres y una mujer; una rubia, célebre por su belleza y por el número de adoradores que tenía. Ellos eran Tallevande y el barón de Montalambert. Nadie hubiera dicho que éste se hallaba anémico.

—¡Toma! ¡O mucho me engaño, ó esta es la bonita modista de casa de Felisa! Qué feliz soy al veros, hermosa criatura. ¿A qué debo

tan venturosa casualidad? Yo no hacía más que preguntarme: ¿Qué será de aquella hermosa?

La verdadera enfermedad del barón consistía en un excesivo entusiasmo por el bello sexo.

La baronesa no se equivocaba al asegurar que su marido, cuando la acompañaba á casa de Felisa, no hacía otra cosa que contemplar á la encantadora muchacha, que no se ocupaba de él, y que cuando decidió declararla su amor, ella desapareció como una sombra.

—Vamos á cenar—añadió.

Acercándose á Solange, le dijo algo al oído.

Ella se puso encarnada como una cereza.

—Pero eso no os obliga á nada, monina mía—añadió en seguida.—Seremos cuatro; he ahí todo.

Montalambert tenía gracia cuando quería. Prueba de ello era que, á pesar de sus grandes defectos, había conquistado á su mujer, que en el fondo le adoraba.

Siguió insistiendo con bastante afán.

Solange iba á rehusar; pero tuvo una idea, y, para llevarla á cabo, aceptó.

El barón era muy amigo de los Taunay; y con seguridad la hablaría del marqués, cuyo silencio no dejaba de extrañarla. Quería saber si la había olvidado realmente.

—¿Por qué no?—contestó ella.—Vamos.

Dió el brazo al barón y continuaron su camino hasta llegar al landó, que les esperaba á pocos pasos de allí.

XXXVI

Era, en efecto, Román Tremor aquel á quien Solange encontró del brazo de Juliana. Después de creer que Solange era la amante del marqués, el desdichado no tenía sosiego. Y, al igual del marqués, tan pronto estaba en París como en el campo. Pero todo en vano: no podía sustraerse á la pasión que sentía, y que era la desesperación de su vida.

Dos días después de escrita aquella carta, estaba ya arrepentido de haberla enviado.

Sentía imperiosa necesidad de saber algo de Solange.

El portero de la calle de Sourdier le acogió como si fuera un malhechor.

Todo lo más que pudo saber fué que la inquilina del piso cuarto había volado.

¿Dónde estaría? ¡Misterio! Pero este misterio no podía tener más que una explicación: se habría ido con el marqués! Si renunciaba al puesto en que ganaba para su subsistencia, era porque ya no tenía necesidad de trabajar, porque, vencida por las tentadoras instancias de aquel hombre odioso, acabó por entregarse, aceptando sus ofrecimientos y ocultando su vergüenza donde él hubiese querido llevarla.

En vista del poco éxito que tuvo con el portero, volvió á la doncella de Felisa.

Fué recibido con los brazos abiertos.

Juliana se consideró muy halagada, cre-

yendo que Román no había podido olvidarla.

Y mediaron algunas esquelas; muy lacónicas por parte de Román, é inflamables por la de Juliana.

Era el de esta mujer un temperamento volcánico; pero tuvo la desgracia de tropezar con un hombre de hielo... para ella.

Su singular amigo le proporcionó, siempre que ella estaba libre, cuantos placeres se le antojaron; todos, ménos uno... Teatros, paseos, bailes al aire libre, partidas de campo; á nada de esto se oponía Román.

Bastaba que Juliana deseara algo de eso, para que él se lo proporcionara en seguida; pero una vez terminada cualesquiera de esas fiestas, Román la acompañaba, con respeto casi impertinente, hasta la puerta de su casa, cuidando siempre de evitar el peligro de hallarse á solas con ella.

Pero aquella noche Juliana se propuso arrancar una confesión á aquel adorador cuya frialdad la exasperaba.

Quería saber á qué atenerse respecto de las intenciones de aquel hombre que, á pesar de haberla visto veinte veces, no le declaraba su amor.

Felisa estaba de *soirée* y volvería muy tarde á su casa. Quedaban, pues, libres.

Romás, como es consiguiente, no perdía ocasión de averiguar por Juliana, algo de lo que tanto le interesaba; pero las noticias de su amiga no aclaraban la situación.

Todo se redujo á saber que la señorita de

Fargeas había desaparecido de súbito; que después de su marcha apenas iba el marqués de Taunay á casa de Felisa; que ésta se encerraba en la más completa reserva y huía hasta de nombrar á su antigua protegida; y, en fin, que en vista de todo aquello, ella, Juliana, no dudaba de que Solange hubiera accedido á los ruegos del marqués.

Y lo decía de buena fé.

Juliana no era de las que admiten esa resistencia tenaz; en las jóvenes sin dote, sobre todo cuando el seductor se presenta en magnífico carruaje tirado por caballos que valen lo menos diez mil francos el par, y con un cochero tan imponente como *mister Stripp*.

Acababan de pasar junto á Solange, cuando Juliana dijo á Román con voz insinuante:

—¡Si comiéramos! ¡Tengo un hambre ferroz!

Román comprendió que le tendían un lazo.

—¡Tan tarde!—contestó con timidez.

—Pues bien, será cena. El nombre es lo que menos importa.

Juliana opinó que debían ir á Clichy, en casa de Lathuile.

Era lejos; pero él, lleno de las mejores intenciones, no se opuso.

Era preciso tomar un coche.

Los ojos de Juliana parecían dos chispas.

Una vez dentro del carruaje se acercó mucho á su acompañante, que bajó los cristales para respirar mejor y mirar á cuantos pasaban por allí cerca con marcada curiosidad.

Juliana, despechada, se acurrucó en uno de los ángulos, dando suspiros capaces de echar abajo la portezuela.

Tremor fué contando las tabernas que había en el trayecto, y contó cuarenta y siete. Parecía muy interesado en hacer esos cálculos.

Su amiga pensaba en otra cosa, y se prometía desquitarse en casa de Lathuile.

Al fin llegaron.

Mientras Román pagaba al cochero, Juliana, que conocía el terreno, se dirigió resuelta y directamente hácia un gabinete.

Su acompañante no protestó; y poco después quedaban instalados en un saloncito muy estrecho, tapizado de amarillo y en el que, á más de la mesa, había un divan, dos sillones y dos sillas.

Román dejó á Juliana que encargara una de esas cenas que probaban con toda evidencia que los gabinetes particulares no tenían secretos para ella.

El amor no le quitaba el apetito.

—¿No comes?—dijo á Román cuando quedaron solos.

—No tengo hambre.

Juliana bebió una copa de exquisito Saint-Emilión.

—¡Qué bonito color tiene ese vino!—dijo Román por decir algo.

—Es muy bueno—contestó ella acercándose.

Y añadió en seguida:

—¿En qué piensas? ¿Estás preocupado?

Esto fué como pasar el Rubicon de la familiaridad, por medio de audaz tentativa.

El contestó categóricamente:

—Sí.

—¿Por qué?

—Tengo que deciros algo muy delicado, Juliana.

Al oír ella esto, dejó caer en el plato un cangrejo que estaba saboreando.

—¿De qué se trata?

—De una confesión que os debo.

—Hablad, hablad.

—¿No me guardareis rencor?

—No.

—¿Debeis haberme encontrado más de una vez, de una frialdad inconcebible...

Ella no lo negó.

—Es cuestión de temperamento; y este no se elige—contestó Juliana.

Me lo he echado en cara con frecuencia—repuso él;—pero ¿qué quereis?... Tengo trastornado, enfermo el corazón; en él vive una imagen que no le deja en libertad.

Juliana temblaba.

El terminó diciendo:

—Os querré siempre como á una amiga.

—¿Una amiga!—exclamó ella, herida en lo más vivo de su alma.—Francamente, si yo hubiera sabido eso!...

El no hizo caso de esta salida, y continuó:

—Quiero daros una prueba de esa amistad, Juliana.

—¿De veras?...

La doncellita estaba irónica.

Román sacó del bolsillo una cartera.

—Mi socio Bricbet me ha dado cuenta esta mañana de las ganancias obtenidas últimamente en el restaurant. He separado vuestra parte, y os la ofrezco.

Y sacando dos billetes de mil francos los colocó cerca del plato de Juliana.

Esto sirvió de bálsamo á su herida.

—¿Todo es para mí?—preguntó.

—Sí; lo que siento es no ser más rico; pero os ofrezco que si más adelante puedo, no os olvidaré.

Juliana se levantó y abrazó á Román.

—Tienes un corazón hermoso, y eres todo un gran señor; ¡ya quisieran parecerse á tí muchos marqueses y barones que frecuentan nuestra casa!... ¡No puedes olvidar á tu hermana! ¿La sigues amando?

—Siempre.

—¿Y te atormenta no saber nada de ella?

—¡Ya la creo!

—Pues aguarda dos ó tres días, y te diré dónde podrás verla. Soy franca. No te negaré que hubiese querido hacértela olvidar. Pero veo que eso no puede ser. Te juro que no sé donde está; pero también te juro que tardaré poco en averiguarlo.

Acabó de cenar alegremente. Cuando bajaban por la calle de Clichy, eran los dos mejores amigos del mundo.

Y, no obstante, no era el dinero lo que Juliana hubiera preferido...

Poco más ó menos, á la misma hora, una

escena muy diferente de urría en un restaurant famoso del boulevard.

Hemos dejado á Solange del brazo del barón de Montalambert. No la seguiremos; pero entraremos en el círculo de la calle de Scribe, uno de los más brillantes de París, y sin duda alguna del mundo entero.

A la una de la madrugada el aspecto de los salones era magnífico.

En uno de ellos se hallaban el vizconde de Reuilly, amigo del marqués de Taunay, y éste, que por cierto estaba cada vez más sombrío y más triste.

—Querido—dijo el vizconde,—explicadnos qué tenéis. No pareceis el mismo.

—No me fastidiéis. Reuilly—contestó Oliverio.

—¿Y Montalambert? ¿Qué es de él? No está aquí. ¿Hiena algún arreglo?

—Nos hace falta Montalambert—repitió otro.

—¿Quién me llama?—dijo el barón.

—Todo el mundo.

—¿De dónde sales?

—Ah! Se trata de una aventura estupenda, increíble, ni Realta, inverosímil.

—Cuéntanosla.

—Dejadme respirar, hijos míos. Me siento algo débil. ¿Si supiérais!...

El barón se dejó caer en un sillón. Se aflojó el lazo de la corbata blanca, se frotó los ojos y abrió una boca de calman cuando bostezó.

—Ya sé de lo que se trata—dijo Reuilly—

sales de una orgía romana. Es el champagne. Dádle un vaso de agua y se repondrá.

Un lacayo llevó en una bandeja una copa de agua, en la cual había echado algunas gotas de agua de azahar.

Después de haberse mojado los labios, con visible satisfacción, dijo:

—Ahora voy á explicaros mi aventura.

—¿Es rara?—preguntó Reuilly.

—No para mí, sino para vosotros.

—Bueno.

—A eso de las diez iba yo tranquilamente á mi partida, cuando encontré á Tallevande que salía de una casa cerca de aquí, é iba á tomar un coche que se hallaba á corta distancia.

—¿Solo?

—No, en compañía de una señora que no merece ninguna consideración. Encantadora, desde luego, rubia y á quien conocéis casi todos.

—¿Su nombre?

—Chitón. No pongais mi discreción á prueba. Llamadla Bola de Nieve ó Gardemia, os lo permito. Tallevande me detiene y me dice:

—¿Vienes á cenar?

• Yo contesté:

—Gracias, no quiero estorbaros. Además, es muy tarde. Salgo de comer en familia.

—¡Oh! Al grano, amigo mio—dijo Reuilly.

—Reclamo vuestra indulgencia. No me decidía á aceptar. Pero como Bola de Nieve es bonita, y siempre resulta agradable contemplar á una mujer tan bella, sobre todo

— ¡La lleva un amigo, iba á decidirme, cuando precisamente frente á nosotros, en la misma acera, una joven de incomparable hermosura...

— ¡Oh!

— No me retracto. Se adelanta con aire turbado. Doy un grito. ¿Qué veo? Una adorable...

— ¡Oh, oh!

— Pues sí, una adorable modista de casa de Felisa, en quien me había fijado hace algunos meses, y que de pronto se eclipsó sin que yo pudiera saber á dónde había ido.

El marqués parecía distraído. Pero en aquel momento se volvió al barón.

— La detengo — repuso Montalambert. — Quiere huir. La obligo á escucharme. Se resiste. Creo que va á emprender la fuga, y de repente me dice: «Sea, vamos.» Entra con nosotros en el carruaje y partimos.

— Hasta ahí, nada extraordinario — dijo Reully.

— Si la asamblea quiere que no siga...

— No, continuad, os lo ruego — se apresuró á decir el marqués de Taunay.

— Entramos en el café Inglés, gabinete número 6. Tallevande encarga una cena exquisita. Bola de Nieve se quita el abrigo y nos deja ver su hermoso busto. Mi modista no llevaba ningun adorno. Y, sin embargo, es seguro que eclipsaba á la otra. Entonces traté de informarme, y me explicó que estaba sin colocación, y que no podía encontrarla; que habita una reducida habitación

en el quinto cielo, pero no sé en qué calle. Evité darnos sus señas. En fin, comprendí que es muy desgraciada. Lo confesó sin frases pomposas, ni artificios de ningun género. Dijo también que había nacido en Morvan, entre bosques, y que habiendo venido á París en busca de fortuna, no la podía hallar. De vez en cuando me preguntaba:

— ¿Sois del *Jockey*?

— Sí — contesté.

— Hay socios de mi país.

— ¿Quiénes?

— Por ejemplo, el marqués de Taunay.

— Justamente. ¿Le conocéis?

— Le he visto en el pueblo. ¿Qué es de su vida?

— Se divierte mucho. Las princesas le adoran...

El marqués de Taunay dirigió una biliosa mirada á Montalambert, que estaba de espaldas.

— Yo perdía la cabeza — siguió diciendo Amadeo — al contemplar tanta frescura, tanta juventud, tal corrección de facciones. La otra no podía apreciar la admirable modestia de mi jovencita.

— Montalambert — dijo Reully — incurres en la sosería de un sentimentalismo estúpido.

— A la tercer botella de Champagne yo estaba loco y fui audaz. Debo reconocer que mi vecina contestaba friamente á la expansión de mis ternuras. Y eso que la otra pareja le daba muy mal ejemplo... Yo hubiera querido imitarlos; pero había entre nosotros

algo que me paralizaba. Algo así como respeto...

—¡En el gabinete núm. 6!—dijo Reuilly.

—Eso mismo me dije al fin. Y entonces me volví temerario.

Quise estrechar á Solange en mis brazos.

—¿Solange?—exclamó el marqués levantándose de la silla.

—Sí, Solange; es un nombre muy común entre los Niverneses y en Berri. Pues bien, creí llegar á la felicidad cuando con vertiginosa rapidez me rechazó exclamando: ¡No, no puede ser! ¡Ah, señores míos, qué belleza! Me acerco de nuevo, y de nuevo me rechaza. Los otros dos, tanto ella como él, que estaban completamente embriagados, hacen un esfuerzo para serenarse y contemplan la escena. Fui un cobarde. No me atreví á mandar y supliqué de rodillas. No hubo tentadora oferta que no le hiciera: pero rehusó llorando.

Llagné á decirle:

—¿Eres rica?

Montalambert, poniéndose muy grave, añadió:

—Y lo que es más raro aún, señores, es que aquella muchacha, por la cual se arruinaría uno gustoso, me contestó:—Tengo todavía seis francos. Y cuando os encontré venía del puente de la Concordia. Tuve intención de ahogarme. Pero me faltó el valor. ¡Puede ser que mañana lo tenga!...

Y antes de que pudiera reponerme de mi sorpresa abrió la puerta y huyó.

Me sobrepuse y corrí tras ella. ¡Adiós Solange! ¡Estaba ya lejos, y ni se la distinguía siquiera! ¡No me conformaré nunca!

El marqués estaba lívido.

—Pero la volveré á ver á costa de todo.

Oliverio se levantó, y acercándose al barón le preguntó:

—¿Habeis dicho Solange?

—Sí.

—¿Sabeis cuál es su apellido?

—Me lo dijo Felisa.

—¿Y os acordais?

—Solange Fargeas.

—Gracias.

Y sin añadir una palabra más, saludó á sus amigos y se fué.

—¿Qué es lo que pasa á esa?—preguntó Montalambert.

—Querido—dijo Reuilly,—esa Solange es hija de uno de sus guardas, y creo que hay una historia entre ellos. Tallevande me ha referido que Oliverio estaba loco por esa chica.

—¡Peró!...—exclamó Montalambert.

—Lo está todavía.

—¡Y furioso!—añadió Reuilly.

XXXVII

Juan Tremor refirió á su hermano que los Simón se habían enmendado, y vivían como el matrimonio más pacífico é inofensivo del cantón.

El cura de Chevagnes, hombre sencillez y

orédulo, se vanagloriaba de tener mucha parte en aquel milagro.

Después de la muerte del anciano marqués de Tauuay, Simón no había vuelto á coger la escopeta.

La casa, completamente restaurada, y en la cual reinaba el mayor orden, parecía otra.

La *Bigornia*, vistiendo sencillo, pero limpio y bien hecho traje de cotonada, se hallaba siempre cosiendo, en un rincón de la salita, faldas para las muchachas del pueblo.

Nadie la conocía. Peinaba con esmero su cabello gris; la fisonomía parecía más tranquila y estaba menos ajada. Aquella tranquilidad le quitó quince años de encima.

Simón trabajaba sin descanso en la fragua. Esta había vuelto á ser lo que era en sus buenos tiempos, la mejor de la comarca.

Pero el pobre diablo, apesar de esta prosperidad, ya no cantaba. Se parecía al zapatero del cuento, que perdió en alegría cuanto ganó en riqueza.

Siempre que le preguntaban la causa de su pésimo humor, contestaba:

—¡El bosque!

Los amigos suponían que echaba de menos la caza furtiva.

Se engañaban.

Lo que Simón tenía era miedo; lo que le había curado de su arraigada pasión fué la sacudida que había recibido en la conciencia.

Todo borracho se cura experimentando una fuerte emoción.

El había sufrido una terrible, y no podía reponerse de ella.

El crimen de Parcemouse no le dejaba vivir.

En vano procuraba distraerse, entregándose á incesante trabajo. Pero en todas partes veía la sombra de Labranche. Por eso no había vuelto á poner los pies en el bosque.

Su presentimiento se había realizado:

—¡Esa muerte nos perseguirá siempre!— exclamaba sin cesar.

Ni él ni su mujer habían vuelto al sitio del crimen.

Así es que el tesoro de Chevagnes estaba intacto.

Los Simon no cogieron nmi una sola moneda.

Preciso es hacerles justicia y decir que aquella masa de oro no tentaba su codicia.

Simón la hubiera dado entera con tal de resucitar el cadáver que habían echado al foso.

La *Bigornia* pensaba de distinto modo. No quería nada para ella; pero á veces, al pensar en Solange, cuyas cartas eran cortas, tardías y tristes, se decía que la casualidad les había proporcionado aquella fortuna para dársela á aquella desheredada criatura y sostener á su madre.

Hubiera querido llevarla á París, y decir á Solange:

—¡Toma, para tu hijo!

¿Pero cómo explicarle la procedencia de aquel tesoro y hacer que lo aceptara?

Una tarde se quedó sola en su casa. Simón había ido con el aprendiz de la fragua á Chateau-Chinon, á hacer algunas compras:

Entró una vecina, y dijo:

—Traigo una carta para vos, Simona; me la dió el cartero, porque tenía mucha prisa y no podía detenerse.

He aquí el contenido de las líneas de Solange:

«Simona mía:

»Estoy perdida. Todo me falta, y comprendo perfectamente que es preciso también renunciar á todo... Si no me volveis á ver, no me olvideis, y decid á mis padres que les he querido siempre con toda mi alma.

»Y también al otro!...

»Os abraza,

»SOLANGE.»

La antigua sirvienta conocía muy bien París. Quince ó veinte años de ausencia no eran bastantes á que se borrara todo recuerdo.

Decidió en seguida lo que debía de hacer.

—¡Iré!—exclamó.—Es preciso que yo la vea. ¡Ppqr Solange!

¿Pero cómo hacer aquel viaje?

Los Simón estaban bien, como se está en todo pueblo, cuando se posee una casucha, algún terreno para sembrar, buenos brazos y un oficio lucrativo que dé para comer y ves-

irse con tosca tela y calzar zuecos y bastos zapatos.

¡Mas para ir á Paris!

¡Y Solange careciendo de todo! ¡Era ella misma quien lo confesaba! ¡A no estar desesperada, no hubiera dado aquel paso, de seguro!

No había, pues, tiempo que perder.

La *Bigornia* recordó su antiguo oficio.

Pues qué, ¿no sabía ella deslizarse como una eulebra por el campo, sin que nada delatará su presencia?

Y aquel dinero enterrado, inútil, perdido, ¿no estaba á su disposición?

Verdad es que no le pertenecía. Ella lo sabía muy bien. Era del marqués.

¿Pero éste no había contraído obligaciones con Solange?

Cerró la puerta, y por vez primera, después del asesinato del guarda, se encaminó hácia el bosque, apoyándose en un grueso bastón.

Eran las seis de la tarde. La luna aparecía roja como la sangre por encima del campanario de Chevagnes. El tiempo era seco y frío.

La *Bigornia*, al llegar á la vertiente del lado opuesto á la casa de los Fargeas, se detuvo un rato.

La casa estaba cerrada. Una débil claridad brillaba á través de los cristales.

Simona distinguió perfectamente á Fargeas y Catalina sentados uno frente á otro, junto á la chimenea. La llama del hogar ilu-

minaba sus semblantes. ¡No se decían ni una palabra los desgraciados!

El perro comenzó á aullar. Fargeas levantó la cabeza, pero no se movió de su sitio.

La *Bigornia* tuvo miedo de que la sorprendieran y se alejó.

Media hora después llegó á las alturas de Parcemouse.

Todo continuaba cual ellos lo dejaron.

Simona respiró.

Y después de haberse cerciorado bien de que estaba completamente sola, levantó la piedra ayudándose con el bastón.

No era supersticiosa, y nada la arredraba. Sin embargo, al entrar en aquella especie de misteriosa gruta, se impresionó.

Allí estaba el tesoro tal como lo dejaron; allí estaba, á su disposición!

Echó en un saco algunos puñados de lises, que sumarían, poco más ó menos, unos diez mil francos. Pusó luego todo en orden, y emprendió la vuelta á Chevagnes.

Cuando entró en la fragua, Simón estaba de vuelta.

Dirigió á su mujer una mirada inquieta, recelosa.

—¿De dónde vienes?—preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué te importa? Del pueblo.

—¿No será de rondar por el bosque, su pengo?

—¿Qué te importa?

—No vayas, sobre todo, de noche.

Su mujer le miró atentamente. Parecía

loco. Semejante turbación, la alteración de sus facciones, pusieronla en cuidado.

—¿Te ha sucedido algo?

—Nada.

—Me engañas, Simón, y haces mal. Si no me confías hasta lo último que piensas, no podrás vivir tranquilo. Ya sabes que te advino.

Le hablaba con dulzura, como á niño enfermo. La unión de aquellos dos seres no dejaba de ser conmovedora.

—Pues bien; sí—dijo él,—¡vale más que lo sepas!... Fui al pueblo. Entré en el café. Rara vez voy, temeroso de que se me escape alguna palabra... y, además, huyo de todos desde...

—No te ocupes más del pasado.

—Uno de los guardas de Mauvert, el gran borgoñón, que por cierto nos detesta, estaba sentado á una mesa cerca de la nuestra, con uno de sus camaradas. Reían burlonamente y se volvían hacia mí. Al fin, mirándome con impertinencia, el guarda de Mauvert me gritó: «¿No es verdad, Simón, que, si quisieras, podrías darnos noticias de Labranche?»

Yo me puse lívido, según me dijo el aprendiz, pero no contesté.

El otro continuó:

—Se supone que está en América, ó en otra parte, muy lejos; pero yo creo que si buscaran bien, hallarían la placa de su banderola en el bosque de Chevagnes... ¡Hermosa placa! ¡Por cierto que es de plata, con las armas del marqués! ¿No es verdad, Simón?

Yo había recuperado mi aplomo.

¡Comprometerme así delante de todos! Eso era demasiado. Estaban allí Rivot de Gagne, Touvard de Préporché, maese Chadouin, el carrero, primo de los Tremor, y otros muchos. Cogí una barra de hierro que había colocado cerca de mí, é iba á aplastarle con ella, cuando el carrero, tirándome del brazo, me dijo:

—¡Paciencia!

Ya sabéis que maese Chadouin apenas habla; pero cuando lo hace es siempre oportunamente. Reflexioné, volví á dejar donde estaba el bastón de hierro, y dije al guarda de Mauvert:

—Nos volveremos á encontrar...

Ese borgoñón tiene pocas simpatías; nadie le quiere. Sin duda por esto me gritaron: —Bravo, Simón.—¡Pero es igual! ¿Se habrá propuesto ese infame no dejarnos vivir en paz?

—Vamos, no pienses más en eso y óyeme —dijo ella.

—¿Qué vas á decirme?

—Es preciso que me vaya á París.

Simón tembló como la hoja en el árbol.

—¿Me vas á dejar solo, aquí?

—Tienes al aprendiz. No tardaré en volver.

Dentro de ocho días, á lo más, estaré aquí.

—¿Y á qué vas á París?

—A cumplir un deber.

—¿Se trata de Solange?

—Precisamente. Le debes la vida. Simón.

Fué buena para los dos, cuando estábamos

en desgracia. Ahora nos toca á nosotros socorrerla á ella.

—¿Te ha escrito?...

—Que está desesperada. Pero no sé nada más. Ya comprenderás; es joven, le falta energía. ¡Desmaya!

—¡Y con qué dinero?...

—¿No tenemos más del que podemos desear?

—¿No habrás ido allí?...—dijo él levantándose.

—¿Tú preferirías morir junto á esa suma antes que tocarla, no es verdad?

—Sí.

—¡Y ver morir de miseria á Solange, á nuestra Solange, tan buena, que te atendió cuando estabas enfermo y carecías de todo!...

El no sabía qué hacer ni qué decir. Estaba sumamente preocupado.

La Simona, en tanto, iba á la cocina, arreglaba los muebles, atizaba el fuego y ponía la mesa para cenar.

Su marido abrió una de las ventanas y se asomó.

Luego se acercó á su mujer y dijo en voz baja:

—Si quieres, iremos esta noche. ¡Para ella sí! Si se tratara de mí, preferiría perecer de hambre antes que coger el dinero del marqués.

—¡Ya supuse que tu corazón hablaría! Por lo demás, el trabajo está hecho. Puedes dormir tranquilo. Mañana, antes que sea de día, saldré de aquí.

—¿No te habrán visto?

—Ya sabes que no me dejo coger: no soy tonta.

El sintió que se le quitaba un peso de encima.

La sola idea de volver á poner los pies en el bosque, le trastornaba el juicio.

—Seguirás trabajando mucho durante mi ausencia, y eso te hará olvidar....

El movió tristemente la cabeza y se calló.

Al día siguiente, la *Bigornia*, vestida como Ingareña que va á la ciudad, se había levantado antes que el sol.

Anduvo seis leguas, lo cual era un paseo para ella, y subió después al coche de Montsanche, que la llevó á la Charité, donde tomó el tren para París.

A las diez de la noche se apeaba en la estación de Lyon.

Un carruaje de alquiler la llevó á la calle de Provence.

Y con la mayor ansiedad, temiendo una mala noticia, preguntó por Solange al portero.

Este se limitó á contestar:

—Quinto piso, puerta de la izquierda.

Agil como una cabra, subió los cinco pisos y llamó á la puerta, que se abrió en seguida.

Y se oyeron estas dos exclamaciones, hechas que denotaban igual vehemencia.

—¡Mi Solange!

—¡Simona!

La pobre muchacha se echó en brazos de

su amiga, bien agena de que le llevaba la salvación.

La *Bigornia* no cesaba de contemplarla.

—Estás preciosa, Solange de mi alma. ¡Pero cuánto has llorado!

En efecto, los ojos de Solange estaban muy encarnados de tanto llorar.

—Vamos, cuéntame tus penas, y, ¡por Dios! no temas nada. Yo estoy aquí.

Sobre una mesita había una carta abierta.

Era de la nodriza de Cormeilles, avisando á Solange que si no le pagaba cuanto la debía, antes de las doce del día siguiente, le llevaría á su hijo.

—¿Qué la debes?

—Una cantidad respetable, cuando no se tiene nada; ¡noventa francos!

Simona se echó á reír.

Solange confesó la miseria en que se hallaba.

¡No había comido!

Aquella mañana gastó la última moneda que le quedaba.

Refirió todo, absolutamente todo lo que le había sucedido.

Los ojos de la *Bigornia* brillaban más que nunca, tan pronto de indignación, como de inteligencia y de malicia.

—Iremos á Cormeilles mañana temprano, mi Solange; y tranquilízate, nada te faltará en lo sucesivo.

—¿Pero sois rica, Simona?

—Bastante.

Y explicó que había heredado á un parien-

te lejano, por lo cual era rica; pero que ocultaba esta noticia á todos los del pueblo, á fin de evitar envidias; que Simón trabajaría durante algun tiempo aún, y que luego se retiraría.

—No tengo hijos—terminó diciendo—y te considero como si fueras hija mia.

Y echó sobre la mesa dos ó tres paquetes de luises.

—¿Te acuerdas de los que nos llevaste á la fragua?—añadió.—Salvaron la vida á Simón.

Solange dejó caer la cabeza en el hombro de la *Bigornia*.

—¡Y vos salvais la mia!—exclamó la pobre niña.

Y siguieron hablando mucho, antes de acostarse.

—No tengas miedo—repitió Simona al terminar la conversación.—Conmigo, nadie te vencerá.

Aquella misma noche, Felisa y el marqués de Taunay estaban de conferencia en el gabinete de la modista.

Si esta no hubiera tenido puesto sus cinco sentidos en la alegría que le causaba la esperanza de salir victoriosa en su empresa, hubiese podido oír un ligero ruido, que procedía del lado de una espesa cortina, á pocos pasos de ella.

Era Juliana, que se entregaba á su ocupación favorita.

Escuchaba detrás de la puerta; pero esta vez tenía una disculpa, la gratitud.

Una hora después, Román Tremor recibía el siguiente aviso:

«Mañana va á Cormeilles. Ignoro la hora. Podeis tener casi la seguridad de encontrar á vuestro adorado tormento. ¡Cumpló mi promesa, ingrato: *Juliana*.»

FIN DEL TOMO PRIMERO.

